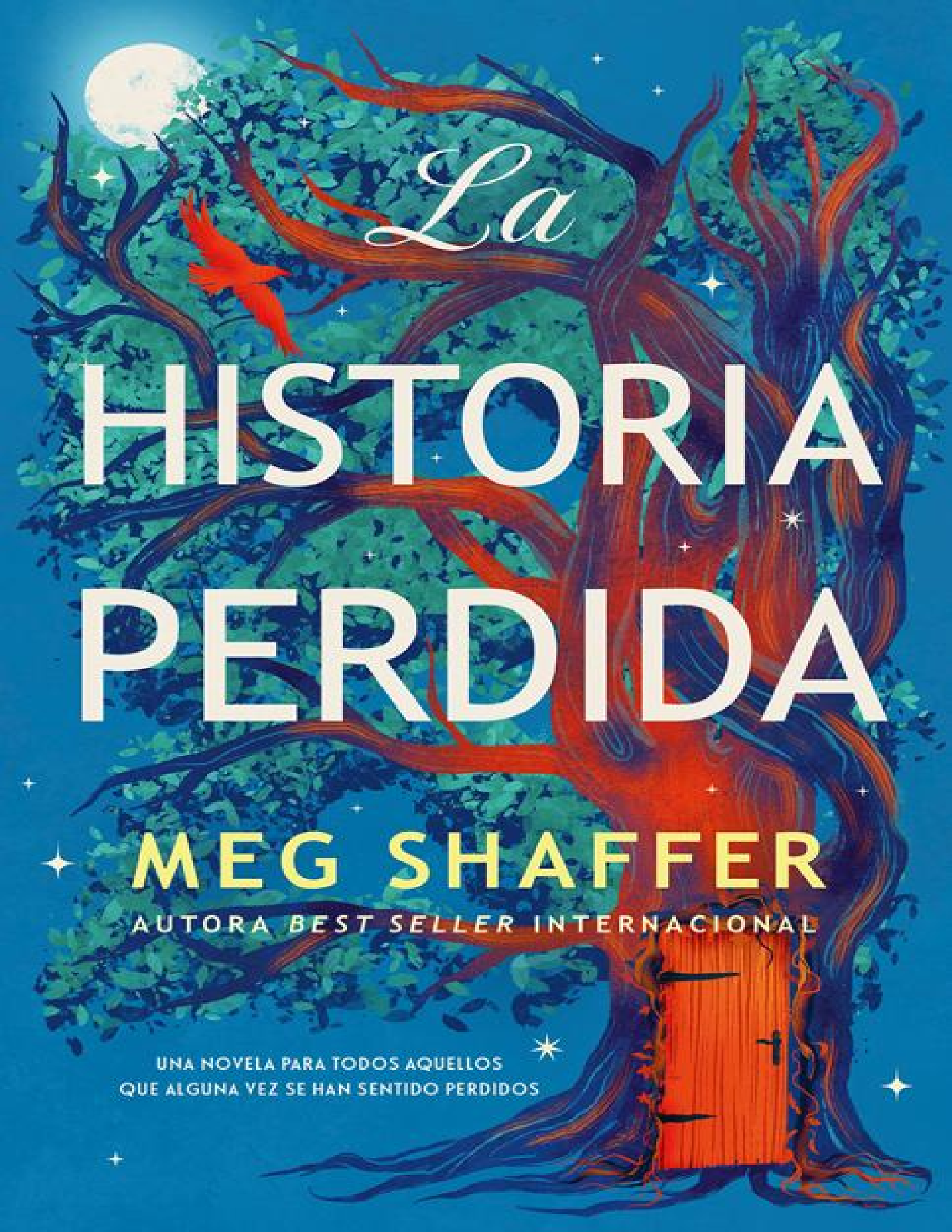

La
HISTORIA PERDIDA
MEG SHAFFER
AUTORA BEST SELLER INTERNACIONAL
UNA NOVELA PARA TODOS AQUELLOS
QUE ALGUNA VEZ SE HAN SENTIDO PERDIDOS

La HISTORIA PERDIDA

La HISTORIA PERDIDA

MEG SHAFFER

Traducción de Marta Nieto Muñoz



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Lost Story*
Editor original: Ballantine Books, New York
Traducción: Marta Nieto Muñoz

1.ª edición: febrero 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

The Lost Story © 2024 *by* Meg Shaffer
Esta edición se publica en virtud de un acuerdo con Jane Rotrosen Agency, LLC, gestionado por International Editors & Yáñez Co' S.L.
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Marta Nieto Muñoz
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.booksbystefano.com

ISBN: 979-13-87899-05-9

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A mi hermana
y a todos los que siguen buscando su Shanandoah.


SHANANDOAH
BOSQUE ESPINOSO
CUEVA DEL LOBO NEGRO
LAS MONTAÑAS
CASTILLO
MONTE TORMENTA
COLINA MEDIALUNA
ALDEA GRISÁGUILA
HUERTO DE LA YAYA MANZANAS
GRAN VALLE TENEBROSO
PALACIO LUNAR
PUEBLO FANTASMA
ALDEA FONTESERENO
ALDEA VILLAOSUNO
BOSQUE FONTAVERA
ARCOS DEL ÁNGEL
MESA DEL TÉ DEMONIAL
ALDEA RISCUERVO
COLINA PASTEL DE MANZANA
RÍO PETRAZUL
MAR CROMADO
N
O
E
S

«Algún día serás lo bastante mayor para volver a leer cuentos de hadas».

C. S. Lewis



PRÓLOGO

QUINCE AÑOS ANTES DE QUE EMPEZARA NUESTRA HISTORIA:

Hubo una vez en Virginia Occidental dos niños que desaparecieron. No hubo rastro de ellos desde mayo. Se esfumaron durante una excursión de fin de curso al bosque estatal de Red Crow.

Estuvieron ausentes durante tanto tiempo que la gente había dejado de referirse a ellos como «desaparecidos», término que implica temporalidad, y empezaron a hablar de los chicos como «perdidos». A los niños desaparecidos se los busca; a los perdidos, se los llora.

Para el mes de noviembre, los carteles con las caras de los chicos ya se habían descolorido y arrugado tras el plexiglás de la valla del Red Crow. Cuando Maggie y Tom se percataron de los pósteres al buscar el mapa del sendero, recordaron que se habían olvidado por

completo de los niños perdidos. Y es que así es como van las cosas: primero desapareces, luego estás perdido y, por último, se olvidan de ti.

Maggie no había seguido mucho la historia, ni siquiera recién salida la noticia. Aquella mañana, de pie frente a la valla mientras Tom se apretaba los cordones de las botas, Maggie se fijó por primera vez en las caras de los dos chicos. Uno de ellos era rubio y parecía incapaz de sonreír; el otro era pelirrojo y tenía una sonrisa de comemierdas. El típico payaso de clase y su compinche, asumió.

Ralph Stanley Howell. Nacido el 06/15/92. 1,62 m y 53 kg. Caucásico, rubio y ojos azules.

Jeremy Andrew Cox. Nacido el 05/28/92. 1,70 m y 58 kg. Caucásico, pelirrojo y ojos castaños.

—¿No llegaron a encontrar a esos chicos? —preguntó Tom.

—No. Ni creo que los encuentren.

Maggie era enfermera y, puesto que había visto lo peor, sabía ponerse en lo peor. Si los chicos se habían perdido en el Crow, lo más seguro es que hubieran muerto la primera o la segunda noche. Si, como algunos decían, no se habían perdido sino que los habían secuestrado, probablemente desearían estar muertos. Se ahorró decirle esa parte a Tom; era su cuarta cita y no quería arruinar el momento.

Tomados de la mano, Maggie y Tom recorrieron el sendero principal hasta llegar a un mirador fascinante. Bajo sus pies se extendía un adorable bosque otoñal. Árboles sobre árboles sobre más árboles que se elevaban y descendían como olas infinitas. Un océano forestal que se había tragado a dos niños.

Antes de marcharse del insólito mirador, Tom tomó unas cuantas fotos con su cámara digital. Aquel sería el último día que la tendría, ya que la policía se la confiscaría y nunca se la devolverían.

Dos horas y un cubo de sudor más tarde, llegarían a Goblin Falls, una pequeña cascada en un barranco escondido en lo profundo del bosque, donde el aire siempre emanaba un aroma a musgo y lluvia fría y las formaciones rocosas parecían hombrecitos con rostros peculiarmente deformados. Maggie se acuclilló junto a uno de los duendes e hizo una mueca mientras Tom le sacaba una foto.

—¡Perfecta! —Tom se echó a reír.

—¿He salido lo bastante fea? —preguntó Maggie mientras se levantaba.

—Horrible. —Mientras la ayudaba a bajar, de la parte superior del barranco rodaron por la cascada unas cuantas piedras que cayeron al agua que tenía a su espalda ocasionando un brusco chapoteo. Al oír el golpe, Maggie dio un respingo.

—¡Me cago en…! —dijo Tom, que la sujetaba con fuerza mientras miraba en todas direcciones—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. ¿Puedo ver las fotos?

Tom le dejó la cámara y Maggie empezó a pasar las fotografías. La primera era un primer plano de ella y la roca duende, la segunda mostraba un plano más amplio de la cascada y la tercera… Maggie entrecerró los ojos frente a la pantalla.

—¿Qué? —preguntó Tom.

Maggie le mostró la foto en la cámara. Tras ella se veía la cascada, el barranco peñascoso, que se elevaba unos tres metros por encima de ella, y algo más. Era la sombra de un hombre.

Echaron otro vistazo al despeñadero, pero no vieron nada. Goblin Falls quedaba fuera del sendero, pero la gente sabía de aquel sitio e

iba allí todo el tiempo. Habría sido cualquier otro senderista y ya está.

Aun así, en cuanto Tom dijo que quizá fuera hora de volver, Maggie respondió que por ella podían ir yéndose. Se puso la chaqueta y se colgó la mochila. Al agacharse para recoger la botella de agua, los vio caminar colina abajo. Se incorporó de una y se quedó paralizada, con la mano en alto para indicarle a Tom que no moviera un pelo.

—¿Qué pasa? —le susurró. Maggie los apuntó con el dedo.

—Son ellos —respondió casi sin aliento.

Y así era, eran los niños perdidos. Uno de los dos estaba de pie, prácticamente erguido. El otro iba a cuestas sobre sus hombros, como si lo hubiera rescatado un bombero. Iban sin camiseta y con unos pantalones unos quince centímetros más cortos de lo normal, pero sin calcetines ni calzado. ¿Qué hacían descalzos en el bosque en pleno noviembre?

El niño que iba de pie se movía con dificultad bajo el peso del otro chico. Los cabellos rojos, húmedos debido al sudor, le caían por el rostro. El otro, el que iba a hombros, llevaba el pelo rubio suelto y largo.

Tom comenzó a acercarse, pero Maggie le agarró el brazo para detenerlo. ¿Por qué? No tenía ni idea. Por instinto, por miedo, por la extraña sensación de que habían cruzado la frontera hacia una historia de la que no formaban parte.

El pelirrojo la miró a los ojos con gesto serio, una mirada más adulta que la edad que tenía. Con cautela, bajó por el estrecho sendero, pasó por su lado como si no estuvieran allí y llevó al otro niño hasta la orilla de la cascada. Se arrodilló y dejó caer a su compañero con cuidado sobre la tierra reblandecida, en el único

trozo en el que daba el sol.

Cuando Tom abrió la boca, Maggie sacudió la cabeza. El chico de cabellos bermejos tenía algo de animalesco; una palabra equivocada podría hacerle salir huyendo como un ciervo, echar a volar como un águila o desvanecerse como un fantasma.

El otro niño tenía los ojos muy abiertos, pero era más que evidente que se encontraba confuso y aturdido. ¿Habría sufrido un traumatismo craneal?

Se quedaron a unos metros de los dos chicos, observándolos con prudencia.

—¿Tienes cobertura en el teléfono? —murmuró Maggie. Tom abrió el teléfono plegable e hizo un gesto de negación.

El rubio, que estaba en el suelo, dejó escapar un quejido. Sin que le diera tiempo a detenerlo, Tom se precipitó hacia los chicos, se arrodilló junto a ellos y se acercó al niño que estaba tendido.

Lo que sucedió a continuación fue igual de rápido que el ataque de una cobra. El pelirrojo alargó el brazo y agarró a Tom por la muñeca. Tom se quedó inmóvil y Maggie, sin aliento. El corazón le latía tan fuerte que sentía que podría desmayarse en cualquier momento. Corrió para situarse junto a Tom.

—Jeremy —pronunció Maggie de forma brusca, con la intención de romper el hechizo. Porque aquel, sin duda, era Jeremy, Jeremy Cox, cuyos nombre y rostro se le quedarían grabados para siempre. Y si aquel era Jeremy, el otro chico sería Ralph Howell. Jeremy se quedó mirándola—. No pasa nada, Jeremy. Soy enfermera. —El chico aún tenía la muñeca de Tom agarrada como si tuviera los dedos soldados a esta.

—Tú. Él, no —le contestó dirigiéndose a ella, más firme que un general de cuatro estrellas. Maggie asintió y Jeremy soltó a Tom.

—Corre a pedir ayuda —le instó ella a Tom—. Ya. ¡Venga!

El muchacho no le discutió. Parecía estar aliviado de escaparse de aquel momento que requería más de él de lo que tenía que ofrecer.

En su mochila, Maggie llevaba un pequeño botiquín de primeros auxilios, una linterna y un estetoscopio. Comprobó las pupilas de Ralph, su respiración, le tomó el pulso y la temperatura. No había nada raro, el chico estaba perfecto.

—Ayúdame a darle la vuelta —pidió ella. Lo giraron para que pudiera examinarle la espalda en busca de lesiones. Tenía hojas mojadas pegadas a la piel. Maggie fue despegando una a una, lo que dejó al descubierto unas cicatrices largas y estrechas. ¿Serían los profundos arañazos de algún animal? ¿Una rozadura causada por alambre de espino? Le tocó las cicatrices. Eran antiguas, habían curado hacía ya tiempo. Con cariño, volvió a tumbarlo sobre su espalda—. ¿Dónde habéis estado?

Jeremy miró a su amigo tendido en el suelo, después la miró a ella y la respuesta que le dio fue tan perturbadora que Maggie no se atrevió a preguntarle nada más: «Lejos», le dijo.

Tras ello, el chico, que había permanecido tan preocupantemente tranquilo hasta ese instante, comenzó a llorar en silencio. ¿Por alivio? ¿Por felicidad? No. Alguien los había encontrado, a él y a Ralph. ¿Por qué lloraba como si hubiera perdido algo de un valor insoportable?

En ese momento, llegaron los técnicos de emergencias y dejaron a Maggie fuera de juego. Ella se quedó observando desde la distancia cómo hacían su trabajo los primeros socorristas. Jeremy, que para entonces ya había dejado de llorar, se negó a ir en camilla, por lo que salió del bosque caminando a un lado de Ralph. Maggie y Tom los siguieron sigilosamente, como si fueran los últimos procesionarios

de una congregación religiosa.

Cuando llegaron a la zona de aparcamiento, ya habían desplegado la caballería. Había una decena de coches de policía, una decena de camiones de bomberos, cuatro ambulancias para dos chicos. Todos querían ser testigos del espectáculo.

Con Tom junto a ella, Maggie contempló a los técnicos subir a Ralph Howell a la ambulancia y a Jeremy ascender tras él.

—Casi me rompe la muñeca. ¿Cómo puede estar así de fuerte un crío que se ha tirado seis meses perdido en el bosque? —dijo Tom, que se frotaba la zona dolorida mientras observaba a Jeremy. El chico debería de haber estado esquelético, pero, del mismo modo que Ralph, la apariencia de ambos era musculosa y de haber estado bien alimentados. Ya no eran los niños de los carteles, se habían convertido en unos muchachos.

Maggie no contestó. Todavía estaba procesándolo, tratando de encontrarle el sentido a los últimos momentos que había pasado a solas con los chicos en el bosque. Antes de que llegaran los técnicos sanitarios y los guardias forestales, se había sentado en silencio y había escuchado a Jeremy hablarle a Ralph por lo bajo en un idioma que nunca antes había escuchado y que nunca más volvería a escuchar. Sus palabras habían sido como el sonido de las hojas secas susurrando y revoloteando con la brisa de un bosque otoñal. Lo que fuera que hubiera dicho, Maggie supo que, de haber entendido el significado de sus palabras, habría comprendido uno de los secretos ocultos del mundo, uno de esos enigmas que el mundo necesita mantener encubierto.

Cuando dejó de hablar, un pájaro colorado descendió hasta una de las ramas que flotaban por encima de ellos. Era de un rojo cardenal, pero no era un cardenal. Era un cuervo rojo, aunque no existiera tal

cosa, ni siquiera en el Red Crow, como su propio nombre indica. Maggie miró a Jeremy y él se llevó un dedo a los labios.

Muy posiblemente lo hubiera imaginado. Se habría dejado llevar por el momento, medio atolondrada por la adrenalina. No había cuervos rojos ni palabras mágicas. Era una historia fascinante, sí, pero no un cuento de hadas. Allí, en Virginia Occidental, no había de eso, bastante que tenían un centro comercial. Pero ¿por qué? ¿Por qué Francia, Alemania y tantos otros lugares podían tener cuentos de hadas y Virginia Occidental no? La salvaje Virginia Occidental, la increíble Virginia Occidental, la bellísima, peligrosa, oscura y bizarra Virginia Occidental. Por qué no podían tener ellos magia allí, un lugar en el que las colinas ondeaban como las olas del mar, donde la niebla de la mañana era igual de espesa que los secretos que se guardaban en algunas familias. Si las hadas existían en este mundo, no había mejor refugio para sus historias que el Red Crow.

Maggie no volvió a ver a los chicos tras ese día. Aquella no era su historia y esta tampoco lo es, pero ella nunca olvidó el momento en que el universo le permitió rozar con la punta de los dedos los delicados bordes de encaje de un verdadero cuento de hadas. Unos niños que se habían desvanecido entre la espesura del bosque y que habían reaparecido como por arte de magia cuando todos los daban ya por muertos. Si eso no era un final de cuento, qué otro nombre podría dársele.

En realidad, aquel no fue el final de un cuento de hadas, sino el comienzo.

RINCÓN DEL NARRADOR

Receta para un cuento de hadas



¡Hola! He aquí vuestro narrador. Puede que os preguntéis cómo oso interrumpir la historia de esta manera. Normal, lo entiendo. Pero esto no deja de ser un cuento y, como tal, tiene sus propias reglas. Solo quería dejar claras cuáles son, para que estemos en la misma página, si se me permite el juego de palabras.

En primer lugar, ¿qué es un cuento de hadas? Una sabia y encantadora profesora que tuve el placer de conocer creó su propia receta, que dice así:

Receta para un cuento de hadas de la Sra. Adler:

Para lograr que un cuento de hadas valga la pena, necesitarás la mayoría de, si no todos, los ingredientes que vienen a continuación.

- Una princesa que se encuentre en problemas o en algún tipo de aprieto.
- Un mago. Si no tienes a tu disposición algún mago, puedes sustituirlo por un hechicero o alguna sabia. En definitiva, alguien con poderes mágicos que sepa más de lo que quieren contar.
- Un héroe. Cuanto más inesperado sea, mejor.

- De uno a tres villanos contra los que merezca la pena luchar (y no escatimes en sus fechorías).
- Un miembro de la realeza que se haga pasar por una persona cualquiera.
- Una pizca de animales singulares.
- Coloca todos los ingredientes en un mundo que no sea el nuestro, mézclalos bien y deja que la masa crezca. Sabrás que has creado un buen cuento de hadas si el final es un «vivieron felices y comieron perdices» para los héroes y un «quien mal anda, mal acaba» para los villanos.

Quizás os habréis dado cuenta de que el narrador no está incluido en la receta, pero estoy ahí, lo prometo. Como en *El enano saltarín*, jugaremos a adivinar mi nombre.

Por cierto, es importante que conozcáis la regla de los treses para esta historia. En los cuentos de hadas, las cosas siempre llegan de tres en tres —tres osos, tres deseos o tres golpes en los tacones para volver a casa—. Además, los cuentos siempre comienzan con «Érase una vez...» y terminan con «Y vivieron felices y comieron perdices».

Por último, como es evidente, los cuentos siempre son ficticios. Bueno, a excepción de este.



CAPÍTULO UNO

NUESTRA HISTORIA COMIENZA AQUÍ.

El viaje en coche desde la casa de Emilie Wendell en Milton, Ohio, hasta el bosque Bernheim a las afueras de Luisiana duró sus dos horas y media. A ella le hubiera gustado hacerlo en dos horas y cuarto, pero un accidente de tráfico había ocasionado un atasco al sur de la I-65. Rezó por que la grabación llevara retraso. Ese tipo de cosas nunca empezaban a tiempo, ¿no?

Desde hacía semanas había estado acechando a Jeremy Cox por internet, con la fuerte esperanza de que, de alguna manera, fuera a parar cerca de su casa. Esa misma mañana, por fin, se había levantado con una alerta de Google en su correo electrónico: el documental de televisión *Paradero desconocido* estaría rodando aquel día en Bernheim con un invitado especial, el afamado investigador de personas desaparecidas Jeremy Cox. Se enfundó la misma ropa del día anterior, unas mallas rojas, una camiseta de manga corta y

una sudadera; metió los pies en las botas y salió pitando de la casa.

Conducir frenéticamente durante un par de horas y media era un precio muy bajo por tener la oportunidad de conocer en persona a Jeremy Cox. En cuanto llegó, aparcó, se cargó su mochila y echó a trotar sendero abajo hasta el centro de visitantes.

Aquello fue un diez de octubre, un día frío y nuboso. Frío para ser Kentucky. Pese a ello, cuando alcanzó el escenario al aire libre, estaba sudando. Allí encontró a dos empleados del aparcamiento que estaban apilando sillas en montones. Un folleto impreso en un papel de color naranja chillón anunciaba la charla sobre seguridad de Jeremy Cox. Todo parecía indicar que ya había acabado.

—¿Me he perdido el programa? —le preguntó a uno de los trabajadores, abochornada por su aliento entrecortado—. Tenía una reunión con Jeremy Cox —añadió, para que pareciera que tenían una cita programada y no sonar como una de esas fanáticas desquiciadas. Una mujer de más edad apuntó en dirección al sendero.

—La charla ya ha terminado, pero están grabando cerca del estanque, junto a Little Nis.

—Ah, sí, Little Nis.

Emilie le dio las gracias a la señora y echó a correr por el camino. Encontró el estanque y caminó por la curva hasta que avistó al primero de los gigantes del bosque. Ya había leído acerca de la famosa instalación artística, pero no estaba preparada para toparse con algo de tales dimensiones. Medía por lo menos seis metros. En fotos era impresionante, pero en persona te dejaba con la boca abierta. Sabía que había tres de ellos, una familia de troles enormes. Este era el hijo, Little Nis. Por alguna otra parte del parque estaban su madre embarazada y su hermana.

Emilie y su madre habían hablado de venir a verlos, pero nunca habían hallado el momento. Hasta que, evidentemente, ya no había momento que encontrar. Expulsó de su mente todos los pensamientos sobre su madre. Nunca se le había dado bien eso de centrarse en algo, pero hoy no le quedaba otra, tenía que hacerlo.

Por fin, ahí estaba él, Jeremy Cox. Se encontraba parado en una pasarela, de espaldas al estanque. Su aspecto era igualito al de todas las fotos de internet. Tenía los cabellos cobrizos, la barba bien cuidada, e iba con un estilo moderno de joven escalador. Llevaba una camiseta gris ajustada de manga larga, unos pantalones cargo, como los que se usan en escalada, y unas botas de montaña marrones escogidas con mucho gusto, en su opinión. Alrededor de Jeremy había un equipo de televisión de tres personas, mientras una mujer con una voz perfecta para la radio lo entrevistaba y le hacía preguntas que, probablemente, ya le habrían hecho un millón de veces.

—Bueno, Jeremy, ¿por qué solo escoges a chicas? El talento que tienes es increíble, pero solo lo usas para ayudar a encontrar a chicas desaparecidas —dijo la entrevistadora.

—Chicas y mujeres.

—Eso es. Pero ¿por qué solo ellas? ¿Por qué ningún chico?

—Las mujeres desaparecen de una forma distinta a los hombres, que desaparecen de forma diferente a los niños pequeños, que a su vez se pierden de manera diferente a los ancianos. Hay un montón de psicología involucrada en el asunto, así que tiene sentido especializarse.

—En diez años, has ubicado el paradero de cincuenta niñas y mujeres desaparecidas, y has recuperado catorce cuerpos. Es un número asombroso de casos de éxito para una persona. Y además,

por todo el mundo.

Emilie siguió escuchando mientras la mujer mencionaba algunos de los países en los que Jeremy había seguido la pista y encontrado a gente desaparecida: una niña pequeña que se había alejado de la granja familiar en Brasil, la novia de un multimillonario que había desaparecido en sus vacaciones en San Bartolomé o una senderista francesa cuya pierna se había quedado atrapada en una zanja en Grecia. Incluso en países en los que nunca había puesto un pie, en duras condiciones climatológicas y en paisajes implacables, Jeremy Cox tenía la extraña habilidad de dar con los desaparecidos, vivos o muertos.

—¿Encuentras siempre al hombre que buscas? Bueno, mujer, chica —prosiguió la entrevistadora.

—No siempre.

—¿No?

—Todavía hay alguien a quien sigo buscando —confesó Jeremy.

—¿Solo una persona? Es increíble. ¿Cuál es tu secreto?

—No hay ninguna fórmula mágica. Yo he estado al otro lado de una partida de búsqueda, a diferencia de la mayoría de las personas. Sé lo que se siente al estar perdido. Me considero muy pero que muy afortunado.

—Supongamos que me pierdo en una zona boscosa como esta. ¿Qué debería hacer para facilitar mi propio rescate?

—Hasta en terrenos muy frondosos, una persona perdida puede andar más de tres kilómetros por hora. En dos horas, eso es un radio de unos seis kilómetros y medio, que se convierte en una posible área de búsqueda de más de ciento veintinueve kilómetros cuadrados. Por esa razón, siempre le pedimos a las personas que se queden en el mismo sitio y esperen a que alguien vaya por ellas.

Desgraciadamente, los estudios nos muestran que el sesenta y cinco por ciento de las personas que se pierden en ese tipo de circunstancias no se quedan paradas.

—¿Y eso por qué puede ser?

—Negación.

—¿Negación? —preguntó la entrevistadora. Como si hubiera percibido la mirada de Emilie, Jeremy dirigió la vista hacia ella. Estaban apenas a seis metros de distancia, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera advertir que la estaba mirando y examinando su rostro. Hizo un gesto con la ceja, como si estuviera intentando ubicarla; pero, en ese momento, se giró de nuevo hacia la periodista.

—Nadie quiere admitir que se ha perdido —concluyó Jeremy. La entrevistadora soltó una carcajada y se giró hacia el director.

—Eso ha estado bien —dijo ella, con una voz completamente diferente, de persona casi normal—. Buena frase para el final.

—¿Hemos terminado? —preguntó Jeremy, con algo de acento británico.

—Una más —respondió la entrevistadora, a quien le había vuelto la voz de locutora—. Si Ralph Howell volviera a perderse, ¿harías una excepción a lo de trabajar solo con chicas e irías a buscarlo?

Emilie observó cómo Jeremy Cox apretaba la mandíbula y la expresión de los ojos se le volvía de piedra. Obtendrían antes una respuesta de los gigantes del bosque que de él.

—Llevabas razón —soltó él, que volvió a dirigirle una mirada—. La frase de antes era buena para el final.

Mientras el cámara tomaba alguna secuencia de Little Nis y del bosque de alrededor, la entrevistadora apartó a Jeremy para susurrarle algo. ¿Una disculpa, quizá? ¿Tendrían vetado el tema de

Ralph Howell?

Lo que fuera que estuvieran hablando no duró más que unos minutos. Una ayudante que era hasta más joven que Emilie le echó una mano a Jeremy para quitarse el micrófono de la camiseta y la chaqueta. Este dio unos cuantos apretones de manos, se despidió del equipo y emprendió el camino de vuelta por el sendero hacia el centro de visitantes. Emilie fue corriendo tras él.

—¿Hola? —saludó ella cuando lo alcanzó.

—Buenas —dijo él mientras seguía andando, aunque a paso un poco más lento, algo que Emilie agradeció.

—No soy del programa. —Respiraba de forma fatigada, pero esbozó una sonrisa y fingió que no estaba a punto de desmayarse por la agitación excesiva—. Me llamo Emilie. Eres Jeremy Cox, ¿verdad?

—Eso dicen. ¿Qué hay?

—¿Podría robarte un minuto de tu tiempo? Prometo no mencionar a Ralph Howell. —Jeremy le lanzó una mirada con lo que parecía un trazo de sonrisa asomando de sus labios. La mirada de ahora era vívida, ya no la tenía perdida, como en la entrevista. Se encogió de hombros.

—Gracias. Ralph no es un personaje público. Siempre le pido a la gente que lo dejen en paz, pero parece que les es imposible.

—Claro, claro —dijo ella asintiendo—. Es como con Stevie y Lindsay. —Jeremy la miró.

—¿Quiénes?

Emilie había echado una carrerilla y se había parado frente a él, lo que lo forzó a él también a detenerse. Emilie se bajó la cremallera de la sudadera para dejar al descubierto la prenda que llevaba debajo, una camiseta *vintage* de un concierto de Fleetwood Mac, la de los

pingüinos con las mangas de béisbol.

—Stevie Nicks y Lindsey Buckingham. Todos quieren que la banda vuelva a juntarse.

—Bonita camiseta —comentó Jeremy. Tenía los ojos avellana, igual que un bosque estival, con árboles de hoja perenne, tierra fértil y una luz dorada. Cuando sonreía o casi sonreía, se le iluminaban. Aquel era Jeremy Cox, por debajo de ese semblante pétreo que daba en televisión.

—Gracias. Stevie Nicks es mi reina y salvadora. —Él arrugó un poco el ceño.

—No es muy de tu época, ¿no?

—Stevie Nicks ha trascendido en el espacio y en el tiempo —respondió ella—. ¿Ha sonado raro? Cuando estoy nerviosa tiendo a hablar demasiado. Bueno, en general. ¿Podrías decir algo raro tú también para que me sintiera mejor?

—He tenido pensamientos impuros sobre Ann Wilson —soltó. A Emilie se le escapó una carcajada como un bufido. Tenía razón, el verdadero Jeremy Cox estaba empezando a asomar por detrás de la fachada inicial. Ya le caía bien.

—¿Ann Wilson, la de la banda Heart? Eso no es raro. Fascinante, pero no raro.

—Lo he intentado —le dijo él, y aunque parecía estar disculpándose, Emilie se pudo dar cuenta de que lo que estaba haciendo era contener la risa.

—En fin, gracias por tu tiempo. Prometo no robarte mucho más, señor Cox.

—Llámame Jeremy. Tú eras Emilie, has dicho, ¿no? —Ella asintió.

—Sí. Soy de Ohio. Antes éramos vecinos. Me refiero a Ohio y a Virginia Occidental, no a nosotros en particular.

—¿Me vas a decir quién se te ha perdido o me vas a hacer adivinarlo? —La pregunta fue brusca, pero no le importó. Ella también quería pasar ya el mal trago.

—Mi hermanastra. Un secuestro.

—¿Ha sido reciente?

—Hace veinte años. Si sirve de algo, ella también era de Virginia Occidental. —Evidentemente, de algo sirvió.

—Lo que sea por una paisana. Vamos a buscar un sitio donde podamos conversar.

Decidieron seguir charlando mientras caminaban por el sendero que llevaba a los otros gigantes del bosque. El camino no era dificultoso, por lo que Emilie por fin pudo recobrar el aliento.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le preguntó a Jeremy.

—Nunca. Es un poco pequeño para que alguien se pierda. Desde aquí se escucha la autopista. —¿Tanto tiempo se había dedicado a la búsqueda y al rescate que valoraba los bosques no solo por su belleza, sino también por lo fácil o complicado que era perderse en ellos?

—Yo estuve a punto de venir este verano —dijo ella, que se había detenido para analizar a Little Elena, la hija de la familia de troles gigantes. La figura se encontraba sentada en el suelo y jugaba con una piedra enorme como si fuera un coche de carreras de juguete—. Mamá y yo teníamos una especie de ritual. Cuando alguien moría, nos adentrábamos en algún bosque. La primera vez fue por un gatito callejero al que había estado alimentando y que atropelló un coche. Lo enterramos en el jardín, pero para mí era insoportable volver a la casa y hacer como que no había pasado nada, ¿sabes a lo que me refiero? Así que mi madre me llevó a un parque estatal y nos pusimos a andar. Anduvimos hasta que estuvimos demasiado

cansadas como para sentirnos tristes. —Emilie comenzó a caminar de nuevo, con Jeremy a su lado—. Mamá murió en junio. Le hubiera gustado ver a los gigantes, así que pensé en venir aquí, pero no pude. Bueno, supongo que esto cuenta.

—A eso lo llamamos «conducta exploratoria» —explicó Jeremy—. Las personas que pierden a alguien suelen acabar caminando kilómetros y kilómetros o conduciendo durante horas. Hay muchas teorías que hablan del porqué. En mi opinión, culpa. Algo fuera de lugar, normalmente. Pensamos en que deberíamos haber sido capaces de evitarlo, pero no podemos. Incluso después de la desaparición, el cuerpo sigue tratando de hacer algo para ayudar, aunque nos sea imposible.

Barrió con la mirada el bosque que tenían alrededor, como si estuviera buscando a algún desaparecido. Quienquiera que fuera, no le encontró y reanudó la marcha. Al poco, llegaron al último gigante del bosque, Mama Loumari, que estaba apoyada en un árbol con la mano posada sobre su barriga de embarazada.

—Bueno, hablemos de lo de tu hermana —dijo Jeremy—. ¿Me has dicho que la secuestraron hace veinte años? ¿Cuántos años tenías tú entonces?

—Tenía tres años cuando pasó, pero me acabo de enterar ahora. Técnicamente está desaparecida, pero la dieron por muerta. Nunca recuperaron el cuerpo. ¿Necesitas apuntar todo esto? —Emilie abrió la cremallera de su mochila y sacó la carpeta que había traído.

—No. ¿Cómo saben que está muerta si nunca encontraron el cuerpo?

—Eso es lo que dice la policía, que en términos legales está fallecida. Además, el cuerpo de su secuestrador apareció dos días después y mi hermana nunca volvió a casa, así que…

—¿Cómo murió el secuestrador? ¿Hay alguna posibilidad de que fuera ella quien lo matara?

—Es bastante desagradable. Sospechan que se resbaló y cayó colina abajo mientras intentaba huir de la escena.

—¿Y qué tiene eso de desagradable?

—Que cuando encontraron el cuerpo, los pájaros le habían arrancado los ojos a picotazos.

—Uf, qué mal —respondió Jeremy con un tono entre impresionado y satisfecho—. Por aquí.

Cuando Emilie empezó a indagar sobre la desaparición de su medio hermana, se topó con el perfil de Jeremy en la revista *Esquire*. El artículo, bajo el título *El patrón de las chicas perdidas*, contaba la increíble historia real de un antiguo desaparecido que se dedicaba a buscar a jóvenes extraviadas. En una de las fotos, Jeremy aparecía posando en una carretera de una reserva con dos adolescentes de la tribu Lakota. Salía de pie, con los brazos cruzados y una camiseta negra, mostrando sus bíceps a la cámara. Las chicas, a su lado, parecían bajitas, pero tenían un aspecto encantador, de orgullo y rebeldía. Un hombre blanco que trabajaba en un oleoducto cercano las había raptado. La policía de la tribu no había logrado dar con ellas y la policía estatal ni se había molestado en buscarlas, con la alegación de que posiblemente se hubieran escapado de casa. Los familiares llamaron a Jeremy y, en cuestión de treinta y ocho horas, él las halló encerradas en la parte trasera de una caravana. Según el artículo, aquellas solo eran dos de las tantas mujeres y chicas a las que había rescatado a lo largo de los años. Así que, quién sino él podría ayudarla.

—Está bien. ¿Cuál es su nombre?

—Shannon, Shannon Katherine Yates. Pero creo que lo primero

que deberías saber es que, bueno, que, en cierto modo, nunca llegué a conocerla —admitió Emilie, aunque fuera lo último que quería contarle.

—Vale. Soy todo oídos.

Empezó su relato con la muerte de su madre en junio debido a un cáncer de mama. Siempre habían estado las dos solas y era algo que les gustaba. Emilie siempre supo que era adoptada. Nunca había sido un secreto, pero su madre le pidió que se mantuviera al margen de las webs de ADN y datos genealógicos, algo que Emilie nunca cuestionó, aunque quizá debería haberlo hecho. Emilie adoraba a su madre y su madre la adoraba a ella. Siempre que le decía que mejor no hiciera esto o lo otro, ella se abstenía de hacerlo. Por lo que nunca buscó a familiares en *Ancestry* o en *23andMe*, al menos no hasta después de la muerte de su madre, cuando la invadió la soledad y salió en busca de una familia.

—Siento lo de tu madre —le dijo Jeremy.

—Gracias. —Habría dicho algo más, pero bastante tenía intentando contar todo aquello sin derramar una lágrima—. Bueno, en fin, que al final me hice una prueba de esas de ADN y…

—¿Mala idea?

—Pues… No me costó entender por qué mamá me había advertido sobre esas páginas.

Emilie siempre había sabido la verdad sobre sus padres biológicos. Nadie sabía quién era su padre y su madre biológica había sido adicta al alcohol y a las drogas antes de morir en un accidente de coche años atrás. A veces había tenido curiosidad sobre su familia de sangre, pero nunca había sentido una especial conexión con ellos; no hasta que supo de su hermana.

—Así que ¿al hacerte la prueba de ADN diste con una medio

hermana? —preguntó Jeremy.

—Los únicos resultados positivos en mi ADN fueron dos primos lejanos y alguien catalogado como «parentesco desconocido o cercano», pero no incluyeron más información ni nadie a quien contactar. Estaba a punto de darme por vencida, cuando recibí un mensaje privado de un detective de homicidios de Virginia Occidental en el que me pedía que lo llamase por teléfono. Pensé que sería una estafa, pero no, resultó ser un detective de verdad que trabajaba en casos sin resolver. Aquel «parentesco desconocido o cercano» era mi medio hermana. Me dijo que querían recabar toda mi información en caso de que alguna vez dieran con su cuerpo, ya que podrían usar mi ADN para identificarla. Yo ni siquiera sabía que tenía una hermana. El mismo día que me enteré de su existencia fue el día que supe que la habían secuestrado y asesinado. —Emilie se peinó el cabello con los dedos—. Para meter mi ADN en aquella página, yo solo tuve que escupir en una probeta. El suyo lo sacaron de la sangre que había en el maletero del coche del secuestrador, donde se desgarró la piel de las manos al tratar de escapar.

—Guau —acertó a decir Jeremy. A Emilie le despertó un orgullo mórbido el haberle arrancado un «guau» con su historia a un hombre con una habilidad casi mística para encontrar a gente desaparecida.

—Lo sé. He dado con algunos recortes de periódicos antiguos y documentos con información sobre su secuestro. —Señaló la carpeta —. Trece años, secuestrada un viernes por un conocido agresor sexual tras bajar del autobús escolar. Al lunes siguiente, encontraron el cuerpo del hombre en el bosque, pero nunca hallaron el suyo. —Respiró profundamente—. Mi madre está enterrada cerca de mi casa. Voy allí a dar un paseo todos los días. Me gustaría enterrar a

Shannon allí también, celebrarle un funeral o algo parecido. Aunque no aparezca nadie más que yo, pero se lo merece. —Emilie ya tenía el grabado de la tumba pensado: «Shannon Katherine Yates. Merecía un mundo mejor que este».

—¿Por qué es tan importante para ti? Porque si la respuesta es que piensas que encontrar su cuerpo te ayudará a lidiar con la muerte de tu madre, te aseguro que estás perdiendo tiempo y dinero.

—Tengo dinero de sobra. En serio, no te culpo por pensar eso. Se muere mi madre y a la semana ya estoy buscando a familiares. Quizás ese fuera el motivo cuando empecé con esto, pero… —Tomó una bocanada de aire—. Cuando hablé por teléfono con aquel policía, lo primero que me dijo fue: «Tenemos que hablar sobre tu hermana». Sé que será una tontería, pero hubo una décima de segundo en la que me puse feliz. Tenía una hermana. Nunca nadie se había referido a mí con ese apelativo. Fue la primera vez desde que mamá murió que sentí algo más allá de una completa soledad. Bueno, a excepción de Fritz.

—¿Quién es Fritz?

—Mi rata mascota. La llamé así en honor a la primera banda de Stevie Nicks. Perdona, era un dato irrelevante.

—Mira, Emilie…

—Porfa, porfa, no me digas que no. Mamá me dejó un montón de dinero, puedo pagarte una buena cantidad. Además, puedo ayudarte. De todas formas, no trabajo.

—No iba a decirte que no. Pero el bosque puede ser un sitio precioso donde descansar —le dijo Jeremy—. Después de veinte años, has de entender que puede que no quede mucho de su cuerpo. —Emilie apreció que no estuviera intentando aprovecharse de su dinero ni darle falsas esperanzas. Aquel gesto le hizo confiar todavía

más en él.

—Antes de que mamá cayera enferma solía trabajar como técnica veterinaria, pero lo dejé para cuidar de ella. Un día, vino un hombre con la ratita que su hija tenía de mascota. Me dijo que se estaba peleando con sus nuevos compañeros de jaula y que quería sacrificarla. Nos negamos. Por la noche, saqué la basura como todos los días. Había tirado a la rata al contenedor. A ver, por lo menos no la mató; pero, aun así, cómo te puedes deshacer de un ser vivo de esa manera, como si fuera basura. Y si alguien lo hace, lo mínimo que podemos hacer es rescatarlos, ¿no? Si no soy capaz de dejar una rata en un contenedor, cómo voy a ser capaz de dejar los restos de mi hermana de trece años en el bosque. ¿Tú podrías? —Al principio, Jeremy se quedó callado, pero después asintió con delicadeza.

—Bueno, enséñame lo que tienes.

—¡Qué alegría! Gracias —dijo Emilie mientras deslizaba la carpeta por la mesa. Jeremy la tomó y empezó a abrirla—. Antes de que la abras, deberías saber algo. Mi hermana desapareció en el bosque estatal de Red Crow. —Levantó la cabeza para mirarla.

—¿En el Crow?

—Sí, cinco años antes de que tú y Ralph Howell…

—Lo siento. No puedo ayudarte.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creo que sabes por qué —le dijo él, tras lo que se levantó.

—Mira, entiendo que estés traumatizado y esas cosas, pero…

—Tengo que abordar un vuelo esta noche. Me encantaría ayudarte, pero no puedo. —Jeremy empezó a caminar.

—Espera —le pidió Emilie, que se levantó tan deprisa que casi tropezó con el banco. Abrió la carpeta que había encima de la mesa de pícnic y le plantó un sobre con fotos sobre la mano—. Esa es ella.

Mírala a los ojos y dile que te da lo mismo lo que le haya pasado. Es lo único que te pido. Llévatelo. —Jeremy introdujo el sobre con delicadeza en el bolsillo de su chaqueta.

—Vete a casa. Deja a tu hermana descansar en paz —respondió él, mientras emprendía de nuevo la marcha de vuelta.

—Si fuera el cuerpo de Ralph Howell el que estuviera en el Red Crow, ¿serías capaz de marcharte como si nada? —gritó Emilie a sus espaldas.

Jeremy se detuvo, pero solo por un segundo, antes de continuar su camino.



CAPÍTULO DOS

Para Emilie, la música era magia, sobre todo la de Stevie Nicks. Desde que tenía uso de razón, la voz rasgada y aterciopelada de Stevie había tenido el poder de calmar su mente nerviosa, hasta en los días más duros. De hecho, desde la muerte de su madre había tenido muchos días de esos. Pero hoy no le estaba funcionando. Tenía la música a toda leche en los auriculares, pero la mente no dejaba de darle vueltas como una peonza. No podía ralentizarla ni pararla.

Emilie se levantó por fin, se vistió y se dirigió al antiguo centro espiritual jesuita, apenas a un par de bloques de su casa. La finca no era demasiado grande, pero tenía buenas vistas al río y allí no había casi nadie la mayor parte del tiempo, a excepción de las pocas semanas al año en que organizaban retiros.

Ese día, Emilie tenía el sitio para ella sola y un agradable tiempo de octubre. Acompañada por la canción *Nightbird*, se paseó por el laberinto del centro. En su cabeza sonaba todo el rato la misma letra,

como si fuera un disco rayado: *Walk away, walk away, walk away…* («Vete, vete, vete…»).

La policía ya había intentado encontrar a su hermana, sin éxito, y se habían rendido. Jeremy era su única y última esperanza, pero le había dicho que no y se había largado.

Al llegar al centro del laberinto, dio la vuelta sobre sus talones y emprendió el camino de regreso hacia el comienzo. El laberinto no era nada del otro mundo, no era más que un círculo hecho de piedra y pintado. En un primer vistazo, parecía que hubiera cientos de líneas, decenas de caminos tortuosos con mil y un giros; pero, en realidad, solo había una línea y un camino. El orden escondido dentro del caos. De ahí que a Emilie le gustara tanto, normalmente; porque pese a que parecía de una complejidad imposible, siempre acababa encontrando su camino ahí dentro. Pero esta vez no era el caso. *Walk away, walk away, walk away…*

¿Por qué era tan importante para ella? Si nunca había conocido a su hermana, que encima llevaba muerta dos décadas. ¿Por qué se complicaba tanto la vida?

Emilie sabía por qué. Todo aquello le sonaba como a un cuento de hadas o algo así. Dos hermanas que nunca se conocen y se crían en diferentes familias, ambas sin saber de la existencia de la otra. Una vive entre lujos con una madre que la adora y con todos sus caprichos servidos en una bandeja de plata. A la otra la secuestra un reconocido agresor sexual de camino a casa al llegar del colegio. ¿Por qué había sido Emilie la afortunada? ¿Por qué le había tocado a ella ser la princesa y no la desamparada?

Habían encontrado restos de sangre de su hermana en el coche de aquel hombre. Había dejado el maletero abollado desde dentro con las patadas coléricas que había dado. Pero había perdido la lucha. ¿A

quién le tocaba ahora pelear por Shannon?

Walk away…

No, irse no era una opción. Lo mínimo que Emilie podía hacer era darle a su hermana un lugar en el que descansar. Qué menos que no dejarla tirada en el bosque.

«Shannon, ayúdame», rezó por lo bajo mientras tomaba una curva en el laberinto con sus zapatillas Vans de color rosa chicle, que desentonaban de forma ridícula con la solemne piedra antigua que tenía bajo sus pies. «Seguiré intentándolo, pero agradecería una ayudita desde el más allá, porque sola no puedo llegar a ti».

Tras un resoplido, se salió del laberinto y levantó la mirada. Jeremy Cox se encontraba de pie en la pendiente, a unos pocos metros.

—¡Jesús! —Emilie se sacó los auriculares y se lo quedó mirando con los ojos como platos.

—Creo que te has equivocado. Pero creo que a ese lo he visto por ahí —dijo él señalando a una estatua de mármol de Jesús que había junto al cobertizo.

—Muy gracioso. ¿No decías que tenías un vuelo?

—Me lo inventé.

—Ah, qué bien. Pensaba que eras un superhéroe.

—Eso dicen. Pero también soy un imbécil. Una cosa no quita la otra. —Emilie se quedó escrutándolo, tratando de decidir si lo que sentía al verlo allí era felicidad, miedo o ambas cosas.

—¿Qué haces aquí? Por tu culpa casi me da un paro cardíaco.

—Si no tuvieras la música reventándote los tímpanos, quizá me habrías escuchado gritar tu nombre. —Sí, definitivamente podía ser un poco imbécil.

—Mi madre biológica consumía drogas cuando estaba embarazada de mí. Eso hizo que fuera una niña muy inquieta cuando era un bebé

y solo la música conseguía calmarme lo suficiente para quedarme dormida. La música de Stevie Nicks es la que mejor me funciona, posiblemente porque Stevie es el hada madrina del *rock* —dijo, tras lo que hizo una pausa para tomar aliento—. Disculpa, puede que eso sobrara. Los médicos dijeron que es probable que las drogas hayan dejado mi cerebro un poco diferente. Según mi profe de séptimo grado, y cito textualmente: «A Emilie le cuesta autocensurarse».

—Pues a mí me parece algo original. —Jeremy echó un vistazo al centro—. ¿Eres católica?

—Yo no soy nada. ¿Y tú?

—Yo soy todo —contestó él.

—La conversación está siendo muy rara. Estoy hecha un manojo de nervios. —Y eso se le quedaba corto. El corazón le iba a mil. No esperaba volver a verlo y, de repente, ahí lo tenía. Pero por debajo de todo ese miedo había esperanza. El hombre no habría venido hasta Ohio y a la diminuta localidad de Milton solo para decirle «hola», ¿no?

—Perdona. —Jeremy se encogió de hombros—. Antes de lo bueno siempre va algo malo.

—¿Hay algo bueno?

—Sí, si me respondes a un par de preguntas.

—Eh, vale.

—¿Por qué no querías que te encontraran?

—¿Qué?

—Sé que suena a pregunta existencialista, pero lo digo en sentido literal. ¿Tenías miedo de que alguien te encontrara? —Emilie no suele quedarse sin palabras, le habrá pasado un par de veces en toda su vida. Esta era la tercera.

—¿Cómo lo sabías?

—Así que llevaba razón, no querías que lo hicieran.

—Soy adoptada y la adopción se llevó a cabo de forma legal, a excepción de que nadie nunca supo quién era mi padre biológico, así que él nunca firmó. A mi madre siempre le preocupó que algún día apareciera de la nada e intentara oponerse a la adopción. A mí nunca me lo dijo, pero cuando tenía cuatro o cinco años la escuché contándoselo a una amiga. De pequeña siempre rezaba para que nadie me encontrara.

—Entonces, tu madre falleció y tú empezaste a sentirte perdida.

—Perdidísima, la verdad. ¿Cómo no iba sentirme así? —Emilie dio un paso al frente, en su dirección. Él tomó una profunda bocanada de aire y después miró al cielo, como si al fin hubiera entendido algún misterio oculto del universo—. ¿Cómo te diste cuenta? De que no quería que me encontrasen, me refiero. —Jeremy ignoró la cuestión y, en su lugar, apuntó a la plataforma de piedra haciendo giros con el dedo para señalar las líneas pintadas en círculo.

—¿Qué es eso?

—Un laberinto —respondió Emilie—. ¿Acaso nunca has visto uno?

—¿Dónde está David Bowie?

—Ja, ja. —Ella estaba atacada de los nervios y él haciendo referencias a películas—. Un laberinto es un viaje espiritual en miniatura. Tomaron el concepto de una peregrinación a Tierra Santa y lo redujeron a esta escala. —Con ambas manos, Emilie hizo como que achicaba el mundo a un tamaño que permitía pasearlo en diez minutos—. Eso es un laberinto.

—Gracias, princesa. —Emilie le clavó la mirada.

—¿Por qué me has llamado «princesa»?

—¿Por qué te molesta?

—Yo no he dicho que me molestara. —En realidad, sí que lo hacía,

pero ella no le había dicho que le molestara, por lo que, técnicamente, no estaba mintiendo. Esperó a que le diera alguna explicación, pero Jeremy no añadió nada, se fue hacia el inicio del laberinto y empezó a caminar por él—. ¿Qué estás haciendo?

—Hacer una peregrinación en miniatura. Otra pregunta. ¿Preparada?

—Dispara.

—¿Qué me dirías si te dijera que a tu hermana la han abducido los extraterrestres?

—¿Crees que a mi hermana la abdujeron los extraterrestres?

—Cómo voy a pensar eso. Pero si lo pensara y te dijera que la abdujeron los extraterrestres, ¿qué me dirías tú?

—Pues que… ¿Adiós, Jeremy? Gracias, pero no.

—Tiene todo el sentido. Siguiente pregunta. ¿Crees en el Cielo o en el Infierno? ¿En otros planos de existencia? ¿En otras realidades? ¿En algo parecido?

—Uf, no lo sé. —Emilie giró tras él, iba tras su lento y sinuoso avance—. ¿Puede que sí? Me cuesta creer que esto es todo lo que hay.

—No es mal comienzo. ¿Y qué me dices de los milagros, resurrecciones y demás?

—No, la verdad es que no.

—¿Por qué no? ¿Es escepticismo o cinismo? —El camino daba una vuelta casi completa antes de rotar de nuevo. Jeremy casi se salió de la línea, pero, con gracia, se recuperó en el último momento, giró sobre sí mismo y siguió adelante.

—Ambas. Mi madre era católica no muy practicante, aunque a veces sí que iba a misa. Cuando la diagnosticaron, el padre John le dio una medalla de Santa Ágata, la patrona de los pacientes de

cáncer de mama. A mi madre le encantó, la llevaba siempre puesta y le rezaba a la santa. Después, se murió. La medalla se perdió, una pena, la verdad. Quería que la enterrasen con ella puesta, pero no pude encontrarla. Pregúntame si quieres cómo me hizo sentir eso. —Se detuvo de nuevo para tomar otra bocanada de aire—. En fin, que mamá era la mejor madre del mundo, sin duda alguna, no había quién le ganara en eso. Y se murió de una forma horrible por una enfermedad horrible con una medalla al cuello que se suponía que la iba a ayudar a curarse. ¿Tú no serías también un cínico o un escéptico? —Jeremy se paró a medio metro de ella, todavía no en el centro, pero casi.

—Intenta pedirle a San Antonio que te ayude a saber dónde está la medalla. Un santo por otro.

—¿Cuál es ese? No me acuerdo.

—El patrón de la gente y las cosas perdidas.

—¿La medalla que llevas es de él? —Emilie se fijó en ese mismo instante en la medalla que colgaba del cuello de Jeremy, igualita a la que su madre había perdido en algún sitio.

—No, es de San Huberto, el patrón de los cazadores. —Jeremy le acercó la medalla para que la viera. Mostraba a un hombre arrodillado frente a un ciervo.

—¿Es porque cazas personas?

—No es mía —se limitó a decir. Se volvió a guardar la cadena bajo la camiseta y después terminó con agilidad el camino del laberinto.

—Bienvenido a la tierra prometida —exclamó ella al llegar al centro. Jeremy sacó del bolsillo de la chaqueta la foto que Emilie le había plantado en las manos el día anterior y la sostuvo frente a ella.

—¿Esta es tu hermana? ¿La que fue secuestrada y supuestamente asesinada hace veinte años?

—Sí, ¿por qué? Espera, ¿cómo que «supuestamente»? —Emilie aguardó al remate final de la broma, pero cuando llegó, dolió más de lo que esperaba.

—Porque a tu hermana no la asesinaron en el bosque.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues… porque la vimos cuando estuvimos perdidos allí.

RINCÓN DEL NARRADOR

Pedro y el lobo



Y aquí está de nuevo vuestro narrador. En algún momento, os preguntaréis por qué Jeremy no da un paso al frente y le cuenta a Emilie todo lo que sabe.

¿Recordáis la antigua fábula de *Pedro y el lobo*? A la segunda mentira, ya nadie le creyó.

Ahora imaginad lo que le habría pasado a Pedro si, en lugar de «lobo» hubiera gritado «hombre lobo».



CAPÍTULO TRES

Emilie necesitaba a su madre. Creía haber entendido lo que era pasar por un duelo —llorar hasta quedarse dormida, pasarse un día casi sin comer y atiborrarse al siguiente, o abrazarse a los cojines del sillón e intentar encontrar en su tela el perfume que todavía quedaba de su madre (Joy, de Jean Patou)—; pero nunca había sentido lo que ahora sentía, una feroz necesidad animal de estar junto a su madre que iba mucho más allá del dolor o las lágrimas. Puede que su hermana siguiera viva. Aquella era la mejor noticia del mundo y siempre que le pasaba algo bueno a la que primero se lo contaba era a su madre. No sabía bien qué hacer con toda la esperanza y la desesperación que embriagaban sus entrañas.

Lo único que hizo fue inclinarse hacia delante y, con las manos puestas sobre boca y nariz, respiró mientras Jeremy la llevaba a casa en su coche, un Subaru Outback. Se reacomodó en el asiento en cuanto aparcaron frente a la casa de dos pisos en la que había vivido desde niña, una construcción al estilo reina Ana que tendría unos

cien años, con un porche delantero que parecía sacado de una postal, un panel de vidrio tintado en la puerta principal y un patio trasero que bajaba hasta el río Little Miami, donde su madre le había enseñado a hacer cabrillas.

—Bonita casa —dijo Jeremy mientras aparcaba junto al bordillo.

—Lo sé. La odio. —Emilie no salió del coche. Nunca tenía prisa por volver a la casa vacía.

—¿En serio?

—Antes no la odiaba, pero empecé a hacerlo cuando me enteré de que tenía una hermana que había crecido en un parque de caravanas en Virginia Occidental. Habré parecido una arrogante al decir eso, pero no. Solo lo digo porque ojalá ella lo hubiera tenido tan fácil como yo.

—Tú no tienes la culpa de haber caído en mejores manos.

Emilie se quedó observando la casa que, en su momento, había sido el paraíso para ella. Nunca había querido irse. Todos sus amigos querían largarse a California a estudiar o a Florida, Texas, Inglaterra o cualquier otro sitio que no fuera Ohio. Si su madre siguiera viva, Emilie se habría quedado para siempre en la casa sin sentir que le faltaba de nada. Ahora no era más que un elegante cobertizo repleto de recuerdos. Pero si tuviera una hermana y si esta necesitara una casa…

—¿Está viviendo sola en el bosque, como una ermitaña?

—Sal —le dijo Jeremy.

Salió del coche y lo condujo a la puerta principal. ¿De verdad iba a invitar a un extraño —muy extraño, por cierto— a su casa? No estaba acostumbrada a hacer ese tipo de cosas, ni siquiera en Milton. ¿Sería una mala idea? Puede. Pero merecía la pena si con ello tenía alguna oportunidad de saber si su hermana seguía por ahí y de

poder encontrarla, de encontrar a su hermana igual que él había encontrado…

Al llegar a la puerta, con la llave ya fuera, se detuvo y se dio media vuelta. Jeremy estaba esperando con la espalda apoyada sobre una de las columnas del porche.

—¿Cómo has dado conmigo? No llegué a darte mi dirección, ¿no? —le preguntó ella. Él se la quedó mirando y arqueó tanto la ceja que casi le rozaba con el nacimiento del pelo—. Bueno, claro. Te dedicas a esto.

—A esto me dedico.

—Me das un poco de yuyu, pero te voy a dejar entrar a mi casa igualmente. Si es que me vas a matar, no me hagas sufrir, dame óxido nitroso o algo por el estilo antes.

—Podemos quedarnos en el porche si lo prefieres.

—No, no. Me la voy a jugar y voy a confiar en ti.

—Ven, déjame ayudarte. —Jeremy levantó la mano para que se callase y después cerró los ojos. Hipnotizada, Emilie observó cómo movía los labios, como si estuviera rezando en silencio. No estaba segura del tiempo que pasó así, pero fue lo suficiente como para que una fresca brisa otoñal barriera la calle y esparciera hojas naranjas y doradas por todo su jardín.

—¿Jeremy?

—La medalla de Santa Ágata de tu madre está bajo su lecho de muerte.

—¿Perdón? —Jeremy le sostuvo la mirada.

—Ve y compruébalo.

—Ya busqué debajo de la cama.

—Ve y compruébalo de nuevo. Puede que se quedara bajo el colchón o algo así. Yo espero aquí. Puedes echar el cerrojo si quieres,

no me lo voy a tomar a mal.

—Te estás comportando de forma rara.

—Lo sé, pero también llevo razón.

¿Acaso tenía algo que perder? Emilie abrió la puerta y se adentró en la casa. Sin encender las luces siquiera se dirigió directamente a la antigua oficina de su madre, que se había convertido en su habitación desde que le habían traído la cama de hospital. El colchón estaba sin sábanas y toda la estancia apestaba a desinfectante y lejía.

Emilie ya había registrado la cama en busca de la medalla de Santa Ágata. Recuerda haber rebuscado entre las mantas después de que los de la funeraria se hubieran llevado el cuerpo. De nuevo, introdujo las manos en los huecos que había entre la cama y el colchón. Nada. Le habría gustado de veras que el colgante estuviera allí, porque si era capaz de encontrar milagrosamente el collar de su madre, quién dice que no sería capaz de hacer lo mismo con su hermana.

En la alfombra no había nada y debajo tampoco. Pero entonces… Entonces… La luz tardía y otoñal se coló en la habitación y, debajo de la cama, algo centelleó. Emilie se tumbó boca abajo y se giró sobre su espalda, en una posición que recordaba a la de un mecánico que se dispone a cambiar el aceite de un coche. Allí estaba. Tal como Jeremy le había sugerido, el colgante de plata del collar de su madre se había quedado enganchado en uno de los listones de la cama.

Emilie lo sostuvo en la palma de la mano, con el resto del cuerpo temblándole. ¿Puede que Jeremy lo hubiera puesto ahí? A nadie más que a él le había contado que lo había perdido, pero, aun así, eso habría sido hacía unos diez minutos. No, había dejado la casa bien cerrada. Salió al porche y le mostró el colgante.

—¿Cómo…?

—Ha sido suerte —respondió él. Jeremy le tendió la mano y ella le dejó el collar. Le hizo un gesto para que se diera la vuelta, tras lo que ella se giró y dejó que se lo colgara al cuello—. Pero podría decirse que yo tengo más suerte de lo normal.

—Nadie tiene tanta suerte.

—¿Confías ahora en mí? —Con el colgante de vuelta, era como si tuviera la bendición de su madre.

—Estoy empezando a hacerlo —confesó Emilie—. Puedes entrar. ¿Quieres café?

—Más que nada en este mundo.



Emilie lo dejó en el salón y se fue a la cocina. Mientras se filtraba el café, volvió a donde había dejado a su invitado, que se estaba quitando la chaqueta y observaba a través de las barras de la enorme jaula de cuatro pisos de su rata, repleta de juguetes, laberintos y hasta un castillito.

—El alquiler de esta jaula en Brooklyn costaría dos mil al mes —soltó Jeremy mientras arrojaba su chaqueta sobre el respaldo del sillón.

—No es una jaula. Es el santuario de Fritz.

—¿Crees que las ratas de cloaca están resentidas por el uno por ciento de sus congéneres que viven en castillos?

—En la clínica veterinaria, siempre decíamos lo mismo: «No puedes salvarlos a todos, pero hoy salvaremos a uno». Es lo que nos ayudaba a sobrellevar los días difíciles. —Jeremy asintió.

—Buena reflexión. Excelente, de hecho —señaló él. Emilie abrió la puertecita y Fritz, blanco con manchas grises, corrió hacia su mano y

le trepó por la manga hasta el hombro.

—No te darán miedo las ratas, ¿no?

—Solo las que van a dos patas. —Jeremy estiró la mano para acariciar a Fritz, pero el animalito lo tomó como una invitación y le trepó a la palma—. Hola, Fritz —saludó, con un tono más serio que un juez.

Emilie no le quitaba ojo para asegurarse de que no hiriera sin querer a su mascota, pero Jeremy no lo hacía nada mal; la sostuvo con una mano junto a su pecho y con la otra la acariciaba. A Emilie no le parecía de fiar la gente a la que no le gustaba su rata, pero, hasta ahora, Jeremy Cox estaba pasando la prueba de Fritz.

—Le gustas —reconoció ella.

—¿Cómo lo sabes? —La mitad de un cordón de su sudadera cayó al suelo. Esperaba que no fuese cara.

—Acaba de mordisquear el cordón de tu sudadera en vez de tu dedo. Conmigo son dos cables de cargador por semana.

—¿Qué es todo eso? —Jeremy apuntó con la cabeza en dirección a la pila de libros que había sobre la repisa de la chimenea, en cuyos títulos se leía: *¿Te atreves? Manual para encontrar tu valentía*, *Cada día más valiente*, *El manual del poder interior*, *El cordero que se convirtió en león*, etc.

—Ah, tengo que devolver algunos a la biblioteca. Supongo que he estado intentando encontrarme a mí misma tras la muerte de mi madre. —Con la nariz de Fritz como puntero, Jeremy fue contando todos los libros. En total, siete.

—¿Encontrarte a ti misma? ¿Cuántos «tú» se te han perdido? —Emilie lo fulminó con la mirada.

—Ayer me sentí mal cuando mencioné a Ralph Howell tras haberte jurado que no lo haría. Ya no me siento tan mal.

—No deberías.

—Bien. Devuélveme a mi rata.

—Chao, Fritz —se despidió, soltándola un poco a regañadientes, de lo que Emilie se percató—. Necesito ver toda la información que tienes sobre Shannon.

—Está todo en el comedor. Voy a por el café.

Emilie fue a la cocina y sacó dos grandes tazas blancas del armario. Mientras le echaba leche y azúcar a la suya, escuchó música de piano. Música de piano en directo.

En casa tenían un antiguo piano vertical, pero Emilie casi nunca se acordaba de que estaba allí. Su madre había hecho de él una segunda repisa, perfecto para poner jarrones con flores y marcos de fotografías. Jeremy había abierto la tapa del piano y se había puesto a tocar unas cuantas notas sueltas de una pieza que ella no reconoció. A Emilie le sonó como a una tormenta de primavera, en la que los sauces se mecen con el viento, las nubes corretean por el cielo y la tierra bebe con avidez la lluvia gris oscura. Los dedos de Jeremy se detuvieron sobre las teclas y entonces levantó la mirada para encontrarse con Emilie, que lo observaba de pie desde la puerta.

—Tienes el piano desafinado.

—Ninguna de las dos lo tocábamos. Era de la abuela. Se te da bien.

—En comparación con mi madre, a mí se me da de pena. Ella fue pianista de formación clásica. Hacía conciertos y todo. Fue profesora de música en la Universidad de Virginia Occidental. Nunca tuve que limpiar mi habitación o lavar los platos, lo único que mi madre me pedía era que sacara buenas notas y que practicase piano una hora al día.

—¿Madre soltera?

—Eso es.

—Igual que la mía. —Emilie le pasó la otra taza y entre ambos hicieron un brindis en honor a las mujeres que los habían mimado en demasía.

—Entonces, encuentras a chicas desaparecidas, tocas el piano y adivinas dónde se meten los colgantes perdidos. Ehh, ¿algo más que deba saber? ¿Eres gimnasta olímpico? ¿Te coses tú la ropa? ¿Haces *parkour*?

—Monto a caballo, sé pelear con una espada y soy más o menos bueno en tiro con arco.

—Lucha con espada. Vale. Surrealista.

—Tuve una infancia singular —se limitó a decir él.

—Ya lo veo.

—¿Y la carpeta de Shannon?

—Eso, eso. —Todavía impresionada, se acercó al aparador y abrió las puertas frontales, donde guardaba la carpeta de su hermana y una gran caja archivadora. Lo llevó todo a la mesa y dispuso el contenido sobre ella.

Jeremy tomó la carpeta que Emilie había improvisado con las copias del expediente policial de su hermana y los artículos de prensa que había conseguido de la biblioteca. El detective con el que había hablado le había enviado hasta copias de las fotografías de su hermana. Ignoró los informes policiales, pero extendió las fotos en la mesa, frente a sí.

—Ojalá me pareciese a ella —dijo Emilie, inclinada sobre el hombro de Jeremy—. Seremos de la misma madre, pero la nariz bonita se la llevó ella. —Señaló una de las fotografías en la que Shannon aparecía junto a otra niña delante de una cortina roja sujetando unos trofeos pequeños—. Matrícula de honor en séptimo grado. Sacó sobresalientes en todas las asignaturas y le dieron un

trofeo. Yo nunca saqué sobresaliente en todo. A mi madre le daban un poco igual las notas.

—La verdad es que te pareces un poco a ella. No me había fijado hasta que… —Lo que quiera que fuera a decir Jeremy decidió guardárselo.

—¿Cómo es ella? ¿Podrías describírmela?

—Si empiezo a hablar de tu hermana, es la historia de nunca acabar. —Dejó la fotografía en la mesa y escogió otra en la que su hermana salía vestida para una obra del colegio. Iba de algo así como de reina otoñal, con un traje rojo y una corona de astas—. Conque tú eres su hermana.

—Hermanita, supongo. Me había hecho a la idea de que la pequeña era ella, por sus eternos trece años, pero, en realidad, es diez años mayor que yo. Si estuviera viva, me refiero. En tal caso, tendría treinta y tres. —Emilie le quitó la tapa a la caja archivadora —. El detective me puso en contacto con una amiga del colegio de mi hermana. La chica se había quedado con muchas de las cosas de Shannon con la esperanza de que algún día volviera. Cuando le dije que era su hermana, me envió todo lo que tenía. —Jeremy comenzó a sacar cosas de la caja. Lo hizo con cuidado y con respeto, pero Emilie se percató de que las manos le temblaban—. ¿Jeremy?

—Estoy bien —contestó él.

Dudó de su respuesta, pero no la rebatió y dejó que sacara el resto de las pertenencias de su hermana sobre la mesa. La caja contenía todo lo que podía esperarse de una soñadora niña de trece años: novelas de fantasía —*El último unicornio*, *El Hobbit*, *Vencer al dragón*, *El cuervo mecánico*—, un caballo de juguete de plástico de color negro con manchas pintadas de gris y blanco y una melena ondeante, una piedra lunar pulida metida en una bolsita de terciopelo —algo que

puede que comprase en la tienda de algún museo— y cintas antiguas en VHS con las típicas etiquetas de mercadillo con el precio: *La princesa prometida*, *Matilda*, *Mulán*, *Robin Hood: El príncipe de los ladrones*, *La historia interminable*, etcétera.

Fritz se salió de la sudadera, se deslizó por el brazo de Emilie y se encaramó a la pila de libros y demás objetos. Intentó subirse al caballo de juguete, pero lo único que consiguió fue derribarlo.

—Se te parte un poquito el corazón al ver esto —dijo Emilie mientras acariciaba con cariño a Fritz—. Era su pequeño cofre del tesoro: una roca, un juguete, unas cuantas cintas viejas de cincuenta centavos de algún mercadillo, la morralla desgastada de alguna biblioteca…

Pasó los dedos por las cubiertas ajadas de los libros de Shannon de *Las crónicas de Narnia*, sujetos con unas viejas gomas de plástico. Sabía que la colección constaba de siete volúmenes, pero Emilie solo pudo contar seis. Dentro de uno de los ejemplares había una nota que decía lo siguiente:

Descartar, falta un libro.

Su hermana había conseguido la colección gratis porque uno de los libros se había perdido. Entretanto, Emilie había tenido la serie completa en ediciones de preciosas cubiertas y lo peor es que nunca se los había leído. En algún momento, su madre se los había regalado al hijo de algún vecino.

—Falta uno.

—*La silla de plata* —dijo Jeremy tras echar un vistazo rápido y somero. Emilie soltó una carcajada.

—¿Te sabes los títulos de memoria?

—C. S. Lewis escribió estos libros en Oxford. Yo nací en Oxford. Mis padres se conocieron cuando estudiaban en Oxford. Viví en Oxford. Fui a Oxford. Así que sí, me sé los títulos de memoria —respondió como si le hubiera molestado que le cuestionara su profundo conocimiento ancestral sobre Narnia—. ¿Qué es eso?

Jeremy desenrolló una cartulina llena de fotos que Shannon había recortado de revistas. Había una página con hadas y elfos, una con tigres y gatos monteses, puertas sin paredes situadas en medio de extraños desiertos, gigantes, duendes, reinas, princesas, caballeros, arqueros, chicas con espadas, valquirias, chicos perdidos, zorros de color ceniza, barcos dragón en ríos de colores. En la parte superior de la cartulina, en letra cursiva de niña, podía leerse: DONDE ESTARÉ EN DIEZ AÑOS.

—Es un proyecto que le mandó el orientador, me parece. Por detrás le escribió que se suponía que tenía que hacer un *collage* del trabajo que le gustaría tener en diez años, no inventar un mundo de fantasía en el que vivir. Le puso un notable bajo por no haber entendido la tarea. Vaya imbécil. —Daba la impresión de que Shannon había intentado hacerlo según las directrices, pero había abandonado rápido aquel propósito. En la esquina de abajo había un dibujo hecho a lápiz de una niña diminuta sentada ante un escritorio. ¿Quién no preferiría ser una reina que tener un trabajo de oficina?

—Shannon entendió la tarea —dijo Jeremy, más para sí mismo que para Emilie. Acarició los recortes de revista (los extraños bosques cubiertos de musgo, los círculos de hadas, los animales míticos) casi con afecto, como si se tratara de fotos familiares y no del antiguo proyecto escolar de una niña.

—Mira esto —advirtió Emilie y sacó un folio de papel—. En este

trabajo de Lengua le pusieron un nueve.

LA REINA SIN NOMBRE

Por Shannon K. Yates

Érase una vez en un mundo escondido,
una chica sin nombre que cambió su destino.
Se alzó como reina en tierras de encanto,
de magia ligera y misterio alto.
Con tigres y ogros, hadas y espectros,
lobos, hechiceros y cantos eternos.
Chicas valientes con gloria y espadas,
príncipes nobles, batallas soñadas.
Buscaban una princesa… al fin apareció,
la más sola de todas, se le coronó.
Y así va la historia que el viento llevó
de la reina sin nombre que ya nombre tomó.

—Matrículas de honor, escribía poesía, ganaba premios, estaba en el grupo de teatro del colegio —señaló Emily—. Quién sabe a dónde habría llegado en la vida, lo que habría conseguido… Hasta que un día la agarró un monstruo por pura casualidad y toda su historia se esfumó así como así, para siempre. —Jeremy no parecía estar escuchándola. Volvió a leer el poema, ojeó las fotos del *collage* y registró la caja en busca de algo más.

—¿Esto es todo?

—Nunca encontraron su mochila, así que sí. ¿Estás bien? —Jeremy soltó la caja.

—Perdona. Estoy en plena crisis. No me hagas caso. —De pronto, él apoyó muy tenso la espalda en el asiento y se pasó las manos por

el pelo, echándoselo para atrás. Respiró a través de sus dedos, con los ojos colorados, como si estuviera conteniendo el llanto.

—¿Jeremy?

Recostó la cabeza y se echó a reír. Reía como si hubiera ganado la lotería o, mejor, como si hubiera conquistado el corazón del amor de su vida, o, mejor aún, como si el médico le acabara de decir que se habían equivocado y que, al final, tenía por delante una vida plena. Emilie no había escuchado hasta ese día una risa más bonita que aquella. En cuestión de un segundo, tan rápido que a ella se le escapó un grito ahogado, Jeremy le tomó la mano, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Gracias —le soltó. Ya no reía.

—¿Por qué?

—Por haberme buscado —dijo él.

—Vale, me estás asustando.

—Bien.

—¿Bien? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no hay forma de atraerla hasta aquí. Somos nosotros los que tenemos que ir a ella.

—Entonces, ¿está viva? ¿Puedes asegurarme eso?

—Sí, creo que sí. Y en estas cosas suelo llevar razón. —Emilie volvió a sentarse en su silla.

—Está viva. Está viva de verdad —afirmó ella. Jeremy asintió—. ¿En el bosque? ¿Es ahí donde está? ¿En el bosque estatal de Red Crow? —preguntó Emilie.

—Allí la encontraremos.

—Vale, vale. —Emilie se puso en pie y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa—. Me parece… Ehh, creo que podré lidiar con ello. Quizá…

—Claro que puedes. —Era lo que necesitaba escuchar.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que ir a casa —dijo Jeremy.

—¿A casa? ¿A Oxford?

—A casa, a Virginia Occidental, a por Rafe. Sin Rafe no podremos encontrarla.

—¿Rafe? ¿Quién es ese o esa?

—Ralph Howell —aclaró Jeremy, que había pronunciado el nombre como si le infligiera un dolor físico.

—¿Le llamas Rafe?

—Es una vieja broma. Los pijos británicos lo pronuncian así, «Reif».

—Vale. ¿Entonces, Rafe sabe dónde se esconde Shannon?

—A ver, lo primero, no está escondida. Y no, Rafe no tiene ni idea de dónde está. Ni siquiera se acuerda de nada de lo que pasó cuando desaparecimos.

—¿Y cómo diantres nos va a ayudar? —exclamó Emilie en un tono irritado.

—Porque es Rafe y eso es lo que hace siempre, ayudar. —Jeremy ya estaba de pie dirigiéndose a la puerta principal y Emilie fue tras él —. Tengo que irme y…

—Vale, vamos a por Rafe y a encontrar a mi hermana. —Él se apoyó en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Las cosas no son tan sencillas. No soy precisamente su persona favorita. Diría hasta que me tiene un poquito de resquemor. He de reconocer que entiendo su razonamiento, aunque discrepo de la conclusión a la que ha llegado.

—Pues hablaré yo con él.

—De eso nada. —Jeremy sacudió la cabeza con vehemencia en un

gesto de negación—. Rafe no es apto para consumo humano.

—Solo quiero conocerlo, no me lo voy a comer. Si te odia, tal vez yo tenga más suerte con él. Piénsalo. —Jeremy señaló con el pulgar la pila de libros que había en la repisa.

—Los libros para ser más valiente te están funcionando, princesa. Deberías renovarlos. —Emilie lo fulminó con la mirada—. Mira, las cosas entre Rafe y yo son complicadas, es un tema delicado. Déjamelo a mí.

—Solo quiero encontrar a mi hermana. No necesito que me protejas de…

—No estoy intentando protegerte a ti. Estoy intentando protegerlo a él.

—Jeremy, estamos hablando de mi hermana. —Por fin, esto hizo que él entrara en razón.

—Está bien —accedió—. Primero hablaré con él a solas. Si no consigo nada, te lo dejo a ti. —Emilie soltó un fuerte suspiro.

—Gracias.

—Te lo advierto, a partir de ahora se vienen cosas muy raras. —Emilie rio con sorna.

—¿A partir de ahora?

RINCÓN DEL NARRADOR

El Santo Grial



Ha llegado el momento de conocer a nuestro héroe. Bueno, de encontrárnoslo de nuevo, en realidad. La última vez que vimos a Rafe tenía quince años y estaba medio inconsciente. Probablemente, su personaje no os haya llamado mucho la atención, pero se trata de nuestro héroe y, como bien decía la receta, es un héroe inesperado.

Respecto a los héroes, el conocido profesor Joseph Campbell, que estudió los cuentos de hadas y el folclore en la literatura de todo el mundo, dijo una vez: «El viaje del héroe tiene que ver con el coraje de buscar en lo más profundo, es la imagen del renacimiento creativo, el ciclo eterno del cambio en nuestro interior, el inquietante descubrimiento de que el buscador es el misterio que el buscador trata de conocer».

En otras palabras, un héroe que se embarca en la búsqueda del Santo Grial no está buscando el Santo Grial. Lo que trata el héroe es de encontrarse a sí mismo y la única forma de hallar su verdadero yo es emprendiendo un viaje, enfrentándose a pruebas y desafíos hasta saber si es un héroe de verdad o solo en apariencia.

Y he ahí la razón de que en el mundo haya más de un Santo Grial, no porque el mundo los necesite, sino porque necesita héroes.

¡Ah! Jeremy tenía razón. A partir de ahora, las cosas se van a poner muy

raras. ¿Preparados?



CAPÍTULO CUATRO

Media hora antes de que saliera el sol en Starcross Hill, Rafe ya estaba cazando en el bosque. El cielo apenas estaba cambiando el negro por el rosa, pero él se conocía el bosque al dedillo y no necesitaba mucha luz para subir a lo alto de la colina. En el bosque había intrusos y era a ellos a quienes cazaba.

El camino más corto a la zona alta era también el más escarpado, tanto que en algunos tramos era como escalar una pared. En la fresca humedad del amanecer, la camiseta gris de Rafe estaba empapada en sudor. Se detuvo bajo un abeto para descansar y recuperar el aliento.

En una azalea cercana, un petirrojo se despertó y comenzó a cantar. Rafe lo atisbó en una de las ramas bajas. Tenía el pecho de un color rojo chillón y exhibía una extraña pluma blanca en el ala. Rafe siempre prestaba atención a los pájaros, eran ellos quienes le avisaban de la presencia de intrusos. El día anterior, había salido para hacer su excursión habitual, en la que escalaba hasta la Queen's Tower Rock, desde donde podía contemplar toda Starcross Hill.

Realizaba aquella caminata todos los días y los animales hacía ya tiempo que lo habían aceptado como parte del paisaje. Podía sentarse a la sombra junto al riachuelo argénteo que serpenteaba colina abajo y al que los ciervos se acercaban a metro y medio de él para beber agua, sin apenas pestañear ante su presencia. En las sendas salvajes, los coyotes le pasaban a toda prisa por el costado y los pajarillos seguían canturreando cuando cruzaba por debajo de sus ramas.

A excepción del día anterior, cuando el silencio de los pájaros le pareció sospechoso. Arriba, en la Queen's Tower Rock, echó un vistazo a través de sus prismáticos y divisó marcas de neumáticos en el camino forestal vecino. Cazadores furtivos. Y hoy estaban de vuelta.

Cuando recuperó el aliento, emprendió camino de nuevo. La melodía del petirrojo pasó a ser de repente un fuerte chillido. Rafe se quedó petrificado. Tras esto, escuchó el suave susurro de las hojas. Sus ojos, acostumbrados a la poca luz, se toparon con una víbora ratonera de casi dos metros de largo que atravesó el camino a toda velocidad y desapareció entre el follaje. Estuvo a punto de pisarla. «Gracias, chico», le susurró al petirrojo. Después, continuó caminando, repitiéndose a sí mismo: *Más arriba y más adentro*, que era lo que siempre le decía Jeremy cuando se iban de excursión, aunque no recordaba de dónde había sacado eso.

Los primeros rayos rojo sangre del sol empezaban a deslizarse sobre la cima cuando Rafe llegó al límite occidental de Starcross Hill. Aparcada en una curva del camino forestal había una resplandeciente Dodge Ram negra tan nueva que todavía llevaba puestas las placas del concesionario. Se encontraba a solo unos seis metros de uno de los cientos de carteles que indicaban PROHIBIDO EL

PASO. PROPIEDAD PRIVADA. El conductor de la camioneta no estaba a la vista y en la caja del vehículo vio unas cuantas cajas con municiones. Eran balas para osos.

Rafe sacó una flecha de su carcaj, tentado a destrozarles los neumáticos; pero, entonces, se le ocurrió algo mejor.

Había tres pares de pisadas que desaparecían en el bosque. Las siguió hasta que dejó de necesitarlas como guía. El hedor lo condujo hasta el foso con cebos que los cazadores furtivos habían llenado de rosquillas rancias y vísceras de pescado. Se quedó entre las sombras, pero incluso a una distancia de diez metros el olor a carne podrida casi le hizo vomitar.

Recorrió un amplio perímetro escudriñando el bosque hasta que divisó dos puestos de caza tras un roble caído, cuyo tronco estaba cubierto de musgo verde y velloso. Fuera de los puestos y cargados con rifles, había tres hombres con ropa de camuflaje de pies a cabeza. Los cazadores entraron en los puestos. Los cañones negros de los rifles centelleaban a la luz del alba.

Con toda la discreción que pudo, Rafe aflojó dos bombas de gas que llevaba en el bolsillo. Mientras se aproximaba con sigilo a los puestos, un oso negro se acercó a trompicones al foso con los cebos. A su lado trotaban dos oseznos de unos ocho meses. Rafe chasqueó un encendedor y prendió las mechas de las bombas de humo. Lanzó una a cada puesto y echó a correr.

Se oyó un disparo, pero la bala no dio en el blanco y chocó con una roca caliza, lo que hizo volar la pólvora y provocó el rugido de los osos, que corrieron bosque adentro. Los tres cazadores salieron apresurados de los escondites tosiendo y haciendo arcadas. Las lágrimas les resbalaban por las mejillas.

—¡Pero qué puñetas! —exclamó uno y gritó de nuevo. Otro de

ellos tropezó con uno de los puestos y cayó sobre él. El tercero tiró el rifle sobre una roca y este se disparó. A alguno de ellos le iba a dar algo con tanto caos. Rafe salió de entre las sombras, sacó una flecha del carcaj y, con agilidad, disparó hacia el suelo, en dirección a sus pies. El primer hombre pegó un brinco hacia atrás y giró sobre sí mismo con agresividad—. Por aquí hay alguien más. ¡Vamos, vamos!

Los tres cazadores cruzaron el bosque a toda prisa hacia la camioneta. Rafe los siguió a una distancia prudente. Entre maldiciones y presa del pánico, arrojaron sus armas a la caja y luego se subieron uno por encima del otro, intentando meterse a la cabina. Se escuchó el grito de uno de ellos al ver el enorme cartel de Prohibido el paso colocado detrás del volante, que les impedía el acceso al interior. Rafe sonrió con aire burlón.

El hombre lo arrancó, lo tiró al suelo y se metió al vehículo. La camioneta dio un giro tan brusco que casi se estampan contra un árbol. Rafe sacó otra flecha y la lanzó a la puerta del pasajero, y después lanzó otra a la caja. La tercera se clavó profundamente en el parachoques, justo en el centro de la matrícula provisional de papel, en el agujero de la letra «D» mayúscula.

Con el bosque para él solito de nuevo, Rafe se giró y se dirigió otra vez a los puestos de caza abandonados. Llevaba a la espalda su arco y su carcaj cuando se puso a recoger las bombas de humo y las metió en una botella de agua que se había dejado uno de los cazadores.

El humo hizo que le llorasen los ojos y el olor era tan punzante que se tuvo que adentrar en el bosque. La madre osa reapareció de la nada. Se puso a dos patas, con las delanteras levantadas, y soltó un rugido. El instinto le estaba gritando que saliera pitando, pero algo mucho más ancestral que el instinto, el recuerdo de un tiempo previo al miedo, hizo que Rafe se quedase en el sitio. Levantó los brazos por

encima de la cabeza para ganar altura y rugió más fuerte si cabe. Fue un grito primitivo destinado a salvarlos a ambos. Un oso que atacara a un humano se convertiría en blanco de caza y lo acabarían matando, y los oseznos se quedarían sin madre antes del invierno.

La mamá osa se apaciguó y volvió a ponerse a cuatro patas. Rafe esperaba que se diera la vuelta o que echase a correr, pero allí se quedó, mirándolo fijamente con esos ojos oscuros y resplandecientes. Después, inclinó noblemente la cabeza, como un plebeyo haría con su rey. Qué más podía hacer él sino inclinar la suya, a modo de aceptación del saludo; aunque no entendía muy bien el porqué, solo que era su deber.

La osa se giró y echó a trotar para reunirse con sus crías. Rafe la observó mientras se iba, con el pánico todavía metido en el cuerpo. Echó a correr colina abajo, por el entramado de árboles, raíces y piedras. Se deslizó de espaldas por una pendiente abrupta y empinada y bajó por un barranco hasta llegar al lecho de un arroyo fangoso, para subir por el otro lado.

Por fin llegó a las píceas rojas del recodo y cayó rendido junto a la azalea junto a la que había descansado antes. Respiraba fuerte para recuperar el aliento. Quizá lo único que necesitara fuera dormir. La privación del sueño hacía que la gente viera cosas. Eso había sido todo. Los osos no hacen reverencias y, si las hicieran, por qué iban a hacérselas a él.

Descansa, solo necesitas descansar, se ordenó a sí mismo mientras se sentaba en el suelo y reposaba la espalda contra el tronco del árbol. A solo unos metros, su pequeño petirrojo con la extraña pluma blanca en el ala picoteó de las hojas, en busca de desayuno. Después podría llevarle algún gusano o semillas como agradecimiento por haberle advertido de la víbora que había en su camino. A Rafe

siempre le habían gustado los pájaros y a ellos parecía gustarles Rafe, nunca echaban a volar cuando pasaba junto a sus nidos.

El petirrojo sacudió las plumas y se dio un baño de polvo. Rafe comenzó a bajar por el sendero en dirección a su cabaña y del cielo descendió un gavilán como si se tratara de una bomba.

«¡Mierda!», clamó Rafe, y el grito espantó al pájaro, que huyó con las garras vacías. Aterrado y condolido, el petirrojo se puso a dar vueltas en círculos, incapaz de volar. El ala en la que tenía la pluma blanca estaba doblada. No cabía duda, se le había roto.

Rafe tenía claro lo que había que hacer, lo que debía hacer: agarrar al pájaro y retorcerle el pescuezo. Fin. Pero era incapaz. En su lugar, se sacó uno de los viejos pañuelos de su padre del bolsillo trasero. Con cuidado de no dañar más el ala rota, acurrucó al pajarito entre sus manos y le plegó el ala que estaba bien junto al cuerpo. La extremidad fracturada le colgaba inerte.

«Mierda, mierda, mierda», soltó Rafe. Esto había sido culpa de él por haber asustado al gavilán. No quería que se comiera al petirrojo, pero sabía de sobra que en el bosque era mejor no tomar partido. Había hecho que un busardo colirrojo se quedase sin desayuno y que muy probablemente un petirrojo muriera para nada.

Recorrió el resto del camino hasta su cabaña trotando, con el pájaro envuelto contra su pecho y dándole caricias. ¿Qué podía hacer? ¿Llevar al petirrojo al centro de aves de Morgantown? ¿Sobreviviría al viaje?

Al llegar a la casa, empujó la puerta mosquitera con el codo. Se acurrucó al pájaro contra el pecho. Su cálido cuerpecito batía en su mano como si se tratara de un corazón. Rafe lanzó al sillón el arco y el carcaj. Con la mano que tenía libre, abrió la puerta del armario, sacó una caja de zapatos y tiró al suelo su contenido, decenas de

postales. Se la llevó a la cocina y allí agarró un trapo limpio en el que, con cautela, envolvió al pájaro para después dejarlo en la caja.

Todavía estaba vivo. Los ojos negros como dos canicas del petirrojo brillaban salvajes. Era un milagro que no hubiera muerto del susto. El pañuelo estaba lleno de pintas de sangre; las garras del gavilán le habían dejado heridas punzantes. Rafe se susurró a sí mismo y al pájaro: «No te me mueras, ¿vale? Vas a volver a volar», mientras le ponía la tapa a la caja. El petirrojo silbó una nota corta y esperanzadora.

Con la caja entre sus manos, agarrada bien firme, salió a la entrada, pero se detuvo al oír en la distancia el ruido de unos neumáticos. El camino a la cabaña era de gravilla, por lo que se podía percibir a kilómetros el chirriante y atronador sonido de un coche. Su madre no era, siempre avisaba antes de venir. ¿Sería la poli, por haber atormentado a los cazadores? No, aquello no era un coche de policía, sino un todoterreno gris.

Se dirigió hasta el principio del camino con la caja y contempló la carretera desde lo alto de su montaña. El coche serpenteó sin prisas por las eses del sendero mientras la mañana se abría paso sobre la cima de Starcross Hill y el cielo rosado y grisáceo se convertía en azul. Aparecía en una curva, para desaparecer al cerrarse esta y volver a aparecer en la siguiente.

Cuando el coche estaba ya cerca, Rafe retrocedió, se retiró hasta su porche y se quedó allí esperando. El motor se apagó. El coche no le resultaba familiar, pero el conductor sí. Lo hubiera reconocido a medio kilómetro de distancia bajo un sol cegador o en una noche cerrada. Jeremy se apeó del vehículo, se quedó inmóvil durante un instante y después cerró la puerta.

Bajo el porche y con la caja de zapatos todavía entre las manos,

Rafe observó a Jeremy acercarse y quedarse plantado al final de las escaleras. Iba vestido con unos vaqueros y una cazadora negra sobre una camiseta blanca, y llevaba una barba cuidada. ¿Qué se suponía que debía sentir ahora Rafe? ¿Alivio? No era precisamente lo más adecuado, pero, si no eso, ¿entonces qué?

—¿Qué llevas en la caja? —preguntó Jeremy, señalándola con la cabeza. Ni siquiera un «hola». Hacía ya tiempo que habían dejado de saludarse. Rafe se lo quedó mirando. Se parecía a Jeremy, a excepción de la nueva barba y del cabello pelirrojo, que se le estaba volviendo del mismo color cobrizo que el pecho del pajarillo.

—Un petirrojo. Lo ha agarrado un gavilán, pero lo he espantado sin querer. Tiene un ala rota. No tengo tiempo de hablar. Tendrá suerte si es que llega vivo al refugio de aves. —Salió del porche y comenzó a caminar hacia su camioneta—. Aguanta un poquito. Te vas a poner bien.

—Déjame verlo. Por favor.

Iba a tardar menos si cedía que si se ponía a discutir. Además, ¿no era aquella la primera vez que escuchaba a Jeremy Cox decir «por favor»?

Le pasó la caja. Con cuidado, Jeremy la abrió, dejó caer al suelo la tapa y alzó al pájaro con una mano. Rafe comprobó que siguiera vivo. Jeremy echó a un lado también la caja y apartó rápidamente el trapo ensangrentado del cuerpecito gris del ave. Rafe quiso detenerlo, pero ya era demasiado tarde. El petirrojo se posó tranquilamente en la palma de Jeremy. Sacudió la cabeza como si se acabase de levantar de una siesta, abrió las alas y echó a volar hacia el bosque.

—Tenía el ala rota.

—¿Estás seguro? —lo cuestionó Jeremy. Rafe estaba muy seguro.

Se hubiera apostado lo que fuera hacía un par de minutos.

—Seguramente solo estaría aturdido.

—Puede ser. —En un pinar cercano, un petirrojo comenzó a cantar. Rafe le lanzó una mirada a Jeremy.

—Bueno, ¿tú qué porras haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—No.

Sin mediar palabra, Jeremy se dio la vuelta y se fue hacia su coche. ¿Ya se habría dado por vencido? Imposible que así fuera. Abrió la puerta de atrás, tomó una bolsa de la compra de papel marrón, volvió y la dejó a los pies de Rafe, como si de una ofrenda se tratase. Hasta extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—He estado en Kentucky por un trabajo en televisión. —Rafe le dio un puntapié a la bolsa, como si cupiera la posibilidad de que hubiera una serpiente. Se oyó un repiqueteo de cristal. Miró dentro y vio las tapas blancas de las botellas.

—Ale-8. —La tía de Rafe vivía junto a su marido y sus caballos fuera de Lexington, en Kentucky, y aquella era la bazofia local, tal y como la llamaba ella. Cuando era niño, solía pasar las vacaciones de primavera con ella y hubo un año, cuando Jeremy y él eran mejores amigos, que se lo llevó de acompañante y estuvieron bebiendo de eso como si fuera agua durante toda la semana.

—¿Te acuerdas de aquellas vacaciones de primavera, cuando bebimos tantas que tu tía nos hizo empezar a comprarlas de nuestro bolsillo? —rememoró Jeremy. No era ninguna oferta, sino un soborno: la oportunidad de volver a saborear los catorce años—. Ahora la hacen de cereza también. Qué fuerte, ¿no?

—Joder. —Aquel dulce recuerdo hizo que a Rafe se le hiciera la boca agua. Pero, aun así, se mostró reticente.

—Rafe —pronunció Jeremy. Solo eso. Su nombre, nada más. Pero no era solo su nombre. Nadie más que Jeremy lo llamaba así. Los del banco, los profesores, los dentistas, lo llamaban Ralph. Su madre le decía «cariño» y eso nunca cambiaría, y su padre «hijo», con el mismo tono con el que la gente hablaba del «señor presidente», ya que el cargo pesaba más que la persona que lo ocupaba. Pero en su propia mente, él seguía siendo Rafe. Cuando Jeremy lo llamó así, fue como si escuchara su verdadero nombre por primera vez en quince años.

—Está bien. Tienes diez minutos.

Jeremy se echó la mano al cuello de la camiseta y sacó de dentro una cadena plateada con una medallita ovalada. Rafe sabía perfectamente lo que era: una medalla de San Huberto. Tras ello, Jeremy extendió la mano y tiró ligeramente de la cadena de plata que Rafe llevaba al cuello y dejó al descubierto la medalla de San Antonio. Se sentía igual que un petirrojo atrapado entre las garras de un gavilán. Ambos se habían intercambiado las medallas en el hospital. Jeremy llevaba la de Rafe, y este, la de Jeremy.

Le gustaría echar a patadas a Jeremy, mandarlo a paseo, castigarlo por aquel silencio. Pero no era capaz. En quince años, es posible reunir muchas fichas de dominó y crear una fila tan larga que no se vea el final, pero alguien tiene que empujar la primera ficha para escuchar el trepidante chasquido de todas las piezas al caer; no pueden quedarse de pie para siempre.

El oso, el pájaro y ahora Jeremy. ¿Las cosas se estaban desmoronando o poniendo en orden?

—Vale. Quince minutos —sentenció Rafe.



CAPÍTULO CINCO

Rafe dejó pasar a Jeremy a su cabaña.

—Vuelvo en un momento. Voy a poner esto en otro sitio —dijo Rafe, que se llevó la bolsa de la compra a la cocina y la metió al fondo de la nevera, para esconderla de sí mismo. Dejó la puerta del frigo abierta un minuto más e inspiró profundamente el aire fresco.

Jeremy estaba allí, en su cabaña, en su colina. Jeremy, a quien llevaba quince años sin ver en persona, estaba en esos momentos en su salón. Había fantaseado con ese instante un millón de veces, pero ahora que estaba pasando no sabía qué hacer. ¿Y si le pegaba un puñetazo en toda la cara por haberlo abandonado? ¿Y si lo echaba a la calle? O, mejor, ¿y si lo abrazaba hasta que le doliera?

Era hora de recomponerse. Esta mañana había aterrorizado a tres cazadores furtivos armados hasta los dientes y le había plantado cara a un oso negro. Podía apañárselas para mantener una conversación con Jeremy Cox. Ahora, lo que fuera que quisiera de él,

Rafe se dijo a sí mismo que no lo haría. Al menos no antes de que Jeremy saldara sus cuentas con él respondiéndole a todas las preguntas que se había estado haciendo durante aquellos quince años.

Cerró de golpe la puerta del frigorífico y salió al salón. Jeremy había encontrado las postales del suelo. Se puso en cuclillas y las examinó una a una.

—Has estado guardando todas las postales que te envié. —Rafe se agachó, agarró un buen manojo de ellas y las tiró a la papelera que había junto al armario. Ojalá las hubiera retirado antes de que Jeremy las viera. Aunque habría dado un poco igual, a Jeremy Cox no se le puede esconder nada.

—Iba a venderlas por eBay, ahora que eres famoso.

—Muy gracioso. ¿Sabes lo que cuesta mandar una postal desde la isla de Pitcairn? —Jeremy sacó la postal del cubo, se la agitó en la cara a Rafe y volvió a tirarla a la basura.

—Necesitaba la caja de zapatos para el pájaro. Además, estás perdiendo tus quince minutos.

—Ah, ¿ya hemos empezado la cuenta atrás?

—Hace un minuto. —Rafe se señaló el reloj de muñeca—. Así que desembucha.

Jeremy ya había acabado con las postales. Se levantó y puso su atención en los murales que Rafe había pintado en las paredes, en el techo y hasta en la escalera de madera que llevaba al dormitorio del desván. Su madre le había dicho que parecía la obra de Bob Ross bajo los efectos del LSD: aquellos árboles enloquecidos, montañas imposibles, valles misteriosos. Lo había pintado de tal forma que cada vez que se entraba a la estancia, se descubría algo diferente.

—¿Alguna vez volviste a recordar algo de cuando desaparecimos?

—le preguntó Jeremy.

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Sí, ¿por qué? —quiso saber Rafe. Jeremy se puso frente a él.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Trece minutos. Más que suficiente para contarme a qué has venido. —Jeremy se acercó a la ventana y miró al exterior. Desde ahí no se veía más que el sendero que se adentraba en el bosque.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Jeremy—. ¿Starcross Hill? ¿Es una reserva natural o algo así?

—¿Vas a perder los trece minutos en preguntarme por mi casa?

—Habla rápido. Usa muchas palabras en poco tiempo. Vamos.

—Es solo una colina. Unas cuatrocientas hectáreas. Es un bosque antiguo, así que hay que ir echándole un ojo. La colina como tal no es mía. Mi padre compró la cabaña cuando se jubiló para cazar y ahora es mía. Me dejan hacer uso del terreno a cambio de vigilarlo. —Jeremy se apartó de la ventana.

—¿Estás contento aquí? —preguntó, a lo que Rafe contestó encogiéndose de hombros.

—Sí. Es lo único que mi padre y yo hemos tenido en común. Dijo que quería morirse aquí y se le cumplió el deseo.

—Lo siento. —Las palabras de Jeremy sonaban casi sinceras, pero Rafe no se las tragaba.

—¿En serio?

—Lo siento por ti. —Jeremy se alejó de donde estaba y señaló a la pared de la derecha, en la que Rafe había pintado un extenso bosque primaveral. Bajo la cubierta de árboles rosados y de un verde musgo, los animales correteaban, brincaban y danzaban. Había un tigre plateado, un gato montés dorado, un ciervo blanco como la nieve y

zorros cenicientos—. Gran trabajo con la pintura. Es diferente. Debería haber más gente con murales psicodélicos en sus casas.

—Si algún día vendo la casa puedo pintar encima de ellos.

—Por encima de mi cadáver vas a pintar tú sobre estos murales —le respondió Jeremy. A Rafe le horripiló que le gustaran, tanto que hizo como que no lo había escuchado—. ¿Esto también lo has hecho tú? —Jeremy se detuvo junto a la repisa del hogar para observar un cuervo tallado en la madera.

—Sí.

—¿Cuándo empezaste a esculpir?

—No es más que un tallado.

—Esto no es un tallado, es una escultura. ¿Has aprendido por tu cuenta o qué? —Si a Jeremy le había sorprendido aquel cuervecillo tallado, alucinaría con el jardín de esculturas que tenía en la parte trasera.

—Empecé hace unos años, cuando con la pintura no… No sé, cuando ya no era suficiente con eso.

—Ya, lo entiendo —le dijo Jeremy. Junto al cuervo, en la repisa, había una fotografía enmarcada. Eran los padres de Rafe en 1989, en su luna de miel, cuando su padre tenía una moto, el pelo largo y barba, y su madre llevaba vestidos veraniegos y sombreros de *cowboy*—. A tu padre le quedaba bien la barba. No como a ti.

—Pareces mi madre, que si no me afeito no me deja ni entrar a su casa.

—Tu madre siempre fue la inteligente de la familia. ¿Cómo está?

—Bien.

—Le envié flores tras el funeral.

—Lo sé. Fue un detalle para ella. —Sin invitación a hacerlo, Jeremy se sentó en el sofá, junto al arco y el carcaj de Rafe.

—¿Sigues tirando con el arco de tu padre?

—Sigue funcionando —contestó Rafe. Él se quedó de pie, sin querer que Jeremy se acomodara demasiado. Este sacó una flecha del carcaj, se quedó mirando la punta y después a Rafe.

—¿Qué has estado cazando por ahí fuera? ¿Dragones?

—Cazadores furtivos.

—No los habrás matado, ¿no?

—Habían puesto un cebo para atraer a una osa y sus crías que intentaban engordar antes del invierno. Solo los he ahuyentado. —Jeremy guardó la flecha en el carcaj.

—En tal caso, admiro tu autocontrol. —Alargó la mano hacia la cadena de la vieja lámpara, cuyo cable estaba envuelto con cinta adhesiva; pero, en su lugar, agarró un trenecito rojo de juguete. Se le escapó una sonrisa—. ¿Todavía lo tienes?

—Claro.

—Mi madre también guardó el mío.

Durante los seis meses que estuvieron desaparecidos, la policía había pedido a sus madres que hicieran alguna declaración. «Id a la tele y hablad de los chicos», les dijeron. Ese era el objetivo, en caso de que los hubieran secuestrado. La madre de Rafe había mostrado todas las fotos que tenía de él, incluida una instantánea en la que aparecía viendo *El vecindario del Señor Rogers* en pañales, todo ensimismado. Cuando los encontraron, Joanne Rogers, la viuda del señor Rogers, les envió los trenecitos de juguete firmados al hospital, con una nota en la que les daba a los chicos la bienvenida de vuelta a casa. Recibieron regalos de gente de todo el mundo: ropa, videojuegos, ositos de peluche, dinero para la universidad. El trenecito rojo que iba al Barrio de la Imaginación fue el único regalo que Rafe había guardado.

—Imagino que sabrás que mi madre falleció. De un infarto.

—Sí, lo siento —dijo Rafe—. La doctora Cox fue siempre muy buena conmigo.

—Nunca la llamabas «doctora Cox». Siempre fue «mamá» para ambos.

—De eso hace ya mucho —señaló Rafe. Jeremy hizo girar las ruedas, puso el trenecito de nuevo en su lugar y miró a Rafe a los ojos.

—Pensaba que irías a la escuela de arte. ¿No enviaste la solicitud hace unos años?

Rafe no preguntó cómo sabía eso. El dieciocho de noviembre de cada año, en el aniversario del día en que los habían encontrado, sus madres se llamaban. La madre de Rafe se lo habría contado a la doctora Cox y esta se lo habría dicho a Jeremy. En esas primeras llamadas de cada aniversario, Rafe había pedido hablar con Jeremy, pero este nunca quiso responder al teléfono. Tras el tercer aniversario, Rafe dejó de preguntar.

—Es lo que tenía pensado, pero entonces falleció mi padre.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Que no fui. —Rafe comprobó la hora en su reloj —. Siguiente pregunta. Te estás quedando sin tiempo.

—¿Y a ti qué más te da? Es mi tiempo.

—Porque sé que quieres algo. Quiero que me cuentes lo que es para decirte que no.

—¿Por qué ibas a decirme que no? ¿Por rencor?

—¿Acaso me puedes culpar? Hace quince años te supliqué que me contases lo que había pasado en el bosque y tú te negaste. —Rafe se detuvo, a la espera de alguna excusa, de alguna explicación; pero, en su lugar, Jeremy se encogió de hombros.

—No, no te culpo. Yo estaría igual de enfadado que tú si estuviera en tu lugar.

—Diez minutos. ¿Qué quieres? O lo sueltas ya o adelanto mi reloj cinco minutos. —Jeremy se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas, y miró a Rafe, que seguía de pie.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Con un caso. Una niña desaparecida en el bosque.

—No necesitas mi ayuda. Nunca la has necesitado.

—Ahora sí. Desapareció en el Crow cinco años antes que nosotros. Shannon Yates, de trece años. ¿Recuerdas haber oído algo de ella? Sucedió antes de que mamá y yo nos mudáramos aquí.

—¿Puede? —¿Cinco años antes de que ellos desaparecieran? Por aquel entonces él tendría nueve o diez años. Posiblemente escuchara algo por ahí, pero era muy pequeño como para procesar una cosa así —. ¿Qué pasa con ella?

—Su hermana quiere que la encuentre.

—¿Sigue viva?

—Eso creo. Sigue en el Crow.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque está muy muy bien escondida. Fuera de radar. Es más, donde ella está no hay radar.

¿Es posible? Por qué no. En Virginia Occidental hay colinas y valles tan remotos que no aparecen ni en los mapas. Además, el bosque estatal de Red Crow era inmenso, tenía cinco mil seiscientas sesenta y cinco hectáreas y lindaba con el bosque nacional Monongahela, de casi cuatrocientas y cinco mil hectáreas. Si había un lugar en Estados Unidos en el que alguien pudiera esconderse durante veinte años, sería uno de los profundos y oscuros bosques

de Virginia Occidental.

—Tú ya has estado en sitios remotos. ¿Por qué yo? ¿Y por qué ahora?

—Para encontrar a esta chica…, a esta chica en concreto, necesito a alguien de confianza a mi lado.

—¿Y por qué yo?

—Porque eres la única persona en este mundo en la que confío. —Rafe se quedó en silencio, estupefacto. Después de todos estos años sin dirigirle la palabra, ahí estaba Jeremy, reconociéndole que era la única persona en el mundo en la que confiaba. Le hubiera desconcertado menos que su novia del instituto le hubiera llamado de la nada para pedirle matrimonio.

—¿En mí?

—Solo estamos tú y yo aquí. ¿Qué me dices? —Rafe tomó una bocanada de aire.

—Pues que… Vale —dijo finalmente.

—¿De verdad? —Jeremy tenía los ojos como platos por la sorpresa.

—Sí, con la condición de que me cuentes ahora mismo lo que pasó cuando nos perdimos en el bosque. Y rapidito, que te quedan siete minutos. —Rafe mostró su reloj. Jeremy soltó un suspiro y volvió a sentarse en el sofá.

—No ha cambiado nada. No pude contártelo hace quince años y sigo sin poder contártelo ahora.

—¿Puedes decirme, al menos, por qué no puedes contármelo?

—Porque la verdad es demasiado peligrosa.

—¿Hasta para la persona en la que más confías en este mundo?

—Sobre todo para la persona en la que más confío en este mundo.

—No tiene sentido.

—Para mí sí lo tiene. Pero lo que sí que puedo prometerte es que

cuando encontremos a la chica, lo sabrás todo.

—Pero ¿no puedes contármelo ahora?

—No.

—¿Y no puedes contarme por qué no puedes contármelo?

—No. De verdad, ojalá pudiera, Rafe. Te aseguro que me duele no poder hacerlo.

—Jay, algo me tienes que contar. —Jeremy señaló el sillón que había frente al sofá y Rafe se sentó a regañadientes.

—Lo siento. Siento haber desaparecido así. Había cien furgonetas de las noticias en el aparcamiento del hospital cuando volvimos. ¿Te acuerdas? —preguntó Jeremy, a lo que Rafe asintió—. Mamá quería sacarme de allí lo antes posible, no hubo tiempo para grandes despedidas. —Se habían dicho adiós, pero Rafe estuvo convencido de que Jeremy se había marchado solo para unas pocas semanas, para dos o tres meses como mucho, no para quince años. Por aquel entonces no pasaban más de quince minutos sin saber el uno del otro.

—Lo entiendo. De veras que lo entiendo. Pero las furgonetas se marcharon a la semana. Podrías haberme llamado, podrías haber escrito.

—Podría, sí, pero tenía dos opciones: mentirte sobre lo que había sucedido o bien no decir nada. No me gusta mentirte. Odio mentirte. Así que, por descarte, solo me quedaba el silencio.

—Preferiría que me hubieras mentido a estos quince años de silencio. —Jeremy lo miró a los ojos y sonrió.

—Nos abdujeron unos simpáticos alienígenas y nos lo pasamos en grande viajando por el espacio y el tiempo. Había números musicales y bailarinas andorianas. ¿Qué te parece así? —Rafe le lanzó una mirada fulminante.

—Llevas razón, el voto de silencio era mejor.

—Ya decía yo.

—Te necesitaba. Quiero que te quede claro. Necesitaba tu ayuda y nunca me la diste. ¿Sabes cuántas veces tuvieron que ingresarme en el psiquiátrico?

—Tres —dijo Jeremy sin dudar—. Tres veces. Cuando tenías diecisiete, le robaste la camioneta a tu padre mientras estabas sonámbulo y te saliste de la carretera justo antes de la séptima salida de la I-68. Cuando tenías veinte, dos personas que paseaban a su perro te encontraron aturdido deambulando por Cheat Lake Road. Y cuando tenías veintidós, chocaste tu coche contra una zanja y te despertaste en el patio trasero de mi antigua casa. Diagnóstico: fuga disociativa. Te vas a la cama a dormir y te despiertas a kilómetros de tu casa. ¿De verdad piensas que es pura coincidencia que no pares de intentar volver al Crow? Además, por si no te has dado cuenta, parece que tu subconsciente quiere llevarme contigo. —Rafe se quedó sin palabras. Jeremy estaba al tanto de todo, de absolutamente todo.

—¿Cómo sabes que…?

—Mamá —atajó Jeremy.

—Cómo no.

—¿Has vuelto a tener alguno de tus hechizos desde que falleció tu padre? —Rafe apartó la mirada—. Tomaré eso como un «no» —continuó Jeremy, que se topó de nuevo con la mirada de Rafe—. Qué interesante que dejases de correr en sueños cuando él se fue.

—Cuando murió mi padre, me mudé aquí. Duermo mejor en el bosque. No culpes a mi padre cuando tú decidiste no volver.

—Ven conmigo. Ayúdame a encontrar a esta mujer en el Crow y te juro por mi vida que acabarás sabiendo todo lo que quieres saber.

—Dime lo que quiero saber y te ayudaré.

—Así no es como funcionan las cosas. —Rafe suspiró.

—Entonces no van a funcionar —respondió él. La cabeza le daba vueltas de tanto tira y afloja con Jeremy.

—¿Crees que darme un puñetazo ayudaría? —preguntó Jeremy—. Un buen tortazo. Soy el primero en admitir que me lo merezco. Vamos. En el estómago, en las costillas, en la mandíbula; donde quieras. —Jeremy se levantó y sostuvo en alto los brazos, a la espera. Rafe estuvo a punto de hacerlo, de asestarle un buen golpe en toda la barriga. Más que merecido. Cuando Jeremy desapareció tan repentinamente de su vida fue como un puñetazo en el estómago. Aún podía sentirlo.

—Se te ha acabado el tiempo —sentenció Rafe—. Ya te puedes ir. —Jeremy se lo quedó mirando, le dedicó una sonrisa y le hizo una reverencia, como un caballero le haría a su señor.

—Sí, vuestra majestad.

RINCÓN DEL NARRADOR

Para ser justos...



Imaginad que alguien del pasado se presentase en vuestra casa tras quince años de silencio y os pidiese ir al bosque en su compañía. ¿Iríais? Ya, ya lo sabía yo.



CAPÍTULO SEIS

La espera de Emilie a la llamada de Jeremy la llevó de vuelta a aquellos espantosos días en los que esperaba los resultados médicos de su madre de tal o cual examen, exámenes que respondían a su pregunta: ¿tendría madre en seis meses?, ¿en un año?

Ahora la pregunta era distinta: ¿tendría hermana en un día? ¿En una semana? ¿Alguna vez? ¿Nunca?

Acariciaba la medalla de Santa Ágata una decena de veces al día para recordarse que Jeremy había encontrado lo que ella no había sido capaz de hallar. Era una prueba física de sus capacidades, aunque todavía le costaba creer que su hermana, presuntamente muerta durante veinte años, estuviera por ahí viva.

Mientras aguardaba la llamada, Emilie no tenía ni idea de qué hacer con su vida más allá de preparar el equipaje. Pero ¿qué podría llevarse? Cuando le preguntó a Jeremy qué debería echar, él le dio una respuesta en clave y, en cierto modo, estremecedora: «Imagina

que tu casa está en llamas. Llévate solo lo que salvarías». Tras ello, arrancó el coche, no sin antes prometerle que la llamaría en cuanto tuviera noticias.

¿Qué salvaría en un incendio? Fotos de su madre, cómo no. Tenía miles de fotos de ella con su madre en el móvil, pero sus favoritas eran las de su infancia, las que estaban enmarcadas y colgaban de las paredes o descansaban sobre las repisas por toda la casa. Escogió dos. En la primera salía su madre, una mujer de cuarenta y nueve años de apariencia jovial, que sostenía a una Emilie llorona el día de su adopción, cuando todavía era un bebé. En la foto, ella saldría con una llantina, pero la sonrisa de su madre era deslumbrante. La otra foto que escogió era de cuando iba al colegio, del Festival de Otoño. Emilie estaba en quinto. Su madre y ella se disfrazaron de gemelas idénticas para el concurso de Halloween de la escuela. Iban con el mismo vestido rosa, las mismas coletas con lazos rosas y la misma sonrisa. Solo habían conseguido el tercer puesto, pero el verdadero premio fue que tanta gente les dijera lo mucho que se parecían, aunque Emilie fuera rubia y su madre castaña.

Sí, esas serían las dos fotos que salvaría en un incendio. Lo único que metió en el equipaje, además de las fotografías, fue un cambio de ropa, un cepillo de dientes, la bolsa del maquillaje y todo lo que le cupo de las pertenencias de su hermana. Los libros antiguos de Shannon, su poema, su caballero de juguete y su piedra lunar, metida en la bolsita de terciopelo. Evidentemente, Fritz se iría con ella.

Por fin, Jeremy llamó durante la tarde del segundo día de espera.

—Hola. ¿Alguna novedad? —Era consciente de que debería haber tanteado el terreno antes de preguntar directamente, pero Emilie no podía aguantar ni un segundo más.

—Ya podemos empezar.

—¿Qué? ¿Rafe ha dicho que nos ayudaría?

—No, pero cambiará de idea. Ya lo ha hecho, lo que pasa es que él todavía no lo sabe.

—No quiero ni saber de qué estás hablando.

—Bueno, es hora de que te subas a tu precioso Prius y te vengas para casa de Rafe. Nos encontraremos con él allí. —Emilie echó un vistazo a su macuto. Aquello era una locura. Se iba a adentrar en un bosque no con uno, sino con dos completos desconocidos para buscar a una chica que había desaparecido hacía veinte años, una chica a la que la policía había dado por muerta.

—¿Estás seguro de que a la que viste era a mi hermana, Shannon Yates? ¿Te dijo que ese era su nombre?

—A ver, no, se hacía llamar de otra forma.

—Entonces, puede que no fuera ella.

—Era ella —aseguró él. Emilie se dirigió al salón y se arrodilló frente a la jaula de Fritz. Estaba durmiendo como un tronco en su túnel preferido. Al mirarlo, Emilie sintió un pequeño arranque de valentía. Había sido ella quien le había salvado la vida al pequeñín. No era tan impresionante como todas las chicas a las que Jeremy había salvado, pero Fritz estaba vivo gracias a ella y solo a ella, y eso era algo.

—Os he buscado a ambos en Reddit y he leído que Rafe tiene un trastorno de estrés postraumático y otros tantos problemas mentales.

—En Reddit se dicen muchas cosas, como, entre otras, la teoría de que nos abdujo el hombre polilla, alguien del tráfico sexual o los cienciólogos. ¿Qué has hecho con todos tus libros de valentía? ¿Los has devuelto a la biblioteca?

—Te juro que quiero ser valiente, pero preferiría serlo desde mi

casa.

Fritz salió de su escondite, subió despacito por una rampa en su dirección y le dio un mordisquito cariñoso en la yema de los dedos. Emilie le pasó un palito para masticar y él lo mordisqueó con entusiasmo. Para Fritz tuvo que ser rarísimo que lo recogieran y lo alejaran de su antigua vida, y verse, sin explicación alguna, en casa de Emilie. Tuvo que sentirse igual que cuando a Dorothy la sorprendió un tornado en Kansas y apareció en Oz; a excepción de que Fritz estaba mucho mejor en Oz que en Kansas.

—Lo haré, lo haré —resolvió Emilie.

—Estás siendo muy valiente. Bien hecho.

—No soy valiente. Me puede la presión social, que es diferente.

—Sea como fuere, estoy orgulloso de ti. —Emilie soltó un fuerte suspiro y se rascó la frente.

—¿Qué hago? —preguntó ella.

—Te indicaré cómo llegar…

—Tengo Google Maps.

—La casa de Rafe no sale en el mapa. Ahora te escribo cómo llegar. Imprímelo. Cuando te pierdas, no te muevas, yo iré a buscarte.

—Perfecto. Espera, ¿como que cuando me pierda? —preguntó Emilie, que se quedó con la palabra en la boca, pues él ya había colgado.

Emilie se puso la ropa de excursión: botas, unas mallas, un jersey, una sudadera con capucha y un gorro de lana con un pompón, para así estar guapa, al menos, cuando muriera de hipotermia, según informó a Fritz. Metió el macuto en el coche y a Fritz en el transportín. Volvió a mirar su casa. Con lo fácil que sería cancelar todo esto. Solo haría falta enviarle un mensaje a Jeremy:

Olvídalo. Si mi hermana está viva, que me encuentre ella. Gracias, pero no.

Tras ello, solo tendría que entrar en casa, sacar las cosas del equipaje y meterse a la cama a dormir unos días o unas semanas.

No sonaba mal. Hasta que se levantase y se diese cuenta de que estaba sola en la casa sin más compañía que una rata. Emilie sabe lo que su madre le diría si estuviera aquí. «Mamá, tengo miedo». «Lo sé, Emmilou. Pero el miedo es una emoción, no una excusa», le respondería ella.

Está bien. Tenía que hacerlo, aunque fuera con miedo.

Emilie se metió en el coche, se puso el cinturón y arrancó, sin mirar atrás. Siguió las instrucciones de Jeremy al pie de la letra. Tomó la ruta 50 y cruzó el río Ohio en el puente de Blennerhassett Island en dirección a Virginia Occidental.

Al principio, no notó diferencia alguna entre Ohio y Virginia Occidental, pero tras llevar unos cuantos kilómetros en la carretera de Northwestern Turnpike, los alrededores le empezaron a parecer extraños, por decirlo de algún modo. No podía explicar muy bien por qué, pero cuando cruzó el río Ohio y pasó la frontera, sintió un cambio en el aire. ¿Sería la altitud? El estado de Virginia Occidental era montañoso y era como si estuviera conduciendo cada vez más cerca del cielo. Pero, aparte de eso, había algo más. Las sombras aquí eran más densas, el cielo más gris, el aire más salvaje. ¿O solo eran imaginaciones suyas? Por no hablar de la belleza. Si hubiera sabido antes lo preciosas que eran esas montañas y las interminables colinas ondulantes, que albergaban todos los tonos de octubre, habría venido aquí todos los años. Parecían de otro planeta. Eran demasiado bonitas como para ser reales, tan espectaculares que

rozaban lo inquietante.

Y, cómo no, se había perdido. Pese a que iba extremadamente atenta y conduciendo muy despacio, se pasó dos veces el desvío al camino de Rafe. Finalmente, dio con la entrada escondida. Por aquí los árboles eran densos y colgaban por encima de la carretera como si fueran centinelas que protegieran la zona de los forasteros.

La sensación de alarma que tenía de estar adentrándose en un mundo diferente no dejó de crecer cuando llegó a una cabaña cubierta de hiedra, situada en medio del bosque. No vio ningún coche en los alrededores, pero, aun así, se acercó a la puerta principal. Al tocar, le temblaba todo el cuerpo por los nervios. No obtuvo respuesta, por lo que se encaminó a la parte trasera. Allí se encontró con una valla de madera que tenía una entrada arqueada lo suficientemente ancha como para que pasaran por ella dos hombres, uno al lado del otro. Solo tenía ganas de asomar la cabeza y gritar: «¿Hola?», pero, entonces, vio lo que vio.

Tigres, caballos, cuervos, un zorro, un cóndor, un unicornio. Estaban todos tallados en madera y pintados vívidamente; parecía que estuviera recorriendo un zoo encantado. Las piedras apiladas formaban portales recubiertos de hiedra. Los senderos repletos de musgo conducían a escaleras que no llevaban a ninguna parte. Había un puente de madera por el que solo cabría un gato que cruzaba un estanque plateado del tamaño de una piscina infantil. De un poste curvo como una hoz colgaba una luna creciente con una sonrisa en el rostro.

Como empujada por unas manos invisibles, Emilie entró en aquel extraño jardín y acabó plantada junto a una estatua de una chica tallada en el tronco de un árbol que llevaba ya tiempo muerto. Se quedó mirándola durante un buen rato, maravillada ante el gran

parecido. Fue entonces cuando le envió a Jeremy un mensaje en el que le decía:

Vale, ahora sí que te creo.



El correo no llegaba a Starcross Hill, así que Rafe tenía que ir hasta Kingwood, el pueblo más cercano, para recogerlo. Dos días después de que Jeremy llegara y se fuera, Rafe se pasó por la oficina de correos y abrió su buzón. Estaba prácticamente vacío. No había nada más, además de una postal de Jeremy.

La fotografía era de la ribera de Morgantown. Los antiguos edificios de ladrillo se alzaban de forma peligrosa cerca del río Monongahela, a tan solo unos árboles y un desastre natural de caer sobre las aguas oscuras. En la parte posterior de la postal, Jeremy había escrito:

463.

No hizo falta añadir el nombre de la calle. Rafe sabía qué eran esos números. Aquel era el número de la antigua casa de Jeremy en Park Street. Y esa no era una postal cualquiera, era una invitación. ¿Debería aceptarla o no? Si iba, ¿qué sucedería? ¿Acabarían teniendo otra discusión que terminaría en un callejón sin salida? Pero, si no iba, siempre se quedaría con la duda de si había sido demasiado cobarde para enfrentarse a Jeremy. Ninguna de las dos opciones le entusiasmaba, pero ya tenía demasiados remordimientos como para añadir otro a la lista. De modo que condujo los cuarenta kilómetros que separaban Kingwood de Morgantown.

Aunque hacía años que no vivía allí, todavía era casa. Los Boy

Scouts, los Lobatos, los Águilas, la iglesia, las excursiones a la ferretería de Maple con su padre… Si no se hubiera hecho famoso por casualidad al perderse, seguramente seguiría viviendo por aquí. Tanto él como Jeremy habían planeado ir a la Universidad de Virginia Occidental. Jeremy podría haber ido gratis, gracias al trabajo de su madre allí como profesora de música, y Rafe había oído hablar del increíble programa de arte que tenían. En aquel momento, se habían imaginado un futuro juntos. Al acabar el instituto, irían a la universidad, se mudarían a la residencia y, cómo no, compartirían habitación. Ese había sido el plan. De vez en cuando, todavía se preguntaba qué habría sido de él si no se hubiera perdido, si habrían sido capaces de seguir el plan. Pero ya era demasiado tarde. El pasado ya había partido y no había forma de dar con él.

De camino a Park Street, Rafe pasó con el coche por el colegio. Ahí fuera había siete grados y los chicos universitarios iban en pantalones cortos y sudadera; fantasmas de una vida pasada que nunca llegó a vivir.

Siguió por High Street, pasó por las cafeterías y por la ridícula estatua de bronce del hijo nativo predilecto de Morgantown, el actor Don Knotts, vestido como su personaje ficticio Barney Fife. Pasó también junto al Hotel Morgan, donde había solido trabajar cada verano pintando sus habitaciones. Tenían las mejores vistas del río Monongahela de todo el pueblo.

La vuelta a casa nunca era fácil. Había aprendido a ir con la cabeza gacha, a susurrar su nombre para que nadie atara cabos y acabara preguntando: «Ah, espera, tú eres el famoso Ralph Howell? ¿El chico que se perdió?». Y es que en su pueblo siempre sería ese, uno de los chicos perdidos. Perdidos y olvidados. Tras encontrarlos, la madre de Jeremy se lo llevó a la fuerza a Inglaterra, donde tenían familia, y

Rafe volvió solo al instituto. Su futuro nunca llegó a empezar; nunca se había imaginado uno sin Jeremy a su lado. Algunas veces pensaba que todavía seguía esperando a que su vida diera comienzo.

Quizá fue por eso por lo que torció a la izquierda y siguió recto hasta el 436 de Park Street, porque sentía que esta podía ser su última oportunidad de empezar de nuevo.

Rafe detuvo el coche frente a la casa, el gran monstruo azul, como Jeremy la llamaba. Buen apodo. Constaba de tres plantas, estaba pintada de un azul cielo y tenía una chimenea de piedra gris. Habían sido cinco habitaciones para dos personas, Jeremy y su madre, la doctora Mary Cox, una pianista de formación clásica y profesora de musicología en la Universidad de Virginia Occidental. La casa, antigua, era bonita. Cuando Rafe era un niño, le había parecido asombrosa. Hasta el buzón que tenían le parecía increíble. Era una caja negra sobre una base, con la figura de un jinete en la parte delantera y la palabra CARTAS en letras de latón. Y aquellas extrañas ventanas no las había visto más que en las iglesias católicas. Le tuvo que preguntar a la doctora Cox cómo se llamaban. Ventanas lanceoladas. Aquel era el nombre: lanceoladas, como las lanzas. Ventanas de lanzas.

Aquellas ventanas de lanzas estaban ahora oscuras. Hace unos años, alguien había tratado de convertir la antigua casa de Jeremy en una posada, pero ahora el gran monstruo azul volvía a estar a la venta. En la puerta principal había un cartel de un agente inmobiliario. Rafe curioseó a través de una de las ventanas y vio que estaba vacía, no había ningún mueble ni nada, además de una mesa plegable llena de folletos y tarjetas de visita en la sala de música. Le parecía que aquello no estaba bien. El piano en el que Jeremy había practicado día sí, día también al son de las órdenes de su madre no

estaba allí. Tampoco estaba el sofá cercano en el que Rafe se hubiera sentado a dibujar o a hacer los deberes mientras escuchaba. Y quien tampoco estaba era Jeremy.

Quizás había sido una tontería por parte de Rafe creer que iba a encontrárselo esperándolo en el porche de la entrada, pero, aun así, se llevó una decepción. Rafe había tratado de ignorar todas las noticias que hablaban sobre la capacidad casi milagrosa que Jeremy tenía para dar con chicas desaparecidas, pero, en el fondo, él casi también creía que podría encontrar a quien fuera cuando fuera. Ahora bien, si Jeremy de verdad tuviera ese poder, sabría que Rafe estaba allí aguardando a que llegara.

Su padre ya había intentado advertirle. Años atrás, su padre le dijo que no era buena idea hacerse amigo de alguien como Jeremy. Venían de mundos diferentes, muy diferentes. Mientras Rafe era un coyote, Jeremy era un caniche con pedigrí. No era normal ver coyotes corretear junto a caniches, ¿verdad? Porque los coyotes no vivían en casas lujosas y los caniches no sobrevivirían ni una noche en el bosque. Los caniches hacían trucos, los coyotes sobrevivían. Sonaba cruel, pero era la realidad. De hecho, Jeremy y su madre tenían una caniche llamada Martha. Rafe quería a la perrita tanto como la perrita lo quería a él. Adoraba aquella casa. Todos los días, al salir del instituto, solía venir con Jeremy para hacer juntos los deberes. La doctora Cox les hacía unos bizcochitos ingleses con crema y té calentito con leche. Gracias a ella supo que el té caliente siempre ha de hacerse en el hervidor de agua o en una tetera, nunca en el microondas. También le había enseñado la diferencia entre un *concerto* y una sonata. Rafe aprendió que prefería ser un caniche en una casa acogedora que un coyote en el bosque frío y oscuro. Pero tal vez su padre llevaba razón. Al final, no había casa acogedora. Se

había quedado fuera y solo, sin Jeremy a la vista.

Igualmente, llamó al timbre. No obtuvo respuesta. Estaba claro. Cuando se dio la vuelta para irse, vio que alguien había dejado un paquete escondido en el porche, para que nadie pudiera verlo desde la calle. Era un gran rectángulo plano envuelto con papel marrón y cordel. Las iniciales de Rafe estaban escritas sobre él con rotulador negro, el de la marca Sharpie. Jeremy había estado allí.

Al momento, Rafe supo que se trataba de un cuadro. No había nada más que pudiera tener esa forma. ¿Sería un regalo? ¿Una ofrenda de paz? Rafe creía saber de qué se trataba. La madre de Jeremy había tenido un impreso de los *Zorros*, de Franz Marc, y de pequeño estaba enamorado de la obra. El lienzo lo ocupaban dos zorros geométricos, casi cubistas. El artista había empleado el mismo rojo para ambos zorros, por lo que no había forma de concretar dónde empezaba uno y acababa el otro. Recordó que la doctora Cox le había dicho: «Tú podrás hacer eso algún día». Tras ello, Jeremy puso los ojos en blanco y respondió: «¿Cómo que algún día? Rafe ya puede hacer algo mejor que eso». Nunca se olvidó de aquel momento, es algo que a un niño de catorce años se le queda grabado para siempre.

Incluso ahora, su propio estilo estaba fuertemente influenciado por los colores vivos de Marc, por sus extraños animales, sus líneas salvajes. Cortó el cordel del paquete con su navaja y, con cuidado, fue quitando el papel. No eran los *Zorros*. Era uno de los cuadros del propio Rafe, pintado años atrás en terapia artística. El terapeuta le había pedido que dibujara o pintara los sueños que tenía durante las noches que entraba en estado de fuga. Aquel había sido uno de ellos.

Se trataba de un cuadro expresionista de Jeremy con catorce años, sentado al piano de su madre en esta misma casa. Por lo general,

podría ser una escena cualquiera, si no fuera por el cuervo rojo posado al borde de la tapa abierta del piano. En el sueño, el cuervo rojo escuchaba la pieza hasta el final y, después, alzaba el vuelo y salía por la ventana. Entonces, Jeremy se giraba hacia él y le decía: «Hora de irse».

¿De dónde había sacado Jeremy ese cuadro? Rafe se había deshecho hacía años de todos sus antiguos trabajos de terapia. ¿Y por qué se lo devolvía ahora? Para captar su atención, claramente. Le había funcionado. Casi que podía escuchar la voz de Jeremy en su cabeza, la voz del sueño… «Hora de irse».

Rafe agarró el cuadro y se lo llevó a la camioneta. Condujo directamente hasta su cabaña. Al llegar, vio aparcado en su entrada un Prius blanco con pegatinas con frases como Adopta, no compres o ¿Quién rescató a quién? Aquel no era el coche de Jeremy y, por el tamaño de las huellas, se atrevió a adivinar que era una chica.

Siguió las pisadas que había dejado marcadas por toda la maleza hasta el patio trasero vallado y allí se la encontró, una joven con el pelo rubio largo y teñido de rosa por las puntas. Llevaba puestas unas botas y vestía unas mallas, un jersey y una chaqueta, como si se fuera varios días de excursión. No quería asustarla, por si simplemente se había perdido. Caminó hasta donde estaba ella, pero la chica seguía de espaldas a Rafe.

—Hola. ¿Necesitas ayuda? —O bien no lo había oído o le importaba más bien poco que ya no estuviera sola. Estaba absorta en el tallado de madera de la chica con la corona de astas.

—¿Eres Rafe?

—Sí, ¿tú quién…? —La chica se giró y se lo quedó mirando. Rafe miró entonces al tallado de la chica. La muchacha señaló la escultura.

—Mi nombre es Emilie y esa es mi hermana.

—¿Estás segura? —preguntó Rafe. Ella levantó el teléfono para mostrarle la fotografía de una chica con la misma ropa, los mismos ojos y la misma nariz helénica.

—Está segura —respondió Jeremy. Rafe se dio la vuelta y se encontró a Jeremy, que debía de haber ido justo detrás de él en la carretera—. Tienes el cuadro —añadió en forma de afirmación, no de pregunta. Jeremy se acercó a donde estaban.

—Lo tengo.

—Todavía estás a tiempo de pegarme un puñetazo, si quieres. A lo mejor te hace sentir mejor.

—Seguramente, sí —dijo Rafe. Quince años de soledad, ira e impotencia se transformaron en un puñetazo en las costillas. Fue un buen golpe. Con todos los nudillos. Jeremy dio un traspié hacia delante y Rafe lo sostuvo, dejándose caer con él al suelo. Detrás de ellos, Emilie soltó un grito ahogado—. Dime una cosa —le susurró Rafe al oído—, solo una cosa de cuando desaparecimos. Algo que me pueda creer.

—Estuvimos tanto tiempo desaparecidos porque tú no querías volver —dijo Jeremy, respirando con dificultad. Sí, eso se lo podía creer. Se apartó y le tendió la mano. Jeremy la tomó y Rafe lo ayudó a levantarse.

—Está bien. Pasa —concluyó Rafe. Miró a Emilie, que parecía aturdida, con los ojos clavados en él—. Tú también.

RINCÓN DEL NARRADOR

En otro lugar...



A vuestro narrador le ha contado un pajarito que mientras sucedía todo esto, en un reino lejano —tan lejano como el de «y vivieron felices y comieron perdices» o como el de «érase una vez...»—, una reina se arrodilló en el suelo de su biblioteca, rodeada de madera astillada y cristales rotos. Un cuervo rojo se posó sobre el cojín de terciopelo púrpura en el que, durante quince años, había descansado un libro dentro de un cofre del tesoro bajo llave. Pero ahora este se encontraba vacío.

—¿Alguna noticia, mi espía? —preguntó la reina. El cuervo le cantó sus secretos—. No, él no. Cualquiera menos él. Me lo temía. —La reina suspiró profundamente, cansada—. ¿Pero quién si no iba a querer robarlo?

El cuervo cantó una nueva canción repleta de secretos; pues en este mundo, los cuervos no solo graznaban, también veían y cantaban sobre ello. Y la canción que el cuervo entonó era una que decía que el mundo estaba a punto de cambiar. A quienes se daba por perdidos, regresarían a casa; pero antes de festejar el reencuentro, habrían de luchar.



CAPÍTULO SIETE

Rafe sacó tres cervezas del frigorífico y una bolsa de guisantes congelados para Jeremy que le lanzó al sofá, donde este se había tumbado.

—Ten —le dijo. Rafe no se sentía orgulloso de lo fuerte que le había pegado a Jeremy, pero tampoco podía negar que había sido un buen golpe. Jeremy se levantó la camiseta y dejó a la luz un moretón todavía rojo.

—Qué guay. Parece la Gran Mancha Roja de Júpiter.

—De guay no tiene nada —intervino Emilie, que fulminó a Rafe con la mirada—. No puedes ir por ahí dándole puñetazos a la gente cuando hagan algo que te moleste.

—Princesa, bienvenida a Virginia Occidental —dijo Jeremy.

—Echo de menos Ohio.

—Lo siento —admitió Rafe mirando a Emilie.

—¿Que lo sientes? —preguntó ella, sentada sobre el brazo del sofá, junto a la cabeza de Jeremy, que, a sus espaldas, articulaba con los

labios: «Di que sí».

—¿Sí? —dudó Rafe.

—Pues mejor. Porque podrías haberle roto las costillas, ¿sabes? Ni pizca de gracia.

—¿Te he roto algo? —preguntó Rafe.

—Ha sido solo superficial. ¿Cómo está tu mano?

—Podría estar mejor. —Rafe dobló los dedos—. Me va a tocar estar una semana sin ejercicios de muñeca.

—¡Oye! Que hay una señorita en la sala —terció Emilie.

—Perdona. Es un viejo chiste. Échale la culpa a él —dijo Rafe señalando a Jeremy.

—Clase de Lengua de noveno. La señora Melby pidió un ejemplo de una frase que no llevara el complemento circunstancial al final —recordó Jeremy.

—El idiota levantó la mano y soltó: «Esta noche en la ducha, haré ejercicios de muñeca». —A Jeremy se le escapó una risilla, pero se estremeció del dolor.

—Dos días de castigo para mí y uno para él por haberse reído tan fuerte. El lerdo se cayó y todo de la silla. Mereció la pena —terminó de contar Jeremy al recobrar el aliento.

—Y este par de memos son los que se supone que tienen que ayudarme a encontrar a mi hermana. ¿En qué estaba yo pensando?

—¿Te llamas Emilie? —preguntó Rafe, que había dejado de reírse. Ella asintió.

—Emilie Wendell —completó.

—Yo no puedo ayudarte a encontrar a tu hermana, Emilie. No recuerdo nada de cuando estuvimos perdidos en el Red Crow.

—Mientras estés con nosotros, yo me encargo del resto. ¿Está bien? —propuso Jeremy. Rafe miró a Emilie.

—¿Nos darías un minuto? —le pidió.

—No —respondió ella—. Claro que no. Y no puedes obligarme.

—¿Tienes paracetamol en el coche? —preguntó Jeremy a Emilie.

—Si te lo traigo, ¿se lo vas a tirar a la cabeza? —dijo ella, señalando a Rafe.

—Por favor —insistió Jeremy. Emilie suspiró profundamente y se levantó. Rafe se habría reído del gesto austero de la chica, pero no quería que se lo tomara mal.

—Que no se te ocurra tocarlo. No le pongas ni una mano encima, que inválido no va a poder encontrar a mi hermana.

—No prometo nada.

—Prométemelo —demandó Emilie—. Yo no sé cómo hacerle daño a alguien, pero aprendo rápido. Nada de volver a pegarle a Jeremy. —Rafe levantó las manos en señal de rendición.

—Te prometo que no le voy a dar más puñetazos. —dijo, tras lo que miró a Jeremy—. Me está cayendo bien.

—Gracias —contestó Emilie, con la rabia todavía en su mirada—. El jurado aún no se ha pronunciado sobre ti. —A la salida, dio un portazo tan grande a la puerta mosquitera que parecía que se hubiera disparado una escopeta.

—Supongo que en Ohio no tendrán mosquiteras —bromeó Jeremy.

—¿De dónde has sacado ese cuadro? —preguntó Rafe. Jeremy se sentó y lanzó a la mesita los guisantes congelados.

—Tu madre lo rescató de la basura y se lo envió a la mía. Quería que yo lo tuviera.

—Si lo tiré fue por algo.

—Me da lo mismo. No deberías ir tirando cosas con valor o significativas solo porque pienses que no sirven de nada. La decisión no es tuya.

—¿Por qué tengo la sensación de que ya no estamos hablando de mi cuadro?

—Porque eres más listo de lo que pareces —le dijo Jeremy.

—Podrías habérmelo traído aquí. ¿Hay alguna razón en particular por la que me hayas hecho ir hasta tu antigua casa para recogerlo?

—Quería que recordases que somos amigos o, al menos, que nunca fui tu enemigo. Te juro que alejarme de ti fue lo último que quería, pero no tuve otra opción.

—Ya, claro. Secretos, secretos de Estado.

—Más importantes que los secretos de Estado. Mucho más. —Rafe trató de reavivar las llamas del enfado y la amargura del pasado, pero ya se habían extinguido.

—¿De verdad crees que la chica, que lleva veinte años desaparecida, sigue ahí fuera viva?

—Sí.

—¿Y nosotros la conocimos? —Jeremy no contestó, solo apuntó en dirección al jardín de esculturas de Rafe—. Vale, sí, la conocimos —se admitió a sí mismo, sin poder seguir pretendiendo lo contrario—. ¿Cómo sabes que sigue viva?

—Es una corazonada, un hormigueo en el estómago.

—Eso podría ser del puñetazo. —Jeremy soltó una carcajada—. ¿Puedes responderme a algo? Solo necesito un «sí» o un «no». La razón por la que no puedes o quieres contarme lo que pasó cuando nos perdimos, ¿es porque fui un cobarde?

—No —dijo Jeremy con ímpetu, de forma clara y contundente. Rafe se quedó observándolo. Jeremy se inclinó y le devolvió la mirada—. Cielos, Rafe, cualquier cosa menos cobarde. No me vas a creer, así que no sé por qué me molesto en decírtelo, pero escúchame, Rafe, fuiste todo lo contrario a un cobarde. Cuando desapareciste te

comportaste como un héroe, sacaste valentía de donde no la había, fuiste más noble que cualquier príncipe de este mundo, vivo, muerto o del futuro. Por Dios, si alguien te llamara «cobarde», ya me aseguraría yo de que fuera la última cosa que dijera.

Rafe no dijo nada al principio, lo único que hizo fue sentarse para procesar el desconcierto que le habían causado las palabras de Jeremy. ¿Quién hablaba así? «Más noble que cualquier príncipe de este mundo…». Nadie decía ese tipo de cosas, al menos no en este planeta ni en los tiempos que corrían. Y, encima, en referencia a él, un chico de pueblo con una madre de pueblo que llevaba faldas largas y no se maquillaba, y cuyos cabellos no es que fueran largos, es que eran eternos, como el de esas devotas pentecostales a las que no había quién les metiera tijera. Por no hablar de su padre el electricista, que aparecía en las reuniones de la escuela con la camiseta del uniforme manchada de sudor y con su nombre cosido al bolsillo del pecho. ¿De verdad hablaba de él, Ralph Stanley de Mordor, Virginia Occidental?

—Llevas razón —se pronunció por fin Rafe—. No te creo.

—No será por que no lo he intentado. —Jeremy volvió a sentarse en el sofá.

—¿Qué necesitas de mí?

—Que vengas con nosotros al Crow. Eso es todo.

—¿Y ya?

—No puedo hacer esto sin ti.

—¿No puedes o no quieres?

—Digamos que incluso si pudiera, no querría. ¿Tú volverías allí sin mí?

—Yo directamente no volvería.

—¿Por qué no? ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que volver

allí quizá te ayudaría a recordar?

—Me padre me dijo que… —Emilie escogió aquel momento perfectamente imperfecto para entrar de nuevo a la cabaña con el paracetamol en la mano. Esbozó una sonrisa nerviosa y le dio las pastillas a Jeremy, que no las abrió.

—¿De qué padre hablabais? ¿Y qué es lo que dijo? —preguntó Emilie.

—Del suyo —contestó Jeremy y señaló a Rafe con la cerveza que se estaba bebiendo—. Mi padre murió antes de que yo naciera.

—Ah, es verdad. Perdona. Fue en un accidente de coche, ¿no?

—Lo del coche, sí, pero accidente… No lo creo. Dejar el coche encendido en el garaje no fue un accidente. —Rafe sonrió tras su cerveza mientras Emilie, boquiabierta, miraba fijamente a Jeremy.

—Pero mira que eres imbécil —dijo Rafe.

—Es verdad. No es culpa mía que en internet no se cuenten las cosas como son.

—Perdona —intervino Emilie—. No debería haber…

—No te sientas mal. Solo saca la carta del padre muerto cuando quiere dar pena —atajó Rafe. Jeremy, sin atisbo alguno de vergüenza, se limitó a sonreír.

—Bueno, pero funciona. Ahora tú también puedes jugar a lo mismo.

—No, déjate —respondió Rafe—. Cuando nos perdimos, mi padre fue todos los días al Crow. Nos buscaba dos horas antes de entrar a trabajar y después, hasta que se escondía el sol. Él se quedaba allí mucho después de que los voluntarios de búsqueda y rescate se fueran a descansar. Lo único que me pidió el hombre fue no volver allí nunca más. —Jeremy se inclinó.

—Se te olvida la parte de que si nos perdimos, en primer lugar, fue

por su culpa.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó Emilie.

—La noche anterior nos habíamos peleado —contó Rafe—. Fue una riña tonta. Por eso nos perdimos. A la poli le dijiste que nos desorientamos tratando de encontrar Goblin Falls.

—Lo primero de todo —dijo Jeremy, contando con los dedos de la mano—, de riña tonta, nada. Te hizo añicos tus dibujos y te arreó tal bofetada que te dejó una marca en la mejilla.

—¿Qué? —exclamó Emilie, horrorizada.

—No fue nada.

—Y lo segundo, sí que nos perdimos buscando la cascada, pero la razón por la que la buscábamos era porque queríamos perder a propósito el bus del insti para que mamá nos recogiera y tú pudieras quedarte en casa esa noche. No querías volver a la tuya. Me dijiste que no querías volver nunca.

—Tenía catorce años.

—Rafe, no le debes nada a tu padre. Lo sabes, ¿no? —sentenció Jeremy. A Rafe no le apetecía hablar del tema, con nadie, pero mucho menos con Jeremy y con esta chica a la que apenas conocía. De todas formas, era consciente de que sería más fácil contestar y acabar cuanto antes que discutir.

—Hace cuatro años, estaba aquí fuera con mi padre, ayudándolo a podar unas enredaderas. Uva de porcelana, la llaman. Preciosa, pero muy invasiva.

Recordaba haber apilado todas las enredaderas en el claro y haberlas prendido en una deslumbrante hoguera gigante. Todavía podía oler el acre aroma de los arbustos quemados. Su padre parecía demacrado, más de lo habitual. «No se les puede dejar echar raíces. Si no las sacas, son capaces de ocupar todo el santo bosque», le había

advertido su padre. «Creo que no hemos dejado ninguna», había contestado Rafe, por decir algo. Su padre se calló y, al poco, añadió: «Me gusta que vengas a ayudarme por aquí. A veces se me olvida que casi me quedo sin hijo». «Me tienes aquí, papá», le dijo él. El fuego prendió en un estallido y el humo acerbo se elevó. Quizá fue algo en el ambiente lo que le dio a su padre el valor para decirlo por fin.

—Aquel día, papá me dijo: «Hijo, quiero que sepas que me arrepiento de lo que pasó antes de que te perdieras». Yo le dije que valoraba aquello y él insistió: «¿Alguna vez llegaste a perdonármelo?».

—¿Tú que le respondiste? —preguntó Jeremy.

—Que todavía no. Y ya puedes imaginarte lo que pasó después.

—Murió —puntualizó Emilie.

—Fue la última oportunidad que tuve para perdonarlo y no lo hice. Ahora os tengo a vosotros dos aquí sentados pidiéndome que rompa la promesa que le hice. Lo único que me pidió fue que jamás volviera al Crow. Aquel lugar estaba maldito para él. —Rafe esperaba que Jeremy contraatacara. Sabía lo que se venía. Sabía que le daría un buen argumento, pero antes de que Jeremy pudiera mediar palabra, Emilie se le adelantó.

—Si te dijeran que Jeremy se había perdido de nuevo en el Crow y que nadie más podría encontrarlo, irías, ¿a que sí?

—Eso ha sido un golpe bajo —contestó Rafe.

—¿Quieres unos guisantes congelados? —preguntó Emilie y se rio con ternura. Definitivamente, le caía bien.

—Haremos un trato. Si a mi madre no le parece mal, me apunto.

—Me parece justo, ¿no? —Emilie miró a Jeremy, que sacudió la cabeza.

—Es una total pérdida de tiempo.

—Jeremy, es su madre. ¿Es que no tienes corazón?

—Ahora mismo, no —dijo en un tono frío como el acero—. ¿Qué pasa si tu madre dice que no?

—Mi madre tiene todos los antiguos mapas de mi padre del Crow. Incluso si me dijera que no quiere que vaya, los mapas pueden ayudaros a explorar el parque. Esta es mi mejor oferta.

—Vale, pues vayamos ya mismo a casa de tu madre —propuso Jeremy—. Que te dé su consentimiento, que lo hará, y saldremos por la mañana. ¿Estamos? Estamos. Dadme un «sí».

—Sí —confirmó Emilie.

—No —respondió Rafe, a quien Jeremy lanzó una mirada asesina.

—¿Cómo que no? Respuesta equivocada. Prueba de nuevo.

—No me va a dejar entrar en casa. Ya te lo he dicho, si no me afeito y me corto el pelo, me tiene prohibida la entrada. Y no creas que estoy de coña, no es broma.

—Pues, no sé, ¿podrías afeitarte y cortarte el pelo? —soltó Jeremy como una bomba de sarcasmo que casi arrancó la pintura de las paredes—. El mundo te lo agradecerá. Yo te lo agradeceré. —Rafe no tenía ninguna gana de afeitarse ni de cortarse el cabello.

—Me puedo afeitar esta noche, pero para el corte habrá que esperar hasta mañana, a estas horas ya…

—Yo sé cortar el pelo —interrumpió Emilie.

—¿Sabes cortar el pelo? —preguntó Rafe.

—Alguna vez puse guapo a algún perro cuando trabajaba en la clínica veterinaria. El pelo humano no debe ser muy diferente, ¿no? ¡Ah! Me olvidaba. ¿Te parece bien que haya traído a mi rata? —Metió la mano en el bolsillo de la sudadera y, como si de la bolsa de un canguro se tratara, sacó de ella a una ratita blanca con manchas

grises.

—Se llama Fritz, como la primera banda de Stevie Nicks —añadió Jeremy. Rafe se lo quedó mirando, luego miró a Emilie y después a él, de nuevo.

—No sé cómo os he dejado entrar en mi casa.



CAPÍTULO OCHO

Emilie, que estaba nerviosa aunque pretendiera no estarlo, dispuso sobre la encimera del minúsculo baño de Rafe su peine, tijeras y un par de horquillas. Él se sentó al borde de la bañera, observándola con recelo.

—¿Te has traído unas tijeras para cortar el pelo? —preguntó Rafe, que ni se molestó en ocultar el tono de confusa diversión. Emilie no podía culparlo.

—¿Ves esto? —dijo señalándose el flequillo—. Para mantenerlo así tengo que cuidarlo a menudo. Muy a menudo. Siempre llevo un par de tijeras en la guantera.

—¿Me vas a poner flequillo?

—Yo había pensado más bien en un corte estilo caniche.

—Me gustan los caniches —declaró Rafe. Emilie se tranquilizó al ver que se tomaba aquello a broma. Su único objetivo era dejarlo medianamente decente, lo suficiente como para que no se echara a llorar cada vez que se mirase al espejo. Con los perros nunca se había

tenido que preocupar por eso.

—Bueno… —dijo Emilie mientras empezaba a peinarle el cabello con los dedos e intentaba decidir por dónde empezar a atacar—. ¿Prefieres que te llame Ralph o Rafe? ¿O señor Howell?

—El señor Howell era mi padre. Puedes llamarme Rafe, me gusta más que Ralph.

—¿Y a quién no? Perdona, eso ha estado feo. ¿Te ha contado Jeremy lo de mi problema con la censura interna? ¿Puedes humedecerte el pelo ahora?

—Ya me lo había imaginado yo. —Rafe encendió la ducha—. Voy a quitarme la camiseta. No te vayas a asustar.

—No voy a desmayarme por ver a un tipo sin camiseta —replicó Emilie y puso los ojos en blanco. Hombres. A través del espejo del mueble, vio cómo Rafe enarcaba las cejas, tras lo que se quitó la prenda y la tiró al suelo. Emilie no gritó, pero sí que soltó un suspiro perceptible—. Uh, vaya.

—Te lo dije. —Rafe metió la cabeza bajo el agua caliente y ella se giró y se quedó embobada, olvidándose por completo de las tijeras, el peine y el corte. En la espalda, entre las escápulas, tenía un montón de cicatrices de un tono rosa pálido. Eran finas, alargadas y de un aspecto poco agradable. Estaban curadas, pero aun así…

—¿Qué te pasó?

—Ni idea. Es de cuando nos perdimos en el Crow. ¿Un lince rojo, quizá? O no. Jeremy dice que ni siquiera él lo sabe.

—Yo he visto una barbaridad de arañazos de perro y de gato, algunos muy grandes, y ya te digo yo que eso no es.

—¿Alambre de espino? O me caería sobre algo —sugirió, con la voz amortiguada por estar cabeza abajo. Emilie quería tocar las cicatrices, pero no se atrevió. Le recordaban a algo, pero no tenía

claro a qué.

—¿De verdad que no te acuerdas de cómo te las hiciste? —El simple hecho de mirarlas ya le daba miedo. ¿Le había pasado eso en el bosque?

—No. —Rafe sonaba muy relajado acerca del tema, demasiado. Sonaba a alguien que estuviera intentando hacer como si le diera lo mismo no poder recordar lo que había sufrido para acabar con aquellas cicatrices. Al apagar el agua, se sentó en el borde de la bañera—. ¿Lista? —Estaba claro que quería cambiar de tema.

—Cuando tú lo estés.

—Lo estoy. Creo.

—Si te ayuda, puedes abrazar a Fritz —ofreció Emilie, lo que provocó en Rafe una risilla.

—Por supuesto.

Emilie se sacó a Fritz con cariño del bolsillo de la sudadera y se lo pasó a Rafe. Le echó un ojo por un momento para asegurarse de que no lo dejase caer ni nada por el estilo, pero Fritz le olfateó las manos y empezó a roerle la barba.

—¿A ti tampoco te gusta la barba, amiguito? —le preguntó Rafe.

—Mordisquea todo. Pero no, no le gusta nada la barba. Ya me lo ha dicho él.

Rafe le acarició con delicadeza la cabeza y las orejas. Emilie estaba empezando a encariñarse, aunque todavía la ponía lo bastante nerviosa como para arrepentirse de haberse apuntado voluntaria a la misión. Pero ya era demasiado tarde. Le enganchó una toalla alrededor de los hombros y le pasó el cepillo por los cabellos pajizos.

—Te voy a cortar solo unos dedos. Nada drástico, ¿está bien?

—Cuanto más corto, más le gustará a mi madre.

—¿Es muy estricta?

—Qué va. Le daría lo mismo si pensara que me estoy dejando el pelo largo porque lo quiero así, pero piensa que mi pelo y mi barba son un grito de auxilio.

—Sin comentarios —terció Emilie. Rafe elevó a Fritz para hacer contacto visual con él o lo que quiera que se pueda hacer con una ratita que no para de olfatear, arrastrarse y revolverse.

—Tu mamá es un poco borde.

—No lo escuches, cariño. No sabe de lo que habla. Puedes dejarlo en la bañera para que corretee, necesita hacer ejercicio.

—Claro —acató Rafe, y dejó a Fritz con cuidado en la bañera vacía, donde este empezó a dar vueltecitas al más puro estilo roedor.

—¿Listo?

—Venga. —Sonó igual que un hombre frente a un pelotón de fusilamiento. El cabello tenía para él algún significado. ¿Libertad? ¿Seguridad? ¿Un disfraz bajo el que esconderse?

—Déjame adivinar: la gente no te reconoce con el pelo y con la barba. —Rafe soltó una risilla suave y amarga.

—No hay nada peor que ser famoso en un pueblo. Durante años, no había vez que fuera a la ferretería y no tuviera a diez viejos echándome mal de ojo, hablando a mis espaldas de la engañifa que Jeremy y yo le colamos a todo el estado. Lo único que quería era volver a ser un donnadie.

—Espera, ¿como que una engañifa? ¿Estás de broma?

—Mucha gente no quiere creer que dos críos pudieran sobrevivir durante tanto tiempo en el bosque. Tampoco ayuda mucho el hecho de que yo no me acuerde de cómo nos las apañamos y de que Jeremy se pirase del pueblo a los tres días de encontrarnos. —Emilie volvió a peinarle el cabello, cortándole más.

—Debe de haber sido duro pasar por todo eso sin Jeremy. Me

refiero a enfrentarte a todas esas miradas hostiles tú solo.

—No fue plato de buen gusto —respondió él, pero Emilie se imaginó que aquello era quedarse muy corto.

—Jeremy dice que tenía muy buenas razones para mantenerse al margen. ¿Quizá puede que las tuviera?

—Puede. Pero no estaría mal que me contara cuáles eran esas razones.

—Ya. Sus misterios sacan bastante de quicio.

—No solía ser así. Siempre me contaba todo.

—¿Cómo era antes?

—Jamás te hubieras imaginado que escogiera como trayectoria profesional ser el salvador de las chicas desaparecidas.

—¿Hablamos del chico que hacía bromas sobre los ejercicios de muñeca en clase de Lengua?

—Siempre, a todas horas. Era imposible aburrirse con él. Llamó al vicerrector «il Duce» en su cara. Lo copió de *Las chicas Gilmore*.

—¿Jeremy veía *Las chicas Gilmore*?

—Los dos veíamos *Las chicas Gilmore*. A mí me gustaba Rory, y a él, Lorelai.

—¿Por qué no me sorprende eso de él? —Emilie le cortó un par de dedos más y los mechones dorados cayeron sobre el suelo de madera oscura.

—La gente sigue hablando de nosotros como si fuéramos un equipo. En las noticias nos llaman «Los chicos perdidos de Virginia Occidental». Supongo que yo también nos hacía un equipo, pero se ve que no. —Emilie comenzaba a pensar que lo único que había más triste que un niño perdido era un hombre perdido.

—«Los chicos perdidos de Virginia Occidental» suena a nombre de banda de *bluegrass* brutal. —Volvió al tajo: peinar y cortar, peinar y

cortar—. Si quieres saber mi opinión, aunque sé que probablemente no la quieras, no creo que hayas odiado nunca a Jeremy. Solo… Lo único que pasaba es que le echabas de menos.

—Ni se te ocurra decirle eso.

—¿Decirme el qué? —Jeremy apareció en la puerta y Emilie vio cómo Rafe lo miraba por debajo de la cortinilla que formaban sus cabellos mojados.

—Que sabemos que ibas a estar escuchándonos a escondidas —atajó Rafe.

—Solo venía a preguntarte si querías que llevara tus cosas al coche —dijo Jeremy en un tono de enfado claramente fingido—. Por si las moscas, vaya. Por si te diera por venirte con nosotros mañana.

—Es una indirecta —susurró Emilie.

—¿Tú crees? —preguntó Rafe, también en un susurro.

—¿Quieres que te lleve las cosas o no? Me gustaría salir antes de medianoche.

—Vale. Están en…

—Las busco yo —sentenció Jeremy, y desapareció tras la puerta.

—Definitivamente, estaba poniendo la oreja —dijo Emilie.

—Lo sabía. ¿Queda mucho?

—Un segundo. —Emilie dejó el peine y las tijeras, y lo peinó con la mano. Se lo había cortado hasta las orejas. Ya no estaba tan largo, pero no llegaba a estar rapado. Incluso mojado, se le ondulaba un poco—. Espero que así esté bien.

Rafe se levantó y se estuvo mirando al espejo durante un rato mientras Emilie retiraba los mechones del suelo con una toalla. Después sacó a Fritz de la bañera, antes de que este acabara haciendo un nido con el pelo.

—No está mal —expresó finalmente, para alivio de Emilie, que

relajó los hombros.

—Uf, menos mal. Llevaba mucho sin practicar —confesó ella. Rafe sonrió.

—Dame diez minutos. Os veo fuera, a la entrada. —Sacó un neceser de debajo del lavabo con los utensilios para afeitarse.

—Suerte con eso de encontrarte la cara. —Rafe respiró hondo y se miró en el espejo.

—Estoy ahí, en alguna parte.

Emilie lo dejó en el baño y fue al encuentro de Jeremy, a quien llamó por su nombre.

—Arriba, princesa —le gritó él desde el desván. Emilie comenzó a subir las escaleras.

—Rafe me ha dicho que nos ve ahora, en diez minutos. Y eso de «princesa» tenemos que hablarlo ya mismo. Guau.

—Sí, «guau» es la respuesta correcta —afirmó Jeremy, barriendo con la mirada la habitación de Rafe, que, efectivamente, merecía un par de «guau», sobre todo la cama.

—Supongo que no debería sorprenderme de que la cama parezca salida de un cuento. La cabaña entera es increíble. ¿Lo ha hecho todo él? —Emilie acarició uno de los postes de la cama. Los cuatro pilares estaban tallados como las vigorosas ramas de un árbol y el alto cabecero mostraba una escena con ciervos correteando por un bosque. Por el ventanal situado junto al lecho se colaba un sol que comenzaba a ponerse por la montaña.

—El chico tiene múltiples talentos —dijo Jeremy mientras metía la mano tras el cabecero para sacar un gran arco y un carcaj con flechas.

—Madre mía. ¿Duerme con un arco?

—Genio y figura hasta la sepultura. —Jeremy se sentó en la cama con el arco entre las manos. Junto a él, sobre la colcha escarlata, había

un maletín negro de tapas rígidas.

—Esto es impresionante. —No era solo la cama. Las paredes también estaban cubiertas de más murales. Era como estar sentado sobre un alto árbol y tener mariposas de alas doradas revoloteando por entre las hojas enormes—. Seguro que con esto ha dejado a más de una chica con la boca abierta. —Jeremy le lanzó una mirada repentina y tajante—. ¿Qué pasa? ¿No crees que se traiga a nadie aquí? Yo lo haría.

Jeremy empezó a desabrochar y desenroscar de nuevo las piezas del arco de Rafe para meterlas en el maletín.

—No lo había pensado —dijo finalmente Jeremy. Emilie no se lo creía.

—¿Tienes novia? —preguntó ella.

—Ni novia ni novio ni mascota.

—Qué huraño.

—Puede que rescate a un par de ratas de algún contenedor. —Emilie puso una cara rara, como avergonzada.

—Bueno, respecto a eso, tengo algo que contarte. Te mentí un poquito.

—Continúa. Me interesa.

—Las ratas domésticas normalmente se llevan bien con otras ratas. En el caso de Fritz, no tanto.

—¿Es un solitario? ¿Un rebelde?

—Exacto. Tuvo un par de compañeros de jaula, pero a Fritz no le gustaban, se peleaba con ellos. ¿Te acuerdas de que te conté que su dueño se hartó y lo trajo un día al veterinario para que lo sacrificáramos por ser tan agresivo? Lo injusto que parecía, ¿no? Que te maten por un malentendido con tu compi de piso.

—Un poco extremista, sí —contestó Jeremy.

—Lo mismo pensé yo, pero me quedé callada. No era mi trabajo. Pero cuando lo estaba llevando para que lo preparasen para la intervención, se acurrucó en mi pecho y se quedó dormido. —Emilie se puso a Fritz en la misma posición que estaba relatando y este se acurrucó, tal como en su recuerdo—. No pude hacerlo. Lo saqué por la puerta de atrás, lo metí en el coche y me lo llevé a mi casa. Te había dicho que tuve que dejar el trabajo cuando mamá se puso enferma. Bueno, pues no fue así. Me echaron. El dueño de Fritz hasta me amenazó con llamar a la policía.

—Arrestada por el robo del siglo: una rata doméstica. —Jeremy soltó una carcajada mientras cerraba el maletín del arco.

—No hace gracia. Me despidieron del trabajo de mis sueños. Y lo peor no es eso. Mi pobre madre, hecha polvo por la quimio, tuvo que arrastrarse por el suelo del baño para escribir un cheque a nombre del dueño de Fritz para que no presentase cargos contra mí por robarle la rata a su hijo, rata que iba a sacrificar igualmente.

—No puedo parar de reírme —admitió él—. Podrías habérmelo contado antes.

—Bueno, justo es decir que rescaté a cinco gatitos de un contenedor, así que esa parte no era del todo mentira. —Emilie acarició con cariño la oreja de Fritz. Desde que había muerto su madre, él había sido su única compañía, su única familia—. Me daba miedo que pensaras que estaba como una cabra.

—No creo que estés como una cabra. Estoy muy orgulloso de ti, princesa.

—Oye, ya vale con lo de «princesa», ¿no? Ya sé que soy una blandengue, una mimada y bastante inútil para la sociedad, pero no hace falta que me lo estés restregando.

—Estar mimado no tiene nada de malo. Pero ¿de dónde has sacado

eso de que eres una blandengue?

—Si me hubieran secuestrado y arrastrado al bosque como hicieron con mi hermana, yo no habría sido capaz de enfrentarme a él y escaparme. Y si lo hubiera hecho, me habría perdido y muerto de hambre, en lugar de esconderme en una choza durante veinte años.

—Morirías por deshidratación antes que de hambre, hazme caso. —Emilie decidió ignorar esto.

—Qué valiente que tuvo que ser mi hermana para sobrevivir durante tanto tiempo… Yo no soy valiente. Me encantaría tener el mismo arrojo que ella. Quiero poder mirar de frente a la muerte y hacerle catapum en la nariz.

—¿Quieres hacerle catapum a la muerte? ¿Ese es el tipo de pensamientos que te pasan por la mente? —Emilie extendió la mano y, con el dedo, fingió darle un golpecito a la nariz imaginaria de la muerte.

—Catapum —exclamó Emilie. Jeremy se señaló los ojos con dos dedos.

—Céntrate —le dijo. Ella se inclinó y lo miró a los ojos.

—Estoy centrada.

—Por mi honor, juro que solo te llamo «princesa» por respeto —espetó él—. Si quieres, dejo de hacerlo, pero, en mi opinión, deberías acostumbrarte. —Emilie volvió a sentarse para considerarlo.

—Si a ti te hace feliz, puedes seguir llamándome así.

—Eufórico me pone.

Emilie oyó unos pasos en las escaleras y, al girarse, vio a Rafe plantado en el último escalón.

—Cuando queráis. Os espero en el coche. —Amagó con irse.

—Espera un momentín. —Emilie se puso de pie. Rafe suspiró y se

dio la vuelta. Su rostro delataba que sabía lo que se venía a continuación—. ¡Ay, madre! Pero si estás guapísimo. Qué barbaridad.

No estaba guapísimo. De eso nada. Lo que estaba era precioso. Parecía salido de un cuadro de caballeros, reyes y hermosas damiselas, incluso con esos pantalones de trabajo andrajosos, con esas botas de montaña destrozadas y con esa camiseta blanca bajo la camisa de franela roja y negra desgastada que llevaba por encima. Con el cabello corto y prácticamente seco, los mechones se agrupaban en rubias ondulaciones y dejaban a la luz una mandíbula pronunciada y unos labios carnosos, el perfil de un poeta y la mirada penetrante de un cazador.

—Te has quedado embobada —le dijo él.

—Embobada por la perfección de cara que tienes —respondió Emilie—. Los viejos esos de la ferretería, no creo que estuvieran echándote mal de ojo. Lo que yo creo es que no podían quitarte el ojo de encima.

—Socorro —le soltó Rafe a Jeremy, que entrecerró los ojos para examinarlo.

—Quizá deberíamos dejarle la barba —declaró Jeremy. Rafe le lanzó una mirada asesina y le sacó el dedo, lo que le arrancó una sonrisa.

—¿Podemos irnos, anda? —soltó Rafe—. Si no llegamos tarde, hay muchas posibilidades de que mi madre nos prepare algo de cena.

—Venga, vamos. —Jeremy le puso en las manos el maletín del arco y bajó las escaleras. Rafe lo vio marcharse, todavía parado en el escalón más alto, y Emilie lo vio a él mirando a Jeremy.

—¿Cómo os conocisteis vosotros dos? —preguntó ella, tratando de mantener un tono de voz que sonase más a curiosidad que a

fisgoneo. Rafe se encogió de hombros.

—En el instituto.

—¡Anda ya! Seguro que tenéis alguna historia que contar.

—Lo siento. —Rafe comenzó a bajar las escaleras y Emilie soltó una risa burlona.

—Menos mal que eres guapo, porque como narrador eres pésimo.

RINCÓN DEL NARRADOR

Los chicos perdidos de Virginia Occidental



No hagáis caso de Rafe. Existe una historia todavía mejor y he aquí la versión más corta:

Era agosto del 2006. Primer día de instituto. Ralph Howell —que no se convertiría en Rafe hasta pasados diez minutos— se puso en una de las mesas de la última fila, la penúltima del lado derecho. Abrió el cuaderno nuevo, destinado a alguna de las asignaturas, y dibujó un coyote en la parte interior de la portada. Encorvado sobre su obra de arte mientras sombreaba el pelaje con su nuevo portaminas, no se dio cuenta de que alguien lo observaba.

—Guau. Qué chulo.

Ralph levantó la mirada. Inclinado desde su silla en la última mesa a la derecha estaba Jeremy Cox. El famoso Jeremy Cox. Habían ido a colegios diferentes, si es que se le podía llamar «colegio» a la academia religiosa a la que había ido Ralph. Aun así, Ralph había oído muchas cosas de Jeremy a través de amigos de amigos de amigos. Jeremy era británico, lo que ya lo convertía prácticamente en una celebridad en la zona. Británico, con dinero y vivía en un casoplón. Rafe no sabía bien cómo tomarse ese «qué chulo». Los chicos no se hacían cumplidos entre ellos, a no ser que fuera para aclamar un buen chiste o para aplaudir a modo de burla cuando a

algún lumbreras se le caía la bandeja con la comida. Pero parecía sincero, tanto el «guau» como el «qué chulo».

—Es un perro, ¿no?

—Un coyote. —Era un chico de catorce años al que habían pescado dibujando animalillos en el cuaderno, así que para compensar añadió—: Los cazo.

—¿En serio? —Rafe hizo un gesto con los hombros a modo de aprobación y desdén al mismo tiempo.

—Mi padre ha estado enseñándome a cazar desde que era un crío —comentó, eligiendo deliberadamente las palabras para insinuar que sí, que fue un crío en ese entonces, pero que ya no lo era. La niña que tenían enfrente hizo una mueca de desagrado—. Este verano atrapé a uno. Lo cacé yo solo. Se estaba comiendo nuestros pollos. —Todo aquello era cierto, excepto por la parte en que decía haberlo hecho él solo; su padre le había ayudado y mucho.

—¿Era como este? —preguntó Jeremy mientras señalaba el cuaderno.

—Supongo.

—Me gusta. Es mejor que el mío —añadió el chico y le mostró a Rafe la obra de arte que había hecho él en la tapa de su cuaderno. Había dibujado lo que cualquier adolescente con un apellido de capitán como era Cox habría dibujado. Rafe soltó una carcajada, aunque no fuera lo apropiado. Jeremy apartó su cuaderno y tomó el de Rafe para examinar el dibujo del coyote—. ¿Cómo se mata a un coyote? ¿Con una escopeta?

—Nosotros cazamos con arco —respondió Rafe, discretamente orgulloso —. Mi padre piensa que usar armas de fuego con los animales es como hacer trampas. Las pistolas son para empuñarlas contra otras personas. — Esa era la broma que su padre siempre soltaba.

—Eso me gusta, darles a los animales la posibilidad de defenderse. Además, lanzar flechas me parece más divertido. —Jeremy no tenía mucho acento británico. Seguramente lo hubiera perdido en los últimos

años que había estado viviendo en Estados Unidos. Aunque para Ralph, el chico sonaba más listo que cualquier otra persona—. Me llamo Jeremy.

—Yo, Ralph. —Jeremy hizo tal guiño que parecía que le hubiera pegado un lametón a un limón.

—No, ni hablar. Vaya nombre de paleto. Al menos pronunciémoslo como es debido —dijo levantando la barbilla y, con una voz siniestra que recordaba a la de Scar, de *El Rey León*, agregó—: Vuestra merced debería pronunciar su nombre «Reif».

—¿Qué? —Ralph no le veía a aquello ni pies ni cabeza.

—Rafe —repitió Jeremy—, que rima con «rey» y con «ley». Se escribe: R-a-f-e. Como «café», pero en lugar de con la ce, con una erre y sin tilde. ¿Lo entiendes?

—Rafe —pronunció él. Le gustaba. No sabía muy bien por qué, pero le gustaba. Quizá ya no quería volver a llamarse Ralph. Quizá nunca había querido.

—Así mejor. ¿Sueles cazar a menudo? —La chica de enfrente se puso tiesa con un gesto teatrero que rozaba lo dramático.

—Casi todos los fines de semana. Ya casi estamos en temporada de ciervos. —La niña no aguantaba ni una más. Sentada en la silla, se giró con brusquedad para honrarlos con su opinión.

—¿De qué vais? La caza es asquerosa —les soltó—. ¿Qué te puede llevar a matar a un pobre...?

—¿Eres vegetariana? —le preguntó Jeremy, antes de que Ralph pudiera elaborar una defensa.

—No, pero...

—Pues cierra el pico, Mabel. —La chica no se llamaba Mabel—. ¿Te crees que el salami de la *pizza* que te comes viene de un cerdo que decidió pegarse un tiro en el aparcamiento de un videoclub o qué? —Cuantas más vueltas le dabas, menos sentido tenía la pregunta.

Jeremy le indicó con el dedo que se diera la vuelta y se quedara

mirando al frente de nuevo, para que dejara de meterse donde no la llamaban.

—Eres un machista —resopló la chica antes de girarse. Jeremy se quedó boquiabierto. Con el puño levantado, empezó a agitarlo en el aire y a gritar en silencio a sus espaldas. Ralph se preguntó si todos los británicos serían así.

Cuando se le pasó la rabieta, Jeremy llamó a la chica con unos toquecitos en el hombro derecho. Ella giró la cabeza y lo miró con una altanería propia de una duquesa.

—Yo no soy machista —le replicó él—. Soy un idiota, que es diferente. Para que te enteres.

La chica puso los ojos en blanco y se volvió hacia delante de nuevo. En realidad, ¿qué podría haberle respondido a aquello? ¿Que lo sentía?

La campana sonó. La profesora, la señorita Farris, entró a zancadas en la clase y todos se quedaron en silencio. Jeremy anotó algo en un trozo de papel y se lo pasó a Ralph en cuanto la señorita Farris se dio la vuelta.

¿Crees que tu padre podría enseñarme a cazar?

Un saludo,
El idiota (que no machista, pues soy
idiota con todo el mundo por igual).

Antes de Jeremy, Ralph se había sentido incomprendido, sin razón alguna. Se podría decir que era igual que el resto. Sus notas eran decentes, él era decente, un chico tolerable. Pero por mucho que se repitiera esas cosas a sí mismo, la sospecha de que no encajaba siempre había estado ahí. Pero, entonces, apareció Jeremy. Que no es que él pareciera encajar allí tampoco. Jeremy destacaba como lo hace un pulgar hinchado, pero poco le importaba. Vivía en su propio mundo y Rafe también quería ser parte de ese mundo. Por primera vez en su vida, se alegraba de no encajar.

Ralph le respondió:

Sí. ¿Este finde?

La nota iba firmada así:

Rafe.

Antes de ser «los chicos perdidos de Virginia Occidental», no eran más que unos chicos.



CAPÍTULO NUEVE

Al entrar en el largo camino de grava que llevaba a la casa, Rafe vio aparcada donde siempre, frente al garaje, la destartalada F-150 roja de su madre, que antes habría sido la destartalada F-150 roja de su padre. Estaba en casa. Las luces de jardín situadas en los macizos de alrededor del porche ya estaban encendidas, pero por mucha iluminación romántica que se instalase, no había forma de hacer que aquella casa vieja revestida de un antiguo vinilo color masilla diera buena impresión. Era fea, tan fea que la primera vez que Rafe se llevó a Jeremy allí, trató de distraerlo señalándole el bosquecillo que había junto al jardín trasero, unas cuatro hectáreas por las que cruzaba un riachuelo. En su momento, Jeremy soltó: «Qué pasada», y parecía que lo decía en serio. Después, cuando la madre de Jeremy fue a recogerlo, el chico no quería volver a casa.

Por aquel entonces, apenas llevaban una semana siendo amigos, pero Rafe le habría cedido un pulmón, un riñón o ambos, si Jeremy

los hubiera necesitado.

Jeremy aparcó y apagó el motor.

—¡Esperad! —exclamó Rafe mientras empezaban a apearse del coche—. No le digáis nada a mi madre de lo del Red Crow. Dejad que se lo cuente yo.

—¿Y si pregunta? —dijo Emilie.

—Pues mentís —respondió Rafe.

—No voy a mentirle a tu madre —replicó Jeremy.

—A la tuya le mentías a todas horas —objetó Rafe.

—Sí, pero era mi madre. No es lo mismo.

—Igualmente se dará cuenta —sostuvo Emilie—. Las madres lo saben todo.

—Ya sé por qué mis padres no quisieron tener más hijos —declaró Rafe, lo que hizo que a Emilie se le cayese la mandíbula al suelo.

—Cómo te has pasado —le rechistó ella.

—Todo va a ir bien. Bobbi se pondrá tan contenta cuando me vea que le dará lo mismo el motivo de nuestra visita —manifestó Jeremy.

—No creas que le caes tan bien —discrepó Rafe, que temió estar en lo cierto—. Dejádmelo a mí.

—Vale. —Emilie abrió de un tirón la puerta del coche—. Pero te lo advierto, se lo va a oler.

Mientras los tres salían del vehículo, se abrió la puerta principal de la casa. Rafe se puso en lo peor.

—Si ese es mi hijo, que baje Dios y lo vea —vociferó su madre, tan fuerte que todo el valle podría haberla oído.

—Claro que soy tu hijo —gritó él de vuelta, de camino hacia el porche. Su madre llevaba puesto un delantal por encima de los vaqueros y tenía remangada la blusa de flores. Seguro que la habían sorprendido horneando algo para la iglesia.

—Lo hemos traído aseado para ti, mamá —dijo Jeremy por detrás de él.

Rafe seguía enfadado con Jeremy y posiblemente nunca dejaría de estarlo, pero no pudo aguantarse la sonrisa al ver la reacción de su madre cuando escuchó la voz de Jeremy. Tras un gritito ahogado y con la mano en el corazón, bajó corriendo los escalones del porche. Jeremy la esperó abajo y la mujer lo rodeó en un abrazo fortísimo.

Emilie se acercó con sigilo a Rafe y exhibió una sonrisilla nerviosa.

—Siempre lo quiso más que a mí —mencionó Rafe, lo suficientemente alto como para que lo oyera su madre.

—Tú cállate —lo reprendió su madre—. A mi ahijado pelirrojo lo abrazaré todo lo fuerte que yo quiera. —Tras una palmadita en la espalda, le susurró a Jeremy—: Siento mucho lo de tu madre. Angelito. Qué gran mujer que fue Mary Cox.

—Pues sí, sí que lo fue —admitió Jeremy. La madre de Rafe le tomó la cara entre sus manos.

—No vuelvas a desaparecer durante tanto tiempo, por el amor de Dios. —Le dio un besito en la frente, como si lo estuviera bendiciendo, y después señaló a Rafe—: Ni tú tampoco, señorito. —Emilie se cubrió la boca para ocultar la risa, pero aun así la mujer la escuchó—. Bueno, ¿y esta jovencita quién es?

—Emilie —respondió ella y, nerviosa, levantó la mano para saludar—. Buenas. Estoy con Jeremy. No con él, en plan, con él.

—Jeremy está ayudando a Emilie a encontrar a su hermana —intervino Rafe—. Necesitan un sitio donde pasar la noche.

—Ay, pobre. Yo soy Bobbi. Pasad todos dentro que prepare la cena.

Qué fácil, pensó Rafe mientras entraban a la casa. Pero, en cuanto estuvieron dentro, Emilie se dio la vuelta y, moviendo los labios, articuló:

—Lo sabe.

RINCÓN DEL NARRADOR

Las madres



Cuando leemos cuentos de hadas, pronto nos damos cuenta de que en este tipo de historias solo existen dos tipos de madres: las buenas —muertas— y las malas —vivas—. Los padres suelen salir mejor parados, ellos suelen vivir más tiempo. Sin embargo, ante la ausencia de sus esposas, tienden a tomar decisiones bastante lamentables. Blancanieves tenía una madre buena que se murió. Entonces, su padre volvió a casarse con la que se convertiría en su malvada madrastra. El padre de Cenicienta también demostró muy mal gusto a la hora de escoger a su segunda mujer. En *El enano saltarín*, el padre llevó el orgullo paternal al siguiente nivel cuando afirmó a todo el que le escuchaba que su hija era capaz de convertir la paja en oro. Es imposible no imaginar que, de haber estado la madre viva, habría acallado pronto los rumores explicando a todo el mundo que se había casado con un narcisista.

En los cuentos de hadas encontramos también un tercer tipo de madre que no es buena y muerta ni mala y viva, y, pese a lo extraño que es dar con tal figura, algunas veces toma parte de las historias, como sucede en esta.

Hablo, cómo no, del hada madrina. A veces ni siquiera tiene que hacer magia para otorgarles un regalo a algún joven príncipe o princesa

merecedores.

A veces, el hada madrina no es más que una buena madre.

Y Emilie llevaba razón: Bobbi lo sabía.



CAPÍTULO DIEZ

Rafe se quedó plantado en la puerta de la cocina observando el caos. Tres personas en una sola encimera. Su madre iba de aquí para allá animada, dando órdenes; Emilie estaba preparando el aliño para la ensalada y Jeremy picaba cebollas con un delantal de la madre de Rafe en el que se leía: ¡Besa al chef!, con unos grandes labios rojos en la parte de delante.

Si retrocediéramos en el tiempo quince años y colocáramos a Rafe en el lugar de Emilie, podría haberse tratado de cualquier viernes por la noche, cuando Jeremy se quedaba a dormir durante el primer año de instituto. Hasta la apariencia de la cocina era la misma, pues se instaló en los setenta, una época en la que la estética no era precisamente una prioridad. Las encimeras eran amarillas; la mesa, amarilla. El papel pintado era de cuadros marrones y había una alfombra ovalada de trapo que cubría el linóleo, también marrón, que su madre fregaba a diario.

Rafe debería estar echando una mano, pero Emilie le había robado

el puesto y no quedaba nada por hacer. Allí, apartado y observando a su madre pasándoselo bien, se sentía de maravilla. A su madre le encantaba tener invitados, conocer a gente nueva y cocinarle a cualquiera que tuviera hambre. Siempre le habían gustado los amigos de Rafe, pero, sobre todo, adoraba a Jeremy.

Mientras los tres preparaban juntos la cena, Rafe aprovechó para escabullirse y buscar los mapas. Estaba seguro al noventa por ciento de que habían almacenado todo en su antiguo dormitorio del sótano, otra cápsula del tiempo. Se había mudado a este cuarto cuando tenía ocho años, y a los dieciocho, cuando se fue de casa, el papel de tractores seguía decorando las paredes. En la esquina seguía aquel viejo escritorio que habían adquirido en un mercadillo de segunda mano y bajo la ventana descansaba la misma cama individual en la que había dormido durante toda su infancia.

La caja con los mapas estaría bajo la cama o bien en el armario. Se arrodilló sobre la alfombra, pero lo único que encontró bajo la cama fueron unas cuantas cajas de antiguas decoraciones navideñas. Al armario, pues. Se acercó a él y abrió la puerta. Encima del estante que había sobre todos los abrigos de invierno, vio varias cajas de almacenaje de plástico. Las sacó de ahí y las apiló junto a la cama. Se sentó en el borde y destapó la primera.

Eran cuadernos de bocetos. Todos sus cuadernos. Sabía que tenía que ponerse a buscar los mapas, pero no pudo contenerse. Sacó las libretas y examinó la parte interna de las portadas en busca de las fechas escritas a lápiz.

7 de octubre de 2006.

Eso había garabateado en su chapucera letra de adolescente en el interior de la cubierta de un libro. Ese fue el mes en que Jeremy y él

habían empezado a pasar todo su tiempo libre juntos. En rara ocasión Rafe echaba un vistazo a sus antiguos dibujos. No era por la calidad del trabajo, lo que evitaba eran las historias que había detrás; sobre todo las de ese año con Jeremy antes de perderse. Abrió el cuaderno de bocetos por en medio y se topó con un dibujo de Martha, el caniche de Jeremy. Había otro de la antigua casa de Jeremy decorada de Navidad y uno de un desayuno al que Jeremy había apodado *Naturaleza muerta con un panecillo inglés de huevo y queso*. Tras ello, varias páginas dedicadas en exclusiva a bocetos de Jeremy sentado al piano.

Tenía tantos buenos recuerdos de aquel año en que habían sido inseparables. Ojalá recuperar los recuerdos ausentes fuera tan sencillo como abrir un libro, pasar las páginas y, ¡bum!, ahí los tienes.

Rafe escuchó unos pasos y levantó la vista. Jeremy estaba parado en la puerta de la habitación. De inmediato, cerró el libro.

—¿Está lista la cena? —preguntó.

—Todavía no. Pero después de cenar me gustaría darle a Emilie una clase de tiro con arco. ¿No tendrás por ahí, por casualidad, algún arco para niños? Si le dejo el mío se va a matar.

—¿Sigues cazando? —le dijo Rafe. Así es, aquel año que se hicieron amigos Jeremy aprendió muy bien a usar el arco. Pese a sus múltiples defectos, su padre había sido un buen maestro. Pero nunca habría esperado que Jeremy siguiera practicando.

—No creo que quieras saber la respuesta.

—He sido yo el que te ha preguntado.

—No, ya no cazo. Pero si estoy en busca de algún cuerpo, siempre me llevo el arco conmigo, por si a los coyotes o a los buitres les da por…

—Lo capto —lo interrumpió Rafe, que no necesitaba oír ni una

palabra más—. Puf, no sé cómo sigues cuerdo después de todo eso.

—¿Y quién dice que lo esté?

—También es verdad. —Rafe se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a Jeremy—. Supongo que no podrás contarme cómo lo haces, ¿no?

—No. Ojalá pudiera. Vente mañana con nosotros y te lo cuento.

—Después de la cena hablo con mi madre —prometió—. Creo que su arco está en el cobertizo. Ese pesa solo once kilos. —Jeremy asintió, pero no se marchó. Tras un incómodo silencio, Rafe añadió —: Todavía no he encontrado los mapas.

—Aparecerán —aseguró Jeremy, que se despegó del marco de la puerta y pasó dentro para sentarse en el suelo, entre las cajas—. ¿Qué es todo esto?

—Toda mi infancia en dibujos a lápiz.

Jeremy desenterró del montón un cuaderno diferente al resto, más grueso, con páginas desgastadas que sobresalían de la encuadernación formando ángulos extraños.

—Este es el que tu padre te destrozó —recordó Jeremy, que abrió el libro por una página con un boceto de sí mismo a los catorce años sentado en el porche de la entrada de la antigua casa de su madre, en Park Street.

—El mismo —admitió Rafe. Jeremy empezó a pasar las hojas.

—¿Quién lo recompuso? ¿Tú?

—No sé quién si no, pero no recuerdo haberlo hecho.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —inquirió Jeremy.

—No me acuerdo del día en que nos perdimos. Recuerdo la mayoría del día anterior, aunque no todo. Recuerdo que pedí que me dejaran pasar la noche en tu casa. Después de eso vino el caos.

Lo de pedir que le dejasen pasar la noche en casa de Jeremy había

sido un error. Sus padres eran muy estrictos si al día siguiente tenía instituto, pero Rafe había alegado que al día siguiente no había clases, solo tenían una excursión de fin de curso al bosque estatal de Red Crow. Su madre le dijo que sí; su padre, que no. Y cuando papá decía que no, era que no.

Rafe había estado arisco y en silencio durante toda la cena, picoteando del pastel de carne que había hecho su madre. Su padre había respondido a su silencio con aspereza:

—¿Qué es lo que haces en su casa que te gusta más que lo que haces aquí?

Rafe sabía que no era buena idea contestarle a eso. Cuando se comió todo lo que pudo, sacó el cuaderno de su mochila para seguir con el dibujo que había empezado aquel fin de semana.

—Hijo, deja de garabatear y ayúdale a tu madre a lavar los platos.
—¿Cómo que garabatear? Rafe no garabateaba. Dibujaba. Pero su padre jamás se había referido a ello como dibujar, bocetar, o como arte. No. Para él siempre era garabatear.

—Estoy ocupado —respondió Rafe—. ¿Por qué no la ayudas tú por una vez en la vida?

Quince años después, todavía era capaz de oír el golpe de la silla contra el suelo y todavía podía ver la expresión de su madre, más perpleja aún que él, cuando su padre se inclinó sobre la mesa y le cruzó la cara con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Su madre empezó a respirar de forma entrecortada. En ese mismo instante, podía escuchar aquel jadeo. Le retumbaba en los oídos. El chirrido de la silla. El golpe de la silla al caer al suelo. La bofetada. El jadeo.

Pero eso no fue todo. Su padre enganchó su cuaderno y echó un vistazo a su interior. No le gustó lo que vio. Prendido en cólera, Rafe

observó cómo su padre iba arrancando hojas de su libreta. No pudo hacer más que quedarse miserablemente sentado en la mesa de la cocina y suplicarle que parase: «Para, por favor, para. Perdóname. Fregaré los platos, pero para, por favor…».

Su madre lo mandó a su habitación, pero no como castigo. Rafe sabía que incluso ahí, solo trataba de protegerlo. Tras esto, salió corriendo, pegó un portazo y echó el cerrojo.

Jeremy escuchó todo aquello sin hacer comentario alguno.

—¿Y ya? —preguntó por fin—. ¿Y lo último que recuerdas?

—Y ya. Echar el cerrojo de mi habitación. No me acuerdo de nada más hasta noviembre, cuando me desperté en la ambulancia.

—Y tu padre tuvo las narices de echarme a mí la culpa de habernos perdido después de lo que te hizo él.

—Solo intentaba protegerme.

—¿De qué? ¿De los lapiceros de colores?

—Lo único que quería era que no me hiciera ilusiones, que no pensara que de verdad podría ser un artista.

—Eso no son más que patrañas y lo sabes.

Rafe se quedó callado. Lo único que hizo fue ojear su cuaderno de octubre de 2006. Cuando encontró el dibujo que estaba buscando, lo arrancó con cuidado.

—¿Lo quieres? —Se trataba de un boceto de la madre de Jeremy en el que miraba hacia fuera, a su jardín. Jeremy se quedó mirándolo durante un buen rato.

—Gracias. Lo guardaré junto al otro.

—¿Qué otro?

Jeremy no respondió. Sacó su cartera y la abrió. En su interior, doblado al tamaño de una tarjeta de crédito, había un trozo de papel pegado con cinta adhesiva. Jeremy lo desdobló y se lo enseñó. Rafe

lo sujetó y lo examinó. Lo cierto es que no era nada del otro mundo. No era más que uno de los tropecientos dibujos que había hecho de Jeremy en su casa durante aquel año. En él, aparecía tumbado en el sofá clásico azul clarito que su madre tenía en la sala de música y estaba leyendo algo, posiblemente los deberes. En el boceto estaba sin camiseta, pero no dejaba de ser una ilustración inocente de su mejor amigo haciendo la tarea del colegio o pretendiendo hacerla. Aun así, pese a que el resto de las páginas de su cuaderno habían acabado rotas por la mitad, esta en particular había quedado hecha pedazos.

—¿De dónde la sacaste?

—Me la diste tú el día que nos perdimos. Estabas enfadado y cuando te pregunté qué había pasado me enseñaste esto.

—¡Chicos! La cena está lista —se oyó gritar a Emilie desde las escaleras. Jeremy se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Ya vamos! —voceó él de vuelta—. Se te olvida lo bien que te conozco. Tú y yo somos como excompañeros de celda. Nos sabemos al dedillo los crímenes de cada uno. —Rafe le sostuvo la mirada.

—¿Qué crímenes?

—Ambos sabemos la razón por la que tu padre destrozó tus bocetos y no fue porque no quisiera que fueras a la escuela de arte. —Jeremy amagó con marcharse, pero luego se volvió y dijo por encima del hombro—: Ah, y los mapas están en la parte de abajo del armario.



CAPÍTULO ONCE

Katniss Everdeen había hecho parecer que fuera fácil, pero lanzar flechas no era nada divertido.

—Venga —la alentó Jeremy—, ahora afloja los dedos al soltar la flecha. Deja que la cuerda y el arco hagan su trabajo.

Emilie sacó otra flecha del carcaj —se acababa de enterar de que se llamaba así— y la encajó en el arco. La parte difícil venía después de ajustarla: colocarla en el soporte y tirar de la cuerda sin que saliera volando y aterrizara en el suelo, cosa que le había pasado ya dos veces. Por ahora, no iba mal. La flecha todavía reposaba en el soporte. Tiró de la cuerda, que, además de complicado, dolía que no veas, incluso aunque llevara puesto el guante de tiro; y después, soltó la flecha.

«Las flechas se sueltan, no se disparan», le había sermoneado Jeremy. «No son pistolas. Con un arco, la única pólvora necesaria es la que el arquero lleva dentro».

Disparar, soltar, lanzar…; qué más daba. La flecha volvió a ir a

parar al césped.

—No doy una —dijo Emilie y sacudió la cabeza.

—Que sí —replicó Jeremy.

—¿Ese es todo tu discurso de motivación?

—Yo tampoco daba ni una al principio. Ahora ya no se me da mal. Con práctica, puedes acabar como yo.

—Bueno, por lo menos los accesorios me quedan guay. Me encanta el guante y la cosita del brazo.

—Se llama «protector».

—¿Los hacen en rosa?

—Centrémonos en la puntería antes de personalizarte los complementos. Prueba otra vez.

Emilie sacó otra flecha y la encajó. Antes de que la soltase, Jeremy le colocó amablemente el codo unos quince centímetros más arriba y más atrás. ¿De verdad tenía que doblar la columna de esa manera?

—Inténtalo ahora.

—¿Me recuerdas por qué estamos haciendo esto?

—Era una buena excusa para salir de la casa y dejar que Rafe le contase a su madre lo del Red Crow. Pero bueno, que tampoco te viene mal saber cómo defenderte.

—¿Defenderme? ¿De qué?

—De lo desconocido. Venga, prueba de nuevo. Tira hacia atrás. Ánclate. No sueltes. Solo deja que la cuerda se deslice por… —Emilie lo intentó de nuevo. No dio en ninguno de los círculos del blanco, pero dio en el blanco. La flecha dio en el círculo negro y después cayó al suelo.

—¡Le he dado! Me ha salido fatal, ¡pero le he dado! —Emilie levantó la mano para que se la chocara.

—Nada de chocar los cinco —sentenció Jeremy—. Cuando se lanza

bien una flecha, se dice: «¡Viva Virginia Occidental y no s'able más!».

—¿«Viva Virginia Occidental y no se hable más»?

—No, no. «Viva Virginia Occidental y no s'able más» —la corrigió con un absurdo hincapié en la pronunciación de «s'able», con el fin de imitar el acento rural y poco halagador de la zona.

—Y no s'able más. ¿Así mejor? —repitió Emilie.

—Mucho mejor. Ahora vuelve a darle al blanco e intenta que esta vez se quede ahí clavada. —Emilie envió la flecha a medio metro de la diana.

—Yo paso.

—No pasas —la reprendió Jeremy—. ¿No eras tú la que querías hacerle catapum a la muerte?

—Tiene que haber una forma más fácil de hacerle catapum a la muerte. ¿Jeremy?

Jeremy parecía ausente. Estaba mirando al cielo. En el campo, a kilómetros de cualquier pueblo, las estrellas se veían en todo su esplendor. Las estrellas y la vieja luna maltrecha. El aire venía fresco y traía el ligero aroma a humo de alguna chimenea lejana. Al inhalarlo, se le escapó una sonrisa.

—En las frías noches como esta, solíamos sentarnos junto al fuego y leernos hasta que llegaba la hora de acostarnos. Estábamos los tres solos. Cuando nos fuimos, íbamos por la mitad de *El mago de Oz*. Tu hermana posiblemente siga esperando a que volvamos para terminar de leer el cuento. —A Emilie le dio un vuelco el corazón ante aquel anhelo. Ella también quería sentarse junto al fuego con su hermana y leerse cuentos en voz alta. Lo deseaba con todo su ser.

—Ojalá le caiga bien —expresó Emilie.

—Te va a adorar. Por eso ni te preocupes. Venga, vamos a recoger las flechas del jardín.

—¿Y dices que el padre de Rafe te enseñó a usar el arco? —preguntó ella al toparse con una de las flechas escondida entre la alta maleza.

—Así es. El primer mes que nos conocimos habré lanzado unas diez mil flechas. Intentaba ponerme al nivel de Rafe. A los catorce ya superaba con creces a su padre, aunque ninguno de los dos llegara nunca a admitirlo.

—¿Cómo os conocisteis Rafe y tú? Antes le he preguntado a él, pero me ha soltado: del insti —dijo Emilie, que bajó la voz en esta última parte para imitar a un Rafe refunfuñón.

—¿Así es como imitas a Rafe? —De un tirón, sacó una flecha del suelo.

—Del insti —repitió en un intento por mejorar la imitación—. Me ha salido casi perfecto. Del insti.

—Increíble.

—Bueno, ¿entonces?

—Primer día de instituto. Clase de Geografía e Historia. Estábamos sentados uno al lado del otro.

—¿Amistad a primera vista?

—Como hermanos siameses —confesó Jeremy mientras volvían a la línea de tiro—. Aunque todos pensaban que no pegábamos ni con cola. Todos menos nosotros.

—¿Por qué pensaban eso?

—Las cosas como son. Yo tenía un tío abuelo que era conde. Rafe tenía un tío en la cárcel que se apellidaba Conde. —Emilie soltó una carcajada—. Pero nos daba bastante igual. Mi madre enseñaba música en la universidad, era concertista de piano. Bill era electricista y llevaba por bandera lo de ser de la clase obrera. Ni siquiera quería que Rafe fuera a la universidad y mucho menos a la

escuela de arte. No se puso muy contento cuando mi madre empezó a animarlo para que persiguiera su carrera artística y le dijo que si quería podría ayudarle. Pensó que le estábamos metiendo pájaros en la cabeza.

—Tener sueños no tiene nada de malo, ¿no?

—No era solo eso. Rafe prefería estar con nosotros. Nunca quería estar en casa —contó con una sonrisa en la boca que hizo que Emilie se diera cuenta de que estaba reviviendo algún recuerdo entrañable —. Aún me acuerdo de la primera vez que mi madre me hizo tocar el piano delante de él. Qué vergüenza. Le dije que podía irse arriba a jugar a la Xbox o lo que fuera hasta que terminase de practicar, pero no quiso. Se sentó en el sofá de la sala de música a dibujar en su cuaderno mientras yo tocaba. Y esa se convirtió en nuestra rutina al salir de clase. Yo tocaba el piano mientras él me dibujaba a mí, a mamá o a nuestra perrita. Antes de eso, Rafe no había escuchado mucha música clásica, pero en cuestión de dos semanas se volvió un adepto. Ese año Ludovico Einaudi sacó su disco *Divenire* y le dimos tanta tralla al CD que mi madre tuvo que comprarnos otro para que dejáramos de robárselo. La pieza favorita de Rafe era la sexta, *Primavera*.

—O sea que en el instituto erais mejores amigos y acabasteis perdiéndoos juntos, pero en realidad no, porque según tú podríais haber vuelto a casa, pero no quisisteis. Uf… —Emilie lanzó otra flecha y volvió a fallar, pero le dio lo mismo. Ya estaba cerca, mucho más cerca de darle al blanco al que verdaderamente estaba apuntando.

—¿«Uf»? ¿Como que «uf»?

—Yo, si me perdiera, querría volver a casa. Pero tú me dijiste que vosotros no queríais. Por eso he dicho «uf». —Emilie alzó el arco y

Jeremy le agarró el codo para volver a levantárselo unos cuantos centímetros.

—Si hubieras conocido al padre de Rafe, entenderías por qué no quería volver a casa. Así que ahórrate el «uf».

—¿Tan malo era? —Emilie lanzó otra flecha y esta vez al menos dio en lo blanco de la diana y se quedó clavada.

—Bobbi le dijo a mi madre que al día siguiente del funeral de Bill se fue a adoptar un gato. —Ella acababa de conocer al gato en cuestión, de raza romana y de nombre Big Al y con una silla propia en la mesa de la cocina. Por suerte, no había mostrado interés en Fritz, que dormía en su transportín. El felino estaba demasiado gordo y feliz como para andar cazando.

—¿Se sentía sola?

—Siempre había querido tener un gato o un perro, pero Bill no lo dejaba. De tener mascotas en la casa, Rafe quizá no habría querido seguir cazando animales.

—Pobre Rafe. —Emilie bajó el arco—. En la escuela, alguna vez se rieron de mí por no tener padre, pero yo siempre les respondía: «No te preocupes. He conocido a tu padre y creo que prefiero quedarme como estoy». ¿Tiras tú?

—Tiro yo.

—Menos mal. —Emilie se hizo a un lado para dejar que Jeremy se pusiera en la línea de tiro y él encajó una flecha en el arco—. Uf —soltó ella de nuevo. Jeremy se giró y la fulminó con la mirada.

—¿Y ahora «uf» por qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Cuando Jeremy la miró con firmeza, supo que la había cazado.

—Solo si tiene que ver con el tiro con arco —le respondió él.

—Eh, claro. Es lo único con lo que tiene que ver.

—Adelante.

—Entonces, ¿cuándo sentiste por primera vez las flechas de Cupido? ¿El día en que conociste a Rafe o más tarde?

Por un momento, Jeremy se quedó de piedra, pero después tiró de la cuerda y soltó la flecha. En todo el centro. Emilie esperó y esperó, hasta que él le dirigió la mirada.

—El día que nos conocimos. Al instante. Al menos, para mí.

—¿Gay? ¿Bi? ¿Pansexual? ¿Heterocurioso?

—Esto no tiene absolutamente nada que ver con tiro con arco. Y prefiero el término «unisex».

—¿Unisex?

—Sí, como una sudadera, que les va tanto a los hombres como a las mujeres y, además, se pone arriba. —A Emilie se le escapó una queja y le dio un tortazo en el brazo a Jeremy.

—Innecesario. ¡Totalmente innecesario!

—No haber preguntado —replicó él, que ni siquiera tuvo la decencia de acariciarse el brazo para hacer como que le había dolido.

—¿Y Rafe?

—¿Por qué no vas tú y le preguntas si es gay, bi o heterocurioso?

—¡No voy a hacer eso!

—Buena elección. Pero a tu pregunta, sí, le gustan las chicas. Y yo, por alguna razón.

—Se me ocurre más de una —murmuró Emilie.

—Gracias. ¿Qué es lo que me ha delatado? ¿El Subaru?

—Prueba número uno: no te ha hecho gracia ninguna cuando he bromeado sobre Rafe impresionando a las chicas con su pedazo de cama. Prueba número dos: cuando le has visto la cara afeitada, te has quedado… No sé, ¿como cuando en las pelis el vampiro por fin ve el sol después de siglos a la penumbra? Pues así. No, mejor —añadió y

tomó aire con dramatismo—. Como en el vídeo de 1997 de *Silver Springs*, cuando Stevie se gira y empieza a cantar el estribillo mirando solo a Lindsay y el escenario se desvanece ante aquella brutalidad.

—¿Brutalidad?

—Cuando Rafe ha aparecido sin la barba, tú lo has mirado como si te lo fueras a comer a bocados. Eso, amigo mío, es la brutalidad. —Jeremy la miró, pero no le dijo nada. Lanzó una flecha que fue a dar en la línea que había entre el rojo y el amarillo. No era amarillo, no era el centro, pero se había quedado cerca—. ¿Y qué hay de Rafe? ¿Él también estaba enamorado de ti? —Jeremy sacó otra flecha y respiró hondo.

—Cuando estuvimos desaparecidos durante esos seis meses, sí. Pero solo entonces. Con el padre de Rafe… En fin, su padre era una de las tantísimas razones por las que no queríamos volver —explicó y lanzó otra flecha, que dio en el amarillo. Luego otra. Amarillo también.

—Lo sabía. ¡Cómo lo sabía! Como Stevie y Lindsay, que también fueron al mismo instituto. ¡Ah! Me encanta. Rafe es tu manantial de plata, como dice la canción. —A Emilie le habría gustado darse una palmadita en la espalda por esto.

—Rafe no es mi sueño frustrado.

—La canción no va de eso. La canción va de cómo cuando dos amantes forman parte de la misma banda, aunque ya no estén juntos o la banda se desintegre, ellos seguirán unidos por la maravillosa música que crearon. Y sí, señor, tú eres Stevie Nicks y Rafe es tu Lindsay Buckingham.

—Bueno, al menos me ha tocado ser Stevie en la historia que te has montado.

—Y solo por eso te adoro —admitió Emilie y le dio un abrazo en el que Jeremy no parecía precisamente cómodo, pero que aceptó sin réplica. Tras ello, Emilie lo soltó—. Un momento. Si literalmente llevas enamorado de él desde siempre, ¿por qué no volviste a verlo? Rafe está bastante molesto por…

—Sí que lo hice —confesó Jeremy antes de soltar otra flecha. Amarillo de nuevo.

—Viniste.

Jeremy sacó otra flecha del carcaj y enderezó las plumitas que tenía al final. Bueno, las plumitas no, el emplumado, como la había corregido él.

—A los veintidós, Rafe tuvo un accidente de coche. Sonámbulo, se puso a conducir en dirección al Crow y acabó en una cuneta. Ya había tenido un par de incidentes antes de eso, pero en esta ocasión decidieron internarlo en un lugar llamado Brook Haven.

—¿Un psiquiátrico?

—Sí. Abordé el primer vuelo que pude y conduje hasta Brook Haven directo desde el aeropuerto. No podía tener más de una visita a la vez y Bobbi ya estaba allí con él. Bill estaba en la sala de espera. No se puso muy contento al verme. Llamó a los de seguridad y me echaron del centro. Me culpó por habernos perdido. Era más fácil que culparse a sí mismo.

—Deberías contarle a Rafe que intentaste ir a verlo. Tiene derecho a saberlo. —Jeremy sacudió la cabeza mientras encajaba la flecha.

—Rafe no llevó nada bien la muerte de su padre. Cuesta más cuando quedan cuentas pendientes. Igualmente, no debería haber ido. Era jugar con fuego.

—Yo se lo contaré si no quieres…

—No, no le contarás nada. Y ya está bien conmigo. ¿Qué hay de ti?

¿Algún novio? ¿Novia? ¿Te has dejado a alguien en Ohio?

—¿Yo? Nadie. Nunca.

—¿Nunca?

—Yo solo quiero volver a tener una familia. Paso de tetas y pitos. Prioridades, chico —respondió ella. Jeremy se quedó mirándola.

—Cada uno con lo suyo —comentó Jeremy, que tiró de nuevo de la cuerda.

—¡Ay, no! —Emilie jadeó al recibir de pronto un golpe de realidad tan certero como una flecha—. Él no se acuerda. Si Rafe no se acuerda de nada de cuando estuvisteis perdidos y fue ahí cuando estuvisteis juntos, eso significa que no se acuerda de… —Jeremy replegó la cuerda.

—No sé qué es peor, que no se acuerde de que estoy enamorado de él o que no se acuerde de que él estaba enamorado de mí. —A Jeremy se le escapó una sonrisa, pero fue tan fugaz que Emilie no estuvo segura de si realmente la había visto—. Al menos me queda la *Primavera*. Puedo tocarla de memoria. Si me pusiera, podría tocarla hasta con los ojos cerrados.

Jeremy lanzó su última flecha. Centro.



CAPÍTULO DOCE

Su madre lavaba los platos mientras Rafe los secaba. Por la ventana de la cocina de encima del fregadero, veía cómo Jeremy y Emilie se turnaban para lanzar flechas desde el campo de tiro de casi cinco metros. No podía escuchar lo que estaban hablando, pero de vez en cuando Emilie se reía y eso era algo que podía oírse hasta en el estado vecino.

—Qué bien lo están pasando ahí fuera —dijo su madre mientras frotaba para quitar las migas incrustadas al plato del pastel. De cena habían tomado tiras de cerdo frito con cebolla caramelizada por encima, ensalada y pastel de manzana de postre. ¿Que por qué no se había cortado el pelo y afeitado la barba hacía meses? Pues porque cada vez que la veía, su madre le pedía que llamara a Jeremy.

—Eso parece.

—Qué bien verte la cara de nuevo. Se me había olvidado lo mucho que te pareces a mí —le dijo guiñándole un ojo—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Puede que echara de menos tu pastel.

—Sí, claro. Será eso —afirmó con algo de sarcasmo. La risa de Emilie volvió a resonar.

—Ya me las apaño yo con esto. Ve ahí fuera y enséñale a ese par cómo se hace. Sabes que lo estás deseando. —Lo estaba deseando, pero le daba miedo salir. Era como si su padre estuviera vigilándolo, asegurándose de que Rafe hiciera lo que tenía que hacer: ayudar a su madre a lavar los platos—. Venga —insistió su madre, que lo atrapó mirando por la ventana y le dio un codazo cariñoso—. Ve y diviértete.

—Lavar los platos es más divertido —aseguró él.

—Si tú lo dices. —Su madre volvió a mirar por la ventana—. Emilie parece una chica agradable. No le falta conversación. —¿Cuánto tiempo se habían tirado abajo Jeremy y él y habían dejado a Emilie con su madre? Lo suficiente como para causar estragos.

—Dios, ¿qué te ha dicho?

—Nada del otro mundo. Me ha contado que había contratado a Jeremy para buscar a su hermana, una chica llamada Shannon Yates. —Rafe ya conocía ese tono de voz, esa mirada. Su madre estaba intentando pescar algo—. Cuando tu hijo se pierde en un parque estatal, te aprendes rápido los nombres de los guardabosques, los de sus mujeres y los de sus hijos. A veces les pones las manos en los hombros —confesó, tras lo que puso sus manos en los hombros de Rafe—, y les sueltas cosas como: «Mike, no me mientas. ¿Encontraremos algún día a mi hijo?». Y ellos te responden con frases como: «No lo sé, Bobbi. Llevamos cinco años buscando a Shannon Yates y aún no hemos dado con ella». Y ese nombre se te queda grabado porque sabes por lo que la familia de Shannon está pasando porque tú estás pasando por lo mismo. —Rafe la miró a los

ojos. Esta era la conversación más larga que habían tenido acerca de su desaparición en años.

—Necesitan que vaya con ellos. No es solo porque quieran, es que me necesitan. —Su madre asintió lentamente.

—Ya veo.

—Si no quieres que vaya con ellos al Crow, no iré. —Rafe desvió la mirada a la ventana, donde se veía a Jeremy enseñarle a Emilie a mantener el codo a una altura adecuada.

—Me encantaría que nunca más salieras de esta casa, pero ese es mi problema, no el tuyo.

—Me siento mal hasta de pensar en ir…

—Si quieres ayudar a esa chica a encontrar a su hermana, no voy a ser yo la que te detenga. No lo voy a pasar bien al pensar que estás por ahí, pero sobreviviré. A peores cosas he sobrevivido.

—Papá me hizo prometer que nunca…

—Cariño, papá ya no está. Déjalo ir. —La actitud desdeñosa de su madre lo sorprendió.

—¿Lo echas de menos siquiera? —la cuestionó Rafe.

—¿Lo echas tú de menos? —Su madre se giró a la espera de una respuesta, con las manos todavía en el agua jabonosa. Rafe miró por la ventana—. No debería haber dicho eso —dijo mientras seguía frotando un plato que ya estaba limpio—. Lo que pasa es que tú eres mucho más compasivo que yo.

—Eso no es verdad.

Su madre abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Lo que fuera a decir decidió guardárselo para sí misma. En su lugar, esbozó una sonrisa radiante.

—Espérate aquí, que tengo algo para ti.

Le arrebató el trapo de secar los platos, se secó las manos con él y

lo lanzó a la encimera.

Volvió a la cocina en apenas un minuto con algo que iba dentro de un maletín negro. Rafe ya sabía lo que contenía.

—Mamá.

—Ábrelo. Es tu regalo de Navidad por adelantado.

Con el corazón algo acelerado, Rafe tomó el maletín de sus manos, lo dejó sobre la mesa de la cocina y, al abrirlo, descubrió un arco recurvo desmontable White Stag de metro y medio, hecho de madera de acacia tallada a mano.

—Mamá, no tenías por qué…

—Ya, pero me apetecía. Es este el que te ibas a comprar, ¿no? ¿El tamaño está bien? ¿Las flechas son buenas? Y de peso, ¿cómo lo ves?

—Este es. Es justo el que quería.

Rafe había pedido este mismo arco en la tienda especializada que había en Kingwood hacía cuatro años, pero al poco falleció su padre. No le había quedado otra que cancelarlo y usar los dos mil dólares que había ahorrado para comprarlo en cubrir algunos de los gastos del funeral. Hasta ese momento, no había vuelto a acordarse de lo mucho que quería ese arco.

Con agilidad, montó el arco y lo tensó.

—Me encanta.

—Es un poquito mejor que el que estabas usando.

—He estado utilizando el de papá. —El arco del padre de Rafe era un Arrowsmith Shrike de cuarenta años. Muy buen arco, sí, pero nunca lo había sentido como suyo. Este, en cambio… Lo agarró por la empuñadura. Estaban hechos el uno para el otro. Estaba deseando enseñárselo a Jeremy.

—Pues ya tienes el tuyo. Llévatelo mañana al Crow.

—¿Estás segura de eso? ¿Me lo prometes?

—Como querer, no quiero que vuelvas al Crow. Pero si tú quieres ayudar a Jeremy y a esa chica, deberías hacerlo.

Rafe acarició las ergonómicas extremidades del arco y siguió las vetas de la madera. Desde fuera, llegó un chillido de Emilie, seguido de una de sus carcajadas efervescentes. Le hubiera gustado estar con ellos, pero la culpabilidad no le permitía marcharse todavía.

—¿Cómo es que tú nunca culpaste a Jeremy por habernos perdido, como hizo papá? —Tras hacerle la pregunta, vio a su madre titubear.

—Estaba demasiado ocupada culpando a tu padre —reconoció. Pero al momento esbozó una pequeña sonrisa e hizo un gesto con la cabeza señalando el jardín—. Vete a enseñarles cómo se lanza una flecha.

Rafe salió de la casa. En cuanto lo vio acercarse, Jeremy bajó el arco.

—Menos mal. Estoy tirando como la mierda esta noche. Ven a enseñarle a Emilie como es debido.

—Qué mentiroso. Ha dado seis en el amarillo —replicó Emilie.

Rafe se situó junto a ellos en la línea de tiro y miró a lo largo del campo, donde estaba el blanco.

—¿Qué estáis disparando? ¿Perdigones?

—No estoy acostumbrado a lanzar así de cerca —protestó Jeremy.

—Sabes dar en el blanco mejor que eso —le reprochó Rafe. Emilie meneó la cabeza y le chistó.

—Este entorno de aprendizaje es de todo menos alentador.

—Usted perdone —se disculpó Rafe con ironía. Había echado de menos picar a Jeremy con su puntería—. Lo siento por decir que parece que un borracho ha estado lanzándole flechas al blanco desde un coche en movimiento.

—No has dicho eso —indicó Emilie.

—Bueno, pero lo he pensado.

—Anda, Robin Hood, tira —lo incitó Jeremy señalando hacia el blanco, tras lo que agarró a Emilie del brazo y se la llevó un par de metros más allá.

—Pero no desde aquí —dijo Rafe mientras se alejaba. Jeremy y Emilie lo siguieron de una línea a otra: veinticinco, treinta, treinta y cinco.

—Estarás de coña —soltó Emilie—. ¿En serio? Pero si estamos en otro barrio.

—Si estuviéramos en las Olimpiadas, nos colocaríamos allá. —Rafe señaló con el pulgar por encima del hombro en dirección a una línea más atrás. Sacó una flecha y la encajó en el arco—. Pero para tirar desde ahí necesitaríamos un estabilizador y una mira. En nuestro caso, practicamos para cazar, no para ganar concursos. Si se te da bien tirar desde treinta y cinco metros, se te dará de maravilla desde los veinticinco. A no ser que seas Jeremy.

—Si tuviera corazón, me lo habrías partido —declaró Jeremy, a quien Rafe vio guiñarle un ojo a Emilie por alguna razón que desconocía. Decidió ignorar a ambos y soltó la flecha, que silbó en el aire y aterrizó con un satisfactorio golpe seco en el centro del anillo amarillo.

—¡Viva Virginia Occidental y no s'able más! —gritaron al unísono Rafe y Jeremy.

—Vaya, que iba en serio lo de la frasecita. —Emilie miró al fondo del campo—. ¿Ha dado en el centro? Necesito unos prismáticos para ver desde tan lejos. —Rafe hizo un gesto de desdén.

—No exactamente. Pero ha estado cerca.

Con presteza, clavó otras cuatro flechas en el círculo amarillo. Ya sentía el arco como una extensión de sus propios brazos. Lo sentía

suyo de una forma en la que nunca lo había hecho con el de su padre. Agarró la sexta flecha y la encajó en el arco.

—¿Arco nuevo? —preguntó Jeremy. Rafe lanzó la flecha. Amarillo. Con el arco en las manos, le hizo un gesto a Jeremy para que lo probara. Al sostenerlo, emitió un silbido de apreciación—. Digno de un rey.

—Es un regalo de mi madre —explicó Rafe mientras volvía a agarrarlo—. Por si necesito usarlo mañana en el Crow.

—¿Te vienes con nosotros? —preguntó Emilie con un bailecito en el sitio, algo que a Rafe le llegó al alma.

—No diría que mi madre esté contenta con la noticia, pero no me lo va a prohibir.

—Ya lo sabía yo. Pero me alegro de que te haya dado su bendición.

—Yo me alegro de que vengas —intervino Emilie—. Das un poquito de miedo, pero creo que eso puede jugar a nuestro favor.

—¿Que doy miedo? —preguntó dirigiéndose a Jeremy.

—A mí no me das miedo.

—Bueno, quizá miedo no —atajó Emilie—. ¿Puede que intimides? Más que nada porque no estás hablando a todas horas y yo no me identifico con eso. Y además llevas un arma encima.

—Y tú también —le contestó Rafe.

—Sí, pero yo no sé cómo usar la mía.

—Muéstrale a Emilie cómo matas a la araña —le pidió Jeremy.

—¿Qué araña? —preguntó Emilie—. Espero que no estés hablando de una araña de verdad. Porque estoy en contra de la absurda matanza de arañas. A menos que sean las dos de la mañana y haya una en mi cama. —Jeremy señaló al blanco, con un ojo guiñado.

—Esa crucecita que hay en el centro de lo amarillo es la araña. Antes solíamos jugar a intentar acertar en un solo tiro, justo en el

centro, a una distancia de treinta y cinco metros. Si matabas a la araña a la primera, te convertías en rey del mundo.

—Matar a la araña a treinta y cinco metros a la primera es prácticamente imposible —le recordó Rafe—. Desde aquí no se ve apenas sin una mira.

—Si es tan imposible, ¿por qué tu padre se pasó toda la vida intentando conseguirlo?

—¿Por qué no iba a intentarlo? Aunque no des en el centro, siguen siendo diez puntos —respondió Rafe.

—Yo sigo sin poder distinguirlo. A ver. —Emilie dio una carrerilla hacia el blanco—. No me disparéis, no me disparéis, no me disparéis… —canturreó.

—¿Tú crees que quiere que le dispare? —le preguntó Rafe a Jeremy.

—Puedes matar a la araña a la primera. Tanto tú como yo sabemos que puedes.

Desde el blanco, Emilie agitó la mano y les pegó un silbido.

—¿Esta cosa? —preguntó con el dedo sobre la diminuta crucecita que había en el centro del anillo más interno.

—¡Esa cosa! —vociferó Jeremy.

—¡Ni de coña! —gritó ella.

—Lleva razón —admitió Rafe—. Ni de coña. Si mi padre no podía…

—Yo te he visto hacerlo. —Rafe le lanzó una mirada.

—¿Cuándo me has visto tú…?

—Dos veces —puntualizó Jeremy—. Una cuando nos perdimos. Pero la primera vez fue aquí mismo. —Apuntó con el dedo a la línea de tiro sobre la que Rafe estaba pisando—. Estabas ahí plantado, lanzaste de una y mataste a la araña.

—Eso nunca…

—Eso pasó. Fue un tiro perfecto. En el momento en que la flecha dio en el blanco, sabía que lo habías hecho. Hasta tu padre lo sabía. Tu padre lo sabía y tú viste lo mismo que yo: cómo se le desvanecía el ego en su cara porque su hijo de catorce años, al que le gustaba hacer dibujitos de caniches, lo había superado. No podía soportar que hubieras conseguido hacer ese tiro, así que tú le soltaste: «Creo que no ha dado en el centro». Después saliste corriendo hacia el blanco. Yo fui detrás de ti, Rafe. Estaba ahí. Te vi sacar la flecha y te vi romper el papel para ocultar las pruebas. Entonces, le gritaste: «No ha dado en el centro, papá». —Jeremy puso los ojos en blanco a modo de rechazo—. No sé quién me enfadó más, si tú por mentirle para que se sintiera mejor o tu padre por mostrar el alivio que mostró.

—Recuerdo ese día y no le di. Por los pelos, es cierto. Pero no le di.

—Sí que le diste.

Jeremy lo miraba sin quitarle ojo. Rafe no podía aguantar aquella mirada, no podía aguantar el peso de las expectativas. Era más sencillo cuando nadie esperaba nada especial de él. Ahora quería matar a la araña. Quería ser tan bueno como Jeremy pensaba que era. Pero no lo era.

—Intenta matar a la araña. Es solo intentarlo —le pidió Jeremy—. ¿O es que no te atreves?

—Mi padre siempre dijo que eras una mala influencia.

—La madre del cordero, está a tomar por saco —exclamó Emilie, que venía corriendo hacia ellos—. ¿Qué pasa?

—Me la he jugado a que Rafe puede matar a la araña a la primera. Ya lo he visto hacerlo en el pasado.

—Ni de broma. Me he fatigado solo de ir y volver hasta allá.

—Prueba —insistió Jeremy—. No tienes nada que perder.

—Lo que sea por que te calles —cedió Rafe.

Se colocó en posición. Sabía que no había manera de lograr aquello, pero quería intentarlo porque ¿y si sí? Fue su padre el que le enseñó a usar el arco y las flechas y el que le mostró los secretos del tiro. «El corazón puesto donde quieres que alcance tu flecha, hijo. Primero se pone el corazón, después se apunta a donde lo hayas dejado». Rafe puso el corazón en el blanco, justo donde quería darle, y entonces soltó la flecha. A Emilie se le escapó un pequeño grito.

—Creo que le has dado. ¿Le has dado? —dijo ella, que salió disparada hacia el blanco. Rafe fue tras ella, con Jeremy por detrás, pero ya sabía cuál era el veredicto.

—Fuera —sentenció Rafe. Cómo no iba a dar fuera, si era un tiro imposible ahora y por siempre jamás—. Te lo dije. —Rafe sacó la flecha del blanco y la metió de vuelta en su carcaj.

—Le darás a la próxima —aseguró Jeremy.



CAPÍTULO TRECE

Emilie se despertó tras unos sueños que la habían dejado turbada. Desde la ventana de la diminuta habitación de invitados, se veían los tonos dorados y plateados del alba que escalaban por encima de las montañas y se extendían por el cielo. Pensó que si Ohio tuviera montañas, se levantaría mucho más temprano cada mañana.

Embobada, observó el amanecer hasta que empezó a escuchar el traqueteo de una ratita bien despierta y con hambre. Abrió la cremallera de arriba de la enorme tienda que le había montado a Fritz y el animalillo se subió con alegría y presteza hasta su mano, para escalar luego por su brazo. Emilie le dio un beso en la cabeza y se lo llevó a la cocina para darle el desayuno.

Rafe ya estaba levantado y vestido. Llevaba unos pantalones de senderismo oscuros, una camiseta de manga larga gris y una camisa de franela con cuadros negros y azules por encima. Emilie no le había dejado el pelo demasiado corto, por lo que al inclinarse sobre

el mapa le caía un mechón de pelo sobre la frente. No era de extrañar que Jeremy siguiera colgado de él, incluso después de quince años. Aún sin tener interés alguno en Rafe, se le hacía difícil no quedarse embobada.

—Me estás mirando otra vez —dijo él, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—Solo admiraba mi obra de arte. Estás que… ¡muac! —comentó Emilie a la vez que juntaba los dedos y los besaba en el aire.

—Sabes que no hace falta soltar todo lo que se te pasa por la cabeza, ¿verdad?

—Lo sé. —Emilie sonrió y, acto seguido, le dio a Fritz sus trocitos de manzana y sus gránulos. Mientras comía, se puso a examinar el mapa que Rafe había extendido sobre la mesa—. ¿Eso es el Red Crow? Es más grande de lo que pensaba.

—A mí me parece más pequeño.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella. Rafe recorrió con sus dedos una parte del bosque.

—Esta es la zona en la que nos perdimos. Hay un camino improvisado que lleva a un sitio llamado Goblin Falls.

—¿Como que un camino improvisado?

—Sí, los típicos caminos que la gente hace por su cuenta, que no son oficiales, pero que todo el mundo sabe que están ahí. Hay unos cuantos senderistas que dicen habernos visto allí también. Y esa fue la última vez que se nos vio. Veinticuatro horas más tarde, no había ni rastro de nosotros en el parque. Lo cual no tiene sentido.

Emilie miró el mapa, en cuya esquina se leía Mapa topográfico del bosque estatal de Red Crow. Había círculos dibujados a lápiz por toda la superficie. ¿Serían áreas de búsqueda?

—¿Por qué no?

—¿Ves esto? —indicó Rafe, que señaló una línea del mapa y la recorrió con el dedo—. Es un río. Lleva directamente a la autopista. Y esto, senderos. Por aquí y por aquí. En un sitio así puedes desorientarte, pero no te pierdes durante tanto tiempo. O bien mueres por lesiones, frío o deshidratación, o das con uno de los cincuenta senderos y reapareces en uno o dos días.

—Tú estabas herido, ¿verdad? ¿Era un traumatismo craneal lo que tenías?

—Me hicieron una resonancia. No había señales de ningún traumatismo en ese momento, ni tampoco de alguno que se hubiera curado. Y Jeremy no tenía ni una lesión. Podríamos haber ido a pedir ayuda.

—Él dice que os quedasteis allí porque tú no querías volver a casa.

Emilie le dio a Fritz su ramita de manzano y este la royó feliz, ajeno al alboroto que lo rodeaba. Qué envidia le daba el pequeñajo.

—Ya, ya —respondió Rafe—. Pero digamos que estábamos escondidos en el bosque. No perdidos, sino escondidos. ¿Dónde estuvimos durante todo ese tiempo? En el Red Crow no hay ninguna red de cuevas. Han cartografiado el parque un millón de veces. Mi padre hasta tenía fotos hechas vía satélite y bastante precisas, además. —Sacó una de debajo del mapa y se quedó mirándola—. No hay casas, cabañas, chozas, cobertizos… Y las primeras partidas de búsqueda y rescate hicieron bastante bien su trabajo. Mira. —Rafe rodeó con la mano una zona del mapa—. Esto es todo lo lejos que podríamos haber llegado en veinticuatro horas, y rastrearon cada centímetro del área. Deberían habernos encontrado. Los teníamos encima, pero éramos ¿qué? ¿Invisibles? ¿Y dónde estaban los huesos?

—¿Qué huesos?

—Yo pasé de medir uno sesenta y tres a uno setenta y cinco y gané más de once kilos mientras estuvimos desaparecidos. Jeremy aumentó trece kilos y medio y medía casi metro ochenta cuando dejamos el bosque. En adolescentes, puede ser común, pero no si estás pasando hambre. Si cazamos, ¿dónde estaban los huesos? Mi padre no llegó a encontrar ni un cadáver de ciervo ni un conejo muerto, ni siquiera una trampa, una lanza o los restos de alguna hoguera.

—Hay gente que consigue esconderse en los bosques. Mira el chico aquel del parque de Oregón…

—Sí, pero nadie lo estaba buscando. En cuanto empezaron a hacerlo, dieron con él en un día. Dios, lo que daría por recordar. —Rafe se pasó la mano por entre los cabellos y pegó un resoplido—. «Nos entristece informar que se han agotado todas las vías de investigación de la desaparición de Ralph Howell y Jeremy Cox. No se llevarán a cabo más búsquedas en la zona. Rogamos que se acompañe en el sentimiento a las familias Cox y Howell. Gracias» —pronunció en un tono que sonaba como si estuviera leyendo un letrero.

—¿Qué es eso?

—El 30 de junio, la policía anunció el cese de nuestra búsqueda. Fue una forma sutil de decir que nos daban por muertos. —De debajo del mapa, sacó una hoja de papel, una fotocopia de la noticia.

—¿Tu padre guardó eso?

—Guardó todo. Nunca dejó de buscarnos. Pero ¿dónde diablos estábamos metidos?

—Conducta exploratoria —dijo ella por lo bajo. Emilie no estaba segura de si decirlo o no, pero pensó que Rafe podría soportarlo. Total, ya estaba haciendo él las preguntas.

—¿Qué?

—Jeremy me habló sobre una cosa a la que llaman «conducta exploratoria». Es cuando la gente que está pasando por un duelo por alguien a quien ha perdido decide caminar o conducir durante largos trayectos. Hasta cuando la persona en cuestión ha muerto, siguen buscando porque sienten que deben hacer algo. Él dijo que, en la mayoría de los casos, se trata de culpabilidad. —Emilie acarició toda la superficie del mapa, que ocupaba una mesa de cocina para cuatro personas—. Qué pedazo de búsqueda.

—¿Un pedazo de búsqueda por semejante pedazo de culpa? —sugirió él. A Emilie le habría gustado contestar que sí, pero en esta ocasión se las arregló para mantener el pico cerrado—. Tenía que estar furioso conmigo. Desaparecí durante seis meses. No seis horas. Seis meses. Cuando le contesté mal a mi madre, mi padre me pegó una torta y me rompió el cuaderno de dibujo. Al volver tras la desaparición, ni me levantó la voz; lo único que me dijo fue: «Estás en casa. Ya está. Hagamos como que nunca ha sucedido. No miremos al pasado». Nunca volvió a levantarme la mano.

Por primera vez desde que había entrado en la cocina, Rafe la miró a los ojos. Después miró tras ella, por encima de su hombro. Emilie se giró, desde la silla.

—¿Es que había reunión? —dijo Jeremy desde la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Lo único que llevaba puesto eran unos pantalones de senderismo. Tenía el cabello cobrizo humedecido y peinado hacia atrás.

Emilie se quedó mirando a Rafe, que no apartaba la vista de Jeremy. Estaba embobado, en realidad. Bueno, hasta ella podía admitir que Jeremy tenía unos muy pero que muy buenos brazos. De hombros tampoco iba mal, la verdad.

—Te has levantado temprano —comentó Emilie para romper aquel incómodo silencio.

—He estado soñado cosas raras —respondió Jeremy.

—Yo también —confesó ella. Rafe los miró a ambos con el ceño fruncido—. ¿Tú también? —Rafe asintió con la cabeza.

—Estábamos todos en un barco. La parte frontal, como quiera que se llame, estaba tallada en forma de dragón —contó él. Emilie se enderezó. De pronto, se sentía superdespierta, como si llevara un litro de café encima—. Íbamos navegando hacia el borde del mundo.

—E íbamos a caer —intervino Jeremy.

—Queríamos caer —le contestó Rafe tras una pequeña pausa.

El silencio inundó la cocina. Emilie acurrucó a Fritz contra su pecho en busca de consuelo, Jeremy le puso las manos sobre los hombros y Rafe apoyó la barbilla sobre su puño, con esos ojos azules que tenía abiertos de par en par en señal de asombro y confusión.

—En mi sueño aparecía mi madre —dijo Emilie en un susurro casi inaudible—. Me daba un beso de despedida y me decía que estaba orgullosa de mí.

—En el mío estaba la mía. Me decía: «Diviértete, cariño, pero ten mucho cuidado». —Ambos miraron a Rafe.

—Mi padre estaba en el mío —admitió en un tono tan bajo que parecía que estuviera confesando un crimen.

—¿Y qué te decía? —preguntó Jeremy.

—Que nunca me perdonaría si dejaba sola a mamá.

—¿Qué vas a hacer? —Emilie no quería preguntar, pero uno de los dos tenía que hacerlo. Sin responder, Rafe echó un vistazo a la mesa. Después, volvió a mirar a Jeremy a los ojos.

—No necesitamos los mapas, ¿verdad?

—En ningún momento dije que lo hiciéramos. Al único al que

necesitamos es a ti.

Entre ese cruce de miradas pasó algo. Parecía que se estuvieran retando a ver quién saltaba primero por el precipicio.

—Está bien —expresó Rafe finalmente—. Supongo que a mi padre le tocará superarlo.



CAPÍTULO CATORCE

Media hora más tarde, se reunieron todos en el porche. La madre de Rafe parecía resignada ante su partida. Llevaba las zapatillas de estar por casa y la bata de franela, además de una mirada austera en el rostro mientras les daba algunas advertencias.

—Bueno, niños. No me hace ni pizca de gracia que os marchéis, pero sé que es lo que toca. Yo sé de primera mano lo que es tener a alguien a quien quieres en ese bosque y también sé qué se siente al tenerlo de vuelta en casa. Prometedme de todo corazón que tendréis todo el cuidado posible.

—Prometido —dijo Jeremy.

—Prometido —repitió Emilie. Rafe asintió.

—Pues claro, mamá.

—Así me gusta —afirmó su madre y tomó un respiro profundo, acompañado de un estremecimiento—. Y ahora, los regalos. Tú ya tienes tu nuevo arco, cariño, así que esto es para ti, pelirrojo. —De la

bata se sacó una bolsa de plástico y se la entregó a Jeremy, que la aceptó con una sonrisa—. Sé que es una reliquia, pero en aquel entonces os hubiera traído de vuelta a casa en cinco horas.

—¿Eso es un Nokia? —preguntó Emilie, con los ojos muy abiertos —. Nunca había visto uno en persona.

—Sobrevivirían al fin del mundo —indicó Jeremy.

—Todavía sirve para llamar a emergencias —prosiguió Bobbi—. Tiene la batería al máximo y es resistente al agua. —Jeremy se lo echó al bolsillo.

—Y para la señorita Emilie… —Del otro bolsillo, sacó una funda de cuero claro con un cuchillo dentro—. Es el antiguo cuchillo de caza de Bill, que está como nuevo. —Emilie estaba medio temblorosa al aceptar el regalo de Bobbi.

—¿Voy a necesitar esto?

—Por si acaso —le respondió Bobbi—. Espero que no, pero si lo necesitas, agradecerás tenerlo a mano.

—Llevas razón. Gracias.

Bobbi volvió a respirar profundamente, estremeciéndose. Rafe no podía ni imaginarse por lo que su madre estaba pasando en ese momento al dejar que su hijo volviera al bosque que se lo había arrebatado en el pasado y todo por una chica a la que apenas conocía.

—Pues nada. Emprended el camino y hacedlo con ganas. ¡Ah! Y volved a casa antes de que me salgan canas.

Con eso, podían darse por despedidos. Bobbi los acompañó hasta el coche. A todos les dio abrazos y un beso en la mejilla; aunque el abrazo más fuerte se lo llevó Rafe, que lo pasó fatal al soltarla, pero sabía que si él no lo hacía, ella sería incapaz. Se echó para atrás y su madre lo soltó.

—No va a pasar nada —aseguró él—. Puede que nos lleve un tiempo volver, pero volveremos.

—Lo sé —le susurró ella—. O espero saberlo.

Bobbi soltó a Rafe, se giró sin decir ni una palabra más y se metió en la casa, tras lo que cerró rápidamente la puerta como si, de no hacerlo, corriera el riesgo de salir de nuevo e impedir que se fueran.

Los tres se metieron en el Subaru de Jeremy. Las carreteras entre la casa y el bosque estatal Red Crow estaban llenas de curvas espantosas ensombrecidas. Nadie, a excepción de los autóctonos, era capaz de conducir de forma decente por las carreteras de Virginia Occidental. Setenta kilómetros por las zonas rurales pueden llevarte hora y media si no sabes bien por dónde andas. Y Jeremy, evidentemente, no sabía dónde estaba metido.

—Mi abuela iba lenta, pero ella estaba ya mayor —soltó Rafe—. Para cuando queramos llegar me va a haber crecido de nuevo barba. —Emilie resopló desde el asiento de atrás.

—Vas pisando huevos —aportó ella. Jeremy la fulminó con la mirada desde el retrovisor.

—Mira quién fue a hablar, la del Prius. —Acto seguido, miró a Rafe—. Y tú, ¿qué? ¿Conduces mejor?

—Pues claro. Me va a dar algo de verte conducir así.

—¿No es a ti al que literalmente arrestaron por conducir dormido? —señaló Jeremy. Esto debería haber herido sus sentimientos, pero no lo hizo. La verdad es que era como en los viejos tiempos, algo que había echado de menos. Pero eso nunca lo reconocería en voz alta.

—Ahora estoy despierto.

—Pues vale.

Jeremy redujo la velocidad y giró hacia la carretera secundaria más cercana. Rafe se bajó del coche y se cambiaron el sitio.

Volvieron a emprender camino por una carretera sinuosa y especialmente traicionera a la que los niños de su instituto habían apodado «el Paso del Matadero». Rafe iba a toda mecha, como siempre que conducía por allí.

—Yo también quiero llegar pronto, pero me gustaría llegar vivo —soltó Jeremy, agarrado de una forma exagerada a la puerta. Rafe no podía parar de sonreír.

—En estas carreteras fue donde aprendí a conducir. Tú, vete a saber dónde. Bueno, en realidad, ¿alguna vez has aprendido a conducir?

—Nunca debí acercarme a ti en la clase de la señorita Farris. Grave error.

—¿En Inglaterra hay Subarus o seguís yendo en carruaje? —le preguntó Rafe en un tono incitador.

—Calla y conduce, paleto —lo increpó Jeremy.

—Eso no se dice —se entrometió Emilie desde la parte de atrás—. Deberías pedirle perdón.

—¿El qué? ¿Paleto? No, si se lo digo con cariño. ¿A que sí, Rafe? —Rafe se giró un momento para mirar a Emilie en busca de complicidad y, en ese instante, Jeremy aprovechó para darle un cachete en el cuello.

—¡Idiota! Que estoy conduciendo.

—Eso por el puñetazo que me metiste.

—¿Cuánto queda? —preguntó Emilie.

El coche parecía una fiesta sobre ruedas, como si fueran de celebración. Estaban deseando llegar al Crow. Rafe sintió un pequeño pinchazo en el estómago, como si alguien se lo hubiera atado con una cuerda y fuera tirando de ella. Cuanto más se acercaban al parque, más fuerte sentía los tirones. Llegados a este

punto, ya no había marcha atrás para ninguno de los presentes.

Al fin, Rafe estacionó en el aparcamiento del Red Crow. Al apagar el motor, la gravedad de lo que estaban a punto de hacer pareció sacudir a todos de golpe.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo Emilie en voz baja.

—¿Y ahora qué? —inquirió Rafe a Jeremy.

—Lo primero de todo: fuera teléfonos. —Jeremy sostuvo en alto su iPhone antes de lanzarlo dentro de la guantera y les tendió la mano para que le dieran los suyos.

—¿Cómo? ¿Por qué? —replicó Emilie—. Ahí tengo cosas que me gustaría enseñarle a mi hermana.

—Una pena. Fuera teléfonos. Solo nos llevaremos el Nokia. Ambos me lo acabaréis agradeciendo. —Rafe le dio el suyo sin rechistar. Ya había tenido bastante—. Venga, princesa —insistió Jeremy mientras movía los dedos para indicarle que se lo diera.

—Tengo fotos de mi madre en el móvil —se quejó y se lo entregó a regañadientes.

—Lo siento, pero la seguridad es lo primero. —Jeremy cerró de golpe la guantera y salió del coche. Rafe respiró profundamente y salió después de él, tras lo que fue a abrirle la puerta a Emilie—. Vale, ¿hay alguien a la vista? —preguntó Jeremy antes de abrir el maletero. Emilie se abrazó con fuerza a sí misma, como intentando mantenerse firme.

—Yo no veo a nadie —contestó ella.

Rafe tampoco. Estaban solos. Jeremy sacó una bolsa y abrió la cremallera. Rafe había presupuesto que en aquella bolsa negra habría una tienda de campaña o algo por el estilo; pero no. Lo que contenía era una espada corta.

—Ya os lo explicaré luego —alegó Jeremy mientras se ajustaba la

vaina o como fuera que se llamara y enfundaba la espada.

—Me creía que estabas de coña cuando mencionaste lo de luchar con espada —admitió Emilie—. La gente normal no lucha con espadas. ¿Quién lleva una espada?

—Yo —le contestó Jeremy. Por alguna razón desconocida, al chico le quedaba bien la espada y Rafe se alegró de que llevara una. Él sacó su arco y sus flechas y se los echó a la espalda.

—¿Llevas el cuchillo? —le preguntó Rafe a Emilie. Lo sacó de su bolsillo y se lo mostró—. Eso a la cintura. ¿Tienes cinturón?

No llevaba, así que Jeremy sacó uno de su equipaje y le hizo un agujero al cuero para que pudiera ajustarse a la cinturita de Emilie. Ella se levantó la camiseta para que Rafe le colocara el cuchillo en el cinturón y se lo abrochara.

—¿Así se te ciñe bien? —comprobó Rafe.

—Está perfecto —confirmó ella. Por algún motivo, Jeremy había estado observando la escena con atención, casi con una sonrisa.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —espetó Rafe.

—Nada, un *déjà vu*. No me hagáis caso. Deberíamos ir yéndonos. —Estaba chispeando.

—Va a llover. ¿Será un problema? —preguntó Emilie. Jeremy negó con la cabeza.

—No. ¿Listos?

Rafe se acordó de una historia, un viejo cuento que había oído en la iglesia de pequeño y que decía lo siguiente. Había una vez un pueblo que había sufrido una sequía. La sequía se agravó tanto que el pastor de la iglesia pidió a todo el mundo que se unieran para rezar por que lloviera; pero nadie fue, nadie creía. Entonces, el pastor vio a una niña subir las escaleras de la iglesia con un paraguas. La niña llevaba un paraguas porque sabía que iba a llover.

Jeremy llevaba una espada. Uno no se lleva una espada a un bosque a no ser que piense que la va a necesitar. Si Jeremy creía que iba a necesitar una espada en el Crow era porque estaba loco o bien porque… O bien porque allí había algo.

—¿Rafe? —lo llamó la voz de Jeremy interrumpiendo su arrobo.

—Dime.

—¿Estás bien?

No, no estaba nada bien. La sangre le hervía. Miró a su alrededor y vio las cimas y laderas de las colinas boscosas, oscuras y profundas. De pequeño, aquellas colinas le habían fascinado y causado pavor a partes iguales. Se había convencido de que esas colinas ondulantes eran gigantes dormidos cubiertos por una gruesa capa verde de pieles de animales; unos gigantes que algún día despertarían y reconquistarían el mundo. Ya había superado ese miedo, obviamente. Pero ahora estaba de vuelta.

Jeremy le puso la mano sobre el hombro, lo que hizo detener los temblores de Rafe, igual que se detiene un diapasón al ponerle un dedo encima.

—Aquí pasa algo —dijo Rafe—. Yo… —Se frotó la cara—. ¿Qué me está pasando?

—Hora de irse —le indicó Jeremy. Rafe tomó una bocanada de aire.

—¿Qué hago?

—Solo tienes que caminar.

—¿Hacia dónde? —intervino Emilie. Pero Rafe ya sabía cuál era la respuesta y señaló un sendero.

—Hacia allí.

Cruzaron el aparcamiento en dirección al camino. Rafe vaciló un segundo antes de dejar el pavimento y poner un pie sobre la tierra marrón y mullida del bosque. Se quedó quieto, petrificado, al sentir

una especie de electricidad que le recorría los pies. Dio otro paso hacia delante. Por el camino, ante sí, se esparcían las hojas rojizas y doradas. El oscuro bosque te atraía como una canción del flautista de Hamelín.

Emilie avanzó lentamente. Bajó la mirada hacia el camino y volvió a mirar a Jeremy.

—¿Qué es lo que hay ahí? Hay algo. Creo que…

—¿Qué? —le preguntó Jeremy. Rafe se quedó mirándola. ¿Estaría sintiendo la misma atracción que había sentido él?

—Creo que he oído a alguien decir mi nombre —dijo Emilie. Jeremy le sonrió.

—Pues habrá que ir y responder.



CAPÍTULO QUINCE

El viento venía frío y la lluvia le había mojado la ropa, pero Emilie no se quejó. No sabía lo que les esperaría más adelante, solo sabía que si quería encontrar a su hermana, tenía que seguir avanzando. Así que se dejó llevar, igual que la aguja sobre los surcos de un disco.

Estuvieron caminando durante casi una hora prácticamente en silencio, hasta que Rafe se detuvo sin razón aparente.

—Por ahí. —Rafe señaló un caminito de tierra que se salía del sendero.

—Exacto —confirmó Jeremy—. Por ahí se va a Goblin Falls. Me acuerdo de haber llegado hasta aquí.

Salieron del sendero y siguieron avanzando por el caminito. Rafe iba al frente, seguido de Emilie. Jeremy iba el último e incluso tuvo que atajarla al vuelo una vez, cuando casi se cae al tropezar con la raíz de un árbol.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la ayudaba a recobrar el

equilibrio.

—Aterrada pero feliz. No sé por qué. —Jeremy esbozó una sonrisa.

—Yo sí lo sé. Venga, vamos, princesa.

No tenía ni idea de a dónde los estaba llevando Rafe. Él tampoco parecía saberlo, solo iba siguiendo su olfato, sus pies, su corazón o lo que fuera que lo moviera. Pasaron por Goblin Falls, una pequeña formación rocosa por cuyos lados goteaba algo de agua, y siguieron su camino hasta llegar a una colina escarpada. No parecía que hubiera forma de llegar hasta arriba, pero Rafe no iba a desalentarse tan fácilmente. Los condujo por alrededor de la base hasta que dio con un sendero escondido, posiblemente un paso de ciervos o algún otro animal, que serpenteaba por la ladera de la colina.

Los tres fueron subiendo con cautela, cada vez más alto, hasta que al final, a unos cuantos metros, vieron una cresta todavía más arriba. Rafe fue el primero en subir y cruzar, y después se giró y le tendió la mano a Emilie. Detrás, Jeremy la estaba sujetando mientras ella se aferraba a Rafe, que la empujó hacia arriba hasta que, con una carrerilla, subió a un llano. Jeremy fue el último, pero todos lo lograron.

Tras una pausa para recuperar el aliento, Emilie se levantó y miró a su alrededor.

—Qué raro —soltó con la respiración agitada. Rafe asintió.

—Sí que es raro, sí.

Emilie notó que los árboles allí eran más viejos, más grandes, más robustos y más altos. Vio arces y robles gigantes con ramas dobladas y retorcidas. Estaban en una arboleda sagrada. Eso es lo que era. En cierto modo, hasta se esperaba ver a algún druida con toga blanca, hogueras, cánticos, magia ancestral.

En el centro de la arboleda descansaba un árbol diferente. Parecía

no tener final, elevarse hasta el infinito. Era como el emperador de todos los árboles. El tronco era tan ancho como un cochecillo y en él había un hueco que simulaba el grito de un fantasma. O una puerta.

—Dios —suspiró Rafe, no en vano sino como plegaria.

—¿Jeremy? —dijo Emilie con la voz rota—. ¿Qué está pasando? —Al girarse, lo encontró de pie bajo el árbol emperador contemplando una de las ramas.

—Mira —señaló él. En la rama había posado un pájaro de un color tan escarlata como el de un cardenal y del tamaño de un águila. Pero no se trataba de un cardenal ni de un águila. Emilie nunca había visto un pájaro como aquel.

—Eso es un cuervo —resolvió Rafe—. Pero no puede ser un cuervo.

Emilie no sabía mucho de cuervos, pero sabía que no los había en rojo. Se llevó las manos a la boca.

—No —añadió Rafe—. Eso es imposible.

—No hay nada imposible —objetó Jeremy en voz baja.

Se levantó un fuerte viento que les revolvió la ropa y el pelo. Emilie no podía dejar de mirar el agujero del árbol. Era como si la estuviera llamando.

Por encima de ellos, el cuervo rojo extendió sus enormes alas carmesíes y echó a volar. Se metió en la puerta del árbol y no volvió a salir.

—Tenemos que pasar juntos —les comunicó Jeremy.

—Jay, ¿tú estás seguro de esto? —preguntó Rafe.

—No he estado más seguro de algo en toda mi vida.

—Venga —dijo Emilie.

—Vale —confirmó Rafe.

—¿Listos? Tres, dos, uno. ¡Vamos!

Tomados de la mano, pues es eso lo que haces cuando tienes miedo y no quieres estar solo en un lugar oscuro y extraño, los tres salieron de un mundo para adentrarse en otro.

RINCÓN DEL NARRADOR

El país de las maravillas



«A veces, llegué incluso a creer en seis cosas imposibles antes del desayuno», le dijo la Reina Blanca a Alicia en *A través del espejo*.

Buen consejo: si hasta ahora no creíais en imposibles, es buen momento para empezar a hacerlo.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Rafe se despertó boca abajo en una cama de hojas suaves. Gimoteó y se giró para tumbarse sobre su espalda. Sentía que llevaba días durmiendo y que había tenido mil sueños. Despertarse fue como salir muy lentamente de lo más profundo de un pozo.

Abrió los ojos entre parpadeos. Había algo de extraño en la forma en la que veía. El bosque no parecía el mismo. En su cabeza, reptó hasta el último recuerdo que tenía. La colina. Lo alto de la colina en el Red Crow. Emilie, Jeremy y él. Y el cuervo rojo. Un cuervo rojo en el bosque homónimo. Un cuervo rojo como el que había pintado hacía ya tantos años.

¿Estaría soñando? ¿Se habría dado un golpe en la cabeza? Estos árboles no eran como los de Virginia Occidental. Si es que podía fiarse de sus ojos, estos árboles se elevaban trescientos metros más de lo normal y sus troncos eran treinta metros más robustos. Pero tampoco se parecían a las fotos que había visto de las secuoyas de

California. Estos árboles gigantes eran perennifolios antiquísimos. Tenían hojas de todos los colores de la Pascua: rosas, verdes, azules, amarillas y blancas. Podrían ser perfectamente unos árboles garabateados por un niño con cinco rotuladores Crayola diferentes. No cabía duda alguna, eran los árboles imaginarios de algún niño que, vete tú a saber cómo, se habían hecho realidad.

Encima, no llovía. Solo había una nubecilla blanca danzando por un cielo azul eléctrico.

Por arriba de su cabeza, voló algo de una rama a otra. Tenía unas alas enormes, era como un pequeño avión. Aterrizó sobre la rama de un árbol a unos treinta metros de altura y se posó como un pájaro. Sus alas eran doradas; su pico y sus patas, negros. Debía medir unos tres metros, por lo menos. ¿Sería un cóndor? Pero allí en Virginia Occidental no había cóndores. Así que o bien seguía soñando o eso no era Virginia Occidental.

El enorme cóndor dorado saltó de la rama y, al batir sus alas gigantescas, levantó una brisa que acarició los cabellos de Rafe. «¡La madre que me…!», exclamó mientras se levantaba de un brinco, tras lo que vio al pájaro desaparecer en el cielo.

El bosque era de verdad, pero ¿cómo podía serlo?

Rafe respiró profundamente y, al inhalar, sintió algo increíble, un aroma como a rocío o a un dulce perfume que nunca había olido. Era algo puro, sin contaminar. Donde fuera que estuviera, allí no había fábricas, no había coches escupiendo humo ni minas ni plantas de carbón. Era consciente de que estaba respirando el aire como es debido, como habría que respirarlo.

Se acercó a uno de los colosales troncos y lo tocó. Tenía un tacto áspero y real, como el de la corteza de un pino. Dio una vuelta sobre sí mismo. Una figura gigante se cernía sobre él, pero no era más que

una estatua de piedra de un señor mayor medio escondida por un musgo verde mar.

No sabía si reír o llorar, o ambas. Al hallar un afloramiento rocoso, subió corriendo por la ladera y se detuvo en lo alto para ver el bosque con mayor perspectiva. Por el suelo se extendía una suave niebla. En lo alto, el cuervo rojo se posó en una rama y graznó.

—¿Has sido tú? —le preguntó al cuervo.

—Chis —le susurró Jeremy por detrás—. Vas a despertar al unicornio.

Rafe se giró y vio un pequeño unicornio durmiendo, con la cabeza posada sobre el regazo de Jeremy. Un unicornio. Un unicornio sobre el regazo de Jeremy.

Se sentó con la espalda apoyada sobre uno de los gigantescos árboles y el unicornio, que no sería más grande que un poni Shetland, dejó escapar un suave suspiro mientras Jeremy le acariciaba la blanca crin y su elegante cuello. El cuerno le resplandecía como si se tratara de una perla.

—Tengo tu arco y tu carcaj, pero creo que nos hemos dejado una de las mochilas fuera del árbol —le dijo Jeremy en voz baja—. Emilie está ahí. Todavía no se ha despertado. —Rafe echó un vistazo a donde le había indicado y vio el cuerpecillo de Emilie hecho un ovillo bajo el abrigo de Jeremy—. Se despertará pronto. Tú has estado dormido casi una hora.

Dormido. La mente de Rafe se aferró a aquella palabra. ¿Dormido y soñando? Era igual que en sus sueños: los árboles, la estatua de piedra, Jeremy; pero nunca había recordado sus sueños de esta manera, solo algunas imágenes fugaces. No, no era un sueño. Había estado soñando durante quince años. Ahora por fin se había despertado.

Algo ululó por encima de su cabeza. Un búho marrón con la cabeza negra lo miraba con serenidad. Las plumas negras formaban un círculo perfecto y le daban el aspecto de un pájaro con un ojo mayúsculo.

—Un búho cíclope —aclaró Jeremy. Rafe se cubrió la boca con la mano y empezó a respirar a través de los huecos de sus dedos—. Rafe, ¿estás bien?

Un búho cíclope. Un cóndor. Un unicornio.

—Jay. —Fue lo único que Rafe pronunció. Eso fue todo lo que alcanzó a decir.

—Son más vagos que un oso perezoso. Podemos quedarnos aquí todo el día. No me importa. Cuánto había echado esto de menos. —Jeremy esbozó una sonrisa y pasó los dedos por la blanca melena del unicornio—. Cuando era niño e iba en avión con mi madre, solía mirar por la ventana para ver las nubes que había por debajo. Quería tocarlas. Mamá me decía que lo único que sentiría al hacerlo sería el vapor de agua, pero yo no le creía. El tacto tenía que ser diferente. —Volvió a acariciar el largo cuello del animal—. Tocar las nubes debería ser como esto.

Rafe no podía parar de mirar a su alrededor, embriagado por la belleza, como un hombre que tras cruzar un desierto se arrodilla ante un oasis a beber agua.

—Yo he pintado todo esto. Lo he tallado —dijo para sí. Se giró para mirar a Jeremy—. No estaba pintando lo que veía en sueños, eran mis…

—Recuerdos —asintió Jeremy.

—¿Esto es lo que no querías contarme?

—Lo que no podía contarte.

—¿Por qué? —expresó Rafe, con la agonía de quince años de

soledad, de reflexionar, de divagar, de esperar a una respuesta que creía que nunca llegaría; todo en una simple pregunta, la más importante de todas.

—Porque si te lo hubiera contado, no podríamos haber vuelto.

—¿Qué?

—Rafe, mira a tu alrededor. Todo esto es magia, pura magia. La magia tiene sus propias reglas y no gusta de responder preguntas. La magia nos trajo aquí y nos dejó volver a casa. Ahora nos ha dejado regresar aquí. Si la magia te da una orden, tú la acatas, pase lo que pase.

—¿Y no podías habérmelo dicho antes?

—No, pero ahora sí que puedo.

Rafe se sentó en el suelo, a unos metros de Jeremy y el unicornio. Al animal se le escapó un resoplido por las fosas nasales. ¿Los unicornios roncaban?

—Érase una vez dos chicos de Virginia Occidental que se perdieron en el bosque. Pero no durante seis meses. Estuvimos perdidos solo durante un día y una noche —le contó Jeremy—. Tú estabas alterado. Habías discutido con tu padre la noche anterior y no querías volver a casa. Pensamos que si perdíamos el bus adrede, mi madre vendría a buscarnos y se haría tan tarde que tendrías que quedarte a dormir en mi casa. Ese era el plan. —Rafe ya había escuchado esta parte de la historia—. No era la primera vez que reñías con tu padre, pero, por algún motivo, esa vez no parecía como el resto. No estabas enfadado. Tenías miedo.

—¿De qué?

—De volver a casa —le respondió Jeremy. Rafe asintió para que continuara con el relato—. Estábamos intentando llegar a Goblin Falls. No había ningún sendero hasta allí, pero habíamos oído que se

podía llegar por un caminito creado por los animales o algo así. Pensamos que sería una buena excusa para explicar que nos habíamos desviado del sendero. Y así fue como nos perdimos, pero perdidos de verdad. Totalmente perdidos y de una forma estúpida. Ya eran las cinco de la tarde cuando nos dimos cuenta de que no teníamos ni pajolera idea de dónde estábamos. Así que, cómo no, entramos en pánico e hicimos todo lo que no hay que hacer.

Jeremy le contó todo lo que habían hecho aquel día, cómo siguieron el caminito pensando que llevaría a algún sitio con más gente, pero no fue así; cómo encontraron una colina elevada y la subieron pensando que desde allí verían el sendero, pero no vieron nada, y cómo durmieron ahí arriba abrazados para mantener el calor.

Con cariño, Jeremy acarició el cuerno del unicornio durmiente con el dorso de la mano.

—A la mañana siguiente, tú te encontrabas fatal, apenas podías hablar. Te estabas deshidratando rapidísimo. Creí que no llegaríamos vivos a casa. No he pasado tanto miedo en toda mi vida. —Alzó la cabeza, miró en todas direcciones y sonrió—. Pero entonces vi a aquel pájaro rojo en la rama de un árbol. Pensé que me lo estaba imaginando, porque parecía un cuervo. Nos llamó y luego se metió en el hueco del árbol. No sé por qué, pero tenía la certeza de que debíamos seguirlo. Así que eso hicimos. Y, de repente, aquí estábamos.

—¿Aquí? ¿Justo aquí? ¿Qué es aquí?

—En el reino de Shanandoah —dijo Jeremy—, pero no Shenandoah, como el río de Virginia Occidental. Escrito con una «a»: Shanandoah, en homenaje a Shannon Yates.

—Mi hermana —comentó Emilie. Rafe miró hacia atrás y la vio

levantada y aferrada con todas sus fuerzas a uno de los árboles.

—Nunca la llamamos Shannon. Nunca supe que ese era su nombre. Aquí se le conoce por Skya. Estamos en su reino.

—¿A qué te refieres con «su reino»? —preguntó Rafe.

—A que es la reina. La reina Skya. —Emilie se dejó caer poco a poco hasta quedar de rodillas—. Lo siento por pasar de ti al principio —se disculpó Jeremy, dirigiéndose a ella—. Durante años me preocupaba que alguien viniera a pedirme que encontrase a una chica desaparecida en el Crow y que tuviera que negarme sin poder dar explicaciones.

—No tienes que justificarte. Esto… —Emilie levantó la mirada hacia el árbol, que parecía elevarse más de un kilómetro hasta el cielo—. Esto explica todo.

—Skya no nos contó mucho de su pasado antes de llegar aquí, pero sí que nos habló de ti. Nos contó que tenía una hermanita a la que alguien de por ahí había adoptado. Ni siquiera sabía tu nombre. Aquí eres conocida como la princesa perdida de Shanandoah.

—¿Yo? ¿En serio? ¡Ay, mi madre!

—Tú. —Jeremy acarició de nuevo el cuello infinito del unicornio y miró a Rafe—. La primera vez, despertamos justo aquí. Bueno, por ahí —le indicó, apuntando hacia un arroyo que fluía tranquilo—. Al principio, yo ni me percaté de los árboles, estaba ensimismado con el agua. Estaba tan clara y fresquita que te di un poco de beber y empezaste a espabilarte. Nunca me había alegrado tanto de verte abrir los ojos. —Jeremy hizo una pausa para respirar—. Pero después nos encontraron los Resplandecientes. El pánico, hasta el más reverente, los atrae como polillas a una bombilla.

—¿Quiénes son los Resplandecientes?

—Son difíciles de describir. La reina los llama sus enemigos

mortales inmortales. Por su aspecto, podrían ser unos adolescentes cualesquiera, pero, de alguna manera, al verlos sabes que no lo son. Tienen los dientes afiladísimos y se alimentan del miedo. Podían olerlo en nuestros cuerpos. Seguramente les parecimos un auténtico festín. No me acuerdo de mucho más. Me imagino que ambos nos desmayamos *ipso facto*. Entonces, de repente… —El rostro de Jeremy reflejó una estampa que rozaba lo beatífico, parecía un santo ante una visión en un cuadro antiguo. No sonrió, no hacía falta. Sus ojos brillaban como prendidos por una vela—. Escuché el sonido de un cuerno de caza. Nunca había escuchado uno, solo en las películas, pero sabía lo que era. Me desperté al oírlo. Después, aparecieron un montón de chicas con espadas a caballo y se pusieron a matar a los Resplandecientes por un flanco y por el otro.

»Fue impresionante. —Jeremy soltó una carcajada—. Estaba muerto de miedo, pero aun así recuerdo que pensé: *Me gustan las chicas estas. Ojalá pudiera ser su amigo*. A ese punto, nosotros estábamos atados juntos en el suelo, así que lo único que vi al principio fue un par de botas marrones. Una chica nos miraba desde arriba sonriéndonos. Nos dijo: «Parecéis un poco desubicados». Y así es cómo conocimos a Skya. Tu hermana nos salvó el culo —explicó dirigiéndose a Emilie y volvió a mirar a Rafe—. Lo siguiente que recuerdo es estar en el palacio y a ti te llevaron con la curandera, que te limpió los cortes de la espalda. Tras eso, nos dieron vino y pastel, y ya no me acuerdo de mucho más de aquel primer día, solo de que decidimos que, si estábamos soñando, no queríamos despertar.

—¿Las cicatrices que tengo me las hicieron los Resplandecientes?

—No vi lo que pasó, pero Skya nos contó que podían llegar a ser así de crueles.

Rafe cerró los ojos y dejó caer la cabeza en un gesto de alivio. Por

fin sabía de dónde venían aquellas cicatrices, por fin tenía respuesta a la pregunta que lo había estado envenenando durante tantos años. Además, la historia era mucho mejor que pensar que se lo había hecho un lince o con un alambre de espino. Le dieron ganas de echarse a reír. Una pequeña parte de él había temido que hubiera sido algo… Pero no. Eso era lo importante.

Abrió de nuevo los ojos. En la cara del unicornio aterrizó una lágrima.

—Perdóname, *milady* —le dijo Jeremy a la criaturilla—. Sigue durmiendo.

—Nunca te había visto llorar —resaltó Rafe.

—Claro que sí.

Rafe se acercó a una distancia prudente. Con cuidado de no rozar al unicornio, se inclinó y utilizó el puño de su camiseta para limpiarle la lágrima a Jeremy.

—Gracias.

—¿Aquí es donde nos pasamos los seis meses? —preguntó Rafe, a lo que Jeremy asintió—. ¿Por qué nos fuimos?

—Es una larga historia y los Resplandecientes posiblemente estarán de camino, pero la respuesta rápida es por ti. —Jeremy giró la cabeza aludiendo a Emilie—. Skya siempre dejó un sitio vacío en la mesa para ti. —Entonces, miró a Rafe a los ojos—. Yo estaba preparado para irme a casa solo, pero tú no permitías que me fuera sin ti, así que Skya nos llevó hasta la bruja de la Cueva del Lobo Negro. Es a ella a quien se acude cuando se necesita magia. La bruja le dijo a Skya que era demasiado peligroso para Shanandoah mandarnos a ambos de vuelta. Si uno de nosotros decía que había un reino mágico tras un portal en el bosque, la gente diría: «Vale, este está como una regadera»; pero ¿si lo decíamos ambos? Quizás irían a

echar un vistazo.

—¿Y qué hizo?

—Dividió en dos nuestros recuerdos. Yo recordaría este lugar y todo lo que vivimos aquí, pero hizo que olvidase el camino de vuelta. El Red Crow sería para mí como el Triángulo de las Bermudas. Y a ti te eliminó todos los recuerdos de este mundo, pero dejó que recordases…

—El camino de vuelta —completó Rafe—. ¿Por eso conducía hasta aquí sonámbulo? —¿Cuántas veces se había despertado en la camioneta para ver que había recorrido la mitad del camino hasta el Red Crow? ¿Seis? ¿Siete veces?—. ¿Cómo hizo que olvidase todo?

—Te entregó un libro. Era un cuaderno de dibujo con un candado plateado, como una especie de diario. Tenías que dibujar en él todo lo que debías olvidar. Te encerraste en tu cuarto día y noche para dibujarlo todo. A la mañana siguiente, fuimos hasta el mar Cromado y embarcamos en el buque de la reina. Navegamos durante dos días hasta arribar a la costa más lejana. Allí nos pusimos las ropas de antes o lo que quedaba de ellas, porque los zapatos ya ni nos venían. Me dieron un mapa del Red Crow que tendría que quemar; así es como olvidaría el camino de vuelta al portal del árbol. Tú cerraste el libro y le echaste el candado, y después te desmayaste. —Jeremy chasqueó los dedos—. Al despertarte, ya no recordabas nada del tiempo que habíamos pasado aquí.

Rafe asintió, pero no abrió el pico. Eso es lo que había pasado. Eso es precisamente lo que siempre había sentido, que había encerrado sus recuerdos. Y siempre había anhelado tener la llave.

—El hechizo tenía una condición —prosiguió Jeremy—. Una cláusula inquebrantable que no podíamos romper: yo no podría contarte nada. Si lo hacía, no podríamos volver nunca más. Antes de

cerrar el libro, me miraste a los ojos y me dijiste: «Haga lo que haga, diga lo que diga, por mucho que te lo suplique, no me cuentes nada». —Rafe cerró los ojos y suspiró.

—Mierda, Jay.

—Y aun así, quise contártelo. Pensaba en hacerlo mil veces al día, pero no podía. No quería mentirte, pero no podía decirte la verdad, así que no me quedó otra que alejarme de ti. —El unicornio levantó la cabeza para que le acariciara el mentón—. Les encantan las cosquillas en la barbilla. En los peores momentos, en los días en que me moría de ganas de contártelo, me recordaba a mí mismo que si queríamos volver a rascarle la barbilla a un unicornio, tendría que mantener la boca cerrada. ¿A que sí, *milady*? —El animal soltó un pequeño relincho que sonó igual que una trompeta de juguete—. Lo sé, lo sé. Tienes toda la razón —le dijo Jeremy al unicornio en ese tono que todos utilizamos con los animalillos o los bebés.

—¿Qué ha dicho?

—Que deberías acariciarla.

—No quiero asustarla.

—No la vas a asustar.

Rafe le tendió la mano al unicornio y aguardó. El animal giró su majestuosa cabeza y empujó su nariz aterciopelada contra la palma abierta de Rafe. Sus dedos rozaron el cuerno radiante y sintió que de su interior brotaba una risa, pero decidió dejarla ahí dentro. Le acarició la mandíbula, que parecía de seda, las orejas y el cuello, y sí, efectivamente, era como sostener una nube.

—Bienvenido a casa, Rafe —pronunció Jeremy.

—Lo siento, Jay. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte.

—Sí. Lo siento. —Todo el enfado que había sentido hacia Jeremy,

todo el resentimiento, que no habían sido más que las consecuencias de su soledad, se evaporaron como sombras al contacto con la luz—. ¿Hay algo más?

—Alguna cosa que otra. Todo está en tu libro de recuerdos.

—Pues vamos a buscar…

De pronto, aparecieron en el claro otros cien unicornios al menos. Eran blancos, plateados, negros con ojos dorados… Rafe tomó una bocanada de aire y se quedó estupefacto, sobrecogido, asombrado y atemorizado. El unicornio que Jeremy tenía tumbado sobre su regazo alzó la cabeza y pestañeó. Un unicornio de gran tamaño dio un paso al frente y resopló como muestra de su leve descontento.

—Mejor ve con ellos, *milady*. No vaya a ser que nos busques un problema con tu padre.

El unicornio empujó su hocico por última vez contra la palma de Rafe. Quería una última carantoña, una última caricia en su oreja titilante. Con brío, dio un brinco y se reunió con su familia. Tras algún tipo de señal oculta, la manada salió escopetada hacia las profundidades del bosque.

Jeremy se levantó y le entregó a Rafe su arco y su carcaj. Tenía la camiseta salpicada por unas cuantas hebras blancas de la melena del unicornio.

—¿Cómo has sobrevivido quince años sin…? —Rafe señaló con la mano a todo lo que les rodeaba, a aquella belleza de mundo imposible—. ¿Sin esto…?

—No quieras saberlo —le respondió Jeremy con una sonrisa abatida.

RINCÓN DEL NARRADOR

Jeremy



Si de verdad queréis saber cómo sobrevivió Jeremy durante esos quince años, leed el capítulo diecisiete. Si preferís no saberlo, podéis saltároslo y nos veremos de vuelta en el dieciocho. Pero yo, en vuestro lugar, me lo leería.

P.D.: Por si no os habíais dado cuenta, en el último capítulo parece que Emilie ha desaparecido repentinamente. Para quienes sí se hayan percatado: buena apreciación.



CAPÍTULO DIECISIETE

Un año y medio antes de encontrar a Emilie —o, más bien, de que Emilie le encontrase a él—, Jeremy estaba volando desde Los Ángeles a Sídney. Una adolescente que hacía surf había desaparecido en la playa y Jeremy estaba seguro de que la chica se había quedado dormida en la tabla e iba a la deriva, alejándose más y más de la orilla a cada minuto que pasaba. La Armada australiana estaba buscándola y Jeremy deseaba que ya hubieran dado con ella cuando él aterrizase.

Tenía quince horas de vuelo por delante. Necesitaba distraerse. La revista sobre actividades al aire libre *Outdoorsman* le había pedido que escribiera un artículo: «Los mejores diez consejos para sobrevivir si te pierdes en la naturaleza».

Ojalá tuviera él una lista como esa en la que le explicaran cómo sobrevivir al mundo real cuando habías estado en otro. Mientras sobrevolaba el Pacífico, Jeremy creó la lista que le hubiera gustado tener a él.

Los diez consejos de supervivencia de Jeremy Cox para aquellos que han visitado otros mundos y han vuelto a casa.

1. Aprende a mentir.

Dos días después de volver, Jeremy todavía seguía en el hospital, pese a que no se encontraba mal. El problema, en realidad, era ese. Todos esperaban que se encontrase mal. Se había tirado seis meses desaparecido en el bosque; debería de haber tenido un mínimo de enfermedades o afecciones. Sin ir más allá, desnutrición, alguna lesión, la enfermedad de Lyme —al final, los bosques estaban plagados de garrapatas—, caries en los dientes, disentería o escorbuto. Pero Jeremy y Rafe estaban en perfecto estado. Estaban hasta más sanos que antes de desaparecer; más altos, más fuertes, con los ojos radiantes y la piel luminosa. Jeremy era la viva imagen de la juventud y la vitalidad, al igual que Rafe, aunque de este todo el mundo pensaba que se había dado algún golpe en la cabeza, pues no recordaba absolutamente nada de esos seis meses. Cuando la policía le preguntó a Jeremy por las cicatrices que Rafe tenía en la espalda, él había respondido: «Ni idea. Nos desmayamos y al despertar, algo había atacado a Rafe. Probablemente fuera un lince». Ese «algo» le había hecho sentirse un pelín más honesto. Al fin y al cabo, si hubiera dicho que unos monstruos con apariencia de jovencitos los habían atacado en un reino mágico, no le habrían dado nunca el alta del hospital.

Aun así, estaba claro que los médicos no estaban del todo convencidos de que Jeremy y Rafe hubieran estado seis meses perdidos en el bosque. ¿Habrían estado secuestrados, entonces? Pero ¿qué tipo de secuestrador suelta a un niño en mejores condiciones

que cuando lo raptó? Jeremy le había contado muy abiertamente a todo el que había mostrado interés que habían estado perdidos en el bosque y que habían sobrevivido por su cuenta, que nadie los había secuestrado y nadie les había hecho daño. «Con tantas iglesias como tenéis en este puñetero estado, anda que vais a reconocer un milagro cuando lo tenéis enfrente. Parad de pedir explicaciones y dejadme llevarme a mi hijo a casa», había declarado la madre de Jeremy.

Los médicos y la policía finalmente se dieron por vencidos. No tenían los medios para investigar o diagnosticar milagros. Así que a Jeremy le dijeron que podría marcharse a la mañana siguiente, lo que lo dejaba con una última oportunidad para ver a Rafe a solas.

Se hizo el dormido hasta que el pabellón del hospital se quedó en silencio y supo que todo el mundo estaba descansando. Se escabulló de la cama y se coló en la habitación de Rafe, que estaba al otro lado del pasillo. Tuvo suerte, Bill no había llegado todavía. Solo estaba Bobbi, que dormía como un tronco en la silla que había junto a la cama de su hijo.

Rafe también estaba despierto. Al ver a Jeremy pasar a la habitación, abrió los ojos de par en par. Sin decir ni una palabra, se echó a un lado para hacerle hueco en la estrecha cama de hospital. En aquel silencio, hablaron entre susurros tan ligeros que la comunicación rozaba la telepatía:

—Mamá me va a sacar de aquí al amanecer. Desapareceremos durante unas cuantas semanas. Nos vamos con mis abuelos a Oxfordshire.

—Pero ¿vas a volver? —le preguntó Rafe.

—Pronto —fue su respuesta.

Jeremy vio algo plateado que brillaba en el cuello de Rafe. Lo sostuvo frente al pequeño haz de luz que se colaba en la habitación

desde las farolas del aparcamiento.

—Un cura se lo dio a mi madre y ella me lo ha dado a mí.

—Mi madre también me ha dado el suyo. El tuyo es más chulo, tiene un ciervo —contestó Jeremy.

—¿Nos los cambiamos? Yo, de hecho, conozco al tuyo.

Con discreción, en la penumbra, se intercambiaron a sus divinos protectores. Jeremy depositó su corazón en San Antonio para que cuidase de Rafe.

Bobbi se revolvió mientras dormía. No les quedaba mucho tiempo.

—Sigo sin acordarme de nada. Van a hacerme más pruebas.

—No tengas miedo. No te pasa nada.

—Jay, ¿qué pasó? ¿Fue algo malo? ¿Es por eso por lo que…?

—No pasó nada malo. Desaparecimos y ahora estamos en casa. Eso es todo. Me tengo que ir.

Jeremy quiso darle un beso de despedida a Rafe. Le había dado ya tantos que apenas se acordaba de lo que era decirle adiós sin besarlo. Le tocaría aprender a hacerlo.

—Pero entonces vuelves pronto, ¿no? —le había preguntado Rafe.

—En cuanto pueda.

—¿Y no pasó nada?

—Nada de nada. Solo estuvimos perdidos. No hay más.

Una conversación, dos minutos, cinco mentiras.

2. Acepta que no hay vuelta a casa, realmente.

Hasta que no estuvieron en casa de sus abuelos en Kingham, Oxfordshire, su madre no le había contado que Martha había muerto durante el tiempo en que estuvo desaparecido. Lo había acompañado de esa clase de palabras consoladoras que una madre está obligada a usar: «Estaba ya muy mayor», «No sufrió», «No, no

se murió por culpa tuya». Pero, en realidad, Jeremy no se había creído ni una de ellas. Martha lo adoraba, es cierto, pero al que más quería era a Rafe. Y si un perro pudiera morir de pena, no cabe duda de que sería ese que tenía pasión por un chico que nunca volvería.

Su abuela se lo tomó tan a pecho que hasta le prometió otro perro. Se comportaba como si Jeremy simplemente se hubiera ido a unas vacaciones largas, nada más. «Qué de cosas… Menudo pasmo debe haber sido venirte hasta aquí de los Estados Unidos después de todo por lo que has pasado».

Pues tampoco había sido para tanto. Hacía tiempo, se habría despertado en un palacio medieval, en una cama con postes hechos de sauces trenzados, con un cuervo rojo de nombre Aurora posado a los pies de la cama y una chica, la reina Skya, que le ofrecía pastel y vino. Recordó el sabor de ese primer bocado de Shanandoah. El pastel era de bayas de lluvia y limón con sal marina, y se lo habían servido con vino especiado en copas de plata. Solo de acordarse se le hizo la boca agua. Pero, en efecto, una vez que has probado el vino especiado junto a una reina y a un cuervo, no hay mucho más que pueda resultarte un pasmo.

Su madre era inglesa hasta la médula. Fuera cual fuere la traumática situación que hubiera vivido durante su ausencia, se lo guardó para sí misma. Solo hubo una ocasión en la que Jeremy fue consciente de que el típico dicho británico «Mantén la calma y sigue adelante» no era más que una fachada para su madre. A los días de llegar a casa de sus abuelos, se había sentado al piano vertical que tenían en la sala de pintar y se había puesto a tocar *Primavera* de memoria. La tocó a la perfección.

Hasta que no hubo terminado y visto a su madre en la puerta mirándolo con una cara que rozaba el terror, no se dio cuenta del

error que había cometido. Nadie se tiraba seis meses sin tocar el piano e interpretaba una pieza tan compleja como aquella sin fallar ni una sola nota, y en el parque estatal de Red Crow no había pianos.

En el Palacio Lunar, en el salón privado de la reina, sí que los había. A Skya le gustaba tanto como a Rafe oírle tocar el piano. Así que, en todo caso, ahora lo tocaba mejor que antes de desaparecer.

«Practicaba en mi mente cuando estuvimos perdidos. No quería quedarme atrás», le había dicho él. Mentira. Pero su madre asintió, esbozó una sonrisa y le respondió: «Lo has hecho genial, cariño. Muy bien». Nunca más volverían a hablar de ello.

3. Aprende a convivir con la monotonía.

A Jeremy lo apuntaron a una escuela cercana a casa de sus abuelos. No a un internado, ya que su madre no podía soportar la idea; pero era una buena escuela. Tenía hasta equipo de esgrima. Él ya sabía cómo usar una espada —las Valquirias de la reina Skya le habían enseñado—, pero hacer esgrima con un florete no era exactamente lo mismo, así que no pareció más que un chico con un talento innato para el deporte, en lugar de un prodigio rarito.

La esgrima lo mantuvo cuerdo. Lo sentía como una forma de mantenerse preparado para el día en que pudiera volver a Shanandoah.

No había olvidado su misión de encontrar a la princesa desaparecida, pero no sabía ni por dónde empezar. La reina Skya le había advertido de que el don que le había otorgado solo le ayudaría en caso de que la princesa perdida estuviera lista para que la encontrasen. Eso podía ser mañana mismo, en diez años o jamás. Hasta entonces, tendría que seguir con su vida.

En su escuela, hubo un día que una chica llamada Lily había

perdido el anillo de ópalo que le había regalado su abuela por su dieciséis cumpleaños. Hecha un mar de lágrimas, se plantó frente a la clase y les describió el anillo, además de ofrecer una recompensa de cincuenta libras a quien lo encontrase.

Algunos de los chicos y chicas de la clase soltaron alguna carcajada que otra o se rieron por lo bajini. Pero Jeremy también habría llorado si hubiera perdido la medalla de San Huberto de Rafe que llevaba día y noche y que no se quitaba ni para ducharse.

Anillo de ópalo y montura de oro. Jeremy se lo imaginó en el dedo de Lily. Entonces, de la nada, como el destello de un relámpago, lo visualizó en la mochila de la chica. La levantó del suelo, introdujo la mano hasta el fondo y sacó la joya. Se le había colado por una costura descosida. Lily dio una bocanada de aire y salió corriendo a abrazarlo, entre sonrisas y lágrimas.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó ella. La chica tenía en los ojos una señal de asombro que a Jeremy no le gustó ni un pelo. Era solo el principio de lo que estaba por venir.

—Mi madre perdió una vez su anillo en un bolso. Le quedaba un poco grande y se le cayó dentro. Ha sido una corazonada.

Lily se convertiría en su primera novia, pero no le duraría mucho. Un mes, a lo sumo. Él seguía enamorado de Rafe. Y en las relaciones, según aprendió rápidamente, hacía falta sinceridad. Jeremy no podía contarle nada a Lily. Hasta la simple pregunta «¿Cómo estás» requería una respuesta que era mentira. Siempre decía que estaba bien. En cierto punto, la chica se dio cuenta de que la única de los dos que hablaba era ella y de que él solo hacía como que la escuchaba. No fue culpa suya, la pobre era un encanto, pero el corazón de Jeremy estaba muy lejos.

—Puedes contarme lo que quieras, te lo prometo —le dijo ella una

noche. Lily quería que durmieran juntos, pero a él bajar la guardia le asustaba demasiado. ¿Se daría cuenta de que no era la primera vez que lo hacía y querría averiguar con quién, cuándo y dónde lo había hecho antes?

—No hay nada que contar —contestó él.

Otra mentira. Había demasiado que contar. Nadie podía entender lo que era ser la única persona en el mundo que sabía que la mejor forma de atraer a una sirena era poner velas en barcos de papel y soltarlos a la deriva. Como buenas traviesas que son, las sirenas salen a la superficie para apagar las velas. Rafe había sorprendido a una y le había hecho contarle un secreto. La criatura se lo había susurrado al oído y, tras ello, le había plantado un besazo en los morros.

—Llámame cuando quieras, bonito —le soltó la sirena antes de alejarse nadando y dejarlo ojiplático y sonrojado.

—Desembucha, muñeca. ¿Qué te ha contado? —le inquirió la reina Skya.

—Me ha dicho que alguien de este barco está enamorado de mí.

—Yo no. Pregúntales a ellas —respondió la reina señalando a las Valquirias.

—Yo no —dijo cada una de las siete presentes.

Jeremy apuntó a Aurora, que lo había traicionado al volar fuera del barco y dejarlo como único culpable. Así que acabó admitiéndolo. Nunca olvidaría la sonrisa de Rafe, que le venía a la mente como diez veces al día.

—Echas de menos a alguien de Estados Unidos, ¿verdad? —le preguntó Lily, que llevaba una camiseta con una sirena impresa.

—Sí. —Por fin, una pregunta a la que podía responder con sinceridad.

Después, Lily rompería con él, lo que le supuso un alivio. No había tenido más opción que fingir que disfrutaba viendo películas en su dormitorio, hasta el día en el que se le fue la pinza y le gritó:

—He librado batallas con demonios disfrazados de humanos, he nadado con sirenas, he negociado con gigantes y he cazado ciervos de nieve en montañas ocultas con príncipes y reinas. Así que ¡no! ¡No me da la gana de volver a ver *Harry Potter* contigo!

—Ya puede ser guapa.

Jeremy no pudo contener la risa. Sí, la verdad es que Rafe era guapo, muy guapo. Hasta las sirenas pensaban lo mismo, y se sabe que son seres difíciles de impresionar.

4. Prepárate. Habrá gente que no se trague tu historia.

Jeremy escogió la universidad de Magdalen College para estudiar Filología Inglesa. Su madre pensó que estaba siguiendo los pasos de su difunto padre. Thomas Nigel Cox se había graduado en Magdalen con matrícula de honor en Filología Clásica e Inglesa. Pero no, lo de ir a Magdalen no era más que una broma entre el universo y él. Le hacía gracia ir a la misma universidad en la que C. S. Lewis, creador de Narnia, había sido académico.

Interpretó bastante bien su papel de estudiante universitario hasta el día en que desapareció la hija de uno de los profesores. La niña no tenía más que tres años. Había estado deambulando por el jardín trasero y se había adentrado en el bosque que había detrás de su casa. Para cuando Jeremy lo había oído en las noticias, la niña llevaba ya dos días perdida.

Su nombre era Petra y cuando Jeremy la llamó en las profundidades de su mente, la vio acurrucada y dormida dentro de un tronco podrido. Le llevó una hora encontrarla.

Cuando la policía le preguntó cómo lo había hecho, en esta ocasión tuvo que contarles algo más similar a la verdad: «Yo también me perdí cuando era niño. Supongo que sé dónde buscar».

Salvó a la niña, pero pagó un precio alto. Su cara estaba por todas las noticias y un periodista del *The Times* ató cabos. El titular decía: «De pequeño fue un niño perdido y ahora es él quien encuentra a una niña extraviada».

Después de esto, Jeremy empezó a dedicarse a tiempo completo a la búsqueda y rescate. La princesa a la que tenía que encontrar parecía no querer que dieran con ella. Pero, quizá, si buscaba a un número considerable de chicas, acabaría ubicando su paradero por accidente.

No solía cobrar mucho por buscar a las chicas perdidas, a menos que los padres o la pareja que lo contratase fueran ricos; en tal caso, les hacía pagar un ojo de la cara. A los veintitrés años, Jeremy ya había encontrado a nueve mujeres y niñas y dos cuerpos.

Una pareja forrada de Short Hill, Nueva Jersey, le ofreció diez mil dólares por buscar a su hija bailarina, que se había dado a la fuga, supuestamente, con su profesor de baile. De pie, en el recibidor de la casa de siete dormitorios, Jeremy negoció diez mil por adelantado y otros diez mil cuando la encontrara. A los padres les gustó que dijera «cuando» y no «si», así que le pagaron en efectivo.

La hija bailarina, de dieciséis años, y su raptor estaban a un par de horas de Las Vegas cuando Jeremy los sorprendió en un restaurante de una conocida cadena de cafeterías. Allí, se pidió un café solo mientras esperaba a que llegase la policía para arrestar al profesor de baile. La chica parecía agotada. Tenía ojeras, la larga melena le colgaba medio despeinada y miraba de un lado a otro, como si intentara hacer contacto visual con alguien para que la salvase.

Jeremy la miró a los ojos y le hizo un gesto de asentimiento, con la esperanza de que entendiera que estaba allí para ayudarla; pero la chica apartó la vista.

Durante la espera, se puso a escribirle a Rafe una postal en la que solo le decía:

Las Vegas. 23 de septiembre de 2015.

Al ir a sacar de la cartera los sellos para la postal, le vibró el teléfono. Alguien había colgado algo en su página de Facebook. Jeremy odiaba las redes sociales, pero las necesitaba en la misma medida como tapadera. En algún momento, había publicado algunos consejos de seguridad como habría hecho cualquier otro *influencer* dedicado a la naturaleza —abraza un árbol, lleva calcetines de lana (no de algodón), viaja siempre con cerillas—, en lugar de un bicho raro con poderes mágicos en busca de una princesa perdida.

De mala gana, abrió la aplicación para leer un nuevo comentario de alguien que se hacía llamar Johnny Cosmic. El comentario era una sola palabra:

Mentiroso.

Jeremy lo eliminó de inmediato. Cuando alguien trataba de empezar algo con él por internet, tenía como norma hacerse las tres siguientes preguntas: *¿Sé si esta persona es mayor de veintiún años? ¿Sé si está en sus cabales? ¿Sé si está bajo la influencia de drogas, alcohol, o del líder de algún culto?* Si la respuesta a cualquiera de ellas o a todas era que no, eliminaba el comentario. Estas también eran las tres preguntas que siempre se hacía antes de acostarse con alguien.

Por desgracia, el señor Cosmic no se había dado por vencido con

él. Publicó una foto. Jeremy entornó los ojos para apreciar bien a quién o qué estaba viendo. Entonces, lo supo. Se trataba de Rafe. En la foto salía la espalda desnuda de Rafe. Jeremy reconoció aquellas cicatrices rosadas larguísimas que le recorrían desde el hombro hasta la cadera. En la fotografía, Rafe parecía estar profundamente dormido sobre unas sábanas blancas. En la publicación, se leía:

Esto no te lo hace un lince. ¿Qué es lo que esconde Ralph Howell? Admitidlo. Nunca estuvisteis perdidos.

Jeremy tomó un pantallazo apenas unos segundos antes de que el mismo Johnny Cosmic eliminase el comentario y la foto. Había cerrado hasta la cuenta.

Tenía la mirada clavada en la pantalla. ¿Sería reciente la fotografía? No había podido verle bien la cara a Rafe, solo un poco de perfil, con sus cabellos rubios pajizos cayéndole por la mejilla. ¿Y quién se la habría tomado? Alguien con quien se hubiera acostado, sin duda. Puede que pecara de sexista, pero le costaba imaginarse a una mujer haciéndole fotos a las cicatrices de su amante inconsciente. ¿Habría sido un hombre, entonces? Jeremy desdeñó la punzada de celos, que sintió como un cuchillo contra su estómago. A ver, tampoco es que él hubiera sido un angelito todos esos años.

Fue ahí cuando Jeremy se percató de algo que no había visto antes. Se había distraído con el cuerpo de Rafe, tan vulnerable y desprotegido mientras dormía. Era una pulsera, una pulsera blanca. Parecía de plástico y llevaba algo escrito en letras negras. Era una pulsera de hospital, del Brook Haven. Algún enfermero, celador o cualquiera de los pacientes habría reconocido el nombre de Rafe. Sería alguno de esos escépticos de «Los chicos perdidos de Virginia Occidental», que pensaban que había algo detrás de la historia de los

dos chicos de quince años que habían estado a merced del bosque durante seis meses. Jeremy los odiaba por dos razones. La primera, porque le hacían cosas tan crueles y perturbadoras como esta a Rafe. La segunda, porque llevaban algo de razón.

Por fin llegó la policía. Dos agentes uniformados. Con discreción, Jeremy señaló a la chica y los polis le asintieron, se acercaron a la mesa y cinco minutos más tarde el profesor de baile estaba esposado. Jeremy trató de no pensar en lo que le esperaba a la chica. La familia querría celebrarlo, hacer como que todo podía volver a la normalidad; pero no era así. Él les advertiría que la normalidad y el volver a la normalidad son dos cosas muy diferentes.

Después de esto, Jeremy le envió los pantallazos al abogado que tenía contratado, por si acaso Johnny Cosmic fuera algo más que un trol. No había semana en la que al menos una persona lo contactara por internet para pincharlo con mensajes del tipo:

Di la verdad. Sabemos que os abdujeron los extraterrestres. Lo sabemos.

Ojalá hubiera sido tan sencillo como eso.

5. Vas a ser un lobo solitario, pero no dejes que eso te haga parecer un tonto.

Diez años después de perderse, Jeremy desistió y volvió a Morgantown para ver a Rafe. Aunque no había tenido contacto alguno con él, aparte de las postales, la madre de Rafe lo había ido poniendo al día cada vez que hablaban, así que sabía perfectamente dónde y cómo encontrarlo: en el Hotel Morgan, pintando un conjunto de habitaciones del complejo, como hacía cada verano.

Jeremy se registró en el hotel y a la mañana siguiente esperó en el bar, desde donde podía ver los ascensores. Rafe llegó a las ocho. Llevaba unos viejos pantalones tipo cargo llenos de manchas blancas de pintura, una camiseta gris con el cuello en uve y unas botas de trabajo. Lo encontró delgado, con una apariencia cansada, como el hermano mayor de su yo adolescente, el hermano mayor que se había pasado la noche en vela o la anterior o la semana entera.

A menudo, Jeremy se preguntaba si habría exagerado el recuerdo sobre la insólita belleza de los ojos de Rafe, de ese extraño azul cielo que recordaba al de un perrito *husky*. Pero no, sus ojos eran exactamente iguales a como Jeremy los recordaba. Hubo un momento en el que Rafe desvió la mirada en su dirección sin dar señal alguna de haberlo reconocido. Jeremy llevaba un traje nuevo de Tom Ford, unas gafas de ver que no necesitaba y una barba a la que todavía se estaba acostumbrando.

Rafe esperaba al ascensor y a Jeremy le costó horrores no levantarse, acercarse, agarrarlo de los hombros y decirle: «¡Pero es que no sabes quién eres tú! Eres la pesadilla de los monstruos. Los ancianos se quitan la gorra al oír tu nombre. Has pintado un retrato para una reina y está colgado en el Gran Salón. ¿Es que no te acuerdas?». Pero no, cómo se iba a acordar.

La puerta del ascensor se abrió y Rafe se metió dentro. La puerta se cerró y Rafe desapareció tras ella.

Jeremy subió a su habitación por las escaleras, se quitó la ropa y se tumbó desnudo sobre las frías baldosas del suelo. No llegó a vomitar, pero poco le faltó.

Rafe y él se habían quedado una vez en ese hotel. A su madre le habían dado una noche gratis en una de las *suites* por tocar el piano en la boda de la hija de una amiga suya. Ella se la había regalado a

Rafe y a él, y había pasado la noche en casa, en su cama. En el hotel, se quedaron despiertos hasta las cuatro de la mañana comiendo, charlando y sin encender la tele en ningún momento porque, aunque no quisieran admitirlo, ambos tenían la esperanza de que pasase algo. Al final no pasó nada, ya que no hay nadie más cobarde y gallina que un chico enamorado de otro chico que no sabe que está enamorado de él.

La única razón por la que Jeremy sabía que Rafe también había querido que pasase algo es porque, con el tiempo, se lo había confesado. Una noche, Rafe, la reina Skya y él habían jugado al cróquet con las reglas de Shanandoah a la luz de un farol, en el patio que había tras el palacio. Skya les había indicado que, a cada palo que fallasen, tendrían que contarle un secreto. Jeremy soltó abochornado que no le había interesado aprender a cazar, que había sido solo una excusa para quedar con Rafe. Tras ello, Rafe falló y confesó que la noche que habían pasado en el Morgan había olvidado llevarse una camiseta deliberadamente con la esperanza de que Jeremy le dejara una de las suyas y que había acabado durmiendo con aquella camiseta durante una semana. Skya decidió que olvidar a propósito una camiseta y dormir con ella durante una semana contaban como dos verdades embarazosas, a lo que Rafe respondió: «Bueno, pues nada», y procedió a fallar el siguiente palo para compensar.

Después de eso, todos comenzaron a fallar tiros adrede, tanto Jeremy como Rafe y Skya. ¿El secreto de Jeremy? Había estado enamorado de Rafe desde el primer momento que lo había visto. ¿El de Rafe? No había estado enamorado de Jeremy desde el primer momento. Le había llevado algo más de tiempo, como cuando pintas un cuadro y quieres que quede perfecto; las prisas no son buenas.

Pero el día que había empezado a enamorarse —incluso antes de saber que se estaba enamorando— seguramente habría sido aquel en que se sentó por primera vez a ver a Jeremy tocar el piano. ¿Por qué si no iba a estar allí sentado pensando en que no quería estar en ningún otro sitio con ninguna otra persona que no fuera Jeremy?

¿En cuanto al de la reina Skya? Esa noche les contó que, por mucho que adorase Shanandoah, siempre andaba pensando en marcharse para buscar a la princesa perdida. Su madre, que la había tenido a los catorce años, había traído a casa a otro bebé cuando Skya tenía diez años. Se trataba de una niña con unos pulmones como los de una cantante de ópera. Pero su madre había vuelto a las andadas y había empezado a desaparecer durante varios días seguidos. Su tía Marie, que había acogido a Skya, dijo que no podía hacerse cargo de otra criatura, así que dieron en adopción a su hermana. Durante un maravilloso mes, Skya había tenido una hermanita.

La reina no había vuelto a casa por una razón muy sencilla: miedo. Al fin y al cabo, ese era su reino. Allí la necesitarían más que su hermana, ¿no?

Aquella noche acabaron haciendo una fiesta de pijamas, acurrucados como unos cachorrillos agotados sobre las almohadas de seda de la reina. Habían cruzado las fronteras del oculto universo de los corazones del otro y la idea de marcharse se les hacía insoportable.

Jeremy se limpió las lágrimas del rostro. Haber vuelto a casa para ver a Rafe había sido un error colosal. No cabía duda de que su amigo estaba sufriendo, pero él no podía hacer nada al respecto. En Shanandoah, Rafe le había hecho prometer a Jeremy no contarle nada para que algún día pudieran volver. Le debía su lealtad a aquel chico, aunque de quien estuviera enamorado fuera del hombre con

la ropa llena de gotazos de pintura que ni se había dado cuenta de su presencia, aun a seis metros de él.

Aquella había sido la última vez que Jeremy se había permitido tratar de ver a Rafe.

6. Acepta que no hay ninguna explicación racional para lo que sucedió, pero, aun así, diviértete intentando encontrar alguna.

Cuando Jeremy tenía veintiocho años, volvió a Oxford para ver a su madre. La mujer no lo estaba pasando bien, ya que el padre de Jeremy se había suicidado a esa misma edad. Era muy duro hacerse a la idea de que su hijo ya era mayor que su marido, le había dicho.

En su primera noche, acabó en el *pub* en el que Thomas Cox y Mary Turner se habían conocido hacía treinta años, cuando eran todavía estudiantes. El nombre del sitio se traducía como El Águila y el Hijo, aunque su madre siempre lo había llamado El Pájaro y el Bebé. Le habría gustado sentarse en la misma mesa en la que lo hicieron ellos en su primera cita, pero alguien se le había adelantado.

A la mesa había sentada una mujer a solas. Al verlo mirar en su dirección, le dedicó una sonrisa.

—¿Te he quitado el sitio?

—Puede ser.

—Podemos pelearnos por él.

—En realidad no es mío. Era el de mis padres, creo. Primera cita.

—Te puedes sentar conmigo. —La chica le señaló la silla vacía que tenía enfrente y apartó la pila de libros que había en medio. Jeremy agarró su pinta y se acercó.

Su nombre era Chi. Tenía treinta y cinco años y era de Victoria

Island en Lagos, Nigeria. Supuso que sabría de Virginia Occidental lo mismo que la mayoría de los habitantes de Virginia Occidental sabrían de Lagos, que existía y que había gente que vivía allí. Sobre esto, estaba muy equivocado.

—¡Qué sitio tan bonito! —le respondió ella—. Estuve allí una vez. Las montañas… Menudo espectáculo. —Se abanicó, abrumada por el recuerdo de aquella belleza.

—¿Por qué? —preguntó Jeremy algo desconcertado. La chica se echó a reír.

—Por el observatorio.

—Ah, el Green Bank. —Jeremy echó un vistazo a los libros y a las revistas académicas—. Eres astrónoma.

—Física. Bueno, cosmóloga, en realidad. Soy del grupo de físicos divertidos. Nadie hace pelis de ciencia ficción sobre el principio de Bernoulli de la dinámica de fluidos.

El sonido de su risa era como el de una campana. Iban a ser buenos amigos. ¿O quizás algo más que amigos?

Él se presentó como Jeremy Turner. Dejó que fuera ella la protagonista de la conversación y se enteró de que su familia se había mudado a Londres cuando ella tenía diez años. Ahora, veinticinco años después, tenía un acento más británico que el de Mary Poppins; aunque, como él, podía cambiarlo cuando le venía en gana.

—Cuéntame algo que no sepa sobre el universo —le pidió Jeremy.

—Nadie sabe de lo que está hecho el noventa y cinco por ciento del universo. ¿Cómo puede ser posible?

—Eso es una parte muy grande del universo perdida sin dejar rastro. ¿Crees que existen los universos paralelos? ¿Otras dimensiones o realidades? —Jeremy siempre se había preguntado si

eso es lo que Shanandoah sería, pero ¿a quién iba a preguntarle? Los ojos de Chi brillaron con picardía mientras se inclinaba sobre la mesa y tomaba a Jeremy de la barbilla.

—Ay, querido Jeremy. Creo que ves demasiado *Doctor Who*. —Bienvenido fuera el flirteo.

—¿Sabes lo que es este lugar? —cuestionó él, señalando a su alrededor, el revestimiento oscuro, las paredes amarillo marfil cubiertas de fotos y placas.

—¿Un *pub*?

—No es solo un *pub*. Aquí es donde C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien solían discutir sobre sus mundos imaginarios. Tenían un club de escritores y quedaban aquí, los Inklings.

—Nunca los he leído. Me gustan los libros escritos por chicas. —Chi le lanzó una sonrisa desafiante, como si lo estuviera retando a que le dijera que debería leerlos. Pero no lo hizo.

—Esto me hace pensar en Narnia —prosiguió él—. Imagínate que vas a buscar una camiseta al fondo del armario y que acabas en otro universo. ¿Podría ser posible? —La chica se encogió de hombros.

—No hay evidencia de ello, pero ¿por qué no? También se pensó que Einstein estaba loco cuando con sus teorías decía que había regiones del espacio tan densas que al chocar entre ellas formaban agujeros negros, y ahora los tenemos localizados. ¿Podría haber otras dimensiones? ¿Un multiverso? No me sorprendería.

—O sea que podría haber otro universo en el que yo, en lugar de haber venido a tu mesa, me hubiera quedado en la mía —sostuvo señalando a la mesa ahora vacía al otro lado de la estancia.

—Eso es.

—¿Cuál te gusta más, ese universo o este?

—Este —contestó ella con una sonrisa—. Pero, vamos, a un año

luz. —Buena respuesta.

Hubo una noche que Jeremy le preguntó en la cama:

—¿Existen los agujeros de gusano?

—Jeremy, ¿esta es tu charlita para la cama? —Le encantaba el acento con que pronunciaba su nombre. Él la llamaba Chi-Chi, que a ella también le parecía adorable.

—Es solo para tener una escapatoria de emergencia —soltó él, feliz por una vez de estar donde estaba.

Se encontraban en el apartamento de ella, en su cama. Le gustaba dormir en casa de Chi. En cuanto a su madre, le hacía una ilusión tremenda que por fin estuviera saliendo con alguien a quien podía conocer.

—Pues los agujeros de gusano… Depende.

—¿De qué? —Jeremy esperaba alguna referencia matemática o a la TRG, que es como, según había aprendido, los cosmólogos denominan a la teoría de la relatividad general de Einstein.

—Depende de si el universo es infinito o no.

—Digamos que no lo es.

—Pues bien —comenzó diciendo en el tono firme que era su voz de profesora—. En un universo finito, es imposible que nada exista.

—¿Nada?

—El mundo, el universo, tú, yo, nosotros. ¿Cuál es la probabilidad de que haya vida, prospere y después desarrolle conciencia? Infinitesimal. Tanto, que este mundo es estadísticamente imposible. Pero, aun así, aquí estamos. —Chi agitó las manos en un gesto que hizo parecer que el mundo era un regalo en un programa de concursos.

—¿Y si el universo fuera infinito? —insistió Jeremy.

—En tal caso, sí a todo. Un universo infinito es igual a

consecuencias infinitas.

—¿Unicornios?

—Sí.

—¿Dragones?

—Sí, sí.

—¿Monos infinitos escribiendo infinitos *Hamlet*?

—Sí. En un universo infinito, tienen que existir los agujeros de gusano. Todos los mundos posibles existen. De hecho, en un universo infinito no hay posibilidades, sino eventualidades.

—¿Y tú qué crees que es? ¿Finito o infinito?

—Uy, no tengo ni idea de lo que pienso. Pero sí que sé lo que me gustaría y me gustaría un universo infinito. —Se giró de costado para mirarlo de frente—. Piensa en lo que significa que literalmente cualquier cosa sea posible. Podríamos ser lo que sea que puedas imaginar.

—¿Lo que sea?

—Este mismo universo entero podría ser diminuto, podría caber en la palma de la mano de algún ser muy superior a nosotros. Seríamos como hormigas para un gigante y el gigante podría tenernos metidos en frascos en su alféizar. Podríamos ser una simulación en un ordenador, personajes de un libro que una chica que llegaba tarde a cenar se ha dejado en el tren, el sueño de un antiguo dios que se va a despertar en cualquier momento. Para cualquier pregunta en un universo infinito la respuesta es que sí, siempre que sí.

¿Todos los mundos eran posibles? Jeremy quería creer que había uno en el que Rafe y él nunca se habían marchado de Shanandoah; un universo en el que seguían allí, cabalgando junto a Skya en sus caballos, Colorín y Rayito, aniquilando Resplandecientes, cazando

ciervos de nieve y bebiendo dulce vino de bayas de lluvia, escalando los enormes árboles primaverales para ver salir a las polillas de fuego y ver sus alas destellar con aquel rojo otoñal.

En un universo infinito, Rafe y él no se habrían pasado trece años separados. Ese era el universo en el que a él le gustaría vivir, un universo en el que pudiera decirle a Rafe: «¿Me echas de menos tanto como yo a ti?» o «¿Me quieres tanto como yo te quiero a ti?» y que la respuesta sea que sí, siempre que sí. Aunque ese universo solo existiera en las páginas de un libro escrito por alguien de otro mundo, en otro tiempo, en otra dimensión; ¿qué más daba?

Chi y él lo dejaron de forma muy amistosa cuando a Jeremy lo volvió a llamar el trabajo. Al preguntarle la chica si volverían a verse, él le recordó que si el universo era infinito, sin duda alguna lo harían, ante lo que ella sonrió cuando le dio un beso de despedida.

En un universo infinito, todas las historias son reales.

7. Cuando empieces a replantearte tu cordura, acuérdate de que no por el simple hecho de que haya pasado algo imposible significa que no haya pasado.

Ya habían transcurrido casi quince años desde que Jeremy había dejado Shanandoah y desde que había perdido a Rafe, y todavía no había encontrado a la princesa perdida. Quizá nunca lo haría, quizá permanecería siempre perdida, al igual que él.

Fue entonces cuando su madre falleció por un derrame cerebral. Había muerto tan rápido que ni siquiera le había dado tiempo a llegar a casa para despedirse.

Inmerso en su duelo, Jeremy parecía un sonámbulo en el velatorio de su madre y se olvidaba de los nombres de sus compañeros y

alumnos en cuanto se presentaban. Más tarde, solo se acordaría de una de las personas a las que había visto aquel día, una mujer vestida de azul marino que le había dado un apretón de manos y le había dicho:

—Jeremy, cielo. Yo sé lo orgullosa que estaba tu madre de ti. Siempre me lo decía.

—Gracias —repitió él por milésima vez.

—También conocía a tu padre, Jeremy. Y también estuve en su funeral. Qué pena. —Jeremy se giró y se quedó mirándola.

—¿De verdad?

—Era tan joven. Me alegro de que estés bien. Estábamos todos un poco preocupados.

—¿Preocupados por qué? —preguntó él.

—Ah, porque dicen que es hereditaria. La esquizofrenia. Pero a ti se te ve bien, claramente. Estás hasta hecho un héroe. Bueno, me alegro de verte. Me hubiera gustado que fuera en otras circunstancias y…

Jeremy se fue. La dejó allí plantada, parloteando. ¿Su padre había tenido esquizofrenia? ¿Su padre había tenido esquizofrenia y su madre no se lo había contado nunca? «Depresión» era lo único que su madre le había dicho al respecto, que estaba agobiado por el trabajo y deprimido, que nadie quería publicar sus libros y que, en un momento de debilidad, condujo hasta el garaje y dejó el coche en marcha.

Se sentó en el sofá de su madre con las manos en la cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué no se lo habrían contado? Entonces, cayó en la cuenta. La mujer de azul se lo había dicho. Era hereditario. Su madre no había querido asustarlo.

Dos de las mujeres que había encontrado tenían esquizofrenia. Sus

médicos y familias le habían advertido de lo que podía esperar al dar con ellas. Alucinaciones. Delirios de persecución. Malvadas criaturas que iban a por él. ¿Los Resplandecientes? Delirios de referencia. Sucede algo normal y te piensas que solo te pasa a ti y que la razón eres tú. Un chico que de pequeño había estado desaparecido y ahora tenía un talento especial para encontrar a otra gente desaparecida. Delirios de grandeza. En otro mundo, solía servir a una reina que le había encargado una misión. Delirios y alucinaciones, y encima era hereditario.

Jeremy estuvo una semana sin salir de casa. Durante ese tiempo, apenas comió y casi no dormía. Eso lo explicaba todo, ¿no? Por eso mismo Rafe no recordaba Shanandoah, porque nunca habían estado allí. Habrían estado perdidos en el bosque o los habrían secuestrado. Aquellas marcas en la espalda de Rafe no serían de los Resplandecientes, sino de algún lunático que los habría tenido encerrados en su sótano.

Trató de traer a su memoria cualquier recuerdo cazando en el bosque o echando puertas abajo, cualquier cosa que no fuera la reina Skya, el Palacio Lunar o ensartar una espada en el estómago de algún Resplandeciente y ver cómo se convertía en humo y se disipaba con la brisa.

¿Qué había sido real? ¿Había sucedido de verdad algo de todo aquello? ¿Lo había amado Rafe alguna vez? ¿O eso también habría sido un delirio?

Al séptimo día, alguien tocó al timbre. No quería contestar, pero entonces tocaron a la puerta. Otro golpe. Jeremy se arrastró hasta la entrada y abrió. Un hombre vestido de traje lo miró como si hubiera visto un fantasma. ¿Tan mal aspecto tenía? Probablemente, sí. ¿Cuándo había sido la última vez que se había duchado?

El hombre, un inglés de pura cepa y con gesto inexpresivo, se presentó como el administrador de herencias de su difunta madre. Había venido a entregarle ciertos bienes que habían dejado almacenados para Jeremy. El señor señaló una pequeña furgoneta blanca que había aparcada a la entrada de la casa.

Dos muchachos le trajeron una gran caja de madera que depositaron en el salón. Jeremy firmó algunos papeles sin leerlos siquiera y volvió a quedarse solo.

Aun en su desesperanza, no podía evitar sentir algo de curiosidad. Fue a buscar un martillo y utilizó la parte en forma de uña para abrir la caja.

Encima de un montón de paja había una nota de Bobbi Howell, ni más ni menos. ¿La madre de Rafe? ¿Qué demonios habría enviado hasta allá, hasta Oxford, en una caja de madera?

Querida Mary:

Esto es para Jeremy. Ralph los pintó en terapia artística. Los ha sacado a la basura, pero yo sé que a él le gustaría que los tuviera Jeremy. Ya conoces a nuestros chicos, incapaces de admitir lo mucho que se necesitan el uno al otro.

No estoy segura de si deberías enseñárselos a Jeremy. ¿Crees que mejoraría o empeoraría las cosas? Te lo juro, me recuerdan a los típicos gemelos de historieta, son capaces de pisarse y pegarse a sí mismos con tal de que el otro lo sienta.

Ojalá pueda volver a verte, Mary. Eres la única madre en este mundo que entiende lo que es perder a un hijo y que te devuelvan a uno diferente.

Te quiere,
Bobbi.

Jeremy escarbó entre la paja y el material de embalaje y vio que lo que la caja contenía eran cuadros. Los puso todos en fila, alineados a lo largo de las paredes. En todos ellos, el sujeto era él.

En uno aparecía a los catorce o quince años, sentado al piano de su madre en su antigua casa de Park Street. Casi podía escuchar la música: *Primavera*, de Ludovico Einaudi. Sobre la tapa abierta del piano, un cuervo rojo posado. En otro de los cuadros, se veía a Jeremy arrodillado ante una joven reina sujetando una espada, a los pies de un palacio. Otro mostraba a Jeremy en una armadura de cuero oscuro enfrentándose a un tigre plateado. Y había otro en el que Jeremy paseaba a un semental alazán por un campo de bayas de lluvia en flor.

El estilo en que estaban pintados era desenfrenado y expresionista. Daba la impresión de que los cuadros se estuvieran moviendo, como el efecto que causa el aire en el agua.

Las bayas de lluvia no existían. Al menos, no en este mundo. Pero sí en Shanandoah.

Jeremy colgó la pintura en la que salía tocando el piano sobre la chimenea, en la sala de música de su madre. Se sentó al piano de media cola y tocó *Primavera* de memoria. No podía siquiera imaginar las notas en la partitura, era simple y llanamente memoria muscular, la misma que Rafe había usado para pintar cuervos rojos y bayas de lluvia. Shanandoah no era un delirio, era real. De algún modo, Rafe seguía recordando las bayas de lluvia. Tal vez no su mente, pero sí sus manos, su corazón. Como la música que había en Jeremy.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, tenía un correo

electrónico de un programa de televisión que quería grabar una sección en el bosque Bernheim, en Kentucky. Kentucky, casualmente, era el vecino de al lado de Virgina Occidental.

Jeremy respondió diciéndoles que allí estaría.



El avión aterrizó. El teléfono le vibró con un montón de llamadas perdidas y mensajes en los que le decían que la Armada australiana había encontrado a la chica. Al parecer, se había alejado más de lo previsto y solo siguieron buscando porque Jeremy les había sugerido el área de búsqueda precisa.

Fue a verla al hospital. Tenía la piel llena de ampollas por el sol y la voz ronca por el cuadro de deshidratación aguda, pero cuando lo vio pasar a la habitación, esbozó una sonrisa tan radiante como el sol de Sídney.

—¿Te casas conmigo? —fueron sus primeras palabras.

—Yo no hago surf —confesó Jeremy.

—Ni yo a partir de ahora, hazme caso.

Salvar a la chica que podía bromear con una propuesta de matrimonio tan solo cinco horas después de haberse enfrentado a la muerte le ayudó a terminar su lista, que seguía con algo así como:

8. Nunca lo olvides: puede que el precio de la magia sea alto, pero es un precio que merece la pena pagar.

9. Si te olvidas, ve al número ocho.

10. Si vuelves a olvidarte, ve al número ocho y al número nueve.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Rafe y Jeremy no se dieron cuenta de que Emilie había desaparecido hasta que la manada de unicornios se hubo marchado y penetrado por completo en el bosque.

Había estado sentada junto a un árbol a unos quince metros de ellos. Al árbol lo veían, pero de Emilie no había ni rastro.

—Pero si estaba justo aquí. Estábamos hablando… Estaba ahí y, de repente… —dijo Rafe, contrariado.

—¡Emilie! —bramó Jeremy, cuya voz resonó por el bosque con tal fuerza que podría haber agitado las hojas de los enormes árboles rojos—. ¿Puede que se la hayan llevado los Resplandecientes? No suelen ser tan espabilados, pero a lo mejor la atraparon cuando pasó corriendo la manada. —Jeremy, cabreado, soltó alguna palabrota—. Dios, seguro que habrán estado esperándonos. Ya sabrían que veníamos.

—¿Sientes algo? ¿Puedes encontrarla? —preguntó Rafe. Jeremy cerró los ojos y agitó la cabeza.

—Nada.

—¿Está muerta?

—No, está… No siento nada de nada. Es como si se hubiera escondido, en cierto modo. O eso o que ya no puedo… Ya no me vale. Rafe, no puedo sentirla. No lo entiendo.

—Mierda —soltó Rafe, que se agachó y tomó un respiro—. Esto ha sido culpa mía. No he estado vigilándola y…

—Esto no ha sido culpa tuya. Nos hemos separado de ella treinta segundos y se la han llevado.

En su cabeza había una vocecilla que no paraba de hostigarlo y que le decía que esto era por lo que él le había hecho pasar a su madre. Volver allí había sido un error.

Jeremy empezó a decirle algo, pero se calló y le tomó la mano.

Rafe lo sintió antes de oírlo. El suelo retumbaba.

—¿La manada?

—Son caballos. Viene alguien. —Jeremy desenvainó la espada—. Es más de uno. Prepárate.

Rafe sintió que una profunda y escalofriante tranquilidad se adueñaba de su cuerpo. El latido de su corazón se hizo más lento y no le tembló el pulso al encajar la flecha en la cuerda del arco. El sonido de los cascos de caballo se hizo cada vez más y más fuerte. El temblor del suelo, más contundente. Se puso en guardia.

De las sombras neblinosas aparecieron los caballos con sus jinetes, todas ellas, mujeres que llevaban túnica y una armadura de cuero. Rafe pudo contar siete mientras galopaban hacia el claro y detenían allí a sus monturas. Las examinó para comprobar si iban armadas y vio que llevaban arcos y espadas.

Como si compartieran pensamientos, Rafe y Jeremy se colocaron espalda contra espalda para protegerse el uno al otro mientras las

amazonas hacían una medialuna a su alrededor. Por el rabillo del ojo, Rafe vio que Jeremy bajaba la espada. La chica del medio desmontó. Una mujer negra alta vestida con una armadura de cuero oscura con guanteletes rojos se puso frente a Jeremy.

—Tranquilo. Baja el arma. Están con nosotros —le dijo Jeremy a Rafe.

—¿Con vosotros? Eso está por determinarse. Pronunciad vuestro nombre y qué os trae por aquí —inquirió la mujer.

—Tempestad, soy yo —declaró Jeremy.

—Las armas al suelo —les ordenó ella.

Rafe consultó a Jeremy con la mirada y este le hizo un gesto de asentimiento. Muy poco a poco, Jeremy dejó la espada en el suelo. Rafe también soltó su arco y el carcaj y, de pronto, se sintió desnudo sin ellos.

—Nombre y misión —repitió la mujer.

—¿Misión? La de la reina, como siempre. ¿Y nombre? Jeremy. El Bermejo. ¿Hola? —Jeremy hizo un gesto señalándose la cara y la cabeza—. ¿Es por la barba?

—Demuéstralo —lo incitó ella, que se le puso frente a frente y desenvainó la espada para apuntarle. Rafe dio un paso atrás, pero Jeremy intercedió colocándose delante, entre ambos.

—Ey, un momento. —Jeremy levantó las manos en son de paz—. ¿Qué está pasando?

—Quién nos dice que no eres un Resplandeciente —contestó ella —. Últimamente esto está infestado.

Jeremy tocó la punta de la espada de la amazona a la que se había referido como Tempestad y después sostuvo el dedo en alto para mostrar la sangre que le brotaba del corte.

—¿Lo ves? Ni rastro de humo.

—Vale, no eres un Resplandeciente. Pero eso no demuestra que seas nuestro Bermejo.

—¿Qué necesitas? ¿El carné de conducir? ¿Mi pasaporte? ¿La tarjeta de la biblioteca?

—¿A la biblioteca se envían tarjetas? —dijo una de las otras mujeres, la más pálida, con cabellos blancos.

Rafe sentía como si estuviera ahogándose en el mar. ¿Quiénes eran todas esas? ¿De qué estaban hablando? Iban armadas hasta los dientes. Llevaban espadas a la cintura y cuchillos en las botas. Podía recoger el arco del suelo, pero sería inútil a tan poca distancia. Aunque quisiera usar alguna de las flechas como lanza, lo ensartarían con una espada antes de que le diera tiempo a sacar una del carcaj.

Tenía que detener de alguna forma aquella situación. Dio un paso adelante y levantó los brazos.

—Juro que Jeremy es quien dice ser. Yo soy Rafe. Pero todo eso da lo mismo. La hermana de la reina ha desaparecido. Estaba aquí mismo con nosotros, y de repente…

Sucedió muy rápido, pero Rafe lo vio como a cámara lenta. Tempestad se giró hacia él y le aproximó la espada como para cortarle la cabeza. Antes siquiera de que pudiera pensar en agacharse, Jeremy agarró su espada del suelo e impidió el corte mortal. El estruendo del metal contra metal impactó en sus tímpanos.

—No está mal —admitió Tempestad con una pequeña sonrisa—. Puede que sí que sea nuestro Bermejo. O puede que no. Prosigamos.

—Apártate, Rafe —advirtió Jeremy.

—¿Qué? ¡No! No podéis…

Todavía en sus caballos, las otras seis mujeres desenvainaron sus

espadas a la vez y le apuntaron con ellas. Rafe se quedó helado y miró a Jeremy, cuya única reacción fue tomar aire.

—Pues supongo que sí que pueden —soltó Jeremy.

—Si consigues desarmarme sabré que dices la verdad. Tú eras el único capaz de ello —lo retó Tempestad, tras lo que presionó su espada contra la hoja de la de Jeremy.

—Han pasado quince años, Tempestad.

—Pues reza por tener buena memoria.

La amazona dio un paso atrás, pero solo para atacar de nuevo. A Rafe no le quedó más remedio que mirar cómo Jeremy esquivaba una embestida tras otra. Era como una especie de danza en la que ambos combatientes se sabían todos los pasos. Había un cruce de espadas continuo con un centelleo y un chisporroteo de metales. Rafe observaba con terror y agonía cómo Jeremy se apartaba, se agachaba y hacía trompos para esquivar los espadazos de Tempestad. Entonces, vio que cambiaba de táctica para contraatacar y ganarle terreno a su contrincante. Debían de estar disfrutando de aquel baile, pues no había quién les quitara la sonrisa de encima.

Pese a no tener ni idea de combatir con espadas, Rafe era capaz de notar que estaban a la par, que ambos eran expertos y que ambos tenían una agilidad y una fuerza inauditas. ¿Ese era Jeremy? Rafe lo empezaba a ver con otros ojos. Bueno, mentira, los ojos eran los mismos que los de aquella mirada anonadada y atontada con la que observaba a Jeremy tocar el piano en la sala de música de su madre.

—No quiero hacerlo —le confesó Jeremy a Tempestad. Los dos estaban sudorosos y sin aliento.

—Claro que quieres —respondió ella. La mujer blandió su espada por abajo y Jeremy puso la punta de la suya en el suelo para bloquearla. En cuanto se cruzaron las hojas, Jeremy levantó la suya

en forma de arco y aprovechó su estatura mayor para hacerle soltar la espada. El arma cayó al suelo con un pequeño estrépito.

—Vale, sí que me apetecía hacerlo —admitió Jeremy sofocado y envainó su espada—. ¿Me crees ahora? Jeremy, el Bermejo. ¿Hola? ¿Y los abrazos de bienvenida? Bueno, perdón. No me acordaba de que las Valquirias no abrazaban.

—Solo uno. Pero porque ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

Tempestad sonrió y dio un paso al frente como para abrazarlo, pero, sin previo aviso, se sacó un cuchillo de la manga y le puso la punta en el centro del pecho. Jeremy levantó lenta y levemente los brazos.

—Eso ha dolido y no físicamente —bromeó Jeremy.

—Ahora sí que sé que eres tú. Siempre bajas la guardia antes de tiempo.

—Es algo personal. Estoy trabajando en ello.

—Pues trabájalo mejor. —Tempestad retiró el cuchillo y le tendió la mano. Jeremy se la apretó y ella le respondió con una ligera sonrisa —. Bajad las armas, Valquirias. —Las otras seis mujeres envainaron sus espadas al mismo tiempo. Todavía receloso, Rafe se arrodilló y recogió su arco y su carcaj del suelo.

—¿Jay? —lo llamó Rafe. Jeremy se giró hacia él—. ¿Quién diablos se supone que eres?

Jeremy esbozó una sonrisa que se convirtió en mueca. Se limpió el sudor de la frente. Rafe trató de apartar la mirada de él, pero le resultó tarea imposible, a pesar de tener a siete Valquirias, o como fuera que se llamasen, armadas hasta los dientes a su alrededor.

—Como podrás comprobar, se me olvidó mencionarte un par de cositas. Yo…

—¡Desmontaos! —ordenó Tempestad. Las Valquirias saltaron con

agilidad de sus caballos quedándose de pie, se llevaron el puño derecho al corazón y le hicieron una reverencia con la cabeza.

—Vuestra alteza —expresaron al unísono. Rafe se quedó mirándolas y después se dirigió a Jeremy en busca de respuestas.

—Un momento. ¿Qué está pasando?

—Eso es precisamente lo que había olvidado contarte. Se me ha pasado.

—¿Qué es lo que se te ha pasado, Jay? Suéltalo ya.

—Es a ti a quien se están dirigiendo. En Shanandoah, eres un príncipe.

RINCÓN DEL NARRADOR

Presentaciones



Vaya conjunto de acontecimientos en un solo día, ¿verdad? Un reino mágico, Jeremy en una lucha de espadas, Emilie desaparecida, Rafe que se acaba de enterar de que es de la realeza... Y, en cuanto a lo último, ese es el menor de sus problemas, pues tiene que encontrar a Emilie y, encima, parece incapaz de dejar de mirar a Jeremy —no podemos culparlo—, lo cual le resulta tan confuso como irritante —tampoco podemos culparlo.

Bajo dichas premisas, asumo que nadie quiere alargar la espera para las presentaciones. Las siete mujeres que van a caballo son conocidas en todas partes como las Valquirias. Son la caballería y la guardia real de la reina. Tempestad, a la que ya hemos descrito, es la líder. Si ya os la habéis imaginado como una mujer majestuosa, solo puedo deciros que en persona lo es todavía más. Las otras seis son como os describo a continuación:

Brasa: pelirroja, de armas tomar.

Escarcha: la palidilla de pelo rubio platino.

Ráfaga: de tez morena, cabellos castaños y tatuajes con grifos mitológicos en ambos brazos.

Atalaya: la alta y de presencia imponente con la ballesta.

Roma y Ría: las gemelas de piel aceituna y cabellos negros que apenas hablan más que con sus espadas.

Ahora, volvamos al aprieto de nuestros protagonistas.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Rafe se quedó esperando a que Jeremy se riera, a que rematase la broma. Pero no, no dijo nada.

Jeremy no lo miraba a él, sino a la líder, Tempestad.

—Todavía no ha recuperado la memoria. Sé buena con él —le pidió Jeremy.

—Soy un príncipe —manifestó Rafe poco convencido.

—Sí, alteza. Siento que no lo recuerdes, pero te aseguro que el resto sí que lo hacemos —afirmó Tempestad, a lo que las demás Valquirias asintieron en señal de acuerdo.

—Ya tendrás tiempo de entrar en pánico más tarde. Ahora tenemos que decidir qué hacer. Puede que lo mejor sea… —añadió Jeremy.

—¿Puede? —increpó Rafe, que por fin se deshizo del desconcertante aturdimiento en el que había estado sumido desde que se había despertado en este mundo—. Emilie ha desaparecido. Mientras jugueteabais a ser caballeros *jedi*, quienquiera que la tuviera se ha ido alejando. Todas tenéis caballos. ¿No podéis

seguirles el rastro? Tenemos que traerla de vuelta cuanto antes, no hay tiempo que perder. —Nadie tuvo el valor de responder a tal discurso.

—Pensaba que habías dicho que no recordaba lo de que era príncipe —le soltó Tempestad a Jeremy.

—Y no se acuerda —respondió Jeremy, lo que hizo que a Tempestad le asomara una sonrisilla.

—¿Estás seguro? A mí como habla me suena a nuestro príncipe.

—Igual de marimandón que siempre —intervino Brasa.

—Venga, a lo que íbamos —pidió Jeremy—. ¿Dónde está Skya? Le hemos traído a su hermana y…

—La reina tiene sus propios quehaceres, de los cuales no tengo autorización para… —intentó responder Tempestad.

—Alguien ha raptado a Emilie —la interrumpió Rafe—. ¿Pensáis ayudarnos a encontrarla o vamos a tener que apañarnos solos? Yo estoy listo para salir. Os doy diez segundos para tomar una decisión; si no, me largo. Diez…

—La reina me ha pedido que os diese un mensaje: «Gracias por traer a mi hermana a Shanandoah. Habéis cumplido con vuestra promesa. La princesa ya no es vuestra responsabilidad ni algo que os concierna. Dirigíos a palacio de inmediato junto a las Valquirias, por favor» —les informó Tempestad.

—¿Eso ha dicho Skya? ¿Estaba fumada o algo? —dijo Jeremy.

—Estaba parafraseando. Nos ha dejado una nota para vosotros —le respondió Tempestad, que le tendió una hoja de papel de lino que Jeremy tomó y desdobló.

—«Deja de pelear con las Valquirias y haz lo que te dicen, idiota. Firmado: Skya». Vale, eso suena más a ella.

—De eso nada. Yo sí que tengo algo que decir —objetó Rafe—.

Emilie es…

—Alguien que ya no te concierne, alteza —insistió Tempestad—. Y si deseas saber más y el porqué, vayamos a palacio. Ambos estáis a las órdenes de la reina.

—Yo no pienso marcharme hasta que…

—Rafe —protestó Jeremy.

—Que no, que no. Yo no me…

—Un minuto, por favor, alteza. —Jeremy lo agarró del brazo y lo alejó de las Valquirias. Pero Rafe estaba ya harto de tanta orden.

—¿Cómo que «alteza»? ¿En serio?

—Más te vale acostumbrarte. Escúchame, Rafe, si Skya nos ha dicho que fuéramos a palacio…

—No conozco a Skya. Pero a la que sí que conozco es a Emilie y no podemos dejarla…

—Sí, sí que conoces a Skya —increpó Jeremy—. La conoces de sobra. Y la adoras y darías tu vida por ella. Tempestad sabía perfectamente quién era yo desde el primer momento en que me ha visto. Me ha reconocido a mí y te ha reconocido a ti. Toda esa escenita con las espadas no ha sido más que para hacer tiempo por alguna razón que desconozco y que, por lo que parece, proviene de Skya. Además, hay que pasar igualmente por palacio. Tu libro está allí. —Rafe se apartó de Jeremy y se encaró a Tempestad.

—Solo dime una cosa —soltó Rafe de forma imperativa.

—Lo que sea, alteza —dijo ella.

—¿Está Emilie a salvo en estos momentos?

—Ahora mismo ninguno de nosotros lo está, por eso mismo se la han llevado. Pero lo siguiente debería servirte de consuelo, alteza. La princesa se encuentra más a salvo donde está que si estuviera con vosotros dos. —Ante aquellas noticias, Rafe sintió algo menos de

pánico y enfado.

—Lo creas o no, son amigas nuestras —agregó Jeremy. Lo gracioso es que sí, se lo creía. O, al menos, quería creerlo. Rafe respiró profundamente.

—¿Está cerca el palacio? —cedió al fin.

—Hay que ir a caballo —respondió Tempestad.

—¿Y los nuestros? —demandó Jeremy.

—En palacio —contestó ella.

—Sabías que estábamos aquí. ¿Por qué no…?

—Si quieres tu caballo, ven a palacio —sentenció Tempestad.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Rafe al resto.

—Roma —dijo una, tras lo que hizo una reverencia.

—Ría —se presentó otra, al momento. Una a una, fueron diciendo sus nombres y haciéndole una reverencia.

—No me hace mucha gracia lo de las reverencias —confesó Rafe.

—Nunca te la hizo, alteza —indicó Escarcha, la palidilla y la más pequeña de las Valquirias. En lugar de una reverencia al uso, ella le hizo una especie de genuflexión que a Rafe le pareció de lo más adorable.

—Venga, vámonos —zanjó Rafe. Si antes le había quedado alguna duda de la historia esa del príncipe, cuando todos, incluido Jeremy, obedecieron sin pensárselo, le quedó más que claro.

—¡Arriba! —exclamó Tempestad.

Había siete caballos para nueve jinetes, así que Roma y Ría se subieron juntas para dejarle uno a Jeremy. Rafe supuso que se subiría con alguna de las otras, pero Escarcha le ofreció el suyo, una yegua castaña con manchas blancas que le hacían parecer un cervatillo recién nacido.

—Toma la mía, yo iré con Ráfaga —le dijo Escarcha—. Se llama

Gavilana.

—Yo no sé montar —reconoció Rafe. Las pestañas blanquísimas de la chica enmarcaban unos ojos tan pálidos que rozaban un tono rosáceo. Los abrió como dos faroles al oír aquella confesión y después sacudió la cabeza.

—Te sentará bien, igual que lo de mandonearnos —espetó ella.

—Lo siento.

—No lo sientas, alteza. Es tu trabajo.

Escarcha le pasó las riendas y se montó en su caballo. La confianza a ciegas que tenía en sus habilidades le perturbaba en la misma medida en que le reconfortaba. Menos él, todas estaban listas. El instinto lo llevó a situar el pie izquierdo en el estribo. Al hacerlo, pegó un salto y pasó la pierna derecha por encima de la silla.

—Como montar en bicicleta. Si la bici pudiera pegarte un bocado, claro. Venga, vamos. Guíanos —le pidió Jeremy a Tempestad, que lo ignoró.

—¿Alteza? —le preguntó ella a Rafe, que miró a Jeremy y que, a su vez, hizo un gesto con los hombros como diciéndole: «A mí no me mires, eres tú el que está al mando».

—Eh… ¿Guíanos? —ordenó Rafe, dudoso.

—Como ordenes. ¡Cabalgad! —mandó Tempestad al resto, con tono autoritario. Tras ello, golpeó al caballo con los talones y salió disparada. Rafe se quedó mirando a Jeremy.

—¿Tú también eres príncipe?

—¿Yo? ¿Qué? No.

—Ah, claro. Qué cosas tengo. Menuda tontería acabo de decir.

—La verdad es que sí. Yo soy caballero —precisó Jeremy.

Cascos contra la tierra. Saliva, sudor y una crin castaña al viento. Rafe, guiado por el instinto, iba inclinado, aferrado a la melena de Gavilana. Tenía la misma sensación que siempre que pintaba o tallaba; su cuerpo recordaba lo que su mente no podía. Pues era cierto, sí que sabía montar a caballo y, además, le encantaba. La euforia, la velocidad, el viento en la cara y el increíble poderío de ir a lomos de un animal. En su interior, la pena y la alegría estaban en conflicto. Alegría de redescubrir aquella faceta suya. Pena de pensar en los últimos quince años y en lo que se había perdido. Al fin y al cabo, no hacía falta ser millonario para tener un caballo en Virginia Occidental.

Cruzaron el bosque en lo que le había parecido un abrir y cerrar de ojos. Luego llegaron a la linde y siguieron cabalgando a lo largo de la ribera de un río cuyos tonos dorados y plateados resplandecían a la luz del atardecer. Por fin, al fondo empezó a asomar lo que parecía una especie de aldea.

Tempestad dio el alto. Todos ralentizaron la marcha de sus caballos y cruzaron al trote el puente de piedra. Agotado y sudoroso, Rafe agradeció esa pequeña pausa.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Jeremy, que se acercó hasta él. Le resultaba extraño ver a Jeremy tan cómodo sobre la silla, como si hubiera nacido montado a caballo.

—Vamos a hacer una parada para que los caballos beban agua.

Se dirigieron al pueblo. Allá donde mirase, todo le parecía sacado de un cuento de hadas. Casitas coloridas, tejados de paja, puentes de piedra, calles hechas de adoquines y señoras mayores que barrían el polvo de sus porches con las típicas escobas de bruja. Había una herrería, una panadería. Los niños correteaban descalzos, libres y sin miedo de una casa para otra. En el aire había un aroma a humareda

y al sudor de los caballos. Con el sol que se ponía sobre las lejanas colinas, las nubes parecían de acuarela.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Rafe.

—En Pontesereno —le respondió Jeremy. El ruido que hacían los cascos de los caballos contra los adoquines era algo que Rafe solo había escuchado en las películas, pero sonaba exactamente igual—. Estamos justo a mitad de camino.

Jeremy levantó la pierna por encima de la silla de montar y se bajó del caballo. Acto seguido, agarró las bridas de ambos animales y se los llevó a beber agua. Rafe se bajó de Gavilana con un quejido.

—La madre… —gruñó y soltó un alarido medio silencioso al sentir un pinchazo de dolor que le recorrió todo el cuerpo, desde los pies hasta el cuello. Si sus músculos hubieran sido ramitas, se le habrían partido todas al instante—. Ah… Esto no puede ser bueno.

—No te preocupes —lo consoló Jeremy mientras acariciaba el pecho jadeante de Gavilana—. Solo duele la primera vez. En realidad, miento. Duele siempre.

—¿Alteza? —lo llamó una vocecilla por detrás. Rafe se giró para ver a una mujer de unos cuarenta años vestida en un traje verde de terciopelo que parecía sacada de una feria medieval.

—¿Yo? —dijo él. No podía acostumbrarse a ello. La mujer lo miraba ojiplática.

—¿Príncipe Rafe? ¿Es usted?

—Eh… ¿Sí? —La mujer salió escopetada.

—¡El príncipe ha vuelto! ¡Y nuestro caballero! —chilló a los cuatro vientos.

Antes de que pudieran darse cuenta, a su alrededor se formó un corrillo con unas cuantas decenas de hombres y mujeres con algunos niños a hombros y bebés en brazos. Todos iban vestidos como los

personajes de algún libro o de algún cuadro clásico, aunque eran de edades y razas dispares, como si alguien hubiera reunido las almas perdidas de cada rincón del mundo y las hubiera soltado en aquella aldea al más puro estilo inglés y les hubiera dicho: «Bienvenidos a casa».

Parece imposible, ¿verdad? El sentimiento de extrañeza se desvaneció rápidamente cuando Rafe percibió en sus ojos una mezcla de miedo y esperanza.

Los aldeanos no querían más que estrecharle la mano y darle una palmadita en la espalda, al igual que con Jeremy.

«Bienvenido de vuelta, alteza». «Ay, cómo lo hemos echado de menos, *sir* Jay». «Señores, vengan cuando puedan a cenar con nosotros. Asaremos un ganso en su honor y organizaremos una fiesta».

Rafe se sorprendió a sí mismo sonriendo, saludándolos como si los conociera de toda la vida.

—¿Alteza? —Tras él, una dulce voz le hizo darse la vuelta. La chica que lo había llamado llevaba harina en la mejilla, como si hubiera dejado a medias lo que estaba cocinando para venir corriendo a saludarlo—. ¿Es usted de veras?

—¿Que si soy yo? Supongo que sí.

—¿Príncipe Rafe? —insistió la chica, que se fijó después en Jeremy —. ¿Y el Caballero Rojo?

—Así es —respondió Jeremy por él. La muchacha juntó las manos en forma de rezo y se agachó hasta el suelo.

—Yo sé que no se acordará de mí, alteza, pues fue hace mucho. Mi madre me contó que cruzó usted dos aldeas en una sola noche para ir a buscar a la comadrona durante el parto porque yo venía de nalgas, y que gracias a que la trajo usted a tiempo, pudimos

salvarnos ambas. Mi madre le pidió que me pusiera usted el nombre.

Rafe deseaba con todas sus fuerzas acordarse de lo que la chica le estaba contando. Quería recordar el viaje que había hecho aquella noche, el miedo que debió de haber sentido y el enorme alivio de volver justo a tiempo. Quería recordar el llanto del bebé, la sensación de alzarla en brazos y la dicha de elegir su nombre. ¿Qué nombre le habría dado a una niña pequeña?

—No se acuerda. No pasa nada, hace ya mucho tiempo —lo excusó ella.

—Luciérnaga —le susurró Jeremy al oído, lo que activó en su cabeza una memoria casi primitiva.

—¿Kaylee? —se aventuró a probar Rafe. La chica le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, amplia como el horizonte.

—¡Sí que se acuerda!

—¿Cómo iba a olvidarlo? —Rafe no podía arruinar aquella ilusión.

—Es hora de marcharnos. Venga, a casa todo el mundo —irrumpió Tempestad, dirigiéndose a la muchedumbre—. Los Resplandecientes están al acecho. ¡No perdáis de vista a los niños!

Kaylee le sonrió tímidamente por última vez. Al momento, dio un paso al frente y le plantó un beso en la mejilla a Rafe.

—Siempre se ha dicho que besar a un príncipe trae buena suerte —le dijo antes de irse a toda prisa. A Rafe no le dio tiempo a responderle, ni tan siquiera a despedirse.

Mientras que algunos aldeanos se alejaron de la escena, otros muchos todavía se quedaron un momento para darles un apretón a Rafe y a Jeremy. Unas cuantas mujeres los abrazaron con premura. Todos ellos se dirigieron a él como «alteza», «vuestra alteza», «mi señor príncipe» o «príncipe Rafe».

Cuando se hubieron marchado, Rafe se giró hacia Jeremy.

—¿Cómo se te ha podido olvidar contarme que aquí era un príncipe?

—También se me había olvidado contarte que yo soy un caballero. —Rafe le lanzó una mirada amenazadora.

—Y muy malo, por cierto —contraatacó, pero Jeremy le sonrió.

—Eso no es lo que decía ella.

—Idiota.

—Querrás decir *sir* Idiota —lo corrigió Jeremy, y se montó en el caballo, que se puso a danzar en círculo.

—Vamos, anda. El sol está a punto de ponerse.

Con una especie de alarido reprimido, Rafe volvió a subirse al caballo. Él y Gavilana iban los últimos en aquella marcha camino al Palacio Lunar, el cual recibía ese nombre, según suponía, por la forma en que se elevaba en la distancia y por su color blanquecino, que recordaba al de la luna.

El sangrante sol caía rápidamente, con todo su peso, y los caballos, junto a sus jinetes, proyectaban una larga sombra en los campos. La luz dorada del atardecer y el azul brillante del cielo hacían que los prados y las colinas parecieran sacados de un cuadro de Van Gogh. No pudo evitar aminorar el paso para impregnarse de todo lo que lo rodeaba. Los demás siguieron cabalgando al mismo ritmo, por lo que hubo un momento en el que se quedó a solas con sus pensamientos.

—Aquí era un príncipe —se dijo a sí mismo mientras contemplaba ese nuevo mundo suyo—. Aquí soy un príncipe.

—Ser rey mola más —pronunció una voz que venía de todas partes y de ninguna al mismo tiempo; una especie de voz perversa, burlona y sarcástica.

Frente a él y su caballo apareció una nubecilla gris, como un ente

diabólico de polvo que daba trompos en el aire, y la pobre Gavilana se irguió e intentó golpearla, pero la realidad es que no había nada que fuera tangible. De repente, la nube de polvo se solidificó y tomó la forma de un chico de unos quince o dieciséis años.

En ese instante, Rafe supo a lo que se refería Jeremy cuando le había contado que los Resplandecientes parecían chicos normales, excepto por que de inmediato, por alguna razón a la que no se le podía dar nombre, sabías que no lo eran.

El muchacho o lo que fuera aquella cosa llevaba unos andrajos grises sucios por alrededor del cuerpo, al más puro estilo momia. El rostro paliducho le daba una apariencia enfermiza y al sonreír dejó al descubierto demasiados dientes demasiado afilados.

—¿Te acuerdas de mí? Ah, no, claro que todavía no has recuperado tu cerebrito. No te rayes. A mí nunca me ha hecho falta. El Destripador presente.

—¿Qué quieres? Sin rodeos —lo instó Rafe. Con la mano sobre la boca y un exagerado pestañeo, el Resplandeciente fingió consternación.

—Pero míralo, qué déspota. Por si no te acuerdas, yo no trabajo para ti. Solo he venido a traerte un mensajito. Mi rey quiere que le hagas una visita en Pueblo Fantasma. Y más pronto que tarde, si puede ser, no vaya a ser que tu caballero no sobreviva a la noche; no sé si me explico. —La criatura hizo como que se descolgaba un arco del hombro, encajaba una flecha y se la lanzaba a los jinetes que avanzaban a lo lejos.

—¿Quién es tu rey? ¿Y qué quiere de mí? —preguntó Rafe.

—Te quiere a ti. Yo no hago preguntas. Pero, en fin, que te des brío, principito. Me ha dicho que si consigo que vayas antes de mañana por la noche, me dejará probarme tu corona.

El ente gris se volvió humo y, de repente, se había esfumado.



CAPÍTULO VEINTE

Ni árboles ni unicornios. Emilie volvió a abrir los ojos y vio el sol ponerse a lo lejos, sobre las colinas. Yacía de lado sobre un prado de flores silvestres del color de la plata. Poco a poco, se fue incorporando, en tanto que intentaba orientarse. Ante ella, a apenas unos metros, tenía un río de un azul intenso que serpenteaba con lentitud en dirección a las colinas. Aquella era la primera vez que veía un río azul, de un azul como el del Caribe.

Parecía no tener compañía. Estaba sola, sentada a la orilla de un río azul, con un sol sobre su cabeza que se hundía hacia el horizonte y, a sus espaldas, una luna llenísima que se elevaba, demasiado grande y blanca como la nieve.

Un cuervo rojo aterrizó en una roca cercana. Se acicaló las plumas del pecho y, después, se quedó mirándola con unos grandes ojos negros e inquietantemente sabios.

—Hola. ¿Dónde estoy? —le preguntó Emilie, pero el cuervo no respondió.

—En el río Petrazul —le dijo una voz a sus espaldas—. Esta noche acamparemos aquí.

El cuervo agitó sus alas rojas y echó a volar, y Emilie se giró hacia donde había procedido aquella voz.

De pie, a unos cinco metros de ella, había una mujer con una larga melena rubia recogida en una trenza. Iba vestida con una túnica blanca holgada, un chaleco de cuero, pantalones de montar marrones y botas. Del hombro llevaba colgado un arco y un carcaj, y en las manos sostenía boca abajo un sombrero de fieltro de un tono parduzco del que parecía que iba a sacar un conejo.

—De cenar tenemos frutos secos y bayas. Puedo pescar algo también, si tienes mucha hambre. O incluso si no. Yo estoy hambrienta.

La mujer se le empezó a acercar. Emilie no podía hacer otra cosa que no fuera mirarla mientras se le aproximaba y dejaba el sombrero en el suelo, frente a ella. No se fijó en el sombrero, solo en su cara. O ni siquiera eso. En sus ojos.

La mujer hizo caso omiso de su penetrante mirada y caminó hacia la orilla del río para después adentrarse hasta que el agua le llegó por las rodillas.

—No hagas ruido —le pidió a Emilie, como si esta fuera capaz de pronunciar palabra alguna.

Emilie la observó tomar una flecha del carcaj y clavarla en el agua con mucho tino. Cuando la sacó, de la punta colgaba un pez de unos treinta centímetros con unas resplandecientes escamas azules y plateadas.

—¿Sabes encender una hoguera? —le preguntó la mujer, que procedió a acercar el pescado y dejarlo sobre una roca.

—No —pudo articular por fin Emilie.

—Que no te dé vergüenza. Prefiero saber que has tenido una vida fácil que una complicada —admitió la mujer mientras se agachaba junto a un montón de ramitas que había en el centro de un círculo de piedras.

—Skya —afirmó. No era una pregunta. Emilie sabía perfectamente quién era. Lo había sabido desde el mismo instante en que la había mirado a los ojos, pues eran iguales a los suyos, de un gris paloma torcaz. Puede que ahora tuviera treinta y tres años y no trece, como en las fotos, o que ya no fuera una adolescente como la de la escultura del jardín de Rafe, pero Emilie reconoció a su hermana nada más verla.

—Emilie, ¿verdad? Ese es el nombre que le oí pronunciar a mi caballero.

—¿Qué caballero?

—Jeremy.

—¿Jeremy es un caballero?

—Sí. Y Rafe, mi príncipe —añadió Skya. Emilie se quedó mirándola, perpleja.

—¿En serio?

—A ver, en serio, en serio… Shanandoah no es un reino que se tome a sí mismo muy en serio que digamos. Pero si lo que preguntas es si son un príncipe y un caballero de verdad, la respuesta es «sí». Y yo soy la reina. —Emilie se frotó las sienes.

—Esto es muy fuerte.

—Tómate tu tiempo —le recomendó Skya, que se llevó a la boca un puñado de frutos y bayas que había sacado del sombrero. Después se lo ofreció a Emilie, que lo aceptó, pero no comió nada. Emilie tenía un millón de preguntas y no sabía ni por dónde empezar.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? Estaba escuchando a Jeremy y, de

repente, sentí un toquecito en el hombro y…

—Esa fui yo. He soplado polvos soporíferos sobre ti y he cargado contigo.

—Fantástico, ahora me secuestran. Perdona. Eso ha sonado un poco desconsiderado por mi parte. —Su hermana no parecía ofendida.

—No ha sido un secuestro, sino un rescate. Has estado a diez segundos de que te capturasen dos Resplandecientes con unos sacos de yute. Y había más de camino.

—¿Resplandecientes? ¿Y Rafe y Jeremy? ¿Están a salvo?

—Por ahora están a salvo, en la medida de lo posible. Están con mis Valquirias. Durante mi ausencia, mi príncipe tiene autoridad para servir en mi lugar.

—¿Tu príncipe? Muy posesivo eso, ¿no?

—Hace unos quince años ambos me juraron lealtad eterna. Son tan míos como yo lo soy suya. Son mi príncipe, mi caballero. Y yo, su reina. Siempre. Sin importar el mundo en el que estemos.

—¿Yo soy tu princesa?

—Todavía no me has jurado lealtad eterna. Pero sí, eres una princesa.

—Y tú eres Skya, no Shannon.

—Nadie me ha llamado Shannon desde que llegué aquí. Nunca me gustó ese nombre. O, bueno, nunca me gustó la mujer que me puso ese nombre. Pero me encantaban mis iniciales: S. K. Y. Añádele una «a» y *voilà*: Skya.

—Muy bonito. Muy de la realeza. Pero el reino se llama Shanandoah, ¿no?

—En el colegio nos hicieron estudiarnos los ríos de Virginia Occidental, el Monongahela y el Shenandoah. El profe nos contó que

Shenandoah significaba «hija de las estrellas» para los nativos americanos. Me gustó, así que le cambié una letra para hacerlo mío. En fin, eso es lo que pasa cuando dejas que una niña de trece años le dé nombre a un reino. —Skya golpeó dos piedras y de ellas saltaron unas chispas que fueron a parar a las ramitas y a los fragmentos de madera que había dentro del círculo de piedra.

—Entonces, este es tu reino y tú eres la reina. ¿Y aquí vive gente?

—Pues claro que vive gente. Diez mil, según el último recuento.

—Y esa gente, es gente tipo… ¿Gente? ¿O tipo elfos? —se aventuró a preguntar Emilie, lo que hizo que a Skya se le escapara una carcajada—. ¿De qué te ríes? Al despertarme he visto a Jeremy con un unicornio en su regazo, pero hablo de elfos ¿y ya es pasarse?

—Tienes razón. Buena apreciación. Es que los conozco tan bien que me ha hecho gracia. Está Cady, que cocina el pan para el palacio; Olin, nuestro herrador; Daisy, que cuida del aviario. Es como si te preguntase si tu madre es un elfo o tu abuela un hada.

—Mi madre era una abogada fiscal. Muy aburrido, pero bien pagado. Estoy segura de que ella habría preferido ser un elfo.

—¿Se portó bien contigo?

—Muy bien. No pudo hacerlo mejor. Cero quejas. Hasta que murió, claro. De eso sí que tuve unas cuantas.

—Me alegro de que cuidara tanto de ti. Me hubiera gustado haber podido mandar a Aurora para que te buscase, pero no tenía ni idea de a dónde enviarla. He estado muy preocupada por ti —confesó Skya. Alrededor de las ramitas y la madera danzaba una voluta de humo. Su hermana se agachó y sopló.

—¿Que tú estabas preocupada por mí? Yo pensaba que estabas enterrada en un bosque. Hasta contraté a Jeremy para que encontrara tu cuerpo. —A Skya se le escapó una risilla y siguió

soplando el fuego.

—Ya quisiera él encontrar mi cuerpo.

—Skya. En serio. ¿Qué pasó? ¿Cómo…? —Hasta ahí habían llegado. Emilie ya no podía más con tanta cortesía.

—No lo sé. En un momento estaba en el Red Crow y al próximo estaba siguiendo a un cuervo rojo hasta aquí. Un montón de chicas forzudas a caballo y con espada me rodearon y me proclamaron su reina. No tenía más que trece años. Yo me pensaba que habría muerto y que estaría en el cielo. Después pensé que sí, que me habría ido al cielo, pero sin pasar por la muerte. Y ya entonces me di cuenta de que ni yo había muerto ni esto era el cielo, aunque se le pareciera mucho —le contó Skya, que sonrió para sí misma al terminar.

—Ah, bueno. Pues muy bien —respondió Emilie. Skya pestañeó.

—¿Pues muy bien? —replicó su hermana. Emilie tragó saliva. Tenía la boca tan seca que podría beberse toda el agua de aquel río azul, con los peces incluidos.

—Siempre se oye hablar de las cosas atroces que les pasan a algunas chicas e incluso en los casos en los que atrapan a los tipos y los llevan a la cárcel, ¿qué pasa con ellas? Que les toca volver al colegio. Si tienen suerte, claro. Porque muchas acaban en la morgue. —Emilie paró para mirar a Skya—. Siempre creí que una chica que hubiera pasado por algo así se merecía, como mínimo, tener su propio castillo, una isla privada o algo por el estilo.

—Yo no tengo un castillo, tengo un palacio. Pero bueno, podría pasar por castillo. —Skya sopló de nuevo el fuego y brotó la primera llamita roja.

—¿Me enseñas cómo se hace eso? —preguntó Emilie e hizo una seña con la cabeza en dirección al fuego.

—Se tarda mucho en aprender y no es que nos sobre el tiempo,

precisamente.

—Espera, ¿por qué no? —La hoguera estaba empezando a encenderse con fuerza. Skya lanzó sobre ella unas cuantas hojas secas y se sentó mientras empezaba a arder.

—Tenemos un problema y tengo que solucionarlo —admitió su hermana.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Hay un sitio llamado Pueblo Fantasma. Allí es donde viven los Resplandecientes. Un lugar no muy agradable. Saldré mañana por la mañana para allá.

—¿Por qué? —insistió Emilie y se acercó a ella. Había imaginado un reencuentro lleno de lágrimas, abrazos y risas; pero, a excepción de la manta que le había echado por encima y de haber cargado con ella, su hermana no le había dado muchas muestras de afecto físico.

—Hace dos días, un Resplandeciente que se hace llamar Destripador se coló en palacio y robó un objeto muy preciado. No es nada raro en ellos, siempre están con sus jueguecitos del «pásala y que no la agarre»; pero yo siempre la acabo agarrando. Fui a rienda suelta tras él y di con Destripador justo en los confines del Pueblo Fantasma. Lo que suele pasar en esos casos es que nos embarcamos en una pelea y yo siempre la gano. Los Resplandecientes siempre acaban muertos. Después se alejan levitando hasta Pueblo Fantasma y reviven. Luego vuelvo a matarlos, y vuelta a empezar. Pero esta vez no quiso luchar conmigo, quería quedarse con lo que había robado.

—¿Qué fue lo que robó?

—Eso da lo mismo. Pero primero tengo que ponerte a salvo. —A Emilie se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué me has rescatado a mí y no a Rafe y a Jeremy?

—Porque ellos saben cuidarse solitos y porque tú eres mi hermana. Eres mi responsabilidad, te guste o no.

—No tengo muy claro que me guste —bromeó Emilie. Skya soltó una carcajada—. Perdón. Eso ha estado feo. Gracias por salvarme de los Resplandecientes. Por lo que decís, parecen de lo peor.

—Lo son. Pero no tengas miedo. Aurora está ojo avizor.

—Estoy bien. Contigo no tengo miedo. —Emilie no lo dijo por cumplir, era la verdad. Su hermana había pescado un pez, lo había limpiado y había encendido una hoguera para ella justo después de haberla rescatado de un bosque plagado de monstruos.

—Así me gusta.

—¿Y ahora qué?

—Pasaremos aquí la noche. Mañana por la mañana te llevaré hasta el mar Cromado y allí te subiré a mi barco, que te conducirá a mar abierto, donde nadie pueda alcanzarte o hacerte daño. Los Resplandecientes no se acercan al agua a no ser que sea estrictamente necesario porque esa es la única forma de acabar con ellos.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo iré hasta Pueblo Fantasma a cumplir con mi deber. Si no regreso, será tuya la decisión de quedarte y reinar en Shanandoah o de volver a tu mundo.

—Un momento. ¿Cómo que si no regresas? ¿No crees que puedas salir viva de allí? —preguntó Emilie, temblorosa. Sintió como si un puño de acero le oprimiera el pecho.

—No me queda otra opción. En Pueblo Fantasma tienen algo extremadamente peligroso y no podemos hacer la vista gorda.

—¿Quiere acabar contigo y conquistar el mundo o algo por el estilo?

—Quiere hacerle daño a mi príncipe. Ya lo ha hecho antes. No puedo dejar que se acerque a Rafe. Tengo que ir sola. ¿Lo entiendes? —Emilie asintió lentamente—. Hay algo que debes saber acerca de Shanandoah. Aquí no hay reyes varones. Nunca los ha habido y nunca los habrá. Si me pasa algo, Rafe podrá tomar el cargo como príncipe regente, pero nunca podrá convertirse en rey. Yo sé que no puedo pedirte que te quedes y me sucedas si me matan, pero…

—¡Para! Por favor, para —suplicó Emilie, ante lo que se hizo el silencio. Entonces, tomó aliento—. Acabo de encontrarte.

—Puede que vuelva.

—Pero puede que no —replicó Emilie. Skya se encogió de hombros.

—La vida a veces es una mierda.

—¿Así habla una reina?

—Así habla una reina de Virginia Occidental. Come, anda, que tienes que comer algo. Mañana nos espera un largo día.

Emilie metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó a Fritz, que estaba a gustísimo allí dentro. Tenía la suerte de poder dormir aunque hubiera un huracán o lo estuvieran raptando.

—¿Y ese quién es? —preguntó Skya mientras Fritz se despertaba y empezaba a corretear por las mangas de Emilie.

—Fritz, mi ratita. No tenía nadie en casa que pudiera hacerse cargo de él, así que me lo he traído conmigo. —Emilie tomó un puñadito de frutos secos y le puso la palma a Fritz para que comiera de ella. Cuando terminó, el animal se puso a explorar de allí para acá olfateando por entre la hierba y se subió de nuevo a su dueña para dar vueltas sin cesar—. Le gusta este sitio. Siempre hace eso cuando está contento. Me alegra verlo así, ha tenido una vida dura y solitaria. Se pone muy violento cuando otras ratas se le intentan

acercar, pero la realidad es que solo se hace daño a sí mismo.

—Quizá no haya conocido todavía a la rata indicada —apuntó su hermana—. Eso le digo yo siempre a la yaya Manzanas cuando me pregunta cuándo pienso casarme.

Aurora volvió y se posó sobre el hombro de Skya con un aleteo. Después, se bajó de allí y comenzó a acercarse despacio a Fritz ladeando la cabeza de un lado a otro para examinar a aquella criaturilla. De repente, abrió el pico. Emilie atrapó a Fritz al vuelo y lo acurrucó contra su pecho.

—Aurora, el amigo de mi hermana no es comida.

—Eso —recalcó Emilie. El cuervo volvió a posarse sobre el hombro de Skya.

—Niños. ¿Qué les vamos a hacer?

A Emilie se le había escapado una sonrisa al oír que Skya la había llamado «hermana», pero no dijo nada al respecto. Soltó a Fritz y dejó que siguiera jugueteando por la alta hierba.

—A lo mejor podría ir contigo. Tal vez te sea de ayuda.

—¿Sabes usar una espada?

—No.

—¿Arco y flecha?

—Jeremy probó a enseñarme, pero no se me dio muy bien.

—Pues entonces puedes ayudarme haciendo lo que te digo para que no tenga una preocupación añadida. Come, duerme, y mañana, al barco.

—Sí y me quedo de brazos cruzados mientras tú te vas de misión suicida. Perfecto. Me queda claro. —A Skya le asomó una media sonrisa.

—No seas mocosa, anda.

Emilie se comió unas cuantas bayas sin apenas saborearlas,

extendió la manta en el suelo y se tumbó de lado con Fritz acurrucado en el bolsillo de su sudadera.

—Pensaba que te alegrarías de verme, que me darías un abrazo o algo así, no sé —confesó Emilie. Skya echó un tronco a la lumbre que empezó a crujir y bufar.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no podría soltarte.

—Pues no me sueltes.

—He de ejercer como reina antes de poder ser tu hermana. Ahora, descansa.

Emilie intentó con todas sus fuerzas contener las lágrimas antes de dormirse y lo consiguió. Casi.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Rafe hizo galopar a Gavilana. Llegaron al Palacio Lunar cuando los últimos rayos rosas y rojos pintaban el cielo.

Entró a caballo en el patio y se detuvo allí. Estaba demasiado asombrado para hacer otra cosa que no fuera observar. El palacio parecía más bien un castillo medieval. En cada esquina se erigía una torre de cuatro pisos con banderas en lo alto. En la fachada blanca se reflejaba el rojo y el dorado del sol al caer. Y allí, en el patio, había un ajetreo de mujeres en armadura que se llevaban a los caballos a los establos y de pasos en dirección a dos portones enormes, tan grandes como para que cupiera un elefante por ellos. Ni siquiera fue consciente de la presencia de Jeremy hasta que lo escuchó hablar.

—Rafe, ¿estás bien? Te había perdido de vista. —Rafe miró hacia abajo y vio que Jeremy estaba sujetando la brida de Gavilana. A la luz de las antorchas, sudado, con el cabello húmedo y el rostro sucio, le pareció un extraño, un soldado. No, un caballero.

—Tenemos otro problema. —Rafe le contó de forma resumida su encuentro con el Resplandeciente que se hacía llamar Destripador.

—No tiene ningún sentido, en Shanandoah no hay reyes. ¿No te ha dicho qué quería de ti?

—Solo que o voy cuanto antes o ya veré.

—Puf, cómo odio a los Resplandecientes. Encima de matones, pesados. —Jeremy tenía los ojos encendidos en rabia y frustración, pero Rafe también pudo apreciar en ellos una chispa de sed de sangre.

—¿Los quieres matar?

—No sabes cuánto.

—¿A quién hay que matar? —interrumpió Tempestad. Rafe se bajó del caballo y se puso frente a ella.

—A los Resplandecientes. Se me ha aparecido uno y me ha pedido que fuera a hacerle una visita a su rey en el Pueblo Fantasma. ¿Me lo puedes traducir? —le informó Rafe. Tempestad soltó una especie de aullido.

—Desafortunadamente, puedo. Pero vamos al salón de la reina y allí te cuento todo lo que… Ejem. Todo lo que estoy autorizada a contarte.

—Danos cinco minutos —le pidió Jeremy a Tempestad y después se giró hacia Rafe—. Vente. Lo primero es lo primero.

Rafe le pasó la yegua a una moza de cuadra y siguió a Jeremy hasta los escalones de piedra que subían hasta las puertas principales, por las que entraron al palacio. Se paró en seco al sentir una repentina y agobiante sensación de *déjà vu*. La impresión lo derribó metafórica y casi literalmente. Aquella familiaridad era la misma que sentía cuando entraba a casa de su madre y el aroma a su infancia volvía a embriagarlo. Giró lentamente sobre sí mismo.

La araña de hierro, de la que goteaban unas velas blancas, dejaba a la luz unos tapices intrincados que colgaban de las paredes de piedra. Había unicornios y grifos que bailaban alrededor de los árboles de mayo y unos ciervos rojos que correteaban por unos prados cubiertos de un arcoíris de flores silvestres. Las entradas en forma de arco daban a habitaciones oscuras con vigas en los techos. Rafe se dirigió a una de las puertas e inspeccionó el interior de la estancia. El salón de banquetes contaba con unas mesas infinitas y con la chimenea más grande que había visto jamás, dentro de la cual no le habría importado quedarse.

En la sala de estar sonó un reloj de pie que dio la hora con una suave campanada y Rafe supo de inmediato que aquella no era la primera vez que escuchaba ese sonido.

—Jay… —Tomó aire—. Esto es…

—Casa —respondió Jeremy a sus espaldas—. ¿Verdad? Es como volver a casa. —Rafe levantó la mano para acariciar un lobo de seda que había bordado en uno de los tapices, una delicada bestia negra que inclinaba la cabeza ante una mujercita que llevaba una corona de astas.

—Hogar, dulce hogar.

—Venga. Ya haremos el recorrido más tarde. Ven por aquí —lo instó Jeremy, que le hizo una seña con la mano para que lo siguiera, a lo que Rafe obedeció.

—¿A dónde vamos?

—A por tu libro. Supongo que estará en la biblioteca. No es mal sitio para dejar un libro, ¿no?

Jeremy recorría deprisa los pasillos, aunque Rafe siguiera parándose cada dos por tres para empaparse de todo. Cada vez que pasaban junto a una antorcha, esta cobraba vida. Al llegar a la

biblioteca, de repente se encendieron un montón de velas en la araña del techo. Rafe miró a su alrededor. Allá donde le alcanzara la vista había libros colocados sobre estanterías de una madera oscura. Inhaló el aroma de las encuadernaciones de cuero, del pegamento viejo, del papel y de la tinta.

—Bueno —dijo Jeremy mientras revisaba podios, pedestales y vitrinas—. Dónde me metería si fuera un libro mágico lleno de recuerdos…

—No está. Lo han robado. —Rafe se giró y vio a Escarcha en la puerta.

—¿Cómo que lo han robado? —preguntó Rafe, a quien se le cayó el alma a los pies. La chica se dirigió a una cortina roja y la descorrió para revelar un hueco en la pared de piedra. Sobre el terciopelo púrpura yacían fragmentos de cristal.

—Hace dos días se nos coló un Resplandeciente, forzó la cerradura e hizo añicos la caja de cristal. En algún rincón de Pueblo Fantasma hay alguien o algo que se ha autoproclamado rey y que quiere tus recuerdos. Aún no sabemos por qué, solo que la reina Skya está yendo tras él. Ha jurado que traerá de vuelta tu libro, pero hasta entonces, ambos debéis permanecer en palacio y no salir hasta que sea seguro.

—¿Por qué? —preguntó Jeremy y se acercó a ella—. Siempre hemos luchado a su lado. ¿Por qué íbamos a dejarla sola ahora?

—Porque ella conoce al que se hace llamar rey. —Escarcha dejó caer la cortina—. Resulta que es un muy viejo enemigo del príncipe y la reina ha dicho que para vuestra alteza sería demasiado peligroso enfrentarse a él.

—¿Quién es? —intervino Rafe—. ¿Aquí tengo viejos enemigos?

—Yo no recuerdo a nadie. Todos hemos matado a

Resplandecientes. Pueden revivir, pero no suelen guardar rencor. Como dice Skya, les falta el hámster que mueva la rueda en su cabecita.

—Os diría más si supiera, pero solo sé lo que la reina Skya nos ha contado —aseguró Escarcha.

—¿Es posible que a ti también te hayan borrado o bloqueado algún recuerdo? —le preguntó Rafe a Jeremy.

—No me acuerdo, pero supongo que, de ser así, no me acordaría —Jeremy sacudió la cabeza—. ¿Y Emilie? ¿Puedes decirnos dónde está? —Escarcha suspiró.

—La reina la está llevando a un lugar seguro. Eso es todo lo que sé. —La Valquiria no tenía ni idea de nada más, pero daba la sensación de que quería contarles algo. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—De camino, a Rafe se le ha aparecido Destripador y le ha dicho que el rey quería verlo —le informó Jeremy.

—Eso es precisamente lo que teme la reina Skya —aclaró Escarcha —. Se trata de un enemigo peligroso. Ya te venció una vez. La reina no va a dejar que vuelvas a arriesgar tu vida, ya la conoces —dijo mirando a Jeremy—. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien la convenza de lo contrario. Aunque me da miedo…

—¿El qué? —preguntó Jeremy.

—Que no sea capaz de vencerlo ella sola.

—¿Las Valquirias tampoco pueden ayudarla?

—A nosotras nos es imposible poner un pie allí; estamos hechas de luz y la oscuridad que hay en ese lugar es como un veneno para las de nuestra especie. Es como sacar a un pececillo del agua. Si pudiéramos, está claro que iríamos. En fin, ya sabéis cuáles son sus órdenes, no tengo más que añadir. —Escarcha miró a Rafe a los ojos —. Lo siento, alteza. Durante el verano que estuvisteis entre

nosotras, solíamos recorrer los campos a caballo y acampar bajo las estrellas. Siempre acabábamos haciendo turnos para contarnos historias junto al fuego. Las que más me gustaban eran las vuestras, como aquella del espía atractivo y del hombre murciélago que luchaban contra el crimen. Qué recuerdos. Hemos estado deliberando sobre ellos durante estos largos años que han pasado sin vuestra compañía.

»Recuerdas dónde están vuestros aposentos, ¿verdad? —continuó mientras se dirigía a Jeremy—. Todo sigue igual. La reina los ha mantenido intactos para vosotros.

Escarcha hizo una reverencia con la cabeza y se marchó de la biblioteca. Rafe se quedó inmóvil y en silencio, mientras que Jeremy se pasaba las manos por el cabello y daba vueltas y vueltas por la estancia, malhumorado.

—Le contábamos historias sobre James Bond y Batman —señaló Rafe.

—Eh, sí, bueno, aún no conocíamos la trama de *El rey Lear* y para contar una historieta junto a la hoguera no había mucho más de donde tirar que de *Batman Begins*.

—No lo entiendo. ¿Por qué querría alguien robar mis recuerdos?

—Yo qué sé. No tengo ni idea, igual que no tengo ni idea de quién es el rey ese. Nunca había oído hablar de él, pero ahora mismo solo tengo ganas de zamparme su cena, a su hija e incendiar la casa de su madre y ver cómo se hace cenizas con él de espectador —fantaseó Jeremy en voz alta.

—Ha dicho que era un viejo enemigo mío. Quizá sea alguien con quien luché yo solo en su momento…

—Qué va. —Jeremy negó con la cabeza—. No nos separábamos el uno del otro. Nunca. Tú nunca luchaste contra ningún rey ni contra

nadie que se hiciera pasar por tal ni tampoco perdiste ninguna batalla. —Jeremy resopló—. Puede que a algún Resplandeciente le haya entrado el ansia de poder.

Jeremy se sentó en el profundo alféizar de una ventana en forma de arco con vistas al patio. Rafe se le acercó. La luna llena, brillante, era blanquísima. Más llena y brillante de la cuenta. Parecía que estuviera demasiado cerca y demasiado plana, como si los miles de millones de años de meteoritos impactando sobre su superficie no le hubieran causado ningún estrago. Era una luna diferente a la suya, más joven y más inocente.

—¿Qué es el Pueblo Fantasma?

—¿Pueblo Fantasma? Está lleno de almas perdidas, de gente que se queda estancada y que no logra avanzar. Skya siempre decía que eran peor que los condenados al infierno, porque a esos al menos no les queda otra que resignarse a su destino; pero las almas que vagan por Pueblo Fantasma están deseosas de agarrarse a lo que sea para salir de ahí, así que se aferran a todo lo que pueden. Por eso viven allí los Resplandecientes, tienen un banquete de miedo servido en bandeja. —Jeremy miró hacia fuera, aunque había poco que ver—. Skya debe de tener a Emilie en algún lugar seguro, porque si no debería ser capaz de localizarla. —Contrariado, se frotó la frente. A Rafe le habría gustado consolarlo, pero no sabía cómo.

—¿Cómo es que te costó tanto dar con ella durante todos estos años? Al resto de las chicas las encontraste sin problema —preguntó Rafe. Jeremy levantó la cabeza.

—El don solo me permitía dar con los desaparecidos, con personas, cosas que estuvieran perdidas. Hasta con cuerpos, pues era algo que las familias querían de vuelta. Pero había una trampa, o más bien una excepción, para evitar que abusase de mi poder: si algo

o alguien no quería que lo hallaran, no podría hacerlo. Y eso fue lo que pasó, que Emilie no quería que la encontraran.

—Quizá si ahora no eres capaz de determinar su ubicación es porque está donde quiere estar.

—Ojalá tengas razón. —Jeremy levantó la mirada hacia la extraña luna. Bajo esa luz parecía rejuvenecido, como el chico al que Rafe había conocido en su día.

—¿Qué te pasa?

—Que no quería que tu vuelta a casa fuera así. Hay muchas cosas que me hubiera gustado que recordaras —confesó Jeremy.

—Pues cuéntamelas —le pidió y en su rostro se le dibujó una media sonrisa. Jeremy se levantó.

—Mejor. Te las voy a enseñar.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jeremy y Rafe recorrieron los pasillos del palacio alumbrados por las antorchas.

En esta ocasión, tomaron un camino diferente, con corredores más amplios y con menos estancias a su paso. En las paredes, en lugar de haber tapices, había murales pintados.

Jeremy se detuvo y levantó la vela que llevaba para iluminar una de las secciones del muro.

—¿Te suena de algo? —le preguntó. Rafe entornó los ojos. Un dragón púrpura y plateado, perseguido por un conejito negro, huía por un puente en forma de arco. Claro que le sonaba. Era igual que mirarse en un espejo.

—¿Es mío? —dudó Rafe. Jeremy alzó la mano para señalar la totalidad de la pared del pasillo, de unos diez metros de largo y cubierta por completo de vívidas escenas pertenecientes a aquel insólito reino.

—Todo esto es tuyo —respondió Jeremy—. Pintaste todo este

pasillo para Skya.

—¿Por qué?

—Porque a ella le encantaba cómo pintabas. Fue tu primer encargo real. No está nada mal para un adolescente de quince añitos, ¿eh? Ven, por aquí.

Jeremy salió pitando, como si estuviera ansioso por mostrarle lo que fuera que viniera a continuación. Rafe lo siguió, pero Jeremy se detuvo repentinamente al llegar a unas puertas de arco.

—Espera, primero déjame enseñarte algo. Quédate aquí y vigila. —Rafe permaneció tras el umbral, entre alerta y curioso, en lo que Jeremy pasaba a la sala del trono. Se paró a unos cuantos metros y se giró hacia él—. Vale, ahora. Entra.

Desconcertado pero dispuesto, Rafe le hizo caso. Nada más pasar, las antorchas de las paredes se encendieron con un titileo y dieron una luz cálida y parpadeante a la gran sala en la que se encontraban.

—Las antorchas de la sala del trono solo se prenden cuando entra alguien de la realeza. Un poco elitistas, ellas —bromeó Jeremy.

—Esto es increíble —alcanzó a decir Rafe mientras giraba lentamente para impregnarse de todo lo que veía: el suelo de baldosas, que formaban un mosaico con un barco dragón en un mar turquesa; las ventanas lanceoladas de aquellas paredes prominentes; el techo, similar al de una catedral del Medievo…

Rafe se imaginó la sala inundada por la luz solar. Tenía que ser deslumbrante.

¿Cómo pudimos irnos de aquí?, volvió a cuestionarse a sí mismo. Ya sabía el porqué, para encontrar a Emilie, pero… Entonces, recordó cómo se había marchado. Había deseado eliminar este lugar de su memoria. Pero en el caso de Jeremy, ¿cómo lo había hecho él?

—¿Cómo te fuiste de aquí?

—¿Cómo o por qué? —preguntó Jeremy.

—Ambas.

—Ya te lo contaré. Por aquí.

Rafe siguió a Jeremy hasta el trono. Tremenda obra de arte. Parecía un árbol con vida propia, sus ramas enredadas daban forma a los reposabrazos, al respaldo y al asiento. Jeremy apoyó la mano en el trono como si estuviera saludando a un viejo amigo. Después, dio un paso al frente y señaló algo que había en la pared.

—¿Ves la flecha detrás del trono? —Rafe miró hacia arriba. Allí, clavada en la pared a unos cuantos metros sobre el trono, vio una flecha con un emplumado rojo—. A los Resplandecientes les encanta asustar a Skya. Una vez trajeron a una araña durmiente roja de Pueblo Fantasma y la soltaron aquí, en esta misma sala. Para cuando quisimos localizarla, ya era demasiado tarde. Estaba en la pared, apenas a un metro de la cabeza de la reina, y cada vez se le acercaba más. Son tremendamente letales, como te piquen mientras estés de pie, antes de llegar al suelo ya te habrás muerto. Hasta acercarte a ellas es un peligro, porque al más mínimo movimiento, te saltan encima con la rapidez de un rayo y te atacan. La única manera de matarlas es desde lejos. —Jeremy señaló la entrada arqueada.

»Estábamos todos tras el umbral, escondidos, aterrados e indefensos. No teníamos forma de dar un paso hacia el trono sin poner en riesgo la vida de Skya. Durante todo ese rato, ella se mantuvo completamente petrificada, con la certeza de que como le diera por estornudar, no lo contaría. Aurora, el cuervo de Skya, estaba lista para alcanzarla y comérsela. Es bastante rápida, lo habría conseguido, pero con un veneno tan fuerte habría muerto. Fuiste tú quien la detuvo, Rafe. Le ordenaste que se estuviera quieta. Le pediste que te diera dos plumas de su ala, las pusiste en la flecha y…

—Sí, hombre. No. —Rafe sacudió la cabeza—. Es imposible que…

—Solo tenías una oportunidad.

—Ni en mis sueños. —Rafe sentía que el corazón se le iba a salir por la boca.

—Si hubieras fallado, la araña habría saltado, habría picado a Skya y ella habría muerto. Nos ordenaste que nos quedásemos apartados, mucho, para que si fallabas no tuviéramos que ver el resultado.

—Mentira.

—Los demás te hicieron caso, no les quedaba otra, pero yo no podía dejarte solo con ese peso, así que me quedé a tu lado. Al menos podría ayudarte en caso de tener que cubrir el cuerpo y llevarlo a la capilla —continuó relatando Jeremy. Rafe tenía los ojos cubiertos de lágrimas y no entendía por qué—. Recuerdo que te vi encajar el arco. No te tembló el pulso. Te mantuviste firme porque no tenías opción, la vida de Skya dependía de ello. —Rafe cerró los ojos y le rogó a su mente que dejara de lado sus recuerdos para poder creer en las palabras imposibles de Jeremy.

»Levantaste el arco —prosiguió, y Rafe volvió a abrir los ojos— y, como quien no quiere la cosa, como si fuera un tiro cualquiera, ¡pum! —Jeremy chasqueó los dedos—. En todo el blanco. En ese instante, tiraste el arco al suelo. Todavía puedo escucharlo retumbar. —Jeremy inclinó la cabeza como si en alguna radio a lo lejos estuviera sonando una canción que le trajera buenos recuerdos.

»Skya salió disparada para abrazarte. Los ojos se le escapaban de las órbitas. Madre mía, me acuerdo como si acabara de pasar. Las Valquirias la vieron y no pudieron más que caer rendidas de rodillas. Pero nadie fue capaz de decir ni una palabra. Lo lógico sería pensar que nos pusimos a gritar, a bailar, a celebrar, pero todo lo contrario. La alegría es más discreta que lo que la gente suele pensar. Sobre

todo la alegría de recuperar algo que ya dabas por perdido. —Entre estremecimientos, Jeremy tomó aire. Cuando volvió a hablar, su tono de voz era casi el de siempre—. Rafe, el petirrojo tenía el ala rota, ¿a que sí?

—¿Qué quieres…?

—Que fuiste tú quien curaste al petirrojo —le dijo Jeremy.

—¿Yo?

—Sí. Pudiste curarlo porque esa fue la forma en que Aurora te agradeció que la hubieras salvado a ella y a Skya. Te otorgó el dominio de las aves. Si le das una orden a un pájaro, este te obedecerá, tanto en este mundo como en cualquier otro.

Muy en el fondo, Rafe sabía que estaba diciendo la verdad, que cuando le dijo al petirrojo que no se muriera y que viviera para volar de nuevo, el ave le había obedecido.

—Cuánto me gustaría que pudieras recordar tu coronación —comentó Jeremy con nostalgia—. Fue dos días después de haber salvado a Skya. Para ese entonces, todo el reino estaba al tanto de lo sucedido. Hasta los ciervos blancos salieron del bosque para formar una guardia de honor alrededor del palacio. Nadie había visto nunca algo igual y todos decían que aquello era la prueba de que eras un príncipe predestinado para Shanandoah. Skya nunca ha dejado que sacasen la flecha de la pared para que nadie olvide la valentía del príncipe Rafe, salvador de la reina y del reino. —Rafe se quedó mirando la flecha. ¿Su flecha?

»Era un tiro imposible —agregó Jeremy, que levantó la mano para rozar el emplumado, de la misma manera en que la gente frota los pies a las estatuas de bronce en busca de buena suerte—. Imposible para cualquiera, hasta para tu padre, menos para ti. Pero bueno, como ya te he dicho, esa fue la segunda vez que te veía matar a la

araña. ¿Puedes verle las patas? —Rafe podía verlas. Ocho patitas que sobresalían del agujero que la punta de la flecha había dejado en la pared.

—En nuestro mundo, tú eras el príncipe y yo el donnadie —afirmó Rafe, a lo que Jeremy respondió con un resoplido.

—¿Quién te ha contado esa milonga estúpidamente estúpida?

—Sabes perfectamente que era así. Tú eras el de la casa bonita, el de la madre con dinero, el del piano en la sala de música. Vamos. Tu madre hasta te llamaba «mi principito».

—Sí y también me llamaba «cretino», «lerdo» y «Ginger Spice», como la pelirroja de las Spice Girls. Tú eras el que podía irse de caza, de pesca, lanzar flechas con el arco, ser un artista… Yo no era más que un niñato consentido. Tú, en cambio, eras el Robin Hood, el príncipe de los bosques. A nadie le sorprendió que Skya te nombrara príncipe del reino, y mucho menos a mí. —Rafe apenas lo estaba escuchando. No podía apartar la vista de la flecha de la pared. Aquí era un príncipe. Hasta las antorchas de la sala del trono lo habían reconocido como tal. ¿Qué haría un príncipe en tiempos como los que estaban viviendo?

—Lo que sea que haya ahí fuera a quien quiere es a mí —dijo Rafe —. No puedo dejar que Skya se enfrente sola a esa cosa. Es mi deber ir…

—No te está permitido salir. Órdenes de la reina —intervino Escarcha desde el umbral de la puerta. Rafe la miró.

—Vale, pero la reina no está aquí y mis órdenes están por encima de las tuyas, ¿no es así?

—Bien dicho —respondió ella con una sonrisa.

—¿Puedo ordenarte que nos digas qué viene ahora? —añadió Rafe, lo que dejó a Escarcha dubitativa.

—Si hubieras de dar tal orden, yo aconsejaría que cabalgaseis esta noche hasta Pueblo Fantasma. Hay luna llena, así se ve igual que si fuera de día. La forma más sencilla de pasar es por la entrada de la Mesa del Té Demonial, pero la puerta situada en los Arcos del Ángel está junto al huerto de la yaya Manzanas y ella os puede echar una mano.

—Una ayudita no nos vendría mal —comentó Jeremy.

—Te recomiendo que me ordenes que haga como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar —le susurró Escarcha con la mano sobre la boca.

—Considéralo una orden —susurró de vuelta Rafe.

—¿De qué orden hablas, alteza? —preguntó Escarcha con ironía, tras lo que se marchó.

—Tengo algo que contarte —expuso Rafe cuando se quedaron a solas—. La cosa esa, el Destripador, amenazó con matarte. A ti, concretamente a ti. Así que quizá sea mejor que no vengas…

—Cuando Skya me nombró su caballero, juré protegeros a ambos con mi vida. Ya en aquel entonces iba en serio, pero ahora ni te cuento.

—Y si tú nos proteges a nosotros, ¿quién va a protegerte a ti?

Jeremy abrió la boca, pero antes de que pudiera responder algo, el reloj de una de las torres dio la hora. Lo que fuera a decir se quedó en nada.

RINCÓN DEL NARRADOR

Las palabras perdidas



En realidad, no. Yo sé perfectamente lo que iba a decir. Si la campana no lo hubiera interrumpido, Jeremy habría dicho: «Tú eras el que me protegía, día y noche. No porque tuvieras la obligación de hacerlo, sino porque querías». Eso es todo. Aunque no habría sido una confesión de amor, sí que le hubiera hecho preguntarse a Rafe por lo que Jeremy no le estaba contando. Pero, bueno, eso era algo que Rafe ya se estaba preguntando.

Eso es lo que Jeremy le habría dicho de no haber sido por las campanadas. Pero lo que querría haberle dicho iba más allá: «Tú eras el que me protegía, día y noche. No porque hubieras hecho ningún juramento, sino porque estabas igual de enamorado de mí que yo de ti. Y, por cierto, yo estaba hasta las trancas por ti».

Vale, quizá las palabras no habrían sido esas exactamente, pero habría sido algo del estilo.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Se separaron. Jeremy se fue a por provisiones mientras Rafe se dirigía a los establos. Rafe había preguntado cómo sabría cuáles eran sus caballos y Jeremy le había contestado: «Lo sabrás», antes de desaparecer pasillo abajo.

En el patio, Rafe llegó a los establos siguiendo su instinto. Dentro estaba oscuro y olía a heno y a caballo. Prendió una lámpara de aceite y la paseó por delante de las cuadras. Echó un vistazo por encima de las puertas y se encontró con que todos los caballos estaban durmiendo.

En cada una de las puertas había una placa de latón con el nombre de los caballos. Había uno pinto con manchas llamado Habichuelas y un bonito *appaloosa* apodado Metepatas. Había también un semental negro, Carbón, y una yegua de un gris nebuloso, Mercuria. Llegó a la cuadra de un caballo de pelaje dorado llamado Rayito de Sol. ¿Qué raza era aquella? ¿Un palomino?

El palomino alzó la cabeza y soltó un bufido. Corcoveó un par de

veces, así que Rafe se echó para atrás con miedo de haberlo asustado. Pero, entonces, el caballo relinchó entusiasmado. Asomó el cuello larguísimo por encima de la puerta de la cuadra e inclinó la cabeza como en un intento de reverencia.

A Rafe le temblaba un poco la mano cuando fue a acariciarle la frente.

«¿Me conoces?», preguntó Rafe, y el caballo respondió rozándole el cuello con el hocico. Se apartó un poco para abrir el pestillo de la puerta de la cuadra y meterse. Rayito casi lo tira al suelo en su afán por olfatearlo de arriba abajo y mordisquearle la ropa y el pelo. «Vale, vale», soltó con una risilla. «Me queda claro. Ojalá pudiera reconocerte yo también».

Rayito apoyó su largo cuello sobre el hombro de Rafe y soltó un plácido suspiro. Por primera vez en años, volvía a sentir las caricias de su chico.

«Una vez te pinté. Ni siquiera sabía que eras tú. Es más, pensaba que le había birlado a Franz Marc algún caballo de su cuadro *Little Yellow Horses*; pero se ve que no, eras tú. Quizá mi cerebro no te recuerde, pero mi pincel sí que lo hizo». En su cuadro, había pintado a un caballo bermejo y a uno dorado que descansaban el uno encima del otro con una puesta de sol a sus espaldas. ¿Estaría también allí el caballo rojizo?

«Espera un segundo», indicó Rafe a Rayito. Recogió su lámpara y se acercó a la siguiente cuadra. La placa de latón decía que el nombre de aquel caballo era Colorín Colorado. Uno dorado y apodado Rayito y el otro, de color cobrizo y de nombre Colorín Colorado.

—¡Rafe! —lo llamó Jeremy.

—¡Por aquí! Los he encontrado —respondió Rafe mientras Colorín sacaba la cabeza por encima de la puerta y le acariciaba el hombro

con el hocico—. Oye, no se muerde.

—Ha salido a mí —bromeó Jeremy—. Ay, aquí están nuestros muchachotes. Hola, chico. Te he echado de menos. —El caballo de Jeremy, Colorín Colorado, estuvo a punto de cargarse la puerta de la cuadra al intentar llegar a donde estaba su dueño—. Un momento, Colorín. Relájate. —Jeremy entró en la cuadra—. Ya está. Ya estoy en casa. —Se apoyó contra el costado del caballo y empezó a frotarle el cuello de principio a fin—. Yo también te quiero.

—Tenemos caballos —afirmó Rafe sin dar crédito—. Tenemos caballos a juego con nuestros cabellos.

—Fueron un regalo de Skya. Y por cierto, no son caballos, son destreros de montaña de Shanandoah. Son igual de fuertes que los *clydesdale*, igual de rápidos que los árabes y pueden vivir hasta cien años. Les encantan los terrenos pedregosos, pisotear Resplandecientes hasta matarlos y les pirran las bayas de lluvia deshidratadas. ¿A que sí? He dicho la palabra mágica, ¿verdad? Bayas de lluvia. —Al ver a Jeremy sacar un puñado de bayas del bolsillo, Colorín soltó un bufido de alborozo. Después, le pasó un puñado a Rafe para que se las diera a Rayito.

—¿Les has asaltado la cocina?

—Nuestra cocina, Rafe, nuestra cocina. Estamos en casa.

—Solo llevo cinco horas aquí y ya sé que moriría por este lugar —confesó Rafe mientras su destrero le relamía hasta la última baya de la mano.

—No hace falta, por favor —soltó Jeremy, como si se le hubiera olvidado por un momento que no sabían decirse más de dos frases sin hacer una broma.

—Lo intentaré —contestó Rafe, a quien tomó por sorpresa la solemne reacción que había tenido Jeremy.

—Perfecto. —Jeremy asintió mientras rascaba la parte de abajo del mentón de Colorín—. Porque si te mueres tú, me muero yo. —Sonrió. Ya había vuelto el Jeremy de siempre—. En realidad, Skya me mataría. —Jeremy abrió la puerta de la cuadra y se subió al caballo con un movimiento rápido—. Posiblemente lleguemos por la mañana, pero luego no me vengas lloriqueando cuando te arda el culo.

—Como me arda el culo, pienso lloriquearles hasta a las piedras. —Rafe se subió a lomos de Rayito y volvió a sentir la memoria muscular, el mismo *déjà vu* que había tenido antes, pero, en esta ocasión, con mayor intensidad. Este era su caballo. Estaban hechos el uno para el otro.

—Para que quede claro. Yo soy tu caballero. Si tenemos que luchar, lucharé para protegerte a ti, no a mí. Así van las cosas aquí.

—Sí, porque soy tu superior.

—Eso es —confirmó Jeremy—. Aunque eso nunca ha sido un problema.

—¿Un problema para qué? —Pero Jeremy no respondió, sino que le guiñó el ojo de forma pícara y salió cabalgando de los establos—. ¿Qué es lo que no me está contando, chico? —le preguntó a Rayito, que no hizo más que relinchar impaciente—. ¿No me lo quieres contar? Pues ya veremos si te doy más bayas de lluvia.

RINCÓN DEL NARRADOR

Salto cronológico



Rafe y Jeremy cabalgaron sin descanso. Emilie durmió de pena. Si no os importa, vamos a dar un salto en el tiempo hasta la mañana siguiente.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Los amaneceres de Shanandoah eran diferentes. Iban acompañados de música. Mientras el sol se alzaba y cambiaba el color del cielo de violeta a rosa y después a azul, la brisa nocturna se convertía en viento. En algún lugar, de forma ignota, ese viento soplaba entre los árboles distantes y de ellos brotaba un canto similar al de un carillón. El tañido de los árboles despertaba a los pájaros y estos se ponían a cantar en sintonía con el viento. Un primer pájaro llevaba el son y le seguían otros miles. Emilie no había escuchado antes una música tan extraña y etérea, y le llevó a preguntarse si el mundo estaría cantando porque el sol estaba saliendo o si el sol estaría saliendo porque el mundo estaba cantando.

Sentada sobre la manta del caballo junto al río Petrazul, observó la escena fascinada, y cuando el sol hubo alcanzado altura y se detuvo la música, le entró la duda de si llevaría minutos, horas o años despierta.

—Una nunca se cansa de verlo —dijo Skya. Emilie había sentido la presencia de su hermana a sus espaldas, de pie, que, como ella, admiraba el amanecer; pero no había querido decir nada para no romper la magia del momento. Emilie se secó la cara.

—Nunca había escuchado la sinfonía de un amanecer. ¿Es así todas las mañanas?

—Solo aquí, en el valle. Quería que lo oyeras.

—Se me va a quedar grabado en la memoria. Gracias —expresó Emilie. Skya le dio un toquecito en la cabeza.

—Vamos. Tenemos que irnos. El barco estará esperándote.

Emilie se levantó y siguió a Skya hasta su caballo, un enorme destrero negro y gris con manchas llamado Morgan. Skya sacó un cuchillo de caza de su alforja y se lo enganchó en el cinturón.

—Así no va. Deberías meterlo por entre las presillas —indicó Emilie y le mostró su cintura para que viera cómo llevaba ella el cuchillo de caza.

—Uf, por eso mismo necesito a mi príncipe —espetó Skya con un suspiro cargado de nostalgia—. Rafe siempre me ajustaba el cuchillo como es debido.

—Yo puedo hacerlo. Lo digo ya que Rafe no está aquí. —Emilie agarró el cuchillo, en su funda, y pasó el extremo del cinturón de su hermana por las presillas. Skya se abrochó el cinturón, bien ceñido —. ¿Así va bien? —Skya le pegó un tirón al cuchillo y este se mantuvo en su sitio.

—Gracias. Igualito a cuando lo hacía Rafe. —Emilie tenía ganas de abrazar a su hermana y estuvo a punto de pedírselo, pero le dio miedo su respuesta—. Deberíamos ir yéndonos.

—Como mandes.

Emilie cabalgaba a lomos de Morgan, detrás de su hermana. En

cuanto salieron del valle, Emilie avistó una gaviota que sobrevolaba por encima de ellas. El ambiente tenía un ligero aroma salado. Ya estaban cerca del mar.

—He estado pensando. Ya que te he ayudado con el cuchillo, podría acompañarte y sujetarte la espada o lo que necesites. Como un escudero. ¿No tienen escudero las reinas?

—Eres muy pesada. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Siempre he pensado que el trabajo de la hermana pequeña era molestar a la hermana mayor. Así que solo cumplo con mis obligaciones.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que se te da genial tu trabajo.

Skya espoleó a su destrero para que fuera a galope y con ello concluyó la charla.

Cabalgaron durante horas. Por muy asustada y afligida que estuviera, Emilie no pudo contener la impresión provocada por las vistas al mar Cromado. Incluso sacó a Fritz para que él también las viera, aunque al animalillo le conmovieron menos que a ella.

El litoral del mar Cromado era un remolino de diferentes tonalidades. Daba la sensación de que a un niño se le hubiera desparramado encima el típico tarro de arena con capas de los colores del arcoíris. Tenía tonos rosas, azules, verdes, púrpuras… y el agua era tan cristalina que podía ver el fondo como si se tratara de una ventana. Entre las olas se veía jugar a pequeños delfines plateados y a unas rayas perezosas. Del agua sobresalía una hilera de peñascos de un color gris elefante que conformaban un muelle. Al final de este, había un barco a la espera. Se trataba de un esplendoroso barco dragón, algo sin igual, como sacado de las

páginas de un cuento de vikingos.

Emilie divisó una pequeña tripulación a bordo. Se les veía a todas de aquí para allá, ultimando los preparativos para partir y llevársela con ellas.

Skya hizo que su caballo se detuviera en lo alto de la colina.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —preguntó Emilie—. ¿No te apetece más pasar el rato en el barco, en vez de meterte en la boca del lobo? —Esperaba que la broma surtiera efecto en su hermana, pero Skya no se rio.

—Me encanta este sitio. Siento este mundo tan mío como mi corazón. Es parte de mí, así que lo defenderé de la misma forma que lo haría con mi órgano principal. Si no vuelvo, espero que te quedes y gobiernes, y que dejes que este lugar forme también parte de ti.

—Gobernar un reino. No sé yo. Sin mamá, me acuerdo de pagar la factura de la luz dando gracias. No sé si me veo capaz de algo así. Creo que acabaría fallándole a todo el mundo.

—Te entiendo —la tranquilizó Skya. Emilie se arrepintió de lo que había dicho al instante, pero ya era demasiado tarde—. Si decidieras irte, el camino de vuelta es diferente al que usasteis para llegar. Dile a la capitana que te lleve hasta la costa más lejana. Cuando desembarques, verás un camino empedrado en la arena. Síguelo hasta llegar a una puerta en medio del desierto. No tiene pared. Es solo una puerta. Crúzala y estarás de vuelta en casa.

—¿Me olvidaré de este lugar, como le pasó a Rafe?

—No. Por más que lo desees, no habrá forma de olvidarlo. —Morgan, que estaba hecha para las subidas empinadas, las llevó sin problema alguno hasta la playa de abajo. Allí, Skya bajó del caballo y ayudó a Emile a desmontar—. Despídete de Morgan. Te subiremos a bordo al final del muelle.

Emilie acarició la increíble crin del animal y después la abrazó por el cuello. Poco a poco, la fue soltando.

Cuando llegaron a la playa, Skya se detuvo para buscar algo en el interior de su túnica y le entregó a Emilie una instantánea antigua y apenas distinguible. Emilie escrutó entre las grietas del papel fotográfico y descubrió a una niña rubia menuda que sujetaba una muñeca entre sus brazos. Solo que no se trataba de una muñeca, sino de un bebé.

—Me encantaba tenerte en brazos —admitió Skya. Emilie se la quedó mirando.

—No sabía que nos habíamos conocido.

—¿No? —Skya esbozó una sonrisa—. Viviste durante un mes con nosotras. Mamá apareció por la puerta contigo a los diez días o así de haberte tenido. Ella estaba hecha un desastre, y al intentar alzarte casi te tira al suelo. Y tú que eras tan chiquitita, pero Dios, cómo chillabas. Estaba tan agotada de oírte llorar que ponía la música a todo trapo y hacía como que estabas rocanroleando. Era como un hechizo, te calmaba al momento. Y así fueron mis días durante un mes: tú y yo cantando y bailando. Nuestra canción preferida era *Landslide*. Era cantártela y te quedabas frita. —A Emilie le dio un vuelco el corazón.

—¿*Landslide*? ¿De Stevie Nicks? Estoy enamorada de Stevie Nicks. Es mi reina y salvadora.

—¿En serio? Qué curioso. En casa no teníamos mucha música, pero yo tenía un viejo casete de Fleetwood Mac. Era lo único que te relajaba.

—Fuiste tú la que me diste a Stevie. —Emilie miró de nuevo la fotografía, aquella instantánea antigua medio desdibujada. Ahí fue cuando se dio cuenta de que si Skya la había tenido ahí con ella, era

porque la había llevado encima cuando desapareció.

—Pensé que si lograba que dejases de llorar, podrías quedarte conmigo. Pero la tía Marie vino un día y me dijo que era hora de decirle adiós a mi hermanita; te ibas a tu nuevo hogar. Hicimos esta foto en la oficina del abogado. No podíamos permitirnos una niñera y me dejaron a mí vigilándote mientras rellenaban todos los papeles. Yo no quería soltarte, así que la chica de recepción hizo la foto para distraerme. Ella fue la que me dijo que, como hermana mayor, mi trabajo era mantenerte a salvo y que el lugar más seguro para ti era tu nueva casa. Y eso me hizo pensar en el miedo que me daba que mamá apareciera de la nada, a medianoche, borracha o puesta de lo que fuera, acompañada de algún tipo baboso. Entonces, entendí que la recepcionista llevaba razón. Mi trabajo era mantenerte a salvo y el lugar más seguro para ti era lejos de nosotras.

A Emilie le hubiera gustado decir algo, pero, por primera vez en su vida, no sabía qué.

—Si quiero ir sola a ese sitio es por algo —continuó Skya—. Aquí, tenemos sirenas en el mar, unicornios en el bosque y gigantes en el salvaje y extenso desierto; así de mágico es Shanandoah. Pero todo lo que tiene de mágico este lugar, lo tiene de peligroso Pueblo Fantasma. Y si te hirieran o murieras allí, no habría magia, sirenas, unicornios ni gigantes que pudieran traerte de vuelta. Así que te vas a subir a ese barco, ¿a que sí?

—Sí, señora.

Skya comenzó a avanzar por el muelle y a Emilie no le quedó otra que seguirla. La brisa marina olía a sal y a lluvia, y el sol calentaba, pero no demasiado. Las gigantescas gaviotas de color blanco nieve apenas tenían que batir las alas para mantenerse en el aire. Al llegar al final de la larga caminata y ya junto al barco dragón, Skya

prosiguió:

—Sube, por favor. Te juro que haré todo lo que esté en mis manos por volver y ser hermanas, ¿vale?

—Vale —respondió Emilie. Su hermana ya tenía un plan en mente y no habría nadie que le hiciera cambiar de idea. Además, Emilie también había tomado ya una decisión—. Me subiré.

—Menos mal. Gracias.

Emilie subió al barco. La capitana y su tripulación, conformada por otras tres personas, comenzaron a tirar de las cuerdas, izar velas y girar el timón. Una fuerte brisa rodeó al barco y al poco ya se estaban alejando del muelle.

El barco giró rumbo a las profundidades y Emilie se dirigió a la popa. Desde el muelle, todavía podía ver a Skya petrificada y absorta, con sus cabellos platinados ondeantes en el aire. Skya parecía sola, muy sola. Nadie debería estar tan solo.

La distancia entre ellas era cada vez más grande. Diez metros. Veinte metros. Skya se quedó viéndola alejarse y Emilie se quedó viéndola observarla.

Emilie se apresuró hacia el costado del barco y se zambulló en el mar. El agua estaba buena. Aun así, le costó nadar hasta el muelle con toda la ropa puesta. Pero nada ni nadie podría detenerla a la hora de recuperar a su hermana. Por suerte, Emilie había veraneado durante veinte años con su madre en Santa Cruz. Nadó con todas sus fuerzas hasta que alcanzó el muelle, donde Skya la estaba esperando agachada en las rocas para ayudarla a subir.

—¿Se te ha ido la pinza? —la reprendió su hermana, con esos ojos grisáceos despidiendo destellos azules y rojos.

—Perdón, me he olvidado a Fritz.

—¿Qué? —Emilie señaló a Morgan.

—Que me he dejado a Fritz en la alforja. Vaya, qué descuido.

—¿Vaya? Eso no ha sido un descuido. A mí no me mientas. ¿En qué diablos estabas pensando?

—Pues en que eres mi hermana y en que no voy a dejar que vayas sola a ese sitio. —Skya la agarró como si fuera a zarandearla, pero, en su lugar, le dio un abrazo tan fuerte que hasta le hizo daño.

—Bueno, al menos si te pasa algo horrible, no será porque yo no intenté evitarlo —dijo Skya. A Emilie se le escapó la risa.

—Lo has intentado. Cuando a una hermana pequeña se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quién se lo quite de la cabeza.

—Anda, venga, mocosa. Vámonos. —Ambas emprendieron camino en dirección a Morgan.

—Me gusta «mocosa». Es mejor que lo de «princesa».

—Pues nada, mocosa. Y no te pienses que te voy a dar una toalla para secarte. Al aire.

—¿Eso ha sido una prueba? ¿La he pasado? ¿Me estabas poniendo a prueba? Yo creo que era una prueba —soltó Emilie atropellada debido a su poquita o inexistente capacidad de guardarse sus pensamientos intrusivos para sí.

—No te estaba poniendo a prueba. Pero si lo hubiera hecho, yo diría que sí, que la habrías pasado.

—¡Anda que no! Me estabas poniendo a prueba.

—A callar, mocosa. Si te vas a venir conmigo a Pueblo Fantasma, hay algunas cosas que…

Un graznido fuerte y agudo les avisó del regreso de Aurora. El cuervo rojo aterrizó sobre la punta de la silla de montar de Morgan. Tras un nuevo graznido, Skya hundió los hombros.

—¿Qué pasa? —inquirió Emilie.

—Aurora dice que Rafe y Jeremy se han escapado del palacio y

van camino a Pueblo Fantasma por su cuenta, que es todo lo contrario a lo que quería que hicieran.

—Eh, mierda —dijo Emilie, y Skya asintió.

—Eso digo yo. Es hora de trazar un nuevo plan —declaró Skya, que se subió a la silla y le ofreció la mano para ayudarla a subir a ella.

—¿Cómo que un nuevo plan? —preguntó Emilie mientras se acomodaba detrás—. Si no teníamos ningún plan.

—Ya se me ocurrirá algo, como siempre —aseguró Skya.



CAPÍTULO VEINTICINCO

En esa hora del alba en la que ya casi hay luz, Rafe y Jeremy cabalgaron por campos, claros, y por entre la hiedra que cubría los salvajes barrancos. Prosiguieron a lo largo del borde de una alta cresta que daba a un verde valle. Jeremy señaló hacia el oeste.

—El huerto de la yaya Manzanas está por allí. ¿Lo ves? —apuntó Jeremy. Rafe echó un vistazo al valle soleado repleto de hileras e hileras de manzanos. Una casita de piedra encalada se escondía bajo la hiedra—. Esa es su casa. No es muy grande. Puede que nos meta en el granero. No será mucha molestia para vuestra alteza, ¿verdad?

—Ya has visto mi cabaña. Creo que sobreviviré.

—A mí me gusta tu cabaña. Es rústica.

—Qué majo. Dicho así suena hasta bien.

—A veces puedo ser majo.

—¿Cuándo? —soltó Rafe. Jeremy sonrió con los ojos rojos del cansancio.

—Bajo solicitud. Venga.

Rafe siguió a Jeremy camino abajo hasta el valle.

Nada más desmontar, se abrió la puerta. Una mujer arrugada como una pasa los saludó con la mano quemada por el sol.

—Vamos, chiquillos. Dejad ahí los caballos. La yaya se ocupará de ellos. —Ambos se dirigieron a la entrada y la señora los estudió de arriba abajo—. Con el tiempo te has puesto bien guapo —le dijo a Jeremy.

—Los pelirrojos somos como el vino.

—Tú siempre fuiste guapo. Pero necesitas un baño —le comentó a Rafe, que no discrepó de esto último.

—Vamos camino a Pueblo Fantasma. Nos han dicho que usted nos ayudaría —la informó Jeremy.

—Ay, pues claro que sí. Alguien tendrá que hacerlo. Pero antes, una siesta y a comer.

—No tenemos tiempo —objetó Rafe.

—Más os vale hacerlo si no queréis que se os vaya todo a la porra antes de poner un solo pie en esa tierra maldita. —Rafe y Jeremy se miraron.

—Está bien —concluyó Rafe—. ¿Una hora?

—Dos —sentenció la yaya y ninguno de los dos tuvo la energía para discutírselo.

La casita tenía una segunda habitacioncilla a la que los mandó a dormir mientras ella cuidaba de los caballos. En la acogedora estancia había un aroma a las flores silvestres que se secaban colgadas de las vigas y al agua fría e impoluta de la palangana.

—Mucho mejor que el granero. Supongo que es lo que tiene el ser de la realeza —reconoció Rafe mientras se mojaba la cara con el agua fresca. Jeremy se dejó caer bocabajo en la cama, con toda la ropa

puesta.

—Qué gracia. El colchón es de paja. —Rafe se lanzó a su lado.

—¿Crees que la yaya nos dejaría otra almohada?

—Yo no tentaría a la suerte. —Jeremy se dio la vuelta y se propinó unas palmaditas en el pecho—. Aquí tienes tu almohada.

Ya fuera por cansancio o por otras razones, Rafe aceptó la oferta de Jeremy sin pensárselo dos veces. Se giró de lado, pasó un brazo por encima de la barriga de su amigo y apoyó la cabeza contra su pecho.

—¿Mejor?

—Como en los viejos tiempos —dijo Rafe.

—¿Cómo? ¿Solías dormir sobre paja?

—Estaba pensando en que así es como estábamos siempre. Antes de perdernos, claro. Tirados en tu cama gigantesca, de cháchara toda la noche, en vez de dormir, como debíamos.

—Justo igual. Solo que ahora tengo barba. Pero sí, eso es lo único diferente.

—Y yo no tengo miedo.

—¿Del Pueblo Fantasma?

—No. De mi padre. —Jeremy guardó silencio por un momento.

—No llegué a contarte esto, pero cuando estabas en Brook Haven fui a verte —desveló Jeremy. Rafe alzó la cabeza y se quedó mirándolo.

—¿En Brook Haven? Pero eso fue hace ocho años. ¿Qué pasó?

—Que entré, tu padre me vio y se le fue la cabeza.

—¿Mi madre te…?

—No, no. Ella estaba contigo cuando pasó y tampoco sabía que yo estaba allí. —¿Su padre le había impedido verle? La única persona a la que de verdad había querido ver en ese mundo o en el que fuera y su padre lo había echado.

—¿Por qué? —preguntó Rafe.

—¿Que por qué no te lo conté?

—No, que por qué viniste a Brook Haven.

—A que me hicieran el cambio de aceite. ¿Tú que crees? Pues a verte.

—No podías contarme nada. Así que por qué…

—Porque pensaba contártelo todo —admitió Jeremy.

—Pero…

—Habría dado lo que fuera por ayudarte, incluso este mundo, si hubiera sido necesario. —¿Qué podía responder Rafe a eso? Jeremy había estado dispuesto a renunciar a todo aquello solo por ayudarle a conciliar mejor el sueño. Pero ¿por qué? Como le daba hasta miedo preguntarle, decidió no hacerlo.

—Gracias por intentarlo —soltó Rafe finalmente, sin saber muy bien qué decir.

—Debería haberlo intentado más.

—No. Aunque me lo hubieras contado todo, no te habría creído y no nos habrían dejado volver nunca más —zanjó Rafe, tras lo que apoyó de nuevo la cabeza sobre su pecho. Jeremy le puso la mano en el pelo y empezó a acariciárselo. ¿Por qué sentía esto como algo tan sencillo y natural? Al bostezar, sin darse cuenta, dejó el brazo más abajo, sobre la barriga de Jeremy.

—No pasa nada. Puedes estirarte.

—No quiero darte en la herida.

—Creo que ya está mejor. —Rafe se sentó y le levantó la camiseta a Jeremy. El cardenal había adquirido un tono morado.

—No está mejor —apuntó Rafe con el ceño fruncido.

—Una medalla de honor —dijo Jeremy, aunque no era así como la había llamado antes. ¿Cómo había dicho? La Mancha Roja de Júpiter.

Rafe trazó una órbita alrededor con la punta de sus dedos, como para calmar la borrasca.

—Lo siento. No hay excusa que valga —se disculpó Rafe. Antes, cuando Emilie le había obligado hacerlo, no lo había hecho de corazón, pero ahora sí.

—Perdonado. Si te sirve de consuelo, aquella noche, en el Brook Haven, yo también le pegué a tu padre.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—Un buen gancho de derecha. —Jeremy levantó el puño como muestra de poder. Entonces, Rafe se acordó de algo.

—Fue por esos tiempos cuando llegó un día con el ojo morado. Me dijo que se había resbalado con el hielo del aparcamiento y que se había dado un golpe en la frente.

—El golpe se lo dio con mi puño.

—¿Te pegó él primero? —preguntó Rafe.

—No. No paraba de gritarme y no pude contenerme. Le solté un puñetazo y le dije: «Esto por la bofetada que le diste a Rafe». —Rafe se quedó mirándole. Solo por eso le daría un beso y estuvo a punto de hacerlo. De broma, claro.

—¿Hiciste eso por mí?

—Podría responderte que sí para quedar bien, pero lo cierto es que no. Lo hice por mí. —Jeremy puso una sonrisa maliciosa que borró al instante para continuar—: Estaba siempre «buscándote» en mi cabeza, por ese don que me dieron. Podía sentir dónde estabas. Lo hacía más a menudo de lo que me gustaría reconocer.

—Pensaba que solo podías usarlo para encontrar a personas perdidas.

—Tú no recordabas este mundo, pero muy en el fondo sabías que este era tu sitio. Creo que sin Shanandoah, estabas perdido. Dime,

¿no sientes que este es tu sitio? —Sí, así era. Pero ¿era por estar en Shanandoah o por estar con Jeremy? La yaya llamó a la puerta.

—¡Sé que estáis de cháchara! Os quiero oír roncar.

—¡Sí, yaya! —gritaron al unísono. Ambos se miraron y se echaron a reír intentando hacer el menor ruido posible. Jeremy le puso el dedo sobre los labios. Rafe se acercó y volvió a tumbarse sobre su pecho.

—El corazón te va a mil. ¿Estás bien? —susurró Rafe.

—Sí. Estoy perfecto.

Se quedaron fritos en cuestión de segundos. Se despertaron a media mañana y la yaya los estaba esperando con el desayuno preparado. El menú era pan con mantequilla recién hecha, huevos, queso y té calentito. Tenían un hambre canina, así que comieron sin abrir el pico y ni se dieron cuenta de que la puerta se había abierto y cerrado de nuevo hasta que alguien soltó en la mesa una cesta de manzanas. Con los tenedores suspendidos en el aire, levantaron la mirada para ver a la yaya.

—Si vais para Pueblo Fantasma, necesitaréis manzanas —afirmó ella.

—¿Manzanas? ¿Para la fibra? —bromeó Jeremy.

—Comeos una —ordenó. Rafe agarró una de las manzanas del cesto de mimbre y le pegó un bocado—. ¿Notas el sabor?

—Está buena. Muy rica. Sabe como a…

—A luz —resolvió la yaya—. Son manzanas soldoradas, repletas de luz solar. De tanta luz que les da, se vuelven del color del sol. Allí a donde vais no hay luz, al menos no de la buena. Así que mejor que os llevéis una poca con vosotros.

Rafe le dio otro bocado. El sabor le recordaba muchísimo a algo. ¿Por qué sus manos podían recordar este mundo cuando se ponía a

pintar o a tallar? ¿Por qué su cuerpo recordaba cómo montar a caballo y su papilas gustativas el sabor de las manzanas soldoradas, pero su mente no era capaz de acordarse de un solo momento que hubiera pasado allí con Jeremy?

—Tú eres príncipe y tú un caballero —prosiguió ella—. En Pueblo Fantasma ambos sois la merienda perfecta. Si no queréis que os coman vivos, habéis de hacer cuanto os digo.

—Sí, señora —afirmó Rafe y Jeremy asintió en silencio.

—Llevaos esto. Guardad las manzanas hasta que las necesitéis. Quedaos pegados el uno al otro, porque si os separáis, puede que no seáis capaces de volver a encontraros o, peor, pensaréis que lo habéis hecho, pero os equivocaréis y no os gustará nada con lo que realmente os hayáis topado. Permaneced juntos. Repetid conmigo. —Rafe y Jeremy se miraron el uno al otro.

—Permaneced juntos —dijeron a la vez.

—Sobre ese lugar recae un oscuro maleficio. No deis por hecho que no caeréis en él, porque cualquiera puede hacerlo. Si uno de los dos ve que el otro está sucumbiendo, haced lo que sea necesario para traerlo de vuelta a la realidad. Más vale perder una mano o un ojo que dejar que ese sitio se quede con vuestra alma. Lo que sea necesario. Repetid.

—Lo que sea necesario.

—Así me gusta. Y ojo con las arañas durmientes, que también son de allí. Y los Resplandecientes juegan con ventaja en ese condenado lugar. Solo se les puede dar una muerte definitiva cuando están empapados, pero no encontraréis ni pizca de agua, así que allí es donde son verdaderamente inmortales. Además, puede que jueguen con vosotros y lo harán, de eso estad seguros. Cualquier cosa puede ser una farsa. Que no os engañen. No os fieis de vuestros ojos.

Decíoslo el uno al otro.

—No te fíes de tus ojos —repitieron.

—El Pueblo Fantasma cambia de forma y de nombre. No puedo saber a quién o qué os encontraréis allí, pero sea lo que fuere, tratará de atormentaros si os dejáis. Así que no os dejéis. Los fantasmas no pueden morir, pero os pueden matar; en eso tienen las de ganar. No os fieis de lo que veis, mirad en vuestro interior. Vosotros tenéis corazón, ellos no, y ahí es donde vosotros podéis tener la sartén por el mango. Ahora, idos. Cuanto antes entréis, antes saldréis, si es que lo hacéis. Prometedme que lo conseguiréis. En voz alta.

—Prometido.

—¡Cazados! Eso no se puede prometer. —Con esa espantosa afirmación, la yaya los dejó a solas. Rafe miró a Jeremy al otro lado de la mesa.

—Ahora sí que estoy cagado. ¿Y tú? —confesó Rafe.

—«Cagado» se me queda corto.

De otro bocado, Rafe se terminó la manzana. Si tenía que morirse en el Pueblo Fantasma, al menos que fuera con el buen sabor del sol de Shanandoah.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Sin saber muy bien por qué, la formación rocosa que tenían enfrente se le antojó a Rafe como una premonición. Al principio, pensó que se trataba del alto muro de alguna antigua catedral o algo así, como las ruinas medievales que había visto en algunas fotografías. Pero entonces, al observar más de cerca, vio que no se trataba de ninguna obra hecha por el hombre; sino de una elevada muralla de la naturaleza, de al menos quince metros de altura con tres huecos vacíos, altos y estrechos. Eran una especie de puertas o…

—Los Arcos del Ángel —indicó Jeremy en respuesta a la pregunta que Rafe no había llegado a hacer.

—¿Por qué los llaman así?

—Se dice que los únicos con la suficiente valentía como para entrar ahí son los ángeles. Pero hasta ellos temen hacerlo por la puerta principal.

—¿Se entra por ahí? Pero si por detrás no hay más que campo.

—Está oculto. No es solo que en el pueblo haya fantasmas, es que es un pueblo fantasma en el más estricto sentido de la palabra.

Jeremy instó a su caballo para situarse junto al de Rafe y ambos fueron al trote hasta quedarse a unos cien pasos de la formación, y allí dieron el alto a sus caballos.

—Para pasar, tenemos que ir a pie, no podemos llevarnos a los caballos. De todas formas, tampoco sería capaz de hacerles pasar por eso. —Cabalgaron hasta los Arcos y allí desmontaron—. Volveremos pronto, chicos —les dijo mientras acariciaba la cabeza de ambos animales y les daba un puñado de bayas—. Dirigíos a casa de la yaya, ella os dará unas buenas manzanas. —Pertinaces, los caballos se negaron a moverse de allí—. Típico de ellos.

Aun con el arco a cuestas y el carcaj lleno de flechas, Rafe ya se sentía en una patética desventaja. Se quedó plantado junto al más alto de los tres arcos. Miró a través de él, pero seguía viendo más de lo mismo, más de Shanandoah. La imagen era de un campo de flores violetas, mariposas amarillas y rocas gigantes esparcidas sin ningún patrón discernible, como si alguna antigua estructura se hubiera derrumbado hacía eones y el mundo hubiera recuperado gran parte de ella.

—¿Listo? —preguntó Rafe. Jeremy tomó una bocanada de aire.

—Tal como dijo el increíble Aslan, el león, «Más adentro y más arriba». —Rafe comenzó a cruzar el arco, pero Jeremy le puso la mano sobre el hombro para detenerlo—. El caballero va antes que el príncipe.

—¿Eso es alguna regla del ajedrez? —cuestionó Rafe.

—Es una regla de Jeremy.

—La yaya nos dijo que permaneciéramos juntos. ¿O ya se te ha olvidado el cántico rarito que nos ha hecho recitar? Vamos a pasar al

mismo tiempo. Tú ve por esa —dijo Rafe y apuntó con el dedo a la apertura que había junto a él—. Te doy medio segundo de ventaja, ¿vale?

—Me parece justo. —Rafe se dispuso a entrar de nuevo, pero Jeremy volvió a agarrarlo del hombro para impedírselo.

—Pero ¿qué…? —exclamó Rafe, pero antes de terminar la frase, Jeremy le plantó un beso. No fue más que un besito en el cuello, pero no dejaba de ser un beso.

—Besar a un príncipe trae buena suerte, ¿recuerdas? Una leyenda popular de por aquí, pero yo, con tal de besar a alguien, me olvido pronto de la lógica y la razón. —Jeremy se quedó mirando al arco—. Además, toda suerte es bien recibida.

Rafe se quedó paralizado, aturdido ante un nuevo *déjà vu*. Tenía la misma sensación que había tenido al entrar por primera vez al Palacio Lunar. Bueno, aunque no hubiera sido en realidad la primera vez que entraba al palacio. El beso de Jeremy le había despertado exactamente lo mismo. Ambas situaciones habían sido como volver a casa, ambas eran como si ya las hubiera vivido miles de veces.

—¿Rafe? —Aquello también le resultaba conocido. La llamarada de calor, de felicidad, de valor. El coraje que le había dado aquel beso le resultaba hasta más familiar que su propio nombre.

—Y besar a un caballero, ¿tiene alguna ventaja? —preguntó Rafe.

—Multitud. Gratitud eterna, un regalo más en Navidad, que te siga a todas partes.

—Bueno es saberlo.

Antes de que Jeremy pudiera responder, Rafe cruzó el Arco del Ángel y aterrizó en una pesadilla.

RINCÓN DEL NARRADOR

Pueblo Fantasma



En Shanandoah hay dos entradas al Pueblo Fantasma: los Arcos del Ángel, por la que pasaron Rafe y Jeremy, y la puerta de piedra de la Mesa del Té Demonial, por la que entraron Emilie y Skya más o menos al mismo tiempo.

Desde el Mundo Real, a falta de un nombre más original, solo hay una forma de entrar a Pueblo Fantasma y esa es morir con asuntos pendientes.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Lo que fuera que Rafe hubiera imaginado encontrar en Pueblo Fantasma, no se parecía en nada a lo que en realidad encontró. Era el Morgantown de Virginia Occidental. O más bien la sombra de ello. Rafe reconoció el pueblo de la misma manera en que uno reconoce a un dinosaurio en un museo, por la forma de su esqueleto. Los huesos de las tiendas y la espina dorsal de las calles estaban allí, pero de la carne de la localidad no había ni rastro, algo se la había comido.

No había sol, solo nubes negras que se perseguían las unas a las otras en un cielo amargo. Unas nubes enrabietadas, pero sin gota de lluvia. Bajo sus pies, todo era polvo. Allí no había llovido en la vida. No había nada que pudiera limpiar aquellas cenizas.

Se hubiera puesto a llorar de no haber sido por el miedo que le daba lo increíblemente injusto que veía a su alrededor. Allí es donde había comprado sus libros favoritos, allá donde una vez se había tomado un café con aquella chica y en ese hotel donde había

conseguido su primer trabajo para pintar habitaciones. Ver su pueblo natal así era como ver el cuerpo sin vida de un amigo tirado en la cuneta de alguna carretera.

Alguien había pintarrajeado el cartel descolorido en el que en algún momento se había leído Virginia Occidental. La última palabra estaba tachada y habían garabateado por encima para convertirla en Virginia Perdida.

«Jay», masculló Rafe sin obtener respuesta. Se giró y se quedó mirando a los Arcos del Ángel, que estaban oscuros y vacíos. «¿Jeremy?», volvió a llamarlo.

Nada. Ni una respuesta. Ni rastro de Jeremy. Mira que la yaya se lo había advertido. Rafe ya lo había perdido.

Con miedo de avanzar, pero con más miedo todavía de quedarse allí, se colgó el arco a la espalda y comenzó a bajar poco a poco la colina en ruinas que algún día había sido High Street. Anduvo por lo que quedaba de acera, con cuidado a cada paso que daba para evitar el musgo negro y el espeluznante moho que crecía por entre las grietas. Desde allí podía oír la corriente del cercano río Monongahela, que, en el profundo silencio de aquel pueblo muerto o moribundo, sonaba con demasiado vigor. El nombre del río significaba «riberas deslizantes», pero, en realidad, él nunca había visto que las riberas se deslizaran hacia el agua.

A pesar de todo, a Rafe se le escapó una pequeña sonrisa al ver una cara familiar, la estatua de Don Knotts, el hijo predilecto de Morgantown, que ocupara su lugar de honor frente al antiguo teatro. Pero al llegar a ella, distinguió en el rostro del viejo Don una boca muy abierta en forma de grito. Rafe se echó para atrás.

A los pies de la estatua se había acumulado un montón de hojas y de entre estas se alzaba el rostro sucio y cetrino de una mujer. No

eran hojas, sino harapos. Era una mujer vestida con harapos.

Rafe volvió a alejarse unos cuantos pasos más, entre compungido y aterrorizado. Habría jurado que solo eran hojas.

—¿Has visto la luna? —le preguntó ella con una voz afilada, como un vidrio al romperse—. He perdido la luna.

—¿Qué? ¿Cómo puedes haber perdido la luna? —La mujer miró hacia el cielo odioso y enrabietado.

—La luna se pierde igual que se pierde la esperanza. Un día miras para arriba y ya no está —respondió ella.

La mujer volvió a hundirse en sí misma y, al pasar una ráfaga de aire fétido, volvió a convertirse en hojas muertas y se esparció por la calle.

Las hojas crujían bajo las botas de Rafe al caminar, aquello que quedaba de la mujer que había perdido la luna.

Con el corazón palpitante, se llevó las manos a los bolsillos y descubrió que las manzanas seguían allí, una en cada lado. Ojalá se hubiera traído un saco entero.

Más adelante, un movimiento captó su atención. Era Jeremy. Se había detenido a los pies de la colina, fuera del hotel; pero después se giró y salió corriendo por una calle lateral.

«¡Jay! ¡Aquí! ¡Arriba!». El júbilo con el que lo llamó fue posiblemente la primera vez que la alegría ponía un pie en aquel lugar.

Sin prestar atención a las hojas ni a la calle destrozada, Rafe corrió todo lo rápido que pudo, pero para cuando quiso llegar al cruce, Jeremy ya había desaparecido.

Rafe giró en círculos, recorrió la manzana y los alrededores y luego regresó a lo que quedaba de High Street. Se detuvo frente al Hotel Morgan. Quizá desde la última planta pudiera ver a dónde había ido

Jeremy. Siguió hacia delante.

La acera se resquebrajó bajo sus pies y se cambió al otro lado. Estuvo a punto de caerse, pero al final se las apañó para cruzar la calle. El ruido era cada vez más fuerte, como disparos de cañón. Se detuvo y se dio la vuelta justo en el momento en el que el hotel se derrumbaba y se deslizaba hacia el río.

Despacio, como si cada pisada pudiera provocar otro terremoto, caminó a lo largo de la que en su momento había sido la Calle del Contento, pero alguien le había cambiado el nombre al cartel, en el que ahora se leía Calle del Descontento.

Por fin, dio con las huellas recientes de unas botas que tenían que ser las de Jeremy y las siguió hasta cruzar un puente. Ya sabía a dónde se había dirigido. A su antigua casa. Ese era el camino a Park Street.

Fuera cual fuere el desastre que había azotado el centro del pueblo, Park Street se había librado en gran medida. Pero, pese a que las enormes casas antiguas seguían en pie y las calles enladrilladas estaban prácticamente intactas, en el barrio se respiraba un aire catastrófico que parecía lluvia radiactiva.

Los colores de las fachadas, que en su momento fueron blancas, azules, amarillas o verdes, se habían desvanecido hasta adquirir un gris enfermizo. Algo había hecho un agujero enorme en el lateral de la gran casa blanca que hacía esquina. Rafe observó asombrado y horrorizado cómo una serpiente marrón del grosor de un barril y de la longitud de un autobús escolar se metía por el agujero. Si es que alguna vez en su vida había tenido más miedo que en ese momento, no se acordaba.

Se apresuró en dirección a la casa de Jeremy. Allí estaba, el gran monstruo azul. Todavía le quedaban restos del color original por

algunas partes. La puerta mosquitera se encontraba entreabierta y daba golpecitos contra el marco.

Si se trataba de una trampa —y todo apuntaba a que lo era—, no podía entrar así como si nada. Rodeó la casa hasta llegar a la parte trasera y, con cuidado, entró a hurtadillas por la puerta de la cocina. Trató de no mirar nada desde demasiado cerca. En el fregadero había cosas que no deberían haber estado allí, y antes de doblar la esquina oyó el ruido que hacían las criaturas al apresurarse para esconderse.

No había ni rastro de Jeremy en la planta baja ni en las habitaciones de arriba. Rafe estaba temblando cuando llegó a las estrechas escaleras que llevaban a la segunda planta. Aquella era la de Jeremy, con su habitación, su baño completo y su cuarto de estar. El reino privado de Jeremy.

Los viejos escalones emitían un chirrido sordo bajo sus pies y, por un momento, el sonido le hizo olvidarse de que aquella no era la verdadera casa de Jeremy.

—¿Jay?

—Estamos aquí.

¿Cómo que «estamos»?

Rafe tragó saliva, encajó una flecha y empujó la puerta con el codo. Entró al pasado, a la antigua habitación de Jeremy, que estaba tal y como la recordaba. Las paredes seguían cubiertas por el mismo revestimiento elegante, la antigua chimenea de ladrillos seguía pintada del mismo blanco brillante y la lámina de los Zorros, de Franz Marc, seguía apoyada sobre la repisa de la chimenea. La única diferencia, alguien había roto el cristal del marco de la lámina y le había hecho tajos a la ilustración con alguna especie de cuchillo o cúter. Las salpicaduras marrones que había sobre los ladrillos blancos de la pared parecían manchas de sangre de los zorros del

cuadro.

Rafe siguió avanzando con el arco agarrado de forma firme entre sus manos sudorosas. En esa parte, todo continuaba como en su memoria: la cama extragrande situada bajo el alero, con la colcha *amish* de doble anillo de boda sobre ella.

Como un soldado en tierra de nadie, continuó adentrándose en la habitación.

—Estoy aquí —oyó decir a Jeremy en voz baja. Rafe se lo encontró sentado en el suelo a los pies de la cama, con la espada tirada sobre la alfombra, junto a él. Sobre su regazo descansaba un pequeño caniche blanco que parecía dormido.

—¿Jay?

—He visto a mi padre —confesó Jeremy, que se negaba a mirarlo a los ojos y tenía la mirada perdida en la ventana.

—¿Tu padre? ¿Tu difunto padre?

—Pensaba que era él. Era igual. Quería contarme por qué se…

—¿Qué?

—Por qué se suicidó dos meses antes de que yo naciera. —Jeremy acariciaba el pelo del perro casi por defecto. Era igual que Martha, el caniche mini de los Cox, que llevaba quince años muerta—. Me ha dicho que se suicidó porque vio el futuro. Vio que yo huiría y le rompería el corazón a mi madre. Ha dicho que no pudo soportar la idea de ser el padre de un hijo capaz de hacer eso, por eso nos abandonó. Sé que ha sido un Resplandeciente, pero ¿sabes qué? Que ni con esas me ha sido fácil matarlo.

—Jay. —Jeremy miró de reojo la espada.

—Muy considerado por su parte hacerme matarlo en mi propia habitación.

—¿Dónde están tus manzanas? —preguntó Rafe.

—Mi padre quería una.

—Pero tenías dos.

—Una me la comí yo. Tuve que hacerlo para acabar con él.

—Mírame —lo instó Rafe, que se arrodilló frente a él, chasqueó los dedos y lo miró a los ojos—. Estamos en Pueblo Fantasma. La yaya ya nos avisó de que nos provocarían, nos engañarían y veríamos monstruos. No podemos sucumbir. —Jeremy soltó una risilla.

—Por lo menos Martha está aquí. ¿A que sí, bonita? —Jeremy le rascó la barbilla a la perrita, que levantó la cabeza y soltó un gruñido de placer—. Madre mía, cómo he echado de menos a esta tontaca. Te adoraba. Parecía que besaba el suelo por donde pisabas. Siempre dormía con mamá, menos cuando pasabas la noche en casa, que entonces se venía con nosotros. ¿Te acuerdas? —Rafe quería acordarse y quería acariciarla, pero se abstuvo de hacerlo.

—Jay, Martha era una perrita muy buena. Eso es lo que yo recuerdo de ella. ¿Por qué iba a acabar un buen perro en un lugar tan espantoso como este? —Rafe rozó la cara de Jeremy. Tenía la piel fría y húmeda al tacto y sus ojos avellana habían adquirido un tono marrón oscuro, como el de las hojas muertas—. Esa no es Martha.

—Déjame pensar que lo es —espetó Jeremy mientras le acariciaba las orejas blanditas con la punta de los dedos. Rafe sacó una manzana y la sostuvo junto a los labios de Jeremy, pero este giró la cabeza hacia otro lado—. Dame un minuto. Solo un minuto más.

—No, Jay. Cómete la manzana. Dale un bocado, por favor.

Jeremy cerró los ojos y echó la cabeza para atrás, sin dejar de acariciar a la Martha impostora.

Rafe lo estaba perdiendo y eso era algo que no podía permitirse. Ya lo había perdido antes y no iba a dejar que volviera a pasar. Así que le dio un bocado a la manzana y luego otro y otro. Se llenó la boca de

aquel sabor a luz hasta que el dulce jugo dorado le chorreó por la barbilla. Se dejó entre los labios un bocado de manzana y situó sus manos sobre el cuello de Rafe. Le dio un beso. Un beso profundo.

Al principio, no parecía surtir efecto, pero, de repente, parecía un hombre medio ahogado que por fin conseguía salir a la superficie para respirar. Los labios de Jeremy se separaron y Rafe le introdujo el último bocado de manzana soldorada. Jeremy se lo tragó de una y tomó el rostro de Rafe entre sus manos, le echó la cabeza para atrás y, con la lengua, bebió de él hasta la última gota de luz.

La luz da calor y el beso había sido tan abrasador que a Rafe empezaron a quemarle las manos de Jeremy sobre su piel. El beso de manzana estaba teniendo su efecto, un efecto mágico. No había sido un buen beso sin más. Había sido demasiado bueno. Jeremy lo había besado como si supiera cómo hacerlo, como si fuera un experto, como si tuviera algo que demostrar y supiera que podía hacerlo.

Podrían haber estado besándose durante una eternidad de no haber sido porque Martha, que no había refunfuñado en toda su santa vida, empezó a gruñirles. Rafe se apartó, sacó el cuchillo de caza y le dijo a Jeremy: «Cierra los ojos».

Antes de que pudiera deshacerse de la bestia, la cosa desapareció en una nube de humo. Rafe se levantó y agarró a Jeremy para ayudarlo a levantarse. El humo se materializó frente a ellos y dejó a la vista a un Resplandeciente de mirada lasciva, piel cenicienta y con olor a leche agria.

—Qué gustito. Tienes buenas manos. Menuda suerte tiene el príncipe —dijo el Resplandeciente, y miró a Rafe con una sonrisa que revelaba unos dientes afilados. Jeremy fue a buscar su espada, pero la criatura se encontraba sobre ella. Rafe sujetó la flecha como si fuera una jabalina, preparado para lanzarla, pero el atacante levantó

una bandera blanca que sacó de la nada—. Con esto no puedes matarme —se mofó.

—¿Y eso quién lo dice? —lo provocó Rafe, con la flecha en lo alto.

—Desembucha —le ordenó Jeremy.

—El rey de Virginia Perdida aguarda vuestra presencia. Seguid el río Negro. Podéis ir ya o quedaros aquí con esa. —La criatura giró bruscamente la cabeza hacia la puerta del dormitorio. Rafe escuchó unos pasos y cerró de golpe la puerta con pestillo.

—¿Cariño? Es hora de cenar —dijo la agradable voz de una mujer con acento británico. La madre de Jeremy.

—Daos prisa —indicó el Resplandeciente—. No hagáis esperar al rey.

—¿Cielo? ¿Por qué has echado el cerrojo? —Esta vez, lo que fuera que había al otro lado golpeó la puerta con más fuerza.

—Ah, y por si se os pasa por la cabeza huir en vez de ir a ver al rey… —Se sacó algo plateado del cuello y se lo lanzó a Jeremy, que lo agarró y lo examinó.

—Es la medalla de Santa Ágata de Emilie —señaló Jeremy.

Los Resplandecientes tenían a Emilie. Sin pensárselo dos veces, Rafe se abalanzó para clavarle la flecha, pero la criatura salió por la ventana, volando como el viento, y se esfumó.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Las bisagras de la puerta rechinaron. La cosa que había ahí fuera quería entrar y quería hacerlo cuanto antes.

—¿Rafe se va a quedar a cenar? Dile que no hay problema. —Rafe puso sus manos sobre los hombros de Jeremy y lo miró a los ojos.

—No es ella.

—Lo sé. ¿Cuándo nos ha cocinado algo mi madre? —Algo golpeó con fuerza la puerta. Había sonado a un hombro.

—Vete. ¡Ya! —ordenó Rafe. Jeremy no se paró a pensar, agarró su espada, la envainó y se lanzó por la ventana hacia el sicomoro muerto del patio trasero.

—Sé que mi hijo está ahí dentro —rugió la cosa como un demonio —. ¡Tráemelo de vuelta!

Rafe encajó una flecha y tomó aire. Nada más quitar el pestillo, disparó a la primera cabeza que asomó por la puerta.

Mientras el monstruo se sacudía furioso, Rafe se escapó por la

ventana y bajó por el árbol. Aterrizó en el suelo y Jeremy lo ayudó a levantarse. Salieron corriendo, incluso a pesar de las punzadas que las viejas enredaderas de rosas de Mary Cox, que trataban de agarrarlos por las piernas, les estaban asestando con sus feroces espinas.

Corrieron tan rápido como pudieron por aquellas calles que ya no tenían ningún sentido. Los ladrillos se hacían polvo de tan solo pasar por su lado. Más adelante, Rafe avistó un río que no debería haber estado allí, un río negro y embravecido de la anchura de una autopista de dos carriles. Había un puente colgante que lo cruzaba y al otro lado se veía un camino de tierra. Ese debía de ser el camino que habrían de tomar.

Jeremy cruzó el puente antes de que a Rafe le diera tiempo a detenerlo. Lo había hecho sin complicaciones, pero Rafe no se fiaba. Con tiento, comenzó a cruzar el puente tambaleante. Se ordenó a sí mismo no mirar abajo, pero hizo caso omiso y en el agua vio a Jeremy, que se agitaba y luchaba contracorriente, con una flecha clavada en la espalda.

—¡Rafe! ¡Ayuda! —le gritó el Jeremy del río.

—Vamos, Rafe. Estoy aquí —bramó Jeremy desde la otra orilla del puente—. No caigas como he hecho yo antes. Estoy aquí mismo.

Pero ¿y si no era así? ¿Y si el que estaba al otro lado del puente era el Jeremy falso y el de verdad estaba en el agua suplicando por su ayuda?

El Jeremy de la orilla empezó a subir de nuevo al puente, pero bajo su bota se rompió una de las tablas.

—¡Para! —chilló Rafe—. Me dijiste que el agua mataba a los Resplandecientes. —El Jeremy del río levantó la mano para que se la agarrase.

—Rafe, acuérdate de que esta agua no es real —dijo Jeremy al otro lado del puente—. Lo de antes no era un perro de verdad ni una casa de verdad y eso no es un río de verdad.

Rafe quería creerle, pero ¿y si se equivocaba? Hubo un momento en el que se habían separado, cuando él se había quedado en la habitación para luchar contra aquella cosa. ¿Y si…? Pero, de pronto, se acordó de algo.

—¿Cómo cantas siempre *Country Roads*? —le gritó Rafe a Jeremy desde el otro lado del puente.

—¿Qué? —voceó de vuelta el Jeremy del río.

—El Jeremy Cox de verdad tiene su propia versión de *Country Roads*. ¿Cómo es? —lo desafió Rafe. El Jeremy de verdad se sabía al pie de la letra el *Country Roads* de John Denver, el himno de Virginia Occidental. Y además de sabérselo, tenía una propia versión especial.

—¡Rafe! ¡Me hundo! —El Jeremy del río se aferró a una roca en el agua, con la otra mano extendida. Rafe habría podido alcanzarla si se hubiera tumbado sobre las tablas y se hubiera estirado.

—En vez de «la brisa que sopla» —insistió Rafe—, es…

—¡«La brisa me la sopla»! —bramó el Jeremy del puente.

Rafe recorrió a toda prisa el resto del puente y se giró justo cuando el Jeremy del río se hundía en el agua, que no era agua, sino un óleo negro de aspecto diabólico. Jeremy lo agarró mientras jadeaba e intentaba recuperar el aliento.

—Has estado excelente.

—Siempre me ha gustado más tu versión —respondió Rafe—. Venga, vamos.

Con la espada y el arco en posición, recorrieron rápido el camino en paralelo al río. Aunque ya habían aprendido la lección, el río seguía tentándolos con cuerpos en el agua y gritos de los ahogados.

—¿Qué será este sitio tan espantoso? —murmuró Rafe.

—Skya dijo que aquí era por donde pasaban las almas perdidas. Un lugar entre…

—¿Entre qué? ¿El Cielo y el Infierno?

—Entre tu último aliento y tu última oportunidad.

Un hacha les pasó rozando y el filo se clavó en la corteza de un árbol. La savia, densa y roja como la sangre y con olor a cobre, emanaba del tronco como una herida abierta.

Rafe quería huir, pero se quedó petrificado. A unos tres metros de distancia, tenían a un Resplandeciente vestido con harapos funerarios y que apestaba a muerto. Se acercó al árbol a zancadas y arrancó el hacha del tronco. La hoja relucía húmeda y manchada de marrón.

—Buena jugada, príncipe. Eres muy sabidillo tú, ¿eh? Pero no esperes que el truco te vaya a funcionar la próxima vez —le advirtió el engendro.

—¿Qué quieres? —soltó Rafe en tono exigente.

—¿Que qué quiere Tajo? —se regodeó la criatura mientras los rodeaba, cada vez más cerca, como un tiburón alrededor de su presa —. Tajo quiere que os deis brío. Eso es todo. Vamos, al tajo. — Comenzó a blandir el hacha que llevaba al hombro.

Jeremy empujó a Rafe, pero para cuando el hacha les pasó por encima de sus cabezas, Tajo ya había desaparecido.



Rafe se tumbó bocarriba sobre el suelo agrietado mientras Jeremy le merodeaba por encima.

—¿Estás bien? —preguntó Jeremy, que miraba en todas direcciones

en busca de algún otro peligro.

—Tienes buenos reflejos.

—Tempestad es buena maestra en las artes caballerescas de mantener a tu príncipe con vida. —Jeremy le agarró la mano a Rafe y lo levantó del suelo.

—Me acabas de salvar la vida.

—Y tú has salvado la mía en la casa. Has renovado el concepto del boca a boca. ¿Listo?

—Todavía no —dijo Rafe, que no, no estaba listo. Sentía cómo el lugar lo estaba devorando por dentro. Casi lo habían matado. Casi habían matado a Jeremy. Si iba a morir, al menos quería hacerlo sabiéndolo todo—. Dime la verdad.

—¿Sobre qué?

—El de antes no ha sido nuestro primer beso, ¿me equivoco? —preguntó Rafe. Jeremy lo miró.

—No.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Ahora, supongo. Te lo iba a contar en casa de la yaya Manzanas, pero no me atreví.

—La otra vez que estuvimos aquí, ¿tú y yo estuvimos tonteando? ¿Experimentando?

—Enamorados —respondió Jeremy, con toda la sencillez del mundo—. Aunque cueste creerlo. Y quizá no te lo creas. —Rafe lo agarró por la parte de atrás del cuello y tiró de él para plantarle otro beso, esta vez sin ninguna excusa, sin ningún enemigo al acecho. Un beso porque sí. Después, lo soltó.

—Venga, vamos. Ahora sí que quiero recuperar ese estúpido libro —zanjó Rafe.

—Pues a por él se ha dicho. —Jeremy le ofreció la mano. Rafe la

aceptó y comenzaron a recorrer el oscuro camino que avanzaba junto a las negras aguas del río.

Anduvieron durante lo que les parecieron horas. Rafe volvió a sentir la misma terrible sensación de *déjà vu* que había sentido anteriormente. Las colinas, aquella curva en el camino, las casas vacías…

—Ya sé dónde estamos —afirmó él.

—Estamos de camino a tu casa.

Jeremy le apretó la mano con fuerza. Al llegar al sendero de grava, fueron hacia la vivienda. Era igual que su casa, con el banco colgante y los macizos de su madre en la entrada. Era como su casa, pero no era su casa. Las flores estaban todas marchitas, muertas de hacía tiempo y en descomposición. Ahora sí que sintió la oscuridad dándole de lleno. No quería entrar ahí.

—Rafe.

—Mi madre llevaba razón. No echo de menos a mi padre. Me alegro de que ya no esté. Con él todo era tan complicado. Y no tenía por qué serlo. ¿Qué más daba que me gustara dibujar en la mesa de la cocina? ¿A él qué le importaba? Cuando era un crío, mi madre me sacó un libro de la biblioteca, *Guía para dibujar animales*. Un día me puse a dibujar un lobo y mi padre, al verlo, me cerró el libro de golpe y me obligó a salir de la casa con él. «Olvídate de todas esas tonterías», me dijo. «Yo te enseñaré a cazar lobos». —Rafe dio un paso para atrás y luego otro—. Ni siquiera hay lobos en Virginia Occidental. Los cazadores se los cargaron todos hace unos cien años. —Rafe no sabía muy bien lo que estaba diciendo, pero sabía que no podía entrar ahí, ni aunque en ese lugar estuvieran reteniendo a Emilie. No podía pasar ahí a punta de pistola porque ¿y si…?

Dentro de la casa se encendió una luz. La puerta principal se abrió.

El Resplandeciente que se hacía llamar Destripador salió y los saludó. No era el único, un montón de ellos se erigieron desde el suelo, brotaron de los árboles, todos sonrientes, con sus colmillos a la vista y vestidos con andrajos grises. Destripador bajó los escalones del porche a ritmo tranquilo. Jeremy trató de interponerse entre él y Rafe, pero el otro levantó amenazador un cuchillo.

—Ha llegado el momento —sentenció Destripador—. El rey está esperando. Pero antes, dejad que os quitemos un poco de peso de encima.

Los Resplandecientes los rodearon y los despojaron de sus armas, y, lo que es peor, encontraron la última manzana soldorada en el bolsillo de Rafe. La agarraron como si fuera una granada a punto de estallar y la lanzaron al suelo. El tal Tajo la partió con el hacha y hasta ahí, ahora no tenían más luz que la que les quedaba en el interior. Desarmados y conducidos por los que los habían acorralado, se dirigieron hacia la entrada.

—Esta es mi casa —le dijo Rafe a Destripador, cuyos dedos afilados se le estaban clavando en el pescuezo—. Deja ir a Jeremy. Él…

—No. De eso nada. Ni pensarlo —discrepó Jeremy.

—Ya lo has oído, guapito —replicó Destripador con tono cruel y burlón.

—¿A ti no te había cortado yo la cabeza? —le soltó Jeremy al Destripador, que, acto seguido, se bajó el cuello manchado para dejar a la luz las puntadas de hilo negro alrededor de su cuello.

—Me la cosí. —Destripador le dio un puntapié en el tobillo a Rafe para hacerlo tropezar. Jeremy se peleaba con los dos que lo llevaban sujeto e intentaba liberarse de ellos—. Lleváoslo.

—¡No! —chilló Rafe mientras arrastraban a Jeremy hacia otro lado

de la casa.

—Lo siento. El rey quiere verte a ti solo —le anunció Destripador. Tras ello, tocó a la puerta, pero no esperó a que le respondieran para abrirla. Como burla a la voz cantarina de la madre de Rafe, Destripador gritó—: ¡Cariño, ya estamos en casa!

—¡En la cocina!

No, no, no. Rafe sabía de quién procedía esa voz. Y allí estaba, su padre, sentado a la mesa y con la mismísima apariencia de hacía quince años, de los días previos a la desaparición de Rafe, porque después, en aquellos seis meses, envejecería diez años.

Tenía el cabello castaño con reflejos grises. Estaba grande, fuerte y con el ceño fruncido, como siempre, con surcos alrededor de la boca, pero no por sonreír, sino por todo el tabaco que fumaba. Llevaba puesta la camiseta gris a rayas del trabajo, que olía a aceite y a polvo y que tenía un parche en el bolsillo del pecho en el que se leía Decker Electrical y abajo, en cursiva, su nombre, Bill.

La mesa estaba llena de cosas sin sentido: un tenedor, una cuchilla de afeitar, un cuchillo y un pequeño soplete para soldar. Rafe probó suerte, pegó un salto al frente y agarró el tenedor. Se lo clavó en el brazo a la criatura que se estaba haciendo pasar por su padre. Quería que brotara el humo, pero no, de allí no salió nada. No se trataba de un Resplandeciente, sino de otra cosa. A Rafe se le cayó el tenedor de la mano y este rebotó contra el suelo con un estrépito metálico.

—No —suspiró Rafe.

—Siéntate, hijo —le ordenó su padre.

Se sentó porque lo obligaron y porque el hombre que tenía enfrente era realmente su padre, y cuando su padre le decía que se sentara, Rafe se sentaba.

RINCÓN DEL NARRADOR

Sí



Por si os lo estabais preguntando, sí, aquella era el alma perdida del padre de Rafe.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Emilie estaba de vuelta en Ohio, en su habitación, con catorce años. Stevie le cantaba *Dreams* a través de los altavoces y desde la cocina de abajo, donde su madre preparaba la cena, le llegaba un aroma a pan recién hecho. Su perro, Paw-Paw, estaba echado en la alfombra roncando mientras Emilie doblaba ropa limpia. Paw-Paw ni se inmutó cuando le apiló sobre el lomo las camisetas dobladas, la mitad de ellas de giras de Fleetwood Mac.

Emilie no tenía miedo. Con los ojos cerrados, cantaba y recordaba días bonitos, sobre todo días fáciles, en los que había estado perezosa, en los que no había tenido ni la más remota idea de lo que era el miedo.

Estaba funcionando. De camino a Pueblo Fantasma, Skya le había dicho que hiciera eso. Ya le había advertido de que los Resplandecientes se alimentaban del miedo, pero con un brillo en los ojos, su hermana le había urgido: «Mátalos de hambre».

Hasta ahora, le estaba yendo bien. Aunque la habían encerrado en

un sótano frío de hormigón y revestido con paneles de madera, estaba a salvo. Sus recuerdos felices habían mantenido a raya a los Resplandecientes. Cuanto más cantaba, más ahuyentaba a aquellos parásitos disfrazados de niños, que se largaban en busca de presas más fáciles.

Esa misma mañana se había tirado de un barco en movimiento a un océano extraño y había nadado hacia las rocas con toda la ropa puesta para decirle a su hermana, la reina, que no la dejaría sola. La valentía y la estupidez le sentaban bien. Le quedaban que ni pintadas. El rey del mundo de los muertos no iba a salirse con la suya, al menos no sin que opusieran resistencia.

Escuchó el temblor del suelo ante unos pasos que se aproximaban. Emilie le sonrió al miedo y siguió cantando. Cuando la puerta se abrió, alzó la voz y cantó el estribillo a voz en grito. Uno de los chicos medio arrojó y medio empujó a Jeremy, que cayó de bruces contra el suelo de hormigón. Emilie se arrodilló al instante junto a él.

—¿Jeremy? Jeremy, ¿estás bien? —Lo agarró por los hombros, lo incorporó hasta dejarlo sentado y le ayudó a apoyar la espalda contra la pared.

—Podría estar mejor —confesó con un bramido de dolor. De la nariz le goteaba sangre, pero, por lo demás, parecía estar entero, más o menos—. ¿Me ayudas con esto? —Jeremy le enseñó las muñecas, atadas bien fuerte con un trozo de cable.

—Ay, madre, Jeremy, no. —Mientras manipulaba desesperada el cable, Emilie empezó a entrar en pánico.

—Tranquila. Respira —le aconsejó él—. Les encanta sacarnos de quicio.

—¿Por qué te han hecho esto? —atinó a preguntar entre respiraciones profundas.

—Por tocar al hijo del rey. Y suerte que no me las han cortado o hecho algo peor.

—No puedo. Está enredado. —Emilie trató de tirar y tirar, pero nada funcionaba. Las manos de Jeremy se estaban poniendo rojas y pronto adquirirían un tono azulado. Luchó por aguantarse las lágrimas. Necesitaba la música de nuevo. Necesitaba a Stevie. No, a Stevie no—. Espera. Lo tengo, lo tengo.

—Date prisa. Estoy empezando a perder sensibilidad —la apremió Jeremy. Emilie se sacó a Fritz del bolsillo de la sudadera y lo puso sobre el cordel.

—Vamos, cariño, muérdelo. Tú puedes, amiguito. Imagina que es uno de mis cables del teléfono.

—Chica lista —opinó Jeremy mientras Fritz mordisqueaba. Sus afilados dientecitos frontales cortaron rápidamente uno de los cables y luego el otro—. Me encantan las ratas. Son mi nuevo animal favorito, pero no te chives a los caballos. —Entre lágrimas, Emilie se echó a reír.

—Descuida, no lo haré. Prometido. —Finalmente, con un último mordisco, Fritz partió el cable que faltaba. Emilie lo alzó en el aire para celebrar la victoria a la vez que Jeremy movía las manos.

—Genial. Gracias. Todavía funcionan. —Fritz estaba agotado de tanto mordisqueo, así que le dio un besito en la cabeza y volvió a esconderlo para mantenerlo a salvo. Quién sabe lo que le harían los Resplandecientes si supieran de su existencia.

—¿Y Rafe? —preguntó ella, en tanto que ayudaba a Jeremy a frotarse las muñecas y las manos para estimular la circulación de la sangre.

—En la cocina. Hay algo ahí arriba que se está haciendo pasar por su padre.

—Jeremy, es él. Es su alma perdida —le susurró Emilie desde cerca. Jeremy se la quedó mirando con los ojos aterrados. Con un bramido lleno de furia, se puso en pie y golpeó la puerta. Le dio tan fuerte que se escucharon crujir las astillas de la madera. Después, otro golpe. Y otro. Nada, no cedía—. ¡Jeremy! Basta. Recuerda que el miedo…

—No tengo miedo. Tengo ira. —Jeremy golpeó de nuevo la puerta, pero Emilie sabía que no tenían escapatoria.

—Me estás asustando —señaló Emilie. Funcionó. Jeremy se dio la vuelta y se le acercó. Se sentó en el suelo y los brazos de ella lo rodearon.

—Cómo no iba a ser su padre. El muy desgraciado no podía dejarlo tranquilo ni muerto.

Jeremy agarró el cable cortado y lo lanzó al otro extremo de la habitación. Emilie le acarició la espalda para tratar de consolarlo. Él se giró y la abrazó. Skya le había dicho que el amor era bueno en sitios oscuros como aquel, que el amor era su arma secreta.

—Sé que es una mierda, pero hay que centrarse, ¿vale? —lo instó ella más bajo todavía y se señaló los ojos para sacarle una sonrisa—. Skya nos necesita. —A Jeremy se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Skya? ¿Logró encontrarte? —Emilie sonrió porque, aun en esa ciudad lóbrega y siniestra, tener a su hermana era como tener a un ejército tras ella.

—Sí. Intentó dejarme al margen de esto, pero digamos que yo no se lo permití.

—Así me gusta. Una valiente —le dijo él y la besó en la frente.

—Tenemos un plan. Por eso estoy yo aquí. Se supone que tengo que darle un mensaje a Rafe.

—¿Cuál?

—No sé lo que significa, pero me pidió que le dijera: «Hazlo a la primera». ¿Tú sabes a qué se refiere?

—Ni idea.

—Quizás él sí que lo entienda. Tengo que ir ahí arriba.

—¿Skya sabe por qué está aquí Bill?

—Tiene el cuaderno con los recuerdos de Rafe. Hemos echado un vistazo por la ventana y lo hemos visto en la mesa. Ha intentado abrirlo, pero no puede. Mi hermana me ha dicho que Rafe era el único que podía hacerlo.

—¿Para qué querría sus recuerdos? Si ya está muerto.

—Skya dice que ahí dentro hay algo que no quiere que Rafe recuerde, pero no ha querido contármelo, al parecer se lo prometió a Rafe.

—Ya sabe lo de Shanandoah y ya sabe lo nuestro. Así que…

—¿Qué será lo que su padre no quiere que vuelva a recordar? —preguntó Emilie—. Quiero decir, ¿qué le queda por saber? Tú estuviste con él todo el tiempo, ¿no? Tú te acuerdas de todo lo que él recordaría. —Jeremy levantó la vista y ladeó la cabeza hacia un lado.

—En realidad, no. Rafe dice que no se acuerda de nada de la noche anterior a cuando nos escapamos y ahí yo no estaba con él. —Emilie se puso frente a él, rodillas con rodillas.

—O sea que su último recuerdo antes de desaparecer es de la noche anterior. ¿Qué habrá pasado aquella noche? —Jeremy resopló con fuerza.

—Que discutió con su padre.

—¿Fue una discusión fuerte?

—Le destrozó el cuaderno de bocetos. Despedazó los dibujos; muchos de ellos, de mí —le contó Jeremy y soltó una risa amarga.

—Y ese es el último recuerdo de Rafe.

—No. Dice que lo ultimísimo que recuerda es pegar un portazo en su habitación después de que Bobbi lo mandase a su cuarto.

—Y después de eso, ¿nada?

—Nada.

Emilie tomó las manos de Jeremy entre las suyas y examinó las marcas que había dejado la cuerda en sus muñecas. Miró los cables mordisqueados al otro lado de la habitación y después las muñecas de nuevo. El cable. Un recuerdo. Las marcas de las muñecas. Demasiados bocetos de Jeremy. «¿Por qué te han hecho eso?». «Por tocar al hijo del rey».

—Asuntos pendientes —dijo ella en voz baja.

—¿Qué?

—Skya me contó que las almas perdidas vienen aquí cuando tienen asuntos pendientes. Aquí es donde pueden resolverlos, su última oportunidad de hacer las cosas bien. —Jeremy la miró a los ojos y aguardó. Emilie no estaba segura de ello, pero lo que sí que tenía claro era que podía hacerse una idea—. Las cicatrices de la espalda de Rafe. Se las vi cuanto le corté el pelo. Me recordaron a algo. En la clínica veterinaria, una vez nos trajeron a una *pitbull*, Pumpkin. Los tres técnicos que estábamos allí tuvimos que echar una mano porque la perrita estaba muy inquieta, cuando era una cachorra la habían maltratado. Y ahora que me acuerdo, tenía unas cicatrices, unas cicatrices largas, estrechas y rosadas. Su nuevo dueño nos contó que alguien la había atado y golpeado con…

—¿Con qué? —preguntó Jeremy. Emilie ya sabía lo que el padre de Rafe quería del cuaderno. Quería asegurarse de que Rafe nunca recordase aquella noche, la noche en que lo azotó con…

—Con un cable eléctrico —murmuró ella.

Esta vez, cuando Jeremy intentó tirar la puerta abajo, no trató de

detenerlo.



CAPÍTULO TREINTA

Se sentaron solos en el reflejo fantasma de la cocina de su madre. Sin Resplandecientes. Solos él y su padre. Si es que ese era su padre.

¿Cómo que «si»? Claro que lo era. Las patas de gallo de alrededor de sus ojos. Las canas de las sienes. Las decenas de cicatrices de los brazos por los centenares de heridillas del trabajo. Los hombros anchos y algo encorvados por toda una vida de trabajo físico, pero aun así, fuertes como los de un toro.

Pero no era por su rostro o por sus hombros o por sus ojos por lo que Rafe supo que ese hombre sentado frente a él era su verdadero padre o el fantasma de su verdadero padre. Era por el miedo, su antiguo miedo. Ni a la muerte ni al dolor ni a ver a un ser querido sufrir. El sencillo, estúpido y horripilante miedo que había llevado a cuestas como rocas en el estómago desde que era niño. El miedo de saber que se había buscado un problema con su padre.

—No pasa nada, hijo —pronunció el hombre, pese a que Rafe no se

había disculpado por haberle clavado un tenedor—. Sé que es difícil de entender. Para mí también lo es.

—Estás vivo. Estás más joven. Estás… —Su padre se encogió de hombros.

—Aquí. Estoy aquí. No puedo explicar muy bien por qué.

—Inténtalo —respondió Rafe. Su padre entrecerró los ojos en un gesto de advertencia y Rafe se corrigió al instante—. Por favor.

—Quería tener la oportunidad de volver a hablar contigo. Y se me ha concedido. A veces estas cosas pasan, no me preguntes cómo.

—¿Por qué quieres hablar conmigo?

—¿Que por qué? —Su padre parecía sorprendido por lo que le había preguntado—. Porque eres mi hijo. —Rafe quería chillar, pero no podía. Él lo sabía mejor que nadie, llevaba sus normas no escritas tatuadas en el alma. No le levantes la voz a tu padre. No digas palabrotas delante de tu padre. Si hacías una o la otra, buenas noches y sanseacabó.

—Por favor, papá. ¿Qué está pasando? Estás en Pueblo Fantasma, en Shanandoah, con los Resplandecientes llamándote el rey de Virginia Perdida. Rey, ¿en serio?

—Bueno, tú te haces llamar príncipe, ¿no es así?

—Yo no me hago llamar príncipe, soy un príncipe. Tú no eres un rey.

—Siempre te creíste mejor que yo.

—Jamás, papá. Nunca pensé eso. Sabía que era diferente, pero eso es todo. Eres tú el que se lo tomó como algo personal. —Rafe se inclinó y trató de alcanzar al hombre que su padre solía ser, al hombre que buscaba perdón, que quería hacer las paces—. Los Resplandecientes son perversos. Ya viste mis cicatrices, ya viste lo que me hicieron. —Al oír aquello, su padre adquirió una pose

avergonzada.

—Me siento muy solo aquí —dijo Bill en un tono más bajo—. Sigo esperando a entrar y verte en la mesa ayudando a tu madre a pelar habichuelas o a limpiar las mazorcas. Ese es el tipo de cosas en las que no caes cuando las tienes, pero que tanto echas de menos cuando las pierdes. Mi mujer en la cocina. Mi hijo en la mesa.

—Aquí estoy.

—Me alegro. Deberíamos pasar más tiempo juntos.

Rafe se rindió y entró en silencio. Antes solía quebrarse la cabeza para intentar seguirle las conversaciones a su padre. Nada de lo que decía estaba bien. Nunca pudo descifrar el código secreto para comunicarse con él. Todo lo que Rafe decía empeoraba las cosas y el silencio era la única vía de subordinación admisible para su padre.

Ahora podía ver aquella cortina de humo verbal por lo que verdaderamente era: una coraza. Había visto a su padre levantar esa coraza un millón de veces y siempre le había funcionado. Rafe nunca se había atrevido a mirar detrás. Pero ahora sí.

—Papá, ¿qué escondes? —Su padre pegó un puñetazo en la mesa tan rápido y tan fuerte que el cuchillo cayó al suelo y la ventana sonó trepidante desde su marco. Rafe pegó un bote.

—¡Estoy intentando ayudarte! —Aquella voz. Aquella ira. Los gritos de su padre habían sido un arma, un lanzallamas. ¿Cuántas veces habían tenido que apartarse su padre y él de esa furia para no quemarse?

—¿De qué demonios me estás hablando, papá?

Esperaba oír un «buenas noches y sanseacabó», pero de la boca de su padre no salió nada. Solo se quedó allí sentado, mirándolo, ojiplático por el estupor. ¿Era esa la primera vez en su vida que Rafe gritaba de vuelta? Quizá.

Tras un silencio incómodo, el hombre tomó el libro que tenía enfrente, encuadernado en cuero negro, agrietado, descolorido, pero cerrado a cal y canto con un candado de combinación plateado.

—¿Sabes lo que es esto? —Claro que lo sabía.

—El libro con mis recuerdos.

—No, no es eso —le respondió su padre con un tono afilado como una cuchilla—. Es una desgracia, hijo. Una basura. Esto es… Como abras este libro y dejes salir toda esa porquería, nunca, óyeme bien, nunca vas a volver a ser feliz.

—¿Porquería? ¿En serio?

—Todo lo que hay en ese libro es veneno. Te va a envenenar y va a hacer que te pongas en contra de tu familia, de tu madre, de mí. Tú no quieres eso, no quieres nada de lo que hay ahí dentro.

—¿Por qué? ¿Porque me acordaré de lo feliz que fui en Shanandoah? ¿De lo feliz que fui lejos de ti? ¿O porque recordaré lo felices que fuimos Jeremy y yo mientras estábamos…? —Esta vez el puñetazo sonó más rotundo, más fuerte, pero Rafe no se inmutó—. Enamorados.

—Enamorados… —se burló su padre con un gesto de repulsión—. Dos críos ignorantes brincando por los bosques mientras juegan con reinas y castillos. ¿Qué sabréis vosotros del amor?

—Sé que no es lo que quiera que sea esto —contestó Rafe mientras se recostaba en la silla de la cocina. Trató de no mirar el libro, el libro que encerraba toda la increíble historia perdida de su vida en Shanandoah, de su vida con Jeremy.

—Tú no sabes nada. Nada. Pero yo sí. Y me puedes odiar, me puedes juzgar, pero yo sé lo que te conviene y lo que te conviene es deshacerte de esta cosa ahora mismo. —Su padre golpeó con el dedo la cubierta del libro como si se tratara de un examen suspenso.

—Pues deshazte de él. ¿A qué estás esperando? —Por un brevísimo instante, su padre parecía estar hasta asustado—. No puedes, ¿verdad? No puedes abrirlo ni puedes destruirlo. Solo yo puedo hacerlo. Es lo que tienen los cuadernos mágicos, no son tan fáciles de destrozar como mis antiguos cuadernos, ¿a que no?

—Hijo, haz el favor. —Su padre respiró profundamente—. Solo intento ayudarte, Ralph. Es lo único que quiero. Si abres esto, nunca más… Nunca vas a poder eliminar de tu mente lo que veas, y desearás poder hacerlo. Lo desearás con todas tus fuerzas, pero ya será demasiado tarde. Yo solo quiero lo mejor para ti y lo mejor para ti no está aquí. —Rafe esperaba más. Tenía que haber más. Su padre se llevó la mano al bolsillo del pecho y se sacó su viejo encendedor cromado. Se lo ofreció a Rafe, que lo agarró y sonrió.

—Cuando era un crío, me encantaban los trucos que hacías con esto —reconoció Rafe—. La forma en que lo abrías y lo cerrabas con una sola mano y hacías desaparecer la llama. Pensaba que cuando fuera mayor yo también podría hacerlo. Pero nunca me molesté en averiguarlo.

—¿Ves? Hubo un tiempo en el que me admirabas, antes de que llegara a tu vida el chico aquel. ¿No quieres eso? ¿No prefieres quedarte con los buenos recuerdos? Vamos, hijo. Hazlo por mí. Quémalo y ya. —Rafe sostuvo el encendedor en la palma de su mano y después lo lanzó tan fuerte al otro lado de la cocina que hizo añicos la ventana. Su padre no parecía sorprendido. De hecho, era como si ya hubiera contado con ello—. Está bien —añadió, resignado —. Destripador. —El rostro sonriente del Resplandeciente apareció por el umbral.

—¿Sí, jefe?

—Trae a la chica.

—¿Al chico no?

—Dejémoslo para más tarde —indicó Bill—. Ve y tráetela. —Rafe se puso de pie de inmediato.

—Papá. Papá, no hagas esto. Por favor, no hagas esto.

—Demasiado tarde, hijo.

Su padre arrojó el libro dentro de una caja de herramientas que había en el suelo, con una patada bajó la tapa y la cerró con una de las llaves que llevaba en su manojo tintineante.

Destripador y Tajo arrastraron a Emilie hasta la cocina. Tenía las manos atadas por delante y la habían amordazado con lo que parecía uno de los viejos pañuelos azules de su padre.

—Aquí la tienes, jefe —mencionó Destripador—. Y tu cuchillo. Se lo quitamos de encima cuando la atrapamos. —El hombre tomó el cuchillo de caza y se quedó mirándolo.

—¿Cómo es que tenía mi cuchillo?

—Se lo dio mamá —puntualizó Rafe.

—¿Y quién le ha dado a ella permiso para hacer eso?

—Ya estabas muerto.

—Bueno, al menos lo he recuperado —dijo su padre y se ajustó el cuchillo al cinturón—. Dejadla, muchachos.

Los Resplandecientes obligaron a Emilie a ponerse de rodillas en el suelo. Rafe volvió a levantarse, listo para pelear, pero Destripador lo agarró y le puso un cuchillo en el cuello.

—¿Quieres que te enseñe por qué me llaman Destripador?

—Déjalo ya —advirtió Bill—. A mi hijo, no. —Destripador se rio entre dientes y luego se inclinó sobre él.

—Tu papaíto me prometió sucederte como príncipe cuando tú faltes —le susurró al oído.

—Cuando faltes porque hayas vuelto a casa —precisó su padre.

—Sí, eso, cuando te vuelvas a tu casa —repitió Destripador. El Resplandeciente se echó para atrás, enredó su mano en los cabellos rubios de Emilie y tiró tan fuerte que la chica soltó un grito ahogado por la mordaza.

—¿Qué deberíamos hacer con ella, hijo?

—Dejarla marcharse —respondió él. No podía creer lo que estaba viendo, a su padre convertido en un monstruo. Pero podía ver la oscuridad en sus ojos. Este lugar impío le había carcomido las entrañas. ¿Quedaría algo de luz en su interior?

—¿Vas a destruir el libro? Hazlo y la dejaré ir. Así de sencillo. —Rafe miró de reojo a Emilie. Tras la mordaza sus ojos suplicaban, pero lo hacían para que se negara. Emilie soltó un gemido.

—Calladla —ordenó su padre.

Destripador la enganchó del cuello y le tapó con una mano la boca para que no pudiera emitir sonido alguno. Emilie trató de morderle la mano con la que le había silenciado, pero no lo consiguió. ¿Qué intentaba decirle con tanta vehemencia? Qué más daba, Rafe ya había tomado una decisión.

—Está bien, lo…

Por uno de los agujeros de la ventana rota se coló una sola pluma roja impecable y ondeó en el aire hasta que fue a parar sobre el pie de Rafe. La pluma roja era idéntica al emplumado de la flecha que había sobre el trono de la reina.

—Lo haré, si pierdo el reto —concluyó Rafe. Su padre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué reto?

—Matar a la araña. Como en los viejos tiempos.

—Ya tengo el libro. ¿Por qué iba a aceptar un reto para ganar algo que ya tengo?

—El reto no es solo por el libro. —La mente de Rafe maquinaba, pensaba en los términos y en cómo darle vidilla al juego para que su padre accediera—. ¿Qué te parece esto? Si yo mato a la araña, me quedo con el libro y todos nos vamos tan contentos. Si tú la matas, destruiré el libro y me… —No podía creer que fuera a hacerle aquella oferta. Miró de nuevo la pluma roja del suelo—. Me quedaré aquí contigo.

—¿Te quedarías aquí conmigo? ¿Tú y yo?

—Si dejas que Emilie y Jeremy se vayan a casa, yo me quedaré aquí contigo hasta que tú… Pues eso, hasta que consigas avanzar.

—¿No vas a salir huyendo en cuanto me dé media vuelta?

—No voy a salir huyendo. —Su padre se quedó pensativo.

—¿Y si ninguno de los dos le da?

—En tal caso, ganarías tú igualmente por haber participado. Si ninguno atina, destruiré el libro. Yo solo gano si consigo matar a la araña —afirmó Rafe y fingió una sonrisa—. Vamos, papá. Será divertido. Además, tú siempre supiste tirar mejor que yo, ¿no? —Su padre asintió parsimonioso.

—La verdad es que suena bien eso de tenerte aquí conmigo. Lo pasaremos bien. Trae nuestros arcos —le ordenó a Destripador.

—Jefe, no creo que esto sea buena idea —insinuó el secuaz.

—Haz lo que te digo —reiteró Bill. El Resplandeciente soltó a Emilie.

—Iré a por los arcos —acató Destripador.

Su padre le dio una palmadita en el hombro a Rafe.

—Sé que me has echado de menos, hijo.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Rafe se quedó de pie en el oscuro y lóbrego patio trasero mientras su padre le daba indicaciones a Destripador sobre el blanco y la distancia. En esta nueva versión de su casa no parecía haber focos que alumbraran. ¿Tendrían que esperar hasta la mañana siguiente? A Rafe se le revolvía el estómago de pensar en pasar la noche en aquel lugar. Tenía que poner a Emilie y a Jeremy a salvo. Ella por lo menos estaba allí en el jardín, atada, pero por ahora viva. ¿Dónde tendrían a Jeremy? ¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría herido? No quería ni pensarlo.

En el patio empezaron a congregarse Resplandecientes. Primero una decena, después dos y cada vez más y más. Todos llevaban antorchas, como una turbamulta de campesinos iracundos sedientos de una buena quema de brujas.

¿Qué había hecho? Qué necio había sido de pensar que podría ganar este juego. Una vez, con quince años, le había salvado la vida a la reina por un golpe de suerte. Y ahora, años más tarde, ¿pretendía

hacer lo mismo? Si fallaba, tendría que quedarse para siempre en aquel lugar atroz a dos calles del infierno.

Destripador clavó el blanco de papel en el tronco de un árbol esquelético a treinta y cinco metros de la línea de tiro. Aun con la iluminación que proporcionaban todas esas antorchas, Rafe apenas era capaz de distinguir la araña en el centro. Tendrían que tirar por puro instinto.

Su padre se acercó a él detrás de la línea y soltó una risilla.

—Los dos sabemos perfectamente cómo acaba esta historia. He estado entretenido mientras esperaba a que aparecieras.

—Has estado practicando —adivinó Rafe con la boca seca.

—No hay mucho más que hacer por aquí. —Uno de los Resplandecientes, más bajito, con la lengua bífida y con unos colmillos como los de una serpiente, apareció con los arcos y carcajes de Rafe y su padre.

—Señor —siseó el chico. Rafe agarró su arco y se aferró a él. El arco que su madre le había regalado. ¿Y si nunca volvía a verla?

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? —preguntó su padre en tanto que examinaba su arco—. ¿Seis rondas? ¿Doce?

Los Resplandecientes se colocaron detrás de su padre, el bajito con dientes serpentinos y uno más alto que era tan pálido que parecía un fantasma vestido de gris. Los ojos de ambos refulgían de satisfacción. Era como si estuvieran saciados. Se alimentaban del miedo. Por eso mismo los Resplandecientes habían soltado a una araña durmiente mortal en la sala del trono. No porque quisieran acabar con la reina, sino para hacer un banquete de terror. Y los que su padre tenía al lado, parecían bien alimentados.

Bill tenía miedo. Estaba pasmado. Esas criaturas no eran de fiar, estaban hambrientas, y el hombre era un bufé libre en esos

momentos.

Rafe miró a su alrededor y se encontró con la mirada de Emilie. Aunque tenía las manos atadas al frente, todavía podía mover los dedos. Levantó el dedo índice y asintió con la cabeza, como si quisiera enviarle un mensaje secreto. Ella o Jeremy debían tener algún plan.

—Una —respondió Rafe.

—¿Una ronda?

—Una flecha.

—¿Una flecha? ¿Solo una? —preguntó su padre con espanto.

—Solo una.

—Hijo, nadie lo consigue a la primera.

—Entonces, ganarás. ¿No?

—Vamos, jefe. Tú puedes. Si no lo consigues, será una verdadera decepción —soltó el de los colmillos serpentinos.

—Tú puedes, grandullón —lo alentó el fantasmón.

—A por ellos —intervino Destripador—. Estamos deseando que les muestres por qué eres nuestro rey. —Tras la incitación de los Resplandecientes, su padre no tuvo más opción que dar un paso al frente.

—Yo primero, hijo.

Con su padre en la línea de tiro, Rafe se echó para atrás. Bill sacó una flecha y la encajó en el arco. De pequeño, le encantaba verlo tirar al blanco, quería ser como él, igual de bueno. Todos los días practicaba para lograrlo. Pero, curiosamente, cuanto mejor se le daba a Rafe, menos parecía disfrutar su padre del juego. Por aquel entonces, Rafe no lo había entendido. Ahora, a la perfección. Tratar de ser tan bueno como su padre era una cosa; superarlo, otra muy diferente.

Su padre tensó el arco. Entre ese momento y soltar la flecha pareció pasar una eternidad. La flecha voló y dio en el blanco con un suave golpe sordo.

—Mierda.

—Has apuntado —señaló Rafe. Su padre se volvió hacia él con la mirada en llamas, aunque quizá solo se tratase del reflejo de las antorchas de los Resplandecientes—. Tú me enseñaste que nunca se apuntaba.

—Tira de una vez, hijo.

—Un segundo, señor jefe —pidió Destripador—. He de hacer un pequeño cambio. Como si no estuviéramos.

De la puerta del sótano emergieron dos Resplandecientes, con Jeremy arrastrado entre ambos. Tenía un golpe en la mejilla y la camiseta rasgada, pero en sus ojos todavía había una señal desafiante.

El corazón de Rafe se ahogaba en ira y amenazaba con desbordarle; pero no podía rendirse, no ahora que habían forzado a Jeremy a sentarse bajo el blanco. En el suelo, de espaldas al tronco, la parte superior de su cabeza pelirroja rozaba el borde inferior del anillo azul. Pero no lo habían atado al árbol. ¿Por qué no lo habrían atado?

—Ni en mis peores días fallaría el blanco por un palmo —le aseguró Rafe a su padre.

—Si crees que puedes matar arañas, adelante, hijo, mata a la araña.

En una mezcla entre asco y pavor, Rafe vio cómo Destripador abría la boca, tanto que parecía que se le fuera a partir en dos. Se metió la mano por su propia garganta y se sacó una araña de las tripas, una araña roja. Una araña durmiente roja. Con cuidado, la colocó en el centro del blanco.

Así que por eso no se habían molestado siquiera en atar a Jeremy. Rafe miró fijamente la línea. Jeremy estaba sentado inmóvil, apenas sin respirar. Y los Resplandecientes, pese a ser inmunes al veneno de la araña, guardaron las distancias con Jeremy, como si se sintieran repelidos por él.

Jeremy no tenía miedo. De ahí que no quisieran ni acercarse a él. La valentía era ponzoña para ellos. El amor. La luz. La confianza. Solo había una única razón por la que Jeremy no podía tener miedo con una araña durmiente a veinte centímetros de su cabeza. Sabía que Rafe podía matarla.

Levantó el arco y, entonces, recordó aquel día en el patio, hacía ya años.

—¿Te acuerdas del día en el que disparábamos a las arañas y yo pensé que casi le había dado, pero dije que no estaba en el centro? —preguntó Rafe—. Pues sí que lo estaba. La araña estaba muerta y rematada.

En ese preciso instante, soltó la flecha. No tuvo ni que mirar. El silencio hablaba por sí mismo. Una voz rompió la quietud, una que Rafe no recordaba pero que reconoció al instante como la voz de su reina.

—¡Que viva Virginia Occidental y no s'able más!



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Audaz y prominente, la figura de la reina Skya destacaba sobre el tejado de la casa. Con su arco, lanzó flecha tras flecha con los Resplandecientes como objetivo. Estos se iban convirtiendo en polvo antes incluso de que las flechas los atravesaran por completo.

Rafe sintió un estallido de orgullo por su reina y, allí mismo y en ese instante, habría dado la vida por ella con una sonrisa en la cara si no fuera por todo lo que le quedaba por vivir. Agarró su carcaj y encajó otra flecha que disparó al de colmillos serpentinos, que venía corriendo en su dirección con un garrote en la mano.

Por el rabillo del ojo, Rafe vio a Jeremy levantarse y sacar la flecha del blanco. Con ella apuñaló a un Resplandeciente, que se convirtió al momento en una nube de humo.

Las pocas criaturas que quedaban en pie se fueron dispersando como cucarachas ante la luz del sol. Skya pegó un salto hacia la plataforma y desató a Emilie. Rafe quería salir corriendo al rescate

de Jeremy, pero entre ellos había demasiados monstruos.

«¡Papá!», le gritó Rafe a su padre, pero este no hizo más que tirarse al suelo de rodillas, derrotado.

Rafe disparó unas cuantas flechas más y, al parecer, el aroma de su arrojo resultó tan nocivo para los Resplandecientes que algunos empezaron a retirarse. Otros hasta salieron escopetados hacia el bosque.

El único con agallas fue Destripador. Con una espada retorcida en la mano y unos ojos inhumanos llenos de odio, se dispuso a atacar a Rafe. Corría demasiado rápido y el carcaj de Rafe estaba vacío.

«¡Hijo!». Su padre despertó de su estupor y le lanzó el cuchillo de caza que le había quitado a Emilie. El arma fue a parar al suelo, a unos cuantos metros de él. Rafe se abalanzó para recogerlo, pero cuando fue a alargar el brazo para agarrar el mango, Destripador ya lo había alcanzado y blandió la hoja en la misma dirección.

Rafe apartó la mano justo a tiempo y evitó que se la rebanara. Con el arco, le dio un golpe en el estómago que hizo que se desequilibrara y luego le estampó la cara contra el escalón de madera. De la mejilla de Destripador empezó a brotar humo, pero no lo suficiente como para matarlo. Destripador se recuperó y le dio una patada a Rafe, que cayó de espaldas.

No tenía tiempo. No podría despedirse de Jeremy. Se moriría sin recordar la primera vez en que Jeremy le había dicho «te quiero», sin recordar su primer beso ni el último que se dieron antes de que Rafe se olvidase de lo que habían sido el uno para el otro.

Destripador fue a ensartar su espada pero, de repente, se detuvo, tomó aire y tosió una nubecilla de humo. La criatura se dio la vuelta muy despacio. El cuchillo de caza. De su espalda sobresalía el cuchillo de caza del padre de Rafe. Por alrededor de la herida

manaba más humo.

Rafe sonrió al imaginar que Destripador ya se habría dado cuenta de que su padre había acudido en su defensa y que lo había salvado. Pero no había sido su padre quien había apuñalado a Destripador. Detrás del Resplandeciente, de pie, con un rostro impasible y unos ojos grises de acero puro, estaba Emilie.

—Cazado —soltó ella. Destripador se tambaleó. La barbilla le caía sobre el pecho e intentaba no morir por todos los medios.

—Desgraciada. ¿Te crees que yo quiero ser así? El rey dijo que podría ser un príncipe. Es lo que siempre he querido.

—Tú no eres un príncipe. Eso es un príncipe —le respondió Emilie y señaló a Rafe. Muy poco a poco, como si de verdad pudiera sentir dolor, Destripador se giró de nuevo y lo miró.

—Me llaman Destripador porque destripo corazones. —Emilie le sacó el cuchillo de la espalda. Él se dio media vuelta, se arrojó hacia ella y Emilie volvió a apuñalarlo, esta vez en el pecho—. No es justo. No es nada justo.

—Catapum —exclamó Emilie y se tocó la punta de la nariz.

En ese instante, el Resplandeciente se hizo humo y se esfumó.

RINCÓN DEL NARRADOR

Orgullo



Así se hace, princesa. Sabía que eras capaz de eso y de mucho más.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La calma envolvió el lugar. Los Resplandecientes se habían largado, algunos porque se habían vuelto humo, otros porque habían salido huyendo. Rafe miró a su alrededor en busca de Jeremy. Necesitaba verlo, comprobar que estuviera bien.

—¡Jay!

—Aquí, Rafe. —Jeremy salió cojeando de entre los árboles con Skya a su lado. Rafe se puso en pie a la velocidad del rayo y tomó entre sus manos el rostro de Jeremy para estudiarlo con detenimiento.

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Estaré mejor después de un baño y una botella de vino. O quizás en otro orden —bromeó Jeremy y sonrió. Rafe le dio un beso.

—¿Habéis visto todos cómo me he cargado a esa cosa? Soy una máquina —exclamó Emilie.

—Lo eres —respondió Rafe, que le sostuvo las manos entre las suyas—. Me has salvado la vida. —Emilie se abalanzó sobre él para

abrazarlo.

—Las cicatrices te las hizo tu padre —le susurró al oído—. Fue la noche de antes de perderte. Con un cable eléctrico. Lo siento mucho. —Rafe se separó de ella y la miró a los ojos.

—¿Qué? —Ella le devolvió la mirada y esbozó una ligerísima sonrisa tristona. Rafe miró a Jeremy, que asintió.

—Voy a por tu libro —indicó Emilie. Se acercó a su padre, que seguía de rodillas en el suelo, y extendió las manos—. ¿Dónde está? —El hombre se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de trabajo desgastados y sacó las llaves.

—En la caja de herramientas. —Emilie agarró las llaves y se metió en la casa. Rafe caminó vacilante hacia su padre y lo miró desde arriba.

—Ya nos podemos ir —comentó Jeremy—. No le debes nada. Podemos irnos ya mismo y no mirar nunca atrás. —Pero Rafe no podía hacer eso. Dio otro paso al frente.

—¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿Es verdad? —Su padre levantó la cabeza y en sus ojos vio que sí, que lo era.

—Debería haberme dado cuenta antes —se lamentó Jeremy—. Cuando nos perdimos en el bosque, te deshidrataste súper rápido. Demasiado. Era como si estuvieras enfermo. Si las heridas se hubieran infectado…

—Podría haber muerto —aseguró Skya. Con paso firme, como el de un soldado, la reina se acercó al falso rey, que se encontraba arrodillado, con la cabeza gacha, como un condenado a la espera de que caiga la guillotina. Aturdido, Rafe escuchó contar a su reina una historia que nunca querría haber sabido—: Tu hijo se levantó al día

siguiente con la espalda en carne viva y, en lugar de contárselo a alguien y dejar que te metieran en la cárcel, se enfundó dos camisetas y salió a la calle con una sonrisa, a pesar del dolor. Le dabas tanta vergüenza, lo que hiciste le dio tanta vergüenza, que no pudo ni contárselo a su mejor amigo. Pero yo hice que me lo confesara. Me lo contó y me dijo que no quería volver nunca más a su casa. Cuando un niño dice que no quiere volver a casa, el universo escucha. Yo lo escuché.

—Lo siento. Lo siento mucho, de verdad. Tienes que creerme —dijo su padre. Emilie salió y se plantó junto a su hermana, con el libro en la mano. Se lo ofreció a Rafe y este se dispuso a tomarlo—. Hijo, no. Por favor.

—¿Por qué detenerme ahora? —preguntó Rafe—. Si ya sé lo que hay ahí dentro.

—Lo sabes, pero no lo recuerdas. Lo admito. Bajé a tu habitación a hablar contigo. Yo solo quería hablar contigo sobre…

—¿Sobre lo de destrozar mis dibujos de Jeremy?

—Sí. Pero cuando vi que habías pegado de nuevo los dibujos, se me fue la cabeza. Perdí los papeles. Yo… Estallé. —Su padre soltó un respiro.

—Entonces, ¿fue mi culpa?

—No quería decir eso. Pero me dijiste que me odiabas. No parabas de repetirme lo mucho que me odiabas y cuánto desearías poder vivir con Jeremy y su madre, que ellos no eran un atajo de paletos como yo y como…

—Tú tenías cuarenta años y yo catorce. —Su padre rompió a llorar.

—Yo solo quería protegerte, hijo. Tenía miedo. Me daba miedo que la gente se enterase de lo que hacíais y que…

—¿Y que me hicieran daño? —cuestionó Rafe—. Papá, el único al

que siempre le he tenido miedo ha sido a ti. —Jeremy se situó a su lado y no dijo nada, pero era su escudo, su muro; Rafe se sentía más a salvo, más fuerte solo por tenerlo ahí.

—Antes me dejabas ganar —añadió su padre—. Pensé que quizá volverías a hacerlo esta vez.

—El que me contó el secreto del tiro con arco fuiste precisamente tú, ¿o no te acuerdas? El corazón puesto en el blanco y luego apunta a donde lo has dejado. Con Jeremy ahí, me lo has puesto muy fácil. —Skya dio un paso al frente.

—No eres rey ni nunca lo has sido —le dijo la reina a Bill—. No eres más que un viejo patético que le tiene miedo a su propio hijo. Pero cuando tuviste que tomar una decisión, le diste el cuchillo a mi hermana, en lugar de a uno de tus viles secuaces. Te concedo una última oportunidad de enmendar lo que hiciste añicos. Si lo consigues, tu alma se hará luz. Puede que hasta te crezcan alas y puedas volar desde aquí hasta los cielos azules. Ya si das con el Cielo o con un halcón es cosa tuya. Pero una cosa sí que te puedo asegurar: si no lo consigues, no volverás a sentir el sol en tu rostro en toda la eternidad. —Si le quedaba alguna duda de que Skya fuera una reina, se había resuelto ahora. Ante aquel discurso el hombre no dijo nada, solo volvió a bajar la cabeza. Skya se giró hacia Rafe y le sonrió—. Mi príncipe.

—Mi reina —respondió él. Ella volvió a sonreírle y sus ojos refulgieron como un rayo de sol en aquel oscuro lugar.

—No te acuerdas de mí.

—Pero quisiera hacerlo.

—Lo sé. No estoy mal, ¿verdad? —Skya le hizo una caricia en la barbilla—. Vamos, guapetón, que estoy muerta de hambre, hecha unos zorros y me duele tanto el culo de ir a caballo que voy a tener

que pedir uno nuevo para Navidad. —Rafe soltó una carcajada y tuvo la sensación de que estaba saliendo el sol, aunque fuera en su interior. Echaron a andar y dejaron atrás a su padre, solo, tirado en el suelo.

—Todavía recuerdo el día en que empecé a enseñarte a tirar flechas —oyó decir a su padre mientras se acercaban al camino—. Tú estabas en la mesa de la cocina, tratando de aprender a dibujar lobos. Yo te dije que por qué dibujarlos cuando yo podía enseñarte a cazarlos. ¿No quieres ir de caza? Aquí hay lobos, hijo. Podemos cazar lobos juntos.

—¿Quieres que le vuelva a pegar? —soltó Jeremy.

—No.

—¿Hijo? ¿Ralph? —lo llamó su padre, pero él siguió caminando—. ¿Rafe?

Rafe no echó la vista atrás.

RINCÓN DEL NARRADOR

Reencuentro



Cuando uno se va de Pueblo Fantasma es como despertar de una pesadilla y entrar en el más idílico de los sueños. Aunque sean muchos los horrores vividos, el alma canta como un ruiseñor. La euforia de volver a la luz de Shanandoah solo podía eclipsarse por el regocijo de estar todos juntos al fin. ¿Sobre Jeremy y Rafe? No hace falta decir que estuvieron más que dichosos de verse de nuevo las caras a la luz del sol. Así como Emilie y Skya. Pero quizás el reencuentro entre Skya y Jeremy fue el más dulce y tierno. Emilie y Skya se acababan de conocer, apenas estaban empezando a saber la una sobre la otra y a cultivar ese amor de hermanas. Rafe, como ya sabemos, no se acordaba de Skya. Pero Jeremy sí que se acordaba de su reina y Skya de su caballero. En cuanto estuvieron a salvo fuera de Pueblo Fantasma, Jeremy la tomó en brazos y comenzó a dar vueltas con ella, algo que la reina consintió durante aproximadamente dos segundos.

—Bájame, tunante —ordenó—. Este comportamiento no es propio de un caballero. —Jeremy la dejó de pie en el suelo.

—Mis menos sinceras disculpas, mi reina. —Le hizo una gran reverencia, y cuando se levantó, ella soltó un quejido.

—Ay, no. Pero qué alto eres —soltó Skya y después miró a Rafe—. Mi

príncipe, ya te dije que no dejases que se hiciera más alto que yo. ¿Cómo has permitido que pasase? —Rafe se encogió de hombros.

—Como si alguna vez me hiciera caso.

Como paréntesis, en este punto puede que Jeremy le besara la coronilla para luego restregársela o no, así como puede que ella se vengase pellizcándole el culo o no. Ambas partes niegan que esta interacción haya tenido lugar, aunque testigos oculares lo confirman.

Después, Jeremy y Skya dejaron de andarse con rodeos y se abrazaron durante un buen rato, no tan largo como para compensar esos quince años, pero casi.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Llegaron al palacio al final de la tarde. Emilie miró desconcertada las torres, las torrecillas, los caballos en el campo y en los prados; la infinita belleza.

—¿Te gusta? —le preguntó Skya.

—¿Esa es tu casa?

—Palacio. El Palacio Lunar. Y no es mío, es nuestro. —A Emilie le gustó cómo sonaba aquello. No lo del palacio, aunque sí, era espectacular; sino lo de «nuestro». Le gustó cómo sonaba «nuestro» porque sonaba a que volvía a tener una familia.

—Por favor, solo dime que hay agua caliente. Uno de los Resplandecientes me ha tosido encima y ha sido como bañarme en una sopa de Satanás.

—Tenemos agua caliente —aseguró Skya—. Y toallas súper suavecitas.

Llevaron a Emilie a una habitación grande recubierta de mármol y azulejos que tenía una piscina que se rellenaba automáticamente a

través de una fuente central. El agua termal fue un alivio para sus músculos cargados. Cuando salió, se sintió renovada. Y, en efecto, las toallas eran súper suavecitas, tanto que Fritz se quedó frito encima de ellas.

Después del baño, Escarcha le dio ropa para cambiarse: una túnica de lino blanco, un chaleco calentito, unas suaves mallas marrones y unas botas. Le quedaba todo perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida. De camino a su habitación, Escarcha le mostró dónde estaban las cocinas, la armería, el aviario y cómo llegar a las habitaciones de Rafe y de Jeremy.

—¿Dónde están, a todo esto? —le preguntó Emilie a Escarcha.

—La reina los está castigando por desobedecer sus órdenes e ir a Pueblo Fantasma después de que les dijera que se quedasen en el palacio.

—¿Cuál es el castigo?

—Les ha dejado elegir entre la decapitación o irse a sus cuartos sin cenar.

—Ah. ¿Y cuál han elegido?

La habitación de Emilie se encontraba en la torrecilla sur. Sabía que era la suya porque en la puerta de roble arqueada alguien había colgado un cartel en el que ponía Suite de la princesa.

—¿Acabáis de organizar todo esto para mí?

—Princesa, tú siempre has tenido una habitación aquí —le informó Escarcha—. El día después de la partida de nuestro príncipe y nuestro caballero, la reina se puso a arreglar este cuarto para ti. Quería que estuviera perfecto para cuando llegases. —Emilie rozó el cartel, en cuya madera oscura habían pintado las letras en blanco de forma muy meticulosa.

—¿Tanto me ha echado de menos?

—Tanto y más.

Emilie abrió despacio la puerta. La habitación era circular, ya que se alojaba en una torre. Dio una vuelta sobre sí misma para contemplarlo todo bien. La enorme cama con dosel, el cabecero de madera con una manada de unicornios saltarines y trotadores tallada sobre él, las cortinas de azul clarito y plata que rodeaban la cama, el amplio balcón que daba a las lejanas montañas.

—Para tu amiguito tenemos esto, princesa. —Escarcha retiró un paño de terciopelo y dejó a la luz una jaula dorada de metro y medio y redonda, igual que la torre del castillo. En su interior, una escalera de caracol conducía a diferentes túneles. Tenía cuerdas, juguetes, un cuenquito plateado para la comida y otro para el agua, todo a escala de rata.

—Un palacio para ratas. Mira, Fritz. Esto es para ti —dijo Emilie, que enseguida lo sacó de la algodonosa toalla de baño y lo soltó en su nueva casa. En ese mismo instante, el animalillo se puso a corretear escaleras arriba y escaleras abajo, comió unas pocas bayas, bebió algo de agua, usó su arenero y cayó rendido en su cunita—. Así se hace, pequeñajo. A comer, cagar y dormir, en ese orden.

—Aquí está toda tu ropa —indicó Escarcha mientras abría la puerta de un armario—. Todo debería ser de tu talla.

—¿Cómo es posible? —preguntó Emilie—. Si acabo de llegar aquí y Skya es más alta que yo.

—Así funcionan aquí las cosas. Es parte de nuestra historia. —Algo de esa afirmación aparentemente sencilla hizo que a Emilie le diera un vuelco el corazón y la sangre se le enfriara un par de grados. Miró a Escarcha.

—¿Qué historia?

Escarcha la condujo hasta la primera planta y, después de un largo

pasillo, llegaron a unas enormes puertas. Emilie empujó una de ellas y se encontró con la biblioteca privada más espectacular que había visto en toda su vida, tanto en persona como en fotografías. Había filas y filas de libros que descansaban sobre filas y filas de estanterías y los lomos formaban centenares de arcoíris.

Echó un vistazo a unos cuantos libros y reconoció algunos de los títulos: *El viento en los sauces*, *Cuento de Navidad*, *La princesa y los duendes*…

—Estos cuentos son de donde yo soy —mencionó Emilie y se dio la vuelta para mirar a Escarcha—. ¿Qué está pasando? —La puerta crujió y se abrió. Al principio, a Emilie le costó reconocer a Skya. Ya no había rastro de su armadura de cuero ni de sus ropas sucias y rasgadas. Ahora llevaba un vestido holgado de un tono verde bosque con largas mangas fluidas y el pelo recogido en una corona trenzada.

—Me ha parecido oír voces por aquí —declaró Skya.

—Hola, majestad —saludó Escarcha con una reverencia—. La princesa quería conocer nuestra historia.

—Ya se la enseño yo. Gracias. —Tras otra reverencia, Escarcha las dejó a solas.

—¿De qué historia está hablando? —preguntó Emilie.

—Por aquí —señaló Skya e hizo un gesto con el dedo para que Emilie la siguiera hasta otra puerta que daba a un salón más pequeño—. Este es mi salón privado. Rafe, Jeremy y yo solíamos pasar aquí las noches de frío.

La sala era preciosa, íntima y acogedora, con un sofá azul claro y sillones espaciosos, y con las paredes cubiertas de tapices. Junto a la chimenea, en la esquina de la alfombra, había un sillón y, al lado, una mesita auxiliar con una pila de libros encima. Entre ellos estaba

El maravilloso mago de Oz y, entre sus páginas, un marcador con una borla verde esmeralda.

—A ellos nunca les enseñé esto —confesó Skya mientras echaba a un lado uno de los tapetes y dejaba al descubierto un hueco secreto en la pared. Sobre una cama de terciopelo blanco descansaba una caja dorada—. No recuerdo bien por qué. Tal vez porque no sabía cómo contestar a todas las preguntas que sabía que me harían. Ni siquiera yo misma lo entiendo. —Con una llave que colgaba de un cordel que llevaba a la cintura, abrió la caja. Emilie miró en el interior y vio algo que jamás habría imaginado encontrar en aquel extraño y mágico reino.

—¿Una carpeta Trapper Keeper? —preguntó Emilie riendo ante la sorpresa.

—La conseguí en el súper de Hunters Way, un poco más allá del Arby's. —Skya sacó la carpeta, en cuya portada había una imagen de una puesta de sol fluorescente sobre un mar también fluorescente. Abrió la solapa de velcro y sonó un satisfactorio «ras».

Dentro del archivador había decenas de páginas de cuaderno algo amarillentas y cubiertas con una letra cursiva de niña. Emilie leyó la primera línea de la primera página:

Érase una vez en Virginia Occidental...

Emilie levantó la vista, desconcertada.

—Skya, ¿esto qué es?

—Cuando estaba en quinto curso, nuestra profesora nos habló de los cuentos de hadas y nos mandó escribir uno por nuestra cuenta. Nunca había intentado escribir, pero una vez que empecé, no podía parar. El resto de los compañeros llegaron a clase con una historia de una página. La mía tenía veinte.

—¿Veinte? Para un crío eso es equivalente a un millón. Ni ahora mismo sería yo capaz de escribir veinte páginas —interrumpió Emilie, sorprendida. Skya le lanzó una sonrisa.

—La señora Adler se quedó impresionada con el trabajo que había hecho. Me pidió que me quedase después de clase. Yo pensaba que me había metido en algún lío, pero la profesora me dio un portaminas con una goma en forma de unicornio y me dijo: «Tómalo. Es un lápiz mágico. Si sigues escribiendo, te cambiará la vida por completo». Yo me sentí como el rey Arturo con su Excalibur. —Emilie se quedó observando a su hermana y trató de hallar en el rostro de aquella mujer a la niñita de la que le estaba hablando.

—¿Tan fea era? Tu vida, me refiero.

—Supongo que una cría no debería preferir tener lejos a su madre, ¿no? Lo único bueno que hizo por mí fue traerte al mundo. —Skya pasó lentamente las páginas. Al pasar las hojas, el papel sonaba igual que el de una vieja Biblia—. Quinto, sexto, séptimo, octavo curso. Trabajé todos y cada uno de los días en esta historia. Me saltaba el almuerzo para irme a la biblioteca y seguir escribiendo sin parar. Tanto escribía que hasta se me quedó una marca en el dedo. —Su hermana recorrió el papel con los dedos—. Y el lápiz de unicornio debía de ser mágico de verdad, porque parecía que nunca se le iba a acabar la mina.

Con la mano temblorosa, Emilie pasó algunas páginas y leyó unas cuantas líneas de aquí y de allá:

[...] La reina Skya tenía un cuervo como mascota, de nombre Aurora. Pero no se trataba de un cuervo cualquiera. Para empezar, Aurora era de color rojo, en lugar del típico y aburrido cuervo negro. Además, se le daba de maravilla hacer

de espía. No había secreto que se le escapara a aquel cuervo. Y lo que es más, podía cambiar de un mundo a otro cuando le apetecía. Había un bosque en Virginia Occidental al que iba tan a menudo que acabaron nombrándolo en honor a ella.
[...]

[...] Los Resplandecientes eran los enemigos mortales inmortales de la reina, que, en realidad, no eran tan inmortales. Podías matarlos si los empapabas de agua, pero, en general, era más divertido dispararles con flechas y convertirlos en polvo y humo. Después, resucitaban en una semana o en un mes y tenías que volver a matarlos. [...]

[...] Llegó una noche en la que una estrella se enfermó. Estaba hecha de luz, pero vivía en la oscuridad. Cuando no pudo más con la oscuridad, cayó a miles y miles de kilómetros. Al aterrizar, la estrella se rompió en siete pedazos. Estos siete pedazos vieron que el reino en el que habían ido a parar era precioso y estaba lleno de bondad, así que decidieron quedarse. Cada uno de los pedazos se convirtió en una chica para poder encajar allí, aunque sus corazones seguirían estando hechos por siempre de las cosas que están hechas las estrellas: hierro, luz y fuego. Se hacían llamar las Valquirias, pues una de las jóvenes había oído hablar de ellas en una historia que una vez le había contado un cometa que pasaba y todas pensaron que sonaba bien. [...]

[...] Y el Palacio Lunar era un palacio mágico. Cualquiera que fuera el libro que quisieras leer, este aparecería en las estanterías de su biblioteca. Cualquier prenda

que necesitases en tu armario, siempre te quedaba como un guante. Y el agua de los baños estaba siempre calentita y las toallas eran súper suavecitas. [...]

[...] La reina viajó durante tres días para pedirle a la bruja de la Cueva del Lobo Negro un hechizo que le ayudase a encontrar a su hermana perdida.

—Aquí tienes el hechizo —le dijo la bruja—. Con él puedes encontrar tanto a un niño perdido como una baratija perdida; pero lo único que no lograrás encontrar nunca es aquello que no desea ser encontrado. Si tu hermana no está realmente perdida, hay una posibilidad de que nunca llegues a reunirte con ella.

—Lo sé. Pero tengo que intentarlo.

Allí había dibujados a mano mapas del reino con nombres de lugares como Riscuervo o Colina Pastel de Manzana, así como listas de animales imaginarios inventados: búhos cíclopes, ciervos de nieve, tigres plateados, zorros fantasma, etc. Incluso había dibujado a las criaturas. El zorro fantasma no era más que una pálida silueta con dos ojos negros y penetrantes.

—Tu historia se hizo realidad —concluyó Emilie—. Pero las cosas no funcionan así. Se escribe sobre algo que ya ha pasado, no se escribe sobre ello y luego pasa.

—No sé —respondió Skya mientras pasaba la página—. A veces deseas con tanta fuerza que una historia se haga realidad que prácticamente crees que por quererla se materializará. —Skya colocó la mano con afecto sobre las paredes de piedra tallada—. ¿Sabes por qué este sitio se llama Palacio Lunar, aunque sea un castillo? Porque yo no tenía ni idea de cuál era la diferencia entre un palacio y un

castillo.

—No me lo puedo creer. Pero ¿cómo? ¿Por qué? —Emilie volvió a pasar las páginas, entre escéptica y crédula al mismo tiempo, ya que por qué no iba a creer que la historia de su hermana se había hecho realidad, si estaba justo en ella. Skya alargó la mano y acarició la medalla de Santa Ágata que Emilie llevaba puesta. Jeremy la había encontrado.

—Puede que alguien me estuviera cuidando desde arriba —planteó Skya—. Algún ángel de la guarda o algún santo patrono. O quizás algún dios amigable de otro mundo que se estaba dando una vuelta por nuestro sistema solar. —Skya soltó la medalla, que cayó suavemente sobre la piel de Emilie. Aurora bajó aleteando hasta el hombro de Skya—. O quizá fuiste siempre tú —le dijo al pajarillo—. Estaba escapándome de un tipo en el parque y entonces me agarró de la mochila. Podría haberla soltado y haber seguido corriendo, pero mi historia estaba ahí dentro, no podía dejar que se la quedara. Era una versión de mí más real que mi propia yo.

—¿Qué pasó? ¿O prefiero no saberlo?

—Me agarró del brazo y empezó a arrastrarme por el suelo, pero entonces… —Skya soltó una risotada que repiqueteó como las campanas de una iglesia en la mañana de Navidad—. Este pajarraco rojo apareció volando de la nada y empezó a picotearle la cara y los ojos. Cuando el tipo se estaba cayendo, el pájaro voló hacia el hueco del árbol y yo lo seguí. No recuerdo muy bien qué fue lo siguiente, pero cuando desperté, estaba aquí y había dejado de ser Shannon. Las Valquirias me encontraron en el bosque y me dijeron esto.

Skya señaló con el dedo una línea de su historia que decía así:

«¡Ave, reina Skya! Seremos tus Valquirias si nos dejas».

—Me gustaba la palabra «valquiria», aunque no supiera bien qué significaba —confesó Skya. Emilie recordó algo. El garabato diminuto a lápiz de una chica sentada ante su escritorio.

—Vi la tarea que te mandaron sobre lo que querrías hacer en diez años. No querías ser reina de un mundo mágico. Querías ser escritora de fantasía. Entendiste la tarea a la perfección. —Emilie pasó la página.

La reina supo que nunca podría dejar su reino, pues sin ella no sobreviviría. Si quería hallar a la princesa perdida, tendría que enviar a un príncipe o a un caballero. O a ambos.

Volvió a pasar de página.

—Recuerda lo que te digo, mi reina —le dijo la bruja de la Cueva del Lobo Negro—. Las puertas de este mundo solo se abrirán tres veces. Después, se bloquearán desde dentro. Podrás salir, pero nadie podrá entrar. Pues siempre puedes darle la espalda a la magia, pero, si lo haces, es posible que nunca más vuelvas a encontrarla.

—Tres veces —repitió Emilie en alto—. ¿Qué significa eso? ¿La puerta se abrirá tres veces antes de cerrarse para siempre? ¿Te refieres a la puerta por la que vinimos? ¿La puerta del árbol? —Skya se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en el reposabrazos.

—Ahora me acuerdo de por qué no les hablé de la historia a Rafe y a Jeremy. —Emilie llevó la carpeta hasta el sillón y leyó las páginas previas y las siguientes con el fin de hallar algún vacío legal, alguna corrección, lo que fuera.

—Pero si solo puede abrirse tres veces, eso significa… —No era

muy difícil hacer las cuentas. Skya había entrado. Eso contaba como primera vez. Después, hacía quince años, entraron Rafe y Jeremy. Y ahora la habían traído a ella. Tercera vez.

—En los cuentos de hadas, las cosas siempre llegan de tres en tres —afirmó Skya—. «Tienes tres días para averiguar el secreto de las doce princesas bailarinas o morirás». «Tres varillas de hierro sobre el corazón para que no se rompa». «Golpea tres veces tus tacones uno con otro». Cuando escribí aquello, no sabía que algún día tendría que decirle a mi príncipe que, si regresaba a casa, nunca podría volver conmigo. Y que si se quedaba aquí, nunca volvería a ver a su madre. —A Emilie se le cerró la garganta, presa del pánico.

—Cámbialo. Cambia la historia. ¿No puedes eliminarlo, reescribirlo? Haz que sean cuatro o cinco.

—Ojalá pudiera —aseguró Skya—. He intentado hacerlo mil veces. He tratado de cambiar toda la historia, de eliminar la muerte, el dolor, el sufrimiento y la enfermedad. Pero no puede modificarse.

—¿Cómo que no? Si es tu historia.

—Ya no. Ahora es la historia de Shanandoah. —Su hermana se reclinó con un fuerte suspiro—. Y por lo que se ve, no puede haber un cuento de hadas sin que pase nada malo. Los cuentos necesitan héroes. Los héroes necesitan dragones. Los príncipes y los caballeros necesitan enemigos. La vida necesita a la muerte. Ojalá fuera más sencillo, pero no lo es. Ni siquiera aquí. —Emilie se limpió las lágrimas del rostro y tomó un respiro profundo para recomponerse.

—Pero ¿podemos irnos?

—En cualquier momento. Si el precio de la magia te parece demasiado alto, puedes marcharte. La puerta para entrar solo se puede abrir tres veces, pero para salir, siempre que quieras. Así funciona la magia, te da múltiples oportunidades para aceptar lo que

te ofrece antes de encontrar a otra persona dispuesta a pagar su precio.

—Así que podemos salir, pero no podremos volver a entrar nunca —repitió Emilie—. ¿Lo saben? Quiero decir, ellos tendrán que volver en algún momento. Rafe se lo prometió a su madre. —Y Jeremy lo seguiría. Vale que en Skya había encontrado a una hermana, pero también había encontrado a dos hermanos en Rafe y en Jeremy.

—Se lo contaré. No supe cómo hacerlo entonces y tampoco sé cómo hacerlo ahora, pero…

—Puedo contárselo yo —interrumpió Emilie—. Ya no tienes que encargarte de todo.

—Es mi historia. Lo haré yo —discrepó Skya y después le dedicó una sonrisa—. Estás empezando a actuar como toda una princesa, ¿eh? Estoy orgullosa de ti.

—Genial. Quiero vomitar. —Skya soltó una carcajada. Emilie cerró la historia y le echó el velcro. La llevó de vuelta a la caja dorada y Skya se acercó para guardarla dentro y cerrarla con llave.

—Lo siento, pequeñaja. Solo escribí la historia. Las reglas no las pongo yo. —Skya le echó el brazo por encima.

—¿Y si escribes otra historia? ¿Una secuela?

—Llevo mucho sin escribir nada. He estado un poco ocupada dirigiendo un reino.

—Pero ¿y si intentases…?

—No puedo. Perdí mi lápiz mágico en el maletero del coche de aquel tipo. Perdido el lápiz, perdidas mis historias.

—Puede que tus historias no estén perdidas. Puede que solo hayan desaparecido. Puede… Quizás podamos recuperarlas.

—Quién sabe —dijo Skya y le dio un beso en la frente—. Por ahora, dediquémonos a disfrutar los unos de los otros mientras se

pueda. El final de la historia puede esperar un ratito.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Mientras tanto, Rafe dormía como un angelito, como no había dormido en quince años. Se despertó al notar una sombra que le tapaba el sol. Abrió los ojos, se apoyó sobre sus codos y vio a Jeremy de pie en la puerta de su balcón.

—Toc, toc.

—Bello modelito —soltó Rafe entre parpadeos y acompañado de un bostezo.

—Es a lo que yo llamo «conjunto informal de palacio». —Jeremy pasó dentro y se dio una vuelta en el último rayo de sol de la tarde. Llevaba una túnica ligera con un chaleco y pantalones negros. Iba limpio e impoluto. Tenía un aspecto más de príncipe que el del propio Rafe con su camiseta y sus calzoncillos bóxer. Era una imagen onírica, como algo con lo que hubiera soñado, pintado o pintado en un sueño.

—¿Tú no tendrías que estar en tu cuarto? —preguntó Rafe—. Órdenes de la reina.

—¿Sabes cuánto hace que alguien no me manda a mi cuarto?

—Tu madre nunca te mandó a tu cuarto.

—Nunca tuvo que hacerlo, me encantaba mi habitación —reconoció Jeremy—. Pero me gusta más la tuya. Esta, me refiero. —No podía negarlo, aquella habitación era más que apropiada para un príncipe. Tenía una cama gigantesca con postes tallados en forma de cabezas de animales (un lobo, un dragón, un conejo, un búho). Había también un tapiz en la pared bordado con la escena de un árbol de mayo, un centenar de niños vestidos de blanco que bailaban y hacían círculos con cintas rosas, azules y doradas. Y de la repisa de la chimenea colgaba un cuadro de Skya en su trono de hiedra. Rafe intuyó que había sido obra suya, llevaba su firma en la esquina. Pero sabía de sobra que Jeremy no se refería a la decoración.

—No está mal —dijo Rafe, tras lo que se colocó unas almohadas detrás de la cabeza. Sin haber sido consciente de ello, había recreado esta habitación en su cabaña, hasta los postes tallados de la cama.

—Déjame adivinar… —Jeremy se inclinó sobre Rafe, casi recostado sobre él, mientras intentaba agarrar algo por detrás de la cama. Por una décima de segundo, Rafe pensó que iba a besarlo, pero no. Jeremy sacó el arco de Rafe del gancho que había en la parte de atrás del cabecero—. Siempre has dormido con el arco. Y sigues haciéndolo. —Se inclinó de nuevo sobre Rafe y volvió a colgar el arco en su sitio, escondido tras el cabecero. Después, se sentó en el borde de la cama.

—Imbécil —rechistó Rafe.

—¿Qué pasa? Solo quería comprobarlo. —Jeremy puso una cara de inocente que Rafe no se tragó ni por un segundo—. Está bien saber que hay cosas que nunca cambian.

En Pueblo Fantasma se habían besado dos veces. No era que

llevase la cuenta, pero dos era un número fácil de recordar. Ya no había secretos. Habían sido muchísimo más que amigos en ese mismo lugar, pero aun así parecía que Jeremy no quería hablar del tema. ¿Por qué?

Rafe se percató de que Jeremy miraba por el rabillo del ojo el libro negro que había en su mesita junto a la cama, todavía con candado y con sus secretos encerrados en su interior.

—¿Lo vas a abrir algún día? Ya sabes lo que hay dentro.

—Exacto —afirmó Rafe, con una mueca apenada—. ¿Crees que me apetece recordar lo que me hizo mi padre?

—Lo entiendo perfectamente. Pero te aseguro que hay más cosas buenas que malas. —Rafe levantó una ceja.

—¿Como qué? Si me lo pintas lo suficientemente bien, tal vez me lo piense —lo alentó Rafe. A Jeremy se le escapó la risa.

—Vale, déjame pensar —comenzó y, al momento, señaló el tapiz de los bailarines—. ¿Ves eso? Es una fiesta que se hace en Riscuervo por el solsticio de verano. Esas dos niñitas nos hicieron unas coronas de flores y nos las vendieron por un beso.

—No está mal. ¿Qué más? —insistió Rafe. En la cama, Jeremy se acercó un poco más a él.

—Ah, esta te va a gustar. A la reina le encantaba sacarnos a pasear de noche en su barco dragón. Desde el mar Cromado se pueden ver caer las estrellas.

—¿Lluvia de estrellas?

—No. Aquí las estrellas caen, literalmente. Y si eres lo bastante rápido y tienes suerte, puedes atrapar alguna con una red.

—Me extraña bastante que eso sea cierto.

—Si quieres comprobarlo, abre el libro.

—Vas a tener que darme algo mejor —indicó Rafe, que estaba

disfrutando del juego. Jeremy dejó caer la cabeza a un lado y se acarició la barbilla. Rafe vio en sus ojos cómo vagaba de recuerdo en recuerdo y buscaba el indicado, el mejor. Entonces, levantó el dedo.

—Una noche, como un mes después de llegar aquí, Skya nos enseñó que algunos de los árboles del bosque Fontavera tenían escaleras talladas en su interior, unas enormes escaleras de caracol, y se podía subir a más de ciento cincuenta metros de altura por dentro del árbol y después salir por las ramas.

—¿Y lo hicimos?

—Pues claro. Nosotros solos. Ella nos dijo que las alturas le daban mucho vértigo, pero nosotros queríamos probar a hacerlo, así que fuimos hasta ahí arriba y nos sentamos en una de las ramas. En cuanto oscureció, empezaron a salir las polillas de fuego.

—¿Qué son las polillas de fuego?

—Son enormes —respondió Jeremy—. Tienen las alas del tamaño de tus manos. —Jeremy juntó sus manos con los dedos extendidos para mostrarle la envergadura de las polillas—. Y desprenden destellos naranjas, por lo que en la noche, cuando salen, es como una fiesta de Halloween.

—¿Qué hay de los malos recuerdos? ¿O todo fueron estrellas caídas del cielo y polillas de fuego? —preguntó Rafe. Jeremy se quedó en silencio durante un momento, se levantó y se acercó al balcón. Allí de pie, junto a la entrada en forma de arco, señaló en dirección a las lejanas montañas.

—Una mañana, me desperté temprano. La luz era distinta. El aire era distinto. Yo estaba de pie aquí mismo y vi que había nevado en las montañas. Entonces me di cuenta de todo el tiempo que había pasado, desde la primavera hasta casi el invierno. Tú te despertaste y me preguntaste qué me pasaba. Yo te dije que nada. Te echaste las

mantas por encima y te acercaste a mí. —Jeremy dio un paso a un lado—. Cuando viste la nieve, soltaste: «Ya casi es Navidad». Al ver tu sonrisa, supe que querías pasar aquí las navidades. Todas las navidades. —Rafe salió de la cama y fue hasta allí, hasta donde había estado el joven Jeremy una vez, mientras Jeremy pisaba donde había pisado una vez el joven Rafe.

—Y entonces, ¿qué pasó? —quiso saber Rafe.

—Que por fin me ordenaste que te contase en lo que estaba pensando. En mi mente, estaba imaginado a mi madre sola en casa, a mamá y a Martha, y era Navidad, pero no habían puesto el árbol. La casa estaba fría y silenciosa y mi madre ni siquiera tocaba villancicos al piano. Porque qué iba a celebrar ella si yo había desaparecido. Había perdido a su marido a los veintinueve años y a su hijo a los cuarenta y cuatro. Esa mañana, estuve a punto de mentirte. Eso es todo lo que te quería, cuánto quería que fueras feliz. Pero una orden era una orden, así que te conté la verdad. Te dije que…

—Que era hora de irse —completó Rafe. Jeremy giró la cabeza hacia él.

—¿Te acuerdas de eso?

—Solo por un sueño. —Qué raro le resultaba darse cuenta de que muchos de sus sueños medio olvidados habían sido recuerdos. Jeremy cruzó los brazos sobre su pecho y apoyó la espalda sobre el arco de piedra.

—Nadie te cuenta que cuando te vas a otro mundo, aunque ese mundo sea el paraíso, seguirás echando de menos a tu madre y a tu perro. —Jeremy se sentó en la repisa del balcón—. O quizá por fin estaba siendo consciente de lo tremendamente egoísta de mierda que estaba siendo. No nos habíamos saltado un simple toque de queda, habíamos desaparecido durante meses. —Rafe se sentó en la repisa

también, frente a él.

—¿Qué respondí cuando me dijiste eso?

—Bueno —continuó Jeremy, más animado—. Que no se diga que mi yo adolescente no tenía un magnífico gusto para escoger novios y príncipes. Lo único que me dijiste fue: «Está bien. Volvamos a casa». Pero esa mañana no pensamos en lo que volver a casa supondría. Para nosotros, quiero decir. A veces me pregunto qué habría pasado si nos hubiéramos quedado.

—¿A nosotros o a nuestras familias? —preguntó Rafe—. Mi padre envejeció diez años durante el tiempo que estuvimos desaparecidos y mi madre perdió casi veinte kilos que no le sobraban, precisamente.

—Y el armario de medicamentos de mi madre estaba lleno de botes de pastillas que nunca habían estado allí antes de que nos perdiéramos. Una vez oí una conversación de mis abuelos en la que decían que si hubiera tardado un mes más en aparecer, muy probablemente la habrían perdido a ella también —contó Jeremy y agachó la cabeza, pero después soltó una risilla, levantó la vista y miró a Rafe a los ojos—. Y a estas alturas tú ya estarías más que harto de mí, ¿no crees?

—Muy posiblemente, sí —Rafe rio y miró afuera, a las montañas. Todavía no tenían nieve, pero pronto la tendrían, podía olerlo en el ambiente—. Siempre he juzgado un poco a la gente que acaba con sus amores de instituto. —Jeremy le levantó el dedo.

—Como vuelvas a hablar de mí como tu amor de instituto, te vas a enterar.

—Perdón, perdón —se disculpó Rafe, con las manos en lo alto a guisa de rendición.

—Mira —observó Jeremy. Fuera de las murallas del palacio, un

ciervo blanco y un venado rojo daban una caminata con paso ligero y elegante por un campo de calabazas y las olfateaban en busca de la mejor para la cena.

—Guau —suspiró Rafe. El ciervo se terminó su manjar y salió corriendo de vuelta al bosque.

—Te arrebaté todo esto solo porque echaba de menos mi casa.

—Yo podría haberme quedado —le recordó Rafe—. No tenía por qué volver a casa contigo. La decisión fue mía.

La decisión de irse. Aun sabiendo lo que su padre le había hecho, Rafe había seguido eligiendo volver a casa. ¿Por qué? ¿Habría sido por su amor a Jeremy? ¿O porque, como había dicho Jeremy, él también había crecido lo suficiente como para darse cuenta de que no podía saltarse el toque de queda para siempre, ni siquiera por los ciervos blancos o por Skya?

En silencio, vieron el sol ponerse sobre las cumbres verdes y plateadas de las lejanas colinas. Se estaba levantando un viento fresco y cortante, y a Rafe le entró un escalofrío.

—Venga —dijo Jeremy mientras se incorporaba—. O bien nos metemos dentro o nos ponemos algo más abrigado.

—¿Es eso lo que hacen los caballeros? ¿Decirles a sus príncipes que se pongan la chaqueta?

—Si el príncipe es tan tonto como para sentarse fuera en pleno octubre con una camiseta de manga corta y en calzoncillos, pues sí. —Rafe se levantó y se dispuso a entrar.

—¿Vienes? —le preguntó Rafe. Jeremy echó un ojo al balcón de al lado.

—Debería volverme a mi cuarto antes de que nos metiéramos en problemas con Skya. No se va a quedar contenta hasta que no nos corte la cabeza a uno de los dos.

—También puedes quedarte aquí y que vengan los problemas —propuso Rafe y Jeremy levantó una ceja.

—¿Ahora quién es la mala influencia?

Los dos entraron de nuevo en la habitación, donde se había encendido el fuego de la chimenea como por arte de magia. Rafe se puso al lado del hogar para entrar en calor y Jeremy se sentó en el sillón y estiró sus largas piernas frente al fuego. Rafe volvió a pescarlo con el ojo puesto en el cuaderno cerrado sobre la mesita. No hizo falta que le preguntara el porqué de su empeño por abrirlo, ya lo sabía.

Le dio la espalda a Jeremy y extendió las manos frente a las llamas. Le resultaba más fácil decírselo sin tenerlo de frente.

—Aquí es donde me enamoré de ti, ¿verdad? —preguntó Rafe—. Recuerdo querer hacerlo, pero tener demasiado miedo. Así que imagino que tuvo que ser aquí. —Recordaba que, antes de perderse, se obligaba a sí mismo a no enamorarse de Jeremy. Se decía que qué sentido tenía, que no era más que un capricho tonto que se le pasaría, que incluso aunque Jeremy sintiera lo mismo (y por qué iba a hacerlo), nunca podrían llegar a nada más, así que por qué molestarse.

—Aquí fue —confirmó Jeremy—. Te tomaste tu tiempo.

—En este mundo, lejos de mi padre, debí de sentir que podía amarte, que aquí no sería una pérdida de tiempo.

—No fue una pérdida de tiempo. Ni uno solo de los segundos. Bajo el mandato de la reina Skya, el amor no es ningún saco roto. —Rafe le dio la espalda ahora al fuego y volvió a mirar de frente a Jeremy.

—Y tú y yo, ¿hicimos algo…? —quiso saber Rafe y Jeremy asintió lentamente con la cabeza—. ¿Mucho? —Jeremy asintió de nuevo—.

O sea que la de mi novia Cassie del instituto en mi camioneta no fue mi… —Jeremy hizo un gesto de negación—. Fue contigo y fue aquí. —Jeremy se señaló a sí mismo con el dedo y luego señaló la cama que tenía detrás. Rafe trató de asimilar toda esa información—. Vale. Está bien saberlo.

La chimenea crepitaba con un placentero «crac, crac». Cuando inhaló el fascinante aroma de la leña ardiente, como a azúcar morena ahumada, Rafe volvió a verse invadido por otro *déjà vu*. Ya había estado allí, ya había aspirado aquel perfume, ya había tenido esa misma sensación de estar donde quería estar, con quien quería estar, y de que todo estaba bien en el mundo, al menos, en aquel.

—Me lo podrías haber dicho.

—Debería habértelo dicho —reconoció Jeremy—, pero es una conversación un poco incómoda de tener con alguien que te odia. «Oye, por cierto, sé que piensas que me desprecias, pero en realidad hubo un tiempo en el que estabas locamente enamorado de mí y solíamos hacer de todo en la Torre Estrella, tan a menudo que la astrónoma de la corte, Mira, tuvo que cambiar los candados». —Jeremy se llevó las manos detrás de la cabeza e hizo un gesto de desdén—. Mira, aquí tienes otro mal recuerdo que encontrarás en el libro. Rompimos. No nos quedó otra, ya que tú te olvidaste, literalmente, de que estabas enamorado de mí. Y no es ningún secreto que, desde entonces, no he sido ningún monje y no me vayas a venir con que tú tampoco…

—Hombre, un poco monjil… —lo interrumpió Rafe—. Salvo cuando no.

—Eso no cambia los hechos.

—¿Y cuáles son los hechos? —Jeremy deslizó la mano por dentro del cuello de su camiseta y se sacó la medalla de San Huberto, la

medalla de Rafe.

—Siempre he estado enamorado de ti. —Rafe necesitó un momento para recobrar el habla.

—¿Durante todo este tiempo? —preguntó finalmente.

—Durante todo este tiempo. Cada minuto. Cada hora. Cada día —confesó Jeremy.

—¿Por qué? —soltó Rafe, sin saber muy bien qué más decir.

—¿Que por qué? —Jeremy largó una carcajada—. ¿Por qué? ¿Quieres que te enumere las razones por orden alfabético o de importancia? Vayamos por orden alfabético mejor, porque mi lista de diez motivos por los que te quiero es un poco superficial.

—¿Cuán superficial?

—El número seis es por tus ojos. El número tres, por tu boca. El número dos, dejémoslo.

—¿Cuál es el número uno?

—Porque yo me acuerdo de quién eres, aunque tú no lo hagas. —Rafe se quedó mirándolo a la espera de alguna frasecita para rematar que nunca llegó.

—Lo dices en serio —afirmó Rafe. Jeremy asintió y soltó un pequeño chasquido.

—Dios, haber ido a Pueblo Fantasma ha sido más fácil que decirte esto. —Jeremy le apartó la mirada—. Sé que allí hemos tenido un par de momentos agradables, incluido en el que me has metido la lengua hasta el paladar con la mitad de una manzana, pero no te estoy pidiendo nada. No pretendo que retomemos las cosas donde las dejamos. Merecías saberlo todo y ya lo sabes. —Rafe respiró profundamente.

—Estás siendo muy justo.

—Soy caballero de Shanandoah. Tenemos un código de honor. No

me acuerdo bien de lo que decía, pero la cortesía en temas del corazón se mencionaba en dos o tres ocasiones.

—¿Han de ser corteses los príncipes en temas del corazón, o puedo ordenarte directamente que me beses hasta que se me vuelva a olvidar quién soy? —preguntó Rafe, que, todo pícaro, disfrutó del gesto aturdido y desconcertado que se le había quedado a Jeremy.

—Supongo que… Ejem. Supongo que al no encontrarlo para nada desagradable por mi parte, no sería, pues eso, descortés por la tuya. Quiero decir, darle a tu caballero una orden como tal. Vivimos para servir. En resumen, que es lo que viene a hacer un caballero.

—Considéralo una orden, entonces.

Jeremy se irguió un poco, puso los pies sobre el suelo, las manos sobre los reposabrazos del sillón y empujó para levantarse. Dio unos pasos y se quedó junto a Rafe, frente al fuego. Rafe colocó la palma sobre el corazón de Jeremy, que latía contra su mano casi con la misma fuerza con que lo hacía el suyo dentro de su pecho.

—Podría ser divertido volver a enamorarme de ti —dijo Rafe—. No me acuerdo de cómo fue la anterior, así que quién sabe, quizá sea como la primera vez.

—¿Dos primeras veces? No seas avaricioso. —Jeremy se acercó a él en el mismo instante en que el sol se escondía tras las montañas y la noche caía como una cortina negra sobre el reino de Shanandoah. Entonces, susurró al oído de Rafe—: Pero me gusta cómo piensas.

Fue ahí cuando *sir* Jeremy procedió, con mucha cortesía, cómo no, a hacerle olvidar su nombre al príncipe Rafe.

RINCÓN DEL NARRADOR

Se cierra el telón. Perdón por las molestias



Mis más sinceras disculpas, pero aquí procederemos a cerrar el telón y darles su privacidad a nuestro caballero y a nuestro príncipe.

Después de todo, no es este ese tipo de historia.

RINCÓN DEL NARRADOR

Una interrupción menos molesta (espero)



La reina Skya, que ojalá reine por mucho tiempo, estaba tan contenta de que su príncipe y su caballero le hubieran devuelto a su princesa perdida que declaró quince días de celebración. ¿Que por qué quince? Uno por cada año que había esperado el retorno de Rafe y de Jeremy. Cuando eres una reina bienquerida, te puedes permitir ese tipo de cosas sin que se te acuse de ser autocomplaciente.

No hay tiempo para contar todos y cada uno de los maravillosos detalles de lo acontecido durante esas quince jornadas, pero trataré de destacar lo esencial.



En el primer día, las buenas gentes de Shanandoah se reunieron en la colina Medialuna. Al atardecer, las Valquirias —vestidas todas de blanco y con un aspecto glorioso— condujeron una procesión hasta el bosquecillo sagrado y formaron una guardia de honor.

Después, llegó Rafe con su mejor jubón verde oscuro y con unos pantalones —hacedle caso a vuestro narrador cuando os dice que estaba para morirse—. Jeremy fue el siguiente e iba con sus pantalones negros

favoritos, con una túnica y un chaleco. La reina Skya fue con un vestido del más intenso de los rojos. Rafe portaba un cuenco con agua; Jeremy, uno con fuego, y la reina Skya, uno con tierra; los tres elementos de toda creación. Entonces, apareció Emilie con un sencillo vestido de lino y se plantó en el centro del círculo. Tenía las manos vacías como símbolo de la disposición a recibir lo que la Creadora le ofreciera.

Sonaba música, unas suaves y extrañas melodías paganas, y cuando la canción se apagó, Jeremy comenzó a hablar. Pese a que Emilie todavía no había aprendido a hablar la antigua lengua de Shanandoah, el idioma de quien puso los cimientos del mundo, fue capaz de entender el significado de las palabras de Jeremy:

«Nadie conoce el rostro de la Creadora, pero hemos sido testigos de sus manos generosas en acción en la salida y en la puesta del sol, así como en el resplandecer de la luna, en el danzar de las estrellas y en el reencuentro con lo perdido. Entre nosotros se halla una persona que estaba perdida y celebramos que, al fin, haya encontrado el camino a casa...».

Aquellas palabras sonaron como una danza de hojas otoñales en el viento.



En el segundo día, los cuatro descansaron para recuperarse tras la ceremonia de bendición, que duró hasta bien pasada la medianoche. El día estaba fresco y agradable, pues el octubre de Shanandoah es precisamente el ideal de octubre. Ya hacía demasiado frío para su habitual jugada de críquet combativo con las Valquirias en el jardín de atrás. En cuanto empezó a caer la noche, los cuatro se retiraron al acogedor salón de Skya. Emilie se tiró sobre la alfombra frente al fuego, Rafe se estiró en el sofá, Jeremy tomó asiento en el sillón y Skya se sentó a sus pies sobre un cojín de seda. Mientras Rafe les leía un pasaje de *El maravilloso mago*

de Oz, Jeremy deshizo la larguísima trenza de Skya y le acarició el delicado cuero cabelludo con cariño.

—¿Puedo ser la siguiente para el masaje en la cabeza? —le preguntó Emilie a su hermana.

—Búscate tu propio caballero, mocosa. Este es mío —le respondió Skya con una sonrisa dichosa en el rostro.

—Ejem, ejem —soltó Rafe.

—Perdón, mi príncipe. Este es nuestro —se corrigió Skya.

Rafe terminó de leer y cerró el libro con un dramático «Fin». Todos aplaudieron. Era hora de irse a la cama.

—¿Qué leemos mañana por la noche? —preguntó Emilie a Skya mientras subían las escaleras hacia sus respectivas habitaciones.

—Uno de mi elección —contestó ella—. Es la historia sobre dos amigos del colegio que van a parar a otro mundo y han de ayudar a un príncipe que se ha olvidado de quién es.

—¿Cuál es el título?

—*La silla de plata.*



En el tercer día, Skya decidió que ya habían vagueado bastante. Era cuestión de tiempo que los Resplandecientes volvieran a asomar sus feos rostros por allí. Tras una mañana en la que recibieron los buenos deseos de quien quiso dejarse caer para saludar a la nueva princesa, comieron un copioso almuerzo y después llegó el momento de que Emilie tuviera su clase de tiro con Rafe y su clase de espada con Jeremy y Tempestad. La de espada no le resultó tan divertida, pero en la sesión con Rafe como profesor, Emilie por fin se las apañó para acertar unas cuantas flechas en el blanco. Cuando una de ellas dio en el círculo azul y se quedó allí clavada, se acordó de gritar el «¡Viva Virginia Occidental y no s'able más!»,

para contento de su hermana. Tomó la decisión de convertirse en una arquera experta, le llevase el tiempo que le llevase. Cuando se lo contó a Rafe, este le confesó el gran secreto del tiro con arco, que debía poner el corazón donde quisiera la flecha y después estar dispuesta a poner la flecha en su propio corazón. Esa era la única forma.



En el quinto día, el pueblo de Villaosuno organizó una fiesta en honor al retorno del príncipe y su caballero. Emilie estaba más que agradecida de no ser el foco de atención por un día; aunque le pidieron que hiciera de jueza en el concurso de pasteles, a lo que estuvo feliz de acceder. Muy requetefeliz, gracias por la propuesta y que rule el pastel. Rafe y Jeremy quedaron para una siesta después de tanta fiesta e indigesta, y del alcalde y aldeanos con tal orquesta de relatos sobre hazañas de antaño —lo sé, la oración parece un trabalenguas, pero me declaro inocente de tanta rima involuntaria.

Brindaron, cómo no, por la vez en la que Rafe salvó a la reina de la araña durmiente; pero también por cuando cabalgó durante tres días para pedirle a la bruja de la Cueva del Lobo Negro una cura para la fiebre azul de un niño, y por cuando Jeremy ahuyentó a un tigre de espalda plateada de Villaosuno con su espada y unas cuantas palabrotas muy selectas que había aprendido en su país natal, «Ingla Tierra».

—¿Todo eso hicimos? —le susurró Rafe a Jeremy entre brindis.

—No podíamos estar enrollándonos todo el rato en la Torre Estrella.

—¿Por qué no? —preguntó Rafe. Después, frente a los doscientos vecinos, Rafe le plantó un beso a Jeremy y la ovación fue tan ensordecedora que Emilie tuvo que chillar para anunciar que el pastel rojo de bayas de lluvia había sido el ganador del concurso.

Esa misma noche, la reina Skya mandó pronto a la cama a Emilie. Sentó

a Rafe y a Jeremy en su salón y les leyó una historia. Su historia. Enterita. Incluso la parte de la puerta que se cerraría tras ellos si volvían a marcharse.

Se quedaron tristes y aturdidos, pero, a la vez, enfrentaron la noticia con arrojo y buen humor. Pero aquello no había tomado de sorpresa a la reina. Había elegido bien a su caballero y a su príncipe. Puede que en Shanandoah fueran caballero y príncipe, pero también eran montañeros, uno de sangre y otro de espíritu, y ambos se habían hecho fuertes en Virginia Occidental ¡y no s'able más!



Al día siguiente, cabalgaron temprano hasta el mar Cromado y pasaron dos días y dos noches en el barco dragón de la reina. Al llegar el crepúsculo, cuando las aguas estaban bañadas por un rojo sangre del sol poniente, echaron el ancla. Luego, todos hicieron trampas para las sirenas con barquitos con velas y los dejaron flotar en el agua mientras esperaban en balsas.

Pasó una hora hasta que la primera sirena quiso morder el anzuelo. Una jovencita de piel plateada y ojos brillantes color cobre salió a la superficie y sopló la vela de Emilie.

—Te atrapé —dijo Emilie en tanto que le ponía a la sirena una corona de orquídeas rosas alrededor del cuello—. Ahora cuéntame un secreto.

La sirena, cazada en un juego limpio, susurró un secreto al oído de Emilie y luego se dio la vuelta velozmente, le soltó una bofetada en la cara con la cola y desapareció en las profundidades. Todos volvieron al barco dragón.

—Pensaba que habíais dicho que os dieron un beso —recriminó Emilie, que iba goteando agua por la cubierta.

—Bueno, una le dio un beso a Rafe —corrigió Jeremy—. Pero que levante

la mano quien no le haya dado un beso a este. —Rafe puso los ojos en blanco.

—¿Qué secreto te ha contado? —preguntó Skya—. Vamos, suelta de una vez el pescado. —Pero Emilie se dedicó a sonreír mientras se escurría el agua del pelo.

—Si te lo contara, dejaría de ser un secreto.



En la novena noche, Emilie soñó con su madre y se despertó llorando. Al poco, Skya pegó unos toquecitos en la puerta y entró en la habitación. Sin mediar palabra, se coló en la cama con su hermana y la abrazó.

—¿Cómo sabías que te necesitaba? —preguntó Emilie.

—Me lo ha contado un pajarito. —Aurora se posó al final de la cama de Emilie como un centinela para guardarla de los sueños tristes—. ¿Quieres contarme qué has soñado?

—No —respondió Emilie. De todas formas, ya apenas se acordaba. Lo único que recordaba era que en su sueño, su madre estaba viva y con ella, allí, en Shanandoah.

—¿Quieres hablarme sobre tu madre? ¿La madre que te crio?

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Pues, lo primero, su nombre era Theresa y te habría adorado.



Al décimo día, Rafe y Skya se encerraron en la Torre Estrella y se negaron a contarles a Emilie o a Jeremy lo que se traían entre manos.

«Cosas de reinas», le había dicho Skya a Emilie cuando preguntó. «Cosas de príncipes», le había dicho Rafe a Jeremy cuando preguntó.

«Menuda milonga», había opinado Emilie sobre todo aquello. Jeremy

estuvo de acuerdo con aquella deducción, así que ambos se fueron a hacer cosas de princesas y caballeros.

Como era lógico, las cosas de reinas y príncipes que los ocupaban no eran nada especialmente emocionante. Rafe estaba pintando algo para regalarle a Emilie y necesitaba a Skya para que le diera alguna aportación.

—Más rosa —le decía ella—. A mi hermana le encanta el rosa.

—Pero si ya está todo rosa —respondió él. Skya lo observó durante un rato.

—Pero qué talento que tienes, mi apuesto príncipe —le dijo ella, con la barbilla apoyada sobre su hombro mientras él seguía trabajando—. ¿Cómo es que no eres un artista?

—Lo soy. Si haces arte, eres artista. No hace falta que te paguen por ello. Porque no me vas a pagar, ¿verdad?

—Solo con halagos y amor. —Skya le dio un beso en la mejilla.

Fascinada, observaba mientras él hacía magia, mientras se centraba en un rectángulo en blanco y lo llenaba de belleza.

—Si hubieras muerto aquel día en el Red Crow —añadió la reina—, se habrían echado a perder todos los cuadros que has pintado y que te quedan por pintar. Muerto un artista, muerto también todo su arte no materializado. ¿Por qué la gente no piensa en eso antes de hacerse daño mutuamente? —Rafe mojó el pincel en pintura blanca y, ante los ojos de la reina, comenzó a aparecer un unicornio.

—A veces pienso que el arte es más fuerte que nosotros mismos —comentó Rafe—. A mi pintor preferido, Franz Marc, le volaron los sesos en la Primera Guerra Mundial; pero una profesora de música de Morgantown tenía una copia de su cuadro *Zorros* en su casa. Nada más verlo decidí que eso era lo que yo quería hacer. Y lo hice. Así que eso es la inmortalidad, el viajar en el tiempo y un trabajo milagroso. No está mal para unas pinturas, unos trozos de madera y un lienzo. —Rafe la miró de reojo—. Todo tu reino existe gracias a que a alguien le gustó tu historia. Si

yo fuera tú, me lo tomaría como una señal para seguir escribiendo.

—Llevo desde los trece años sin escribir ni una sola palabra. ¿Por dónde iba a empezar?

—Puedes empezar por donde comencé yo a pintar. Yo pinto a la gente que quiero. Tú podrías escribir sobre la gente a la que quieres. —Skya reflexionó sobre lo que le acababa de decir Rafe mientras lo observaba pintar.

—Escribir sobre la gente a la que quiero... —La reina lo abrazó por detrás y él dejó de pintar para apoyar la cabeza sobre la suya durante un largo y entrañable rato—. Entonces tendré que escribir sobre ti.

—Solo te pido que me hagas quedar bien —le rogó Rafe, que ya había vuelto a su cuadro.

—Quizá te convierta en el héroe.



Al undécimo día, el Palacio Lunar organizó una fiesta otoñal en honor a Emilie. Más comida. Más bebida. Más juegos. Hubo hasta un concurso de tiro con arco. Emilie participó en el torneo para principiantes y quedó en tercer lugar, lo cual resultó dudosamente honorable, pues la mayoría de los concursantes tenían entre diez y catorce años.

Después de la obstinada insistencia por parte de Skya, Rafe participó en el torneo para expertos. El premio era un poni con manchas grises y con una de ellas en forma de estrella en la frente. Cuando, sin remedio alguno, ganó el primer puesto, le llevó el poni a Emilie y le ofreció un intercambio: el poni por el lazo que le habían dado a ella como tercer premio.

Cuando terminó de darle cien mil besos y abrazos a Rafe, le acarició el hocico al animal y le susurró su nuevo nombre: Rhiannon. Como la canción de Fleetwood Mac. A nadie le sorprendió.



El día de la coronación de Emilie estaba cada vez más cerca. Jeremy y Rafe se dirigieron a la bruja de la Cueva del Lobo Negro para conseguir el regalo que Skya quería hacerle a su hermana. El camino hasta allí era muy largo, por lo que tuvieron que acampar en el bosque y cazar y pescarse la cena. Estuvieron a punto de perderse cuando la Mujer de Verde se encaprichó de la cara bonita de Rafe y les cambió el camino para llevarlos hasta su casa en el Gran Valle Tenebroso, una parte particularmente antigua y misteriosa del bosque ancestral. Los chicos se las tuvieron que ver negras para salir de allí.

Ojalá pudiera contaros la historia al completo, que incluye una seducción fallida por parte de una fronda sensible por la que Rafe tuvo que excusarse literalmente de la siguiente manera: «Eres un árbol encantador, pero es que tengo pareja». Lástima que nos estemos quedando sin tiempo.



Durante su ausencia, Skya y las Valquirias se llevaron a Emilie al nacimiento del río Petrazul para bañarla en sus aguas sagradas. Al volver al palacio, se pasaron la tarde tratando de encontrarle un vestido para la coronación. Fue el día más feliz que Emilie había tenido en mucho tiempo.



Y por último, al decimoquinto día...

Bueno, creo que ese día se merece su propio capítulo.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

No había ni un alma en todo el maravilloso y salvaje reino de Shanandoah que no estuviera apiñada en la sala del trono para ver cómo la reina Skya, con su corona de cuernos, colocaba una corona de hojas plateadas y doradas sobre la cabeza de la princesa perdida y encontrada.

—Os presento a la princesa Emilie, la del corazón de león —pronunció la reina ante la radiante congregación. La ovación fue ensordecedora. El príncipe Rafe y *sir* Jeremy, que iban de punta en blanco, estaban de pie detrás de su reina y de la princesa.

—Me acuerdo de tu coronación —le murmuró Jeremy—. Pero no me acuerdo de todo tu nombre ni de tus títulos reales. Era algo como príncipe Rafe, el de los cabellos dorados, el del corazón dorado, el príncipe de ojos de halcón de Shanandoah.

—Vaya nombrecito.

—Ni que lo digas.

Si la reina o cualquier otra persona se dieron cuenta del codazo

que le dio el príncipe Rafe a Jeremy en el estómago para que se callase, nadie hizo ningún comentario al respecto. Como ya hemos dicho, Shanandoah no es un reino que se tome demasiado en serio a sí mismo. A fin de cuentas, uno de los invitados de honor en la coronación fue una rata llamada Fritz, que observó todo desde un cojín de seda que sujetaba una de las Valquirias. ¿Sabía la rata lo que estaba pasando? Con mucha probabilidad no, pero parece que se lo pasó bomba mordisqueando las borlas del almohadón.

Tras la ceremonia, se procedió a la entrega de honores.

En primer lugar, a Jeremy lo ascendieron de caballero a barón. Rafe le susurró: «Sigo estando por encima, mi lord». A lo que puede que Jeremy respondiera: «Chúpame un pie, mi príncipe». Todos los presentes coincidieron en que a lord Jeremy le sentaba muy bien la coronita de plata.

Rafe pasó de príncipe a alto príncipe, lo que no le supuso más que una mejora de coronas.

Y al pequeño Fritz le concedieron su propio ducado por haber mordido las ataduras de lord Jeremy en Pueblo Fantasma.

Pues hasta el más pequeño de los actos de valentía y amabilidad por parte de los ciudadanos más diminutos de Shanandoah merece los más altos honores.

Tras dichos honores llegó la mejor parte, según Emilie, que fue la entrega de regalos a la recién coronada princesa.

De Jeremy recibió una caja de música que tocaría cualquier canción que su corazón deseara. Emilie la entreabrió y comenzó a sonar *Dreams*.

—¿De dónde has sacado esto?

—Se la cambié a un mago ambulante por la espada que tenía de sobra.

—Bueno, aquí no hay Amazon, así que tiene sentido.

El siguiente fue Rafe, que le regaló un cuadro. El retrato oficial de Emilie. En él aparecía sentada sobre un sillón rosa palo y rodeada por un óvalo de animales —unicornios, conejos, gatos, zorros—. Fritz, cómo no, se encontraba en su regazo sobre un cojín de color rosa. El marco también era rosa.

—Me encanta. ¿Puedes hacer uno de Skya y yo juntas? —le pidió Emilie. Rafe le dio un beso en la mejilla.

—Lo pondré en mi lista de pendientes.

Rafe y Jeremy se quedaron observando de cerca mientras Skya le daba a Emilie su regalo. Después de todo, habían sido ellos los que habían viajado durante días para traérselo. Emilie abrió una bolsa vacía de terciopelo negro.

—¿Aire fresco? ¡Gracias, hermanita!

—Qué graciosilla que eres —respondió Skya—. Esa bolsa contiene tu regalo. Tú decides cuál quieres que sea, mientras quepa en la bolsa. Solo tienes que desearlo y aparecerá.

—¿Puede ser cualquier cosa? ¿Como una culebrilla que hable japonés o un DVD de *Matrix*?

—Mientras quepa ahí, lo que quieras.

—Me parece algo bastante irresponsable —sostuvo Emilie mientras echaba un vistazo dentro de la bolsa vacía. Skya asintió.

—Probablemente lo sea. No tienes por qué decidirlo esta noche. Pero una vez que lo hagas, solo tienes que ponerte la bolsa junto al corazón y decir: «Gracias por…» y pronuncias el nombre de lo que quieres.

—Esto parece otra prueba.

—¡Que no…! ¿Por qué piensas que te pongo a prueba, mocosa?

—Probablemente sea una prueba —confirmó Jeremy.

—Intentaré no hacer explotar el mundo sin querer con esta cosa. Espera, ¿puedo jurarte ya mi lealtad eterna?

—Como quieras. Sin presiones —respondió Skya.

—Claro que quiero. Y Fritz también.

—Lord Jeremy, la espada, por favor. —Jeremy le dejó su espada a su reina. Emilie se arrodilló y Skya le dio un toquecito en el hombro izquierdo y luego en el derecho. Después, con un cuchillo para extender la mantequilla, le dio un toquecito todavía más suave en el hombro izquierdo a Fritz y luego en el derecho.

—Princesa Emilie y… Fritz, ¿me juráis lealtad eterna a mí y al reino de Shanandoah? —pronunció Skya y Emilie levantó la vista.

—¿Qué conlleva esto exactamente? ¿No debería leerme la lista de términos y condiciones? —preguntó Emilie.

—Y yo qué sé. Esto solo lo hacemos por la gracia.

—Pues entonces, sí, lo juro. Y Fritz también. Supongo. Aunque eso no creo que sea válido ante un tribunal.

—¡Arriba, princesa Emilie! —ordenó Skya. Emilie se puso en pie y se tiró a los brazos de su hermana—. Ahora sí que eres mi princesa.

Tras la entrega de presentes, solo quedaba una cosa pendiente. La fiesta.

Todo el reino celebró con cánticos, bailes, banquetes, bebidas y un frenesí generalizado que se alargó hasta bien entrada la noche. Participaron todos ellos, Rafe y Jeremy, Emilie y Skya, y hasta los caballos, Colorín y Rayito, que llevaban lazos rosas y dorados atados en sus crines.

Mientras Emilie y Jeremy disfrutaban de un baile juntos, Rafe se encontró a Skya plantada junto a su trono y observando la escena con una sonrisa en el rostro.

—¿No es preciosa? —comentó ella.

—Esa pregunta parece otra prueba —replicó Rafe. Skya soltó una carcajada.

—Baila conmigo, mi príncipe.

—Se me da fatal bailar.

—Ya me acuerdo. Pero probemos, de todas maneras. —Igual que dos niños nerviosos en un baile de instituto, se abrazaron y se mecieron juntos.

—Aurora me ha dicho que todavía no has abierto el libro. ¿Quieres contarme qué te lo impide?

—Francamente, no —contestó él, aunque por ser su reina, se lo contó de todas formas—. Cada día pienso que ese será el día, pero después resulta que no. Estoy feliz aquí. Me da miedo arriesgarlo.

—¿No quieres odiar a tu padre? —preguntó Skya. Rafe tomó un respiro y se tragó el nudo que de repente se le había hecho en la garganta.

—No quiero odiar a mi madre. —Los ojos gris paloma de la reina, tan parecidos a los de Emilie, se llenaron de comprensión.

—Ay, príncipe mío.

—Mi padre dijo que si recordaba todo, me envenenaría con mi madre. ¿Y si ella lo sabía y no hizo nada?

Skya le tomó de la mano, lo apartó del barullo y se lo llevó hacia un pasillo vacío detrás de la sala del trono. Con un suspiro de alivio, se quitó la corona y la dejó sobre la parte de arriba de una armadura. Después, bajo la luz de una antorcha, se retiró la manga y le mostró a Rafe su brazo derecho, cubierto de tenues cicatrices blancas.

—Skya. —Rafe le pasó los dedos por una zona irregular de tejido blanquecino cicatrizado que se extendía desde la muñeca hasta mitad del brazo—. Me lo hice cuando intentaba escapar del maletero de aquel tipo.

—Ojalá nunca hubieras tenido que…

—Lo sé. —Skya esbozó una media sonrisa—. A mí fue a la única que le contaste lo que te había hecho tu padre. Me lo contaste porque te enseñé mis cicatrices primero y te conté cómo me las había hecho. Te guardé el secreto. Ni siquiera se lo dije a Jeremy, porque yo también sé lo que es tener cicatrices de las que no se quiere hablar. —Rafe levantó el brazo de Skya y se lo arrimó a los labios para besar sus cicatrices, igual que Jeremy había besado hasta las más profundas de las suyas en la hora más secreta de la noche. Skya apoyó la frente contra la de él—. Mi corazón dorado, mis cabellos dorados, mi príncipe de ojos de halcón, hay algo que te puedo prometer: no vas a odiar a tu madre. Ojalá hubiera podido tener yo una madre que me quisiera como te quiere la tuya. —Rafe la miró a los ojos y le creyó.

—No recuerdo si los príncipes tienen permiso para besar en los labios a las reinas.

—Si abres ese libro, verás que no simplemente está permitido, sino que además es una obligación. —Rafe tomó el rostro de la reina entre sus manos y la besó con cariño, con tanto cariño como le tenía.

—Muy bien. Ahora tira y busca a Jeremy. Espero no volver a veros a ninguno de los dos hasta mañana por la mañana.

Ella era la reina. Las órdenes eran órdenes.



Emilie encontró a su hermana en el balcón, con la mirada fija en la brillante luna llena.

—Muy buena fiesta.

—No todo son fiestas, ¿eh? A veces también hay un montón de

trabajo. —Emilie se encogió de hombros ante la contestación de su hermana.

—Igualmente, tenía que buscarme otro curro.

—De pequeña, me leía todas las historias de fantasía a las que podía echarles el guante. En todas y cada una de ellas, desde Narnia hasta Oz o la Isla del Reloj, los niños que se transportaban al mundo de fantasía siempre volvían a casa al final del cuento.

—Yo no voy a volver a casa. Vamos a ver, aquí tengo ahora una corona y Fritz un ducado. Hemos venido para quedarnos.

—¿Me lo prometes? Es una decisión muy importante. No hay vuelta atrás. Literalmente.

—De casa, a la única que echo de menos es a mi madre y ella ya no está allí. Ay, mierda. Mi casa. Mi coche. Tengo que decirle a Jeremy que… —Emilie ya se estaba marchando, pero Skya la agarró por el brazo.

—Escúchame, por favor. No estoy de broma. Este sitio es mágico, pero también es peligroso. Aquí no hay televisiones, teléfonos, radios ni hospitales. La magia no te cura una pierna rota si te caes del caballo. Solo espero que no te arrepientas. —Emilie tomó las manos de su hermana y las apretó.

—Me quedo. Ya lo he decidido. Vete acostumbrando a mí —sentenció Emilie. Skya la atrajo hacia sí.

—Ya lo he hecho —le susurró al oído.

—¡Ah!

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Skya.

—Ya sé qué es lo que quiero de regalo.

—¿Estás segura? ¿No quieres pensártelo mejor?

Antes de que se le desvanecieran los ánimos, Emilie enredó sus manos alrededor de la bolsa y murmuró: «Gracias por el portaminas

mágico de unicornio con una mina interminable como el que solía tener mi hermana para que pueda escribir otra historia».

Skya se quedó mirando a su hermana, con los ojos como platos. Emilie metió la mano en la bolsa y sacó de ella el portaminas.

—Pues ya tienes lápiz —espetó Emilie y le dio el regalo a su hermana, la reina.

—Te quiero, mocosa.

—Yo también te quiero. Estoy deseando leer tu próxima historia.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Rafe y Jeremy se cambiaron las ropas finas por las de montar. Después, ensillaron rápidamente a Colorín y a Rayito y cabalgaron hacia el bosque. Pero antes de marcharse, Rafe buscó el libro y lo metió en la alforja.

Jeremy lideró el camino hasta llegar a uno de los árboles más grandes del vasto y oscuro bosque. Tan grande era que un arroyo se había hecho camino a través de él y había creado un túnel. Se quitaron los zapatos, franquearon el arroyo y se adentraron en la oscuridad del tronco hueco.

—Mira esto —señaló Jeremy—. Te vas a quedar tieso, a cuadros.

—Estoy deseándolo —respondió Rafe.

Jeremy envolvió un trapo seco alrededor del extremo de una flecha y le prendió fuego. Después, la disparó hacia arriba, hacia el árbol. La llama dejó al descubierto por un momento su secreto: escaleras. Había cien, doscientos o quién sabe cuántos escalones tallados por dentro del árbol en una larga y aparentemente interminable espiral.

—¿Lo ves? No me lo había inventado —se regodeó Jeremy.

Rafe lo siguió escaleras arriba y sus dedos dieron con los agarraderos que otras manos habían dejado marcados en la pared con el paso del tiempo. Siguieron hacia arriba, hacia más arriba y hacia más arriba todavía, en un giro inacabable. Por fin llegaron a lo más alto y Jeremy guio a Rafe por fuera de un agujero y hacia una rama, una rama tan gruesa y tan ancha como un cochecito. Allí se sentaron y recuperaron el aliento. El suelo del bosque quedaba tan lejos que Rafe ni siquiera alcanzaba a distinguirlo en la oscuridad.

—Atento —dijo Jeremy—. Ya llegan. Que empiece el espectáculo.

Rafe miró por entre las ramas y no vio nada; oscuridad, unas cuantas estrellas y más oscuridad. Pero entonces, en la distancia estalló una repentina y fulgurante luz naranja.

Al principio, la lucecita relampagueaba de vez en cuando, cada minuto o dos, después, cada treinta segundos o así hasta que, cada cinco segundos o incluso menos, aquella misma extraña luz naranja destellaba y desaparecía y volvía a destellar.

Eran polillas de fuego. Decenas y luego centenares de ellas danzaban por las altas ramas. Una voló cerca de ellos. En sus enormes alas, más grandes incluso que las dos manos juntas de un adulto, refulgía una luz amarilla. La luz amarilla se combinaba junto a las hojas rojas de los árboles gigantescos para crear un color naranja que llenaba los árboles con los ojos relucientes de miles de calabazas de Halloween.

—Es increíble —expresó Rafe, que le lanzó una mirada a Jeremy y vio en los ojos de este el reflejo de las luces—. Pinté algunas de estas en las paredes de mi habitación.

—Ya lo vi. —Rafe echó mano de su macuto y sacó el libro.

—Espero no recordar ningún miedo a las alturas —bromeó. Jeremy

extendió la mano, atrajo a Rafe hacia su pecho y lo abrazó con fuerza, como si fuera un cinturón de seguridad.

—¿Te acuerdas de la combinación? —preguntó Jeremy.

—No, pero la puedo adivinar.

Se trataba de un candado de tres números y Rafe puso las primeras tres cifras que se le vinieron a la mente. Cuatro, tres, seis. Por 436 Park Street, la antigua dirección de Jeremy. El libro se abrió al momento. Magia.

—Todo está bien. Tú estás bien —lo tranquilizó Jeremy. Rafe se aferró a esas palabras como a un salvavidas cuando empezó a hundirse bajo la superficie de un océano de recuerdos.



—¿Estás seguro de querer hacer esto, mi príncipe? Te puedes quedar aquí. Te puedes quedar para siempre.

—No puedo dejar que Jeremy vuelva solo.

—La magia no dejará que los dos recordéis. No mientras la puerta siga abierta. Es demasiado arriesgado para el reino.

—Lo sé.

—Y no vas a poder ayudar a Jeremy.

—Eso también lo sé.

—Entonces, ¿por qué te vas?

—Porque…



El libro era negro e iba acompañado de un candado de combinación plateado. Con su hermoso rostro sombrío y con lágrimas contenidas, Skya le puso el libro delante.

—¿Cómo funciona?

—Escoge la combinación y ábrelo. No le digas a nadie la numeración. Que sea algo que puedas recordar de tu antigua vida.

Cuatro, tres, seis. Fácil. El número de la casa de Jeremy.

—Hecho.

—Ahora dibuja o escribe sobre él. Lo que sea que pongas en este cuaderno, una vez que lo cierres con candado, se evaporará de tu mente.

—Pero ¿se quedará ahí?

—Sí, pero no podrás recordarlo. Será como si estuviera tras una puerta que no puedes abrir.

—Entonces, ¿solo tengo que dibujar cosas que me sucedieron y no volveré a recordarlas?

—No hasta que lo vuelvas a abrir. La bruja te advirtió que puede que lo sueñes y cuando despiertes tratarás de recordar, pero se te escapará por entre los dedos como el agua y la arena.

Sería fácil dibujar el bosque Fontavera, las montañas Castillo, el Palacio Lunar, el mar Cromado y el río Petrazul. Pero aquello, no. Tendría que dibujar a Skya, a las Valquirias, a los unicornios y a los tigres plateados, al bebé al que había salvado y dado el nombre de Kaylee y, lo peor de todo, tendría que dibujar a Jeremy. No, a Jeremy no. Siempre recordaría a Jeremy Andrew Cox, su mejor amigo en el otro mundo. Tendría que dibujar a *sir* Jeremy, el Caballero Rojo, su caballero. Era a ese al que tenía que olvidar, a su caballero y las noches con él.

—Lo siento, mi príncipe. Yo tampoco quería esto. Pero las reglas ya están escritas.

—No pasa nada. Puedo hacerlo.

Ya que tenía que olvidar todos estos recuerdos maravillosos,

decidió que también se merecía olvidar el peor de ellos. Rafe dibujó un cable eléctrico en la mano de su padre.



—Última noche aquí. ¿Qué te apetece hacer?

—Visitemos por última vez las polillas de fuego antes de irnos.

—¿Por qué? Si no las vas a recordar y yo no podré hablarte de ellas.

Jeremy tenía los ojos muy abiertos, el rostro muy joven y su voz sonaba triste.

—Porque es tu sitio favorito. Y ya te acordarás tú por los dos. Solo prométeme una cosa. Supongo que esta es mi última orden.

—Lo que quieras.

—Creo que va a pasar mucho tiempo hasta que podamos volver.

—Puede. Posiblemente.

—No voy a recordar estar enamorado de ti, así que no sé qué es lo que va a ocurrir. No quiero que me esperes. Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé.

—Pero, por favor, no te olvides de haberme querido.

—¿Es una orden?

—Como si lo fuera.

Se besaron. El primer beso de su última noche y el susurro de una promesa en la oscuridad:

—Sí, vuestra alteza.



Por fin, la oportunidad de hablar a solas con Jeremy. Rafe preguntó:

—¿Crees que esto es un sueño?

—Si lo es, estamos teniendo el mismo. Este lugar es increíble. La tía ha dicho que nos podemos quedar todo el tiempo que queramos.

—Yo quiero quedarme.



Jeremy se sentó a los pies de su reina, con la cabeza posada sobre su regazo mientras ella le acariciaba el pelo. Rafe se encontraba a su lado, sobre la alfombra y junto a la chimenea, dibujándolos. Era de noche. Las velas estaban encendidas. El fuego relumbraba. Se contaban historias entre ellos. Nunca había sido tan feliz como en ese momento. Ojalá pudieran quedarse así para siempre.

—Mi príncipe, te toca leer.

—¿Qué estamos leyendo?

El maravilloso mago de Oz.



Una mano con una fuerza increíblemente descomunal lo sacó a rastras por la puerta del sótano y lo estaba conduciendo hacia el cobertizo. El cobertizo. El cobertizo. Llevaba sin ir allí desde que tenía ocho años.

—¿Te crees muy gracioso? ¿Te piensas que esto tiene gracia?

—No, papá, no. No tiene gracia.

—¿Has pegado esa cosa otra vez para hacerte el gracioso?

No podía decirle la verdad. No podía decirle que el cuaderno se había colado bajo la puerta de su habitación ya pegado, porque entonces la que ocuparía su lugar allí en el cobertizo sería su madre. Y mejor él que su madre.

—Pide disculpas. Di que lo sientes o te vas a arrepentir de haber nacido.

No lo hagas. No lo hagas. Tiene un cable eléctrico en la mano, como lo digas…

—Ya me arrepiento.



—Rafe, ¿ese es tu nombre?

Tumbado bocabajo en la cama más suave que jamás habría podido imaginar y mientras abría poco a poco los ojos, hizo la primera y única pregunta en cuya respuesta estaba interesado:

—¿Dónde está Jeremy?

Junto a la cama había una chica arrodillada en el suelo. Tendría ¿qué? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho años? Era mona. No era preciosa. Tenía una gracia más del tipo de una diosa romana que de una reina de la belleza. Su rostro tenía unas facciones interesantes. Le gustaría pintarla.

—En la otra habitación, esperando a que despiertes. Estabas muy débil y tenías fiebre. Pero ahora estás mucho mejor.

Al tocarle la frente, Rafe se acordó de su madre. ¿Estaba soñando? Llevaba unos vendajes alrededor del pecho y la espalda. Ya no le dolía nada.

—¿Tienes hambre? He tratado de ofrecerle pastel a Jeremy, pero está en huelga de hambre hasta que pueda verte.

—Me apetece pastel.

—Voy a llamar a Jeremy. Nos tomaremos todos un trozo de pastel y un poco de vino junto al fuego.

La chica hizo ademán de marcharse, pero Rafe no quería que se

fuera. Tenía demasiadas preguntas y ella parecía tener todas las respuestas.

—¿Dónde estoy?

—Te lo explico luego, cuando tengas algo de comida en el cuerpo. Me llamo Skya. Soy la reina de este lugar.

—Pues tienes acento de Virginia Occidental.

—Porque soy de allí.

—En Virginia Occidental no tenemos reinas.

—Ya, cariño. Es que ya no estás en Virginia Occidental.



El bosque de Red Crow. El día en que se habían perdido. Pero todavía no se habían perdido. Pronto.

—Rafe, ¿qué te pasa? Vamos, me lo puedes contar.

No puede contárselo, así que se lo enseña. No los cortes de la espalda, eso no podría enseñárselo en la vida. En su lugar, le muestra el boceto, los múltiples pedazos pegados con cinta adhesiva.

—Mierda —le dice Jeremy con las manos que sujetan el papel temblorosas—. ¿Ha sido tu padre? —Rafe asiente—. ¿Se piensa que estamos…? —Rafe cierra los ojos. Asiente—. Le diré que está equivocado. O que, no sé, que fue todo idea mía.

—No. —A Rafe se le va a escapar un sollozo de la garganta, pero se lo traga—. No le cuentes nada a nadie.

Si su padre le había hecho eso a él, ¿qué sería capaz de hacerle a Jeremy? Su padre era como una bomba y Rafe era el único que la podía desactivar antes de que volviera a explotar y se llevara por delante a todo el mundo.

—¿Lo de la cara te lo ha hecho él? —Rafe no respondió a Jeremy, lo

cual ya suponía una respuesta—. No puedes volver a casa.

—No quiero volver a casa —dijo Rafe, que se sentía como el papel que tenía Jeremy en sus manos: roto en pedazos que apenas se sostenían entre sí por una cinta invisible.

—Vamos a… Quedémonos aquí y perdamos el bus, ¿vale? Yo llamaré a mamá y nos recogerá. A tu madre le diremos que te encuentras demasiado mal como para volverte a casa. Diremos que tienes algún virus estomacal o lo que sea. Ya veremos. ¿Vale, Rafe?

Está caliente y le duele todo, pero actúa como si no pasara nada. Lo único que necesita es largarse, eso es todo. Su madre y su padre solo discuten por él, así que cuando ya no esté, su madre estará bien.

—Estoy bien. Vamos a algún sitio. A donde sea.

—¿Dónde?

—Todo lo lejos que podamos.



—¿Estás seguro de querer hacer esto, mi príncipe? Te puedes quedar aquí. Te puedes quedar para siempre.

—No puedo dejar que Jeremy vuelva solo.

—La magia no dejará que los dos recordéis. No mientras la puerta siga abierta. Es demasiado arriesgado para el reino.

—Lo sé.

—Y no vas a poder ayudar a Jeremy.

—Eso también lo sé.

—Entonces, ¿por qué te vas?

—Porque yo… Bueno, los dos…

—¿Los dos qué, Rafe? Puedes contarme lo que sea.

—Los dos echamos de menos a nuestras madres.



Rafe cerró el libro.



Al amanecer, Jeremy y él vieron juntos la salida del sol por entre los árboles. Pasó un buen rato hasta que los rayos rojizos y rosados lograron escalar hasta lo más alto de las lejanas montañas.

—Aquellas son las montañas Castillo —mencionó Rafe—. Ya las recuerdo.

—Así es.

—Allí viven los dragones.

—Aunque nunca llegamos a ver ninguno —añadió Jeremy—. Skya dice que duermen hasta el día en que Shanandoah los necesite. No quiero ni imaginarme qué será lo que los despierte.

Todo había resultado ser cierto. Podían pescar estrellas con redes. Él había cabalgado durante toda una noche para buscar a una comadrona que ayudara a traer al mundo a Kaylee. Jeremy había luchado contra un tigre plateado hasta ahuyentarlo.

—Es verdad que nos enrollábamos todo el rato en la Torre Estrella.

—Con unas vistas increíbles —respondió Jeremy y esbozó una sonrisa—. Que no es que nos fijáramos nosotros mucho en las vistas.

Ya iba siendo hora de desayunar, así que comenzaron a bajar las escaleras de caracol del interior del árbol hasta llegar al suelo. Los caballos seguían adormilados, pero se espabilaron en cuanto Jeremy les prometió darles bayas de lluvia y avena apenas llegaran a palacio. Cuando pasaron por el bosque Fontavera, el suelo estaba cubierto de tal neblina mañanera que parecía que los caballos fueran vadeando sobre nubes.

Al cabo de una hora, la niebla se disipó. Rafe chasqueó la lengua una vez y Rayito se detuvo. Jeremy cabalgó hasta él.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Rafe miró a su alrededor y se rio.

—Aquí es. Aquí es donde despertamos. Justo aquí. Me acuerdo de esa roca que hay junto al río, la que parece un gato durmiendo. —Jeremy asintió.

—Llevas razón. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo. Recuerdo haberme despertado empapado.

—Estabas deshidratado. Te tuve que dar agua. Por cada gota que conseguía que entrara por tu garganta, te chorreaban unos cuantos litros a tu camiseta.

—Ahí fue cuando…

—¿Cuando qué?

—Cuando te vi llorar. Aquel día lloraste al pensar que me iba a morir —recordó Rafe.

—No. Lloré porque sabía que ibas a sobrevivir.

Rafe desmontó y caminó hasta la orilla del río. Un reluciente pez rosa se zambulló bajo la superficie. Una trucha de azúcar, según Skya. Al ahumarlas en la hoguera, tenían un sabor dulce y sabroso.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Rafe. No tuvo que explicar a qué se refería, Jeremy ya lo sabía.

—Quedémonos. Esta vez podemos quedarnos para siempre.

—¿Y qué hago con mi madre?

—¿Y qué hacemos con Skya? ¿Qué hacemos con Emilie? ¿Qué hacemos con el reino? ¿Qué hacemos con lo feliz que eres aquí? —Colorín le restregó el hocico a Jeremy en la espalda y le mordió la túnica—. Eso, ¿y qué hacemos con los chicos? No podemos dejar aquí a nuestros caballos. —Rafe se apoyó sobre el cuello de Rayito y le acarició la nariz de terciopelo.

—Jay, fue mi madre.

—¿El qué fue tu madre?

—Fue mi madre la que pegó de nuevo mi cuaderno con mis dibujos. No fui yo. Los pegó todos juntos y me los pasó por debajo de la puerta de mi habitación. Recuerdo que me dijo: «Cariño, aquí tienes. He hecho lo que he podido». Me lo dijo susurrando. ¿Sabes por qué susurraba?

—Me lo puedo imaginar.

—Ella también le tenía miedo.

—Sé que tu madre te quiere muchísimo. ¿No crees que querría que fueras feliz?

—Claro que querría que fuera feliz. Pero yo no quiero que ella se muera de la pena. Y lo hará si no regreso a casa esta vez.

—Quizá… —Jeremy levantó la vista hacia el cielo—. ¿Y Aurora? Ella puede volar de un mundo a otro sin pasar por la puerta. Puede que ella pueda llevarle un mensaje a tu madre y contarle que estás bien.

—«Querida mamá, estoy bien y muy contento, así que no pienso volver nunca a casa. Chao. Te quiero». —Rafe no podía ni imaginarse cómo le podría sentar aquello a su madre.

—No tenemos por qué decidirlo hoy. ¿Vale? Tenemos tiempo —expuso Jeremy.

—Vale. Llevas razón, tenemos tiempo. Tenemos mucho tiempo.

Rafe se giró hacia Jeremy, levantó la cabeza y le dio un beso. Y justo ahí fue cuando una flecha aterrizó en la espalda de Jeremy.

El tiempo se les había acabado.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Jeremy inhaló con brusquedad y comenzó a desplomarse. Rafe lo agarró y miró a su alrededor, presa del pánico.

Resucitado de entre los muertos, Destripador salió de detrás de un árbol y soltó una carcajada.

—Ya te dije que destripo corazones —clamó el Resplandeciente con un aire triunfal. Rafe fue a alcanzar su arco, pero Rayito y Colorín fueron más rápidos. Recorrieron la distancia que les separaba en lo que pareció cuestión de segundos, se alzaron y empujaron a Destripador al río.

Allí, mientras se ahogaba en el agua y antes de diluirse en nada, chilló:

—¡No es justo! —Jeremy se retorcía entre sus brazos y gruñía de dolor.

—No… —dijo Rafe, pero ya era demasiado tarde. Jeremy se estremeció con fuerza y se arrancó la flecha de la espalda. Le había dado debajo del omóplato derecho, no del izquierdo, por lo que no le

había alcanzado el corazón—. Jay. Jay, dime algo. —Jeremy cayó de lado y se quedó en una posición fetal, con el rostro pálido y dolorido.

—No… puedo… respirar…

—Aguanta. Solo aguanta —le rogó Rafe y llamó a los caballos. Colorín se arrodilló como un poni de circo y Rafe ayudó a Jeremy a subirse a sus lomos. Se montó tras él para sujetarlo mientras cabalgaban. Aunque fuera una agonía para Jeremy, no había tiempo para andarse con complacencias. Galoparon hasta palacio y, en cuanto cruzaron las puertas, Rafe se puso a pedir ayuda a voz en grito. Pronto estuvieron rodeados.

—Mételo al palacio. Ya. Con cuidado —ordenó Skya.

Rafe y las Valquirias lo alzaron. Dieciséis brazos hicieron de camilla y lo transportaron hasta la sala de mañana de la reina. Ola, la curandera, los echó a todos de allí, excepto a Skya. Incluso a Rafe y a Emilie se les pidió que esperasen fuera. Escuchaba al otro lado de la puerta. Jeremy tosía y la tos sonaba terriblemente líquida.

—Se pondrá bien —afirmó Emilie—. Sé que se pondrá bien. No puede ser de otra manera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rafe, sin mucha conciencia de lo que estaba saliendo por su boca.

Emilie no respondió, se limitó a sujetarlo. Los jadeos de dolor de Jeremy eran como música para sus oídos. Eso significaba que seguía vivo. Pero, de repente, se hizo el silencio.

—No —soltó Rafe. Nada más. Solo un débil «no». Comenzó a desplomarse. Lo único que lo sostenía eran los brazos de Emilie. Skya abrió la puerta.

—Está vivo. Le han dado algo para calmarle el dolor. Pero no le queda mucho. —Aquellas palabras envenenaron el aire. A Rafe le faltaba la respiración.

—¿Quieres decir que se va a morir? —preguntó Emilie en un tono tan afilado como el filo de una navaja—. Jeremy no se puede morir. No. No. Esto no puede estar pasando. Tiene que haber algo. Tiene que haber…

—¿La bruja? —intervino Rafe.

—Demasiado lejos. No aguantará tanto —dijo Skya.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Rafe. La reina se quedó mirándolo. Cuando habló, parecía una jueza dictando una sentencia de cadena perpetua; lo cual, bien mirado, era mejor que una sentencia de muerte.

—Del suficiente para llevarlo a un hospital.

—A casa —sostuvo Rafe. Pues claro. A casa. Donde había hospitales, médicos, cirujanos—. El mar Cromado… —comenzó. Empezó a recordar lo largo que había sido el camino de vuelta a casa la última vez. Dos noches y dos días.

—No. Tampoco aguantará si tenéis que cruzar el mar. Hay otra salida mucho más cerca, pero…

—Pues por ahí. ¿Dónde está?

—El alma de tu padre está en Pueblo Fantasma —le dijo Skya en voz baja—. Cuando llegó allí, se creó una grieta entre ambos mundos. Puedes usarla para volver a casa. El viaje hasta la entrada es de un día y en cruzar Pueblo Fantasma tardaréis una o dos horas.

—Vamos a atraer a los Resplandecientes como a moscas. No puedo luchar contra este miedo.

—Sí que puedes. No es la valentía lo que más los repele. Es el amor. El amor expulsa al miedo.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Rafe, que estaba chorreando de pavor.

—Eso leí en alguna parte. Suena bien, ¿no? —Entre las lágrimas de

Skya, asomaba una sonrisa—. Ahora ve y convence a Jeremy. Yo iré a preparar a los caballos.

Rafe abrió la puerta. La curandera le había quitado la camiseta a Jeremy y le estaba vendando el pecho con unas gasas de lino blanco. El rostro tenía un tono grisáceo y la sangre salpicaba sus labios. Al terminar el vendaje, la curandera acudió a su lado.

—Tiene una perforación en el pulmón, alteza —le informó ella en voz baja—. Se está ahogando en su propia sangre. La herida excede a mis capacidades.

—Lo entiendo. Gracias. —La curandera salió de la estancia y los dejó a solas. Rafe se arrodilló frente a Jeremy y le limpió el sudor de la frente. No parecía poder respirar profundamente.

—¿El veredicto?

—Que te vas a poner bien —respondió Rafe.

—Mentiroso.

—Que sí. Nos vamos a casa. Te tienen que hacer una cirugía.

—No podemos. Si nos vamos, ya no podremos… —Jeremy hizo una pausa para tragar aire—. Volver.

—Me da igual.

—Pues a mí no. Aquí eres un príncipe. Este es tu sitio. Rafe, si me tengo que morir, déjame morir aquí.

—Escucha. Escúchame. —Rafe colocó sus manos sobre el rostro de Jeremy para obligarlo a que lo mirara a los ojos—. Hay una cosa de la que yo me acuerdo y tú te has olvidado. Yo estaba perdido. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? ¿El día en que me viste garabateando aquel estúpido coyote en mi cuaderno? Ahí estaba perdidísimo. Si no me hubieras encontrado, podría haber acabado igual que mi padre. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Y te acuerdas de que me dijiste que siempre podías sentir dónde estaba porque, en el

fondo, sabía que este era mi sitio, que esta era mi casa? Pues no, no era por eso. No estaba perdido por no estar aquí, estaba perdido porque no estaba contigo. Todo este tiempo sin ti he estado perdido y tú has sido el único capaz de encontrarme. Y como te mueras, voy a estar perdido para siempre. —Hermanos. Amantes. Mejores amigos. Cómplices. Compañeros de celda. Almas gemelas. No había vínculo que atase corazones que no atase el suyo.

»Mi reino eres tú. Mi sitio está donde estés tú. Y todo este tiempo sí que me acordaba de haberte querido, solo que me olvidé de recordarlo; pero no volverá a pasar. Además, mientras estemos aquí, sigo siendo tu superior y si te digo que nos vamos es que…

—Es hora de irse —completó Jeremy.

—Eso es. Exactamente. Es hora de irse.

—Valquirias, ¡ya! —se oyó bramar a Skya desde el otro lado de la puerta. Todas se movieron al mismo tiempo y trajeron a los caballos, mantas y agua. Los únicos tranquilos e inmóviles en el ojo del huracán fueron Rafe y Jeremy.

—No era… —comenzó a decir Jeremy y tomó un respiro cansado.

—¿Qué? —preguntó Rafe.

—No era un estúpido coyote. Era muy bueno.

RINCÓN DEL NARRADOR

Disculpas



Lo siento por esto. Pero, como bien dijo la reina: solo escribo la historia, las reglas no las pongo yo.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Skya, Emilie y las Valquirias cabalgaron junto a ellos por si acaso a algún otro Resplandeciente se le ocurría hacer una de las suyas. Los chicos iban sobre el caballo de Rafe, pero Colorín iba a su lado, sin carga, para que cuando Rayito se cansara pudieran turnarse.

El camino estaba siendo duro para todos, pero para Jeremy en particular. Cada bache lo dejaba jadeante, dolorido. Cuando pararon para cambiar de caballo, Jeremy se apoyó sobre un árbol y comenzó a toser sangre. Rafe lo sujetó y le dio agua, que era todo cuanto podía hacer. Lo que era aquel mundo y quién lo había creado para Skya era una incógnita; pero, además de llenarlo de ciervos blancos y bosques inmensos e imposibles, también había incluido en él la muerte y el sufrimiento. Puede que esa fuese la regla, el trato, el precio de la magia. Puede que el precio, a veces, fuera demasiado alto. Rafe no necesitaba unicornios ni castillos. Él solo necesitaba a Jeremy.

Les tomó desde la mañana hasta la tarde noche llegar a la Mesa del

Té Demonial. Los caballos los llevaron hasta donde pudieron. Rafe sujetó con firmeza a Jeremy mientras las Valquirias formaban un círculo a su alrededor para poder despedirse de ellos.

—No hagáis caso de nada de lo que oigáis o veáis allí —les recordó Skya—. Seguid el camino. Solo hay uno, aunque os parezca que haya más. Os acompañaría si pudiera, pero los Resplandecientes irían a por mí a la primera de cambio y lo único que haría sería estorbaros.

—Lo sé —admitió Rafe—. Lo conseguiremos.

—Aurora irá con vosotros. Seguidla igual que lo hicisteis para entrar. —Aurora los sobrevoló de cerca e hizo círculos en el aire mientras graznaba como alentándolos: «Deprisa, deprisa…». Skya soltó un suspiro y se secó la frente—. Tanto que decir y tan poco tiempo. Llevo vuestros nombres grabados en el corazón y sé que el mío está grabado en los vuestros. El día que os olvide a cualquiera de los dos será el día en que mi corazón pare de latir.

Skya abrazó a Rafe por un brevísimo instante, pero lo suficiente como para que a él le diera tiempo a decirle:

—Da lo mismo el mundo en el que esté, tú siempre serás mi reina.

—Y tú siempre serás mi príncipe. Siempre.

Tras aquellas palabras, Skya tomó a Jeremy entre sus brazos, con mucha delicadeza, y le susurró algo al oído. Tuvo que ser algo agradable, pues él se las apañó para esbozar una sonrisa, pese a su dolor.

Tempestad rompió el círculo para apretarle la mano a Jeremy.

—Lo he vuelto… Lo he vuelto a hacer —le confesó él—. He vuelto a bajar la guardia antes de tiempo.

—Eres el único que ha conseguido desarmarme en toda mi vida. Casi que me alegro de que te largues. Bueno, no es verdad.

En ese momento, por primera y última vez en la historia

documentada de Shanandoah, una Valquiria le dio un abrazo a alguien. Tempestad volvió a su puesto entre las guardias.

Después, Emilie se acercó hasta Jeremy y le dio un beso con sumo cuidado. Él apenas podía hablar, pero consiguió dedicarle unas cuantas palabras:

—Ya te echo de menos, princesa. Acaricia a Fritz de mi parte.

—Volveré a verte —dijo ella.

—Sabes que no.

—Soy una princesa y se hace lo que yo digo. Volveré a verte. Gracias por habernos encontrado.

Despedirse de sus caballos fue casi igual de duro. Rafe le dio un beso fugaz en el hocico a su precioso Rayito y Colorín se apoyó sobre Jeremy o más bien Jeremy se apoyó sobre Colorín o quizás ambos se apoyaron el uno sobre el otro.

—La princesa Emilie cuidará bien de vosotros —les aseguró Rafe a los caballos. Emilie los agarró por las bridas.

—Por supuesto que sí. Lo prometo —confirmó ella y los caballos inclinaron la cabeza en señal de pena.

Con el brazo de Jeremy alrededor de sus hombros, Rafe medio caminaba, medio lo transportaba por entre las rocas. Y así, de pronto, volvían a estar en las ruinas de Virginia Perdida.

Dos colinas se erigían hacia el cielo y entre ellas se extendía un camino empedrado y agrietado, envuelto en una neblina. En cuanto dieron los primeros pasos, la niebla se hizo todavía más densa y pronto solo alcanzaban a ver tres pasos por delante, luego dos. Pero Rafe no necesitaba más para avanzar. Skya ya les había advertido de que el camino les parecería enrevesado, confuso, que parecería como que se retorcía sobre sí mismo; pero lo único que tenían que hacer para salir era seguir sobre él. Además, llevaban de cerca a Aurora,

que les pegaba un chillido cada vez que les entraban dudas sobre dónde dar el siguiente paso.

A su alrededor, entre las sombras, veían figuras sin forma que se movían, pero no emitían sonido alguno. En una ocasión, hubo algo que cruzó el camino como una culebra. Rafe no pudo diferenciar si se trataba de una serpiente o de algo peor.

—Ojalá hubiera traído unas manzanas —se lamentó él.

—Ojalá hubiéramos traído mi coche —bromeó Jeremy entre jadeos.

Rafe se rio y le dio un beso en la frente. Jeremy estaba sudado y tenía fiebre. Se estaban quedando sin tiempo. Aurora volvía a chillarles una y otra vez: «Deprisa, deprisa».

Con el doble de esfuerzo, Rafe iba prácticamente arrastrando a Jeremy por el oscuro camino. Skya había hecho bien en prevenirlos. Habían pasado dos veces por la misma rama que colgaba por encima del sendero, una vez a su derecha y otra, a su izquierda; pero siguieron adelante gracias a la advertencia de la reina.

—¿Quieres más agua? —preguntó Rafe, sin obtener respuesta. Jeremy estaba inconsciente—. No, no, Jay. Despierta. —Rafe lo sujetó con un brazo y le acarició suavemente la cara. Poco a poco, Jeremy fue abriendo los ojos.

—Ey —respondió Jeremy.

—Voy a intentar subirte a mi espalda, ¿vale?

No fue fácil. Ya no eran críos. Rafe agarró a Jeremy por la muñeca y lo arrastró por su espalda y sus hombros, y después tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. De los labios de Jeremy se escapó un grito de dolor, pero no agregó nada más, posiblemente se hubiera vuelto a desmayar.

No iban a conseguirlo. Tenían que conseguirlo. Lo conseguirían. No podían conseguirlo.

El pánico y la esperanza entraron en guerra en el corazón de Rafe. No había forma de predecir cuál resultaría vencedor.

Durante el siguiente kilómetro y medio anduvo cabizbajo, con los ojos fijos en el camino, sin ver más que sus pies mientras llevaba a cuestas a Jeremy un tortuoso paso tras otro. Tropezó una vez y recuperó el equilibrio; pero al segundo traspié, apenas logró ponerse de rodillas sin soltar a Jeremy.

Con toda la delicadeza que pudo, lo bajó de sus hombros al suelo y se quedó descansando junto al tocón de un árbol.

—Jay —lo llamó Rafe y le limpió el sudor de la frente fría.

—Se acabó —soltó Jeremy con la respiración entrecortada.

—No. No. Puedo seguir. —Jeremy volvió a negar con la cabeza—. Mierda, Jay —se quejó Rafe mientras se frotaba la cara—. No tires la toalla. Esto no puede acabar así. No voy a dejar que esto acabe así. Apenas acabamos de reencontrarnos. —Jeremy, resignado, levantó la mano y acarició el rostro de Rafe.

—Vuelve a Shanandoah sin mí. Prométemelo.

—No y no. Yo no me voy a ningún sitio sin ti. —Jeremy le dirigió una sonrisa debilitada.

—Naciste para ser príncipe.

Aurora se posó sobre una de las ramas que tenían por encima y los observó con sus brillantes ojos negros. Hasta ella parecía haberse rendido. Rafe deseó poder ordenarle a Jeremy que reviviera, que volara, igual que había hecho con el petirrojo. Ojalá fuera el mundo el que pudiera obedecerle, pero no, solo eran los pájaros. Aunque, bien pensado, Aurora no era un cuervo cualquiera.

—Aurora —exclamó Rafe—. Necesitamos ayuda. Ve a buscar a ver si hay alguien que pueda ayudarnos. —El cuervo extendió sus alas y voló hacia la espesura de Pueblo Fantasma—. Todo va a salir bien.

Aurora está pidiendo ayuda.

—¿Te acuerdas de la primera vez que llegamos aquí? —preguntó Jeremy, con respiraciones lacerantes y superficiales entre palabra y palabra—. Skya y tú hicisteis una carrera de caballos. El premio era yo.

—Me acuerdo. —Rafe soltó una carcajada mientras le caían las lágrimas.

—Todavía me pregunto qué habría hecho conmigo si hubiera ganado ella.

—Ya se lo pregunté yo. Dijo que te quería para colgar cuadros en su habitación y limpiarle el armario.

—Me alegro de que ganaras tú —respondió Jeremy jadeante. De repente, abrió mucho los ojos. Por un breve instante, Rafe pensó que ya se había ido y en esa décima de segundo el corazón se le había muerto.

—Jay, no…

Algo se movió entre la niebla. Rafe giró la cabeza y vio cómo la sombra se acercaba cada vez más. Fue a echar mano de su arco y de su carcaj. Tenía la intención de matar a cualquier cosa que se les acercase, pero Jeremy le tocó la mano y le dijo sin palabras que abandonase el propósito.

¿Por qué? ¿Es que Jeremy estaba preparado para morirse? Si eso era lo que quería, en tal caso, ambos morirían allí juntos.

La sombra del camino estaba a nada de ellos y la oscuridad comenzó a tomar forma. Aurora se posó en el suelo junto a ellos. La niebla se arremolinó y después se disipó. Rafe escuchó el ruido de unas pesadas botas de trabajo con punta de acero. Unas botas de trabajo. Rafe levantó la mirada.

—¿Papá? —Sin terciar palabra, su padre apoyó una rodilla en el

suelo y extendió la mano hacia Jeremy—. ¡No! —Rafe se puso delante de Jeremy—. No lo toques. —Su padre lo miró y levantó las manos.

—Déjalo. Última oportunidad —pronunció Jeremy.

¿Su última oportunidad o la de su padre? Ambas. Y la de Rafe, también.

Rafe levantó la vista hacia su padre y asintió. Su padre volvió a acercarse a Jeremy, lo agarró entre sus brazos fornidos y lo levantó. Se puso de pie y comenzó a avanzar por la niebla, adelante, con paso firme y resistente.

Tras ellos, Rafe observaba en silencio y con asombro cómo su padre, el que una vez le había pegado una paliza por hacer tantos dibujos de Jeremy, ahora cruzaba este mundo vil con su amante a cuestas para ponerlo a salvo.

Por fin, una luz. Era débil, se confundía entre la bruma. Cuanto más se acercaban, más brillaba, más nítida se hacía. Era dorada como el sol. Llegaron a otro arco y al otro lado se podía ver un bosque en miniatura.

Su padre dejó a Jeremy de pie, con cuidado. Rafe lo sostuvo con ambos brazos y lo guio hasta la puerta. Cruzarla esta vez fue fácil. En unos cuantos pasos estuvieron fuera. Rafe bajó a Jeremy hasta el suelo y lo dejó junto al árbol de la colina. Miró a su padre, que no era más que una sombra en el hueco del tronco.

—Vamos, papá. —Pero su padre se limitó a sacudir la cabeza. Como si hubiera tenido que aunar todas sus fuerzas para ello, abrió la boca. Rafe sabía lo que iba a decirle. Le pediría que lo perdonase. Y esta vez le diría que sí.

—No seas como yo —fue, en cambio, lo único que le dijo.

—No lo soy.

No se escucharon trompetas ni cantaron los ángeles. En la quietud de la mañana, el padre de Rafe se desvaneció ante sus ojos. No se convirtió en un cadáver frío y gris ni en una nube de humo. Se transformó en un petirrojo.

—Vuela alto —lo instó Rafe—. El cielo te espera.

El petirrojo abrió sus alitas grises. Aurora le graznó y juntos alzaron el vuelo hacia el amanecer.

De nuevo, no había tiempo para pesares. Rafe miró frenético a su alrededor, divisó el macuto que Jeremy y él habían dejado antes de pasar por el árbol y rebuscó en el bolsillo. Allí estaba, el viejo Nokia que le había dado su madre. Y todavía le quedaba algo de batería.

Rafe llamó a los servicios de emergencia y les indicó el lugar de encuentro. Los dos se quedaron descansando por un momento. Rafe sostenía a Jeremy contra su pecho. Observó cómo la luz del hueco interior de aquel extraño árbol parpadeaba como una vela hasta extinguirse.

—Ya no hay manera de volver —puntualizó Jeremy.

—No, ya no.

El sol se elevó en lo alto y cubrió las colinas de oro, y no quedó más que la belleza, la magia y el salvaje océano ondeante e infinito de árboles que se extendía allá donde mirasen. Jeremy sonrió.

—No pasa nada. Esto tampoco está mal.



CAPÍTULO CUARENTA

Jeremy se despertó un rato después de la operación. El cirujano dijo que estaba consciente, que hablaba. Eso eran buenas señales. Había cierta preocupación por una posible lesión craneal, ya que Jeremy no había sido capaz de decirles qué día era, así que estaban considerando hacerle una resonancia magnética. A Rafe aquello no le preocupaba. Él tampoco sabía qué día era.

Cuando estuvo consciente, Jeremy dijo que no estaba seguro de quién le había disparado. No había sido más que un accidente de caza, aseveró. La policía posiblemente se pasaría por allí para tomarle declaración. Nadie sospechó de su tapadera. Aquello era Virginia Occidental, los accidentes de caza eran el pan de cada día.

El cirujano por fin le preguntó a Rafe si quería pasar a ver a Jeremy. Quería, claro que quería. Por supuesto que quería verlo. Una enfermera lo llevó hasta la habitación en la que Jeremy había vuelto a quedarse dormido. La chica comprobó sus constantes vitales y los dejó a solas.

La habitación se encontraba iluminada solamente por las máquinas conectadas a Jeremy, que respiraban, pitaban, hacían «clic, clic» y goteaban medicina. Rafe llevó una de las sillas junto a la cama de Jeremy. Quería apretarle la mano, pero tenía una vía puesta, así que, en su lugar, metió el brazo por debajo de las sábanas para sostenerle el tobillo.

Estaba caliente, vivo, respiraba. Se curaría. Volvería a ser él. Habían perdido todo un mundo por regresar allí, pero Rafe no se arrepentía. Tenía a Jeremy, tenía el mundo.

Las horas fueron pasando y, en cierto punto, la madre de Rafe llegó al hospital. Bobbi entreabrió la puerta y Rafe le indicó que pasara con la mano. Ella entró, se acercó y le dio un beso en la frente a Jeremy.

—¿Mamá? —murmuró Jeremy bajo los efectos de los fármacos.

—Sí, soy mamá —respondió Bobbi—. Vuelve a dormirte. —Jeremy asintió y le hizo caso. La madre de Rafe se sentó a su lado, le echó el brazo por encima y lo besó a él también en la frente.

—¿Estás bien?

—Lo estaré cuando Jeremy se recupere.

—¿Dónde está Emilie?

—A salvo. Con su hermana.

—Bien. Me alegra escuchar eso.

Su madre no le hizo más preguntas, pero Rafe sabía que quería más respuestas. Se la imaginó sentada a la mesa de la cocina, pegando todos sus dibujos con cinta adhesiva después de que su padre se hubiera ido echando humo por las orejas.

—Tengo algo que contarte, mamá. Es de cuando desaparecimos.

—Puedes contarme lo que sea.

Rafe le contó que se habían escapado. Le dijo que se había

enfadado tanto con su padre por, bueno, por todo, que huyó a las montañas y no miró atrás. Y Jeremy lo había acompañado porque…

—Cómo no iba a irse contigo —respondió su madre.

Le contó que encontraron un lugar seguro en el que esconderse. Una chica a la que conocieron los ayudó con la comida y demás. Allí estaban bien, pero cuanto más tiempo pasaba, más complicado se les hacía imaginarse la vuelta a casa. Casi imposible, diría. Sentían como si estuvieran viviendo en otro mundo. Pero, por fin, regresaron a casa. Se sentía tan mal de lo que había pasado que su mente lo había bloqueado. Ahora, haber ido al bosque con Jeremy le había traído todos los recuerdos de vuelta.

—Mamá, lo siento. Siento muchísimo lo que te hice. —Su madre se quedó callada durante un buen rato.

—Muy en el fondo, siempre supe que os habíais escapado juntos. Creo que eso fue lo único que me mantuvo cuerda durante aquellos meses espantosos. —Volvió a guardar silencio y tomó aire—. Las cicatrices de tu espalda, dime que tu padre no…

—No —respondió Rafe. La mentira salió de su boca de forma tan natural que se dio cuenta de que lo había planeado así desde el principio—. Eso fue con un alambre de espino. —Su madre lo miró a los ojos como si no terminara de creerse lo que le estaba diciendo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro, mamá. Me arrastró hasta el cobertizo, pero solo para regañarme un poco más sin que tú lo escucharas.

—Cuando lo vi destrozarte el cuaderno, pensé: *Ralph va después*. Primero el cuaderno y después mi hijo. Debería haber hecho más por protegerte. Debería haberme escapado yo misma contigo. Si alguna vez le hubiera hecho frente, aunque hubiera sido solo una vez…

—Tú no tenías la culpa.

—Sí que la tenía —contestó su madre y Rafe supo que nunca podría convencerla de lo contrario.

—¿Qué te parece esto? Yo te perdono si tú me perdonas a mí.

—Trato hecho.

—También quiero perdonar a papá. No te voy a pedir que tú hagas lo mismo —le informó Rafe. Su madre volvió a quedarse callada durante un buen rato. Entonces, recogió su bolso del suelo y rebuscó en el interior.

—No sé si debería enseñarte esto, pero cuando tu padre murió y limpiamos la cabaña para que pudieras mudarte, lo encontré. —Su madre le entregó un trozo de papel doblado en cuatro partes. El papel se había abierto y cerrado tantas veces que se había quedado blanducho. Rafe desplegó la hoja con cuidado y descubrió unas cuantas líneas escritas a lápiz.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Léelo.

En mis sueños vuelvo a ser joven.
Un padre joven de un hijo joven.
Mi hijo joven se sienta a la mesa
mientras aprende a dibujar lobos con un libro.
En el sueño le doy una palmada en la espalda con una mano
y con la otra cierro el libro.
Vamos le digo. Yo te enseñaré a cazar lobos.
Él deja el lápiz sobre la mesa. Me seguiría a donde fuera.
Primera lección le digo. Encuentra un lobo.
Me despierto siendo un hombre viejo en un mundo viejo.
Me gustaría llamar a mi chico, que de alguna manera sigue siendo joven, y decirle que siento haberle cerrado el «Libro de los lobos».

Decirle que lo siento porque el único lobo al que encontró fue a mí. Primera lección le diría. No seas como yo.

—Dios mío. Papá escribió un poema —exclamó Rafe. Aquella era su letra, sus comas inexistentes, su voz. Se imaginó a su padre con su lapicero de carpintero, afilado con un cúter, garabateando aquellas palabras en la parte de atrás de una factura de la luz—. Mi padre, Bill Howell, escribió un poema.

—A mí me escribió un par cuando éramos jóvenes e intentaba llamar mi atención. Yo pensé que seguiría habiendo poesía después de casados, pero no. Quizá sabía que pronto se iba a morir y sintió que debía decirte algo, pero no sabía cómo. —Su madre le dio la vuelta a la hoja para enseñarle que la factura era de la semana de antes de que muriera—. Ojalá te hubiera dicho todo eso a la cara, en lugar de escribirlo.

—Así es mejor. ¿Me lo puedo quedar?

—Lo escribió para ti.

Rafe dobló el papel y lo metió en su cartera. No entendía muy bien por qué quería quedárselo. A lo mejor por la misma razón por la que seguía llevando la medalla de San Antonio de Jeremy. Como recordatorio de que a veces sucedían milagros.

—Jeremy va a necesitar algo de ayuda cuando salga de aquí. Yo estaré encantada de que se quede en casa.

—Se quedará conmigo —anunció Rafe.

—¿En la cabaña? Pero si allí solo tienes una habitación.

—Lo sé. —Rafe esperó a que su madre dijese algo, pero lo que fuera que pudiera decir no le haría cambiar de opinión. Aun así, contuvo la respiración. Sus antiguos miedos volvían a salir a flote. Entonces, su madre rio entre dientes.

—Tu padre estará revolviéndose en su tumba —soltó ella, tras lo que apoyó la cabeza sobre el hombro de su hijo—. En fin, déjalo que se revuelva.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Tres días después, a Jeremy le dieron el alta del hospital. Le llevaría meses recuperarse por completo, pero le dijeron que terminaría de curarse mejor en casa. Les habían dicho lo mismo a los padres de Rafe cuando estuvo en el hospital después de haber estado desaparecido. Pero esta vez era diferente. Era mejor. Esta vez, al marcharse del hospital, lo hicieron juntos.

Rafe condujo despacio por las carreteras secundarias que llevaban a Starcross Hill.

—Chico. Mi abuela iba lenta, pero ella estaba ya mayor —le picó Jeremy.

—No tienes gracia ninguna. Voy a treinta.

—El límite de velocidad es de cincuenta.

—El límite es de cincuenta, pero se puede ir a menos.

—Para cuando queramos llegar a casa, me habré muerto de viejo.

Rafe cedió y apretó el acelerador, y se acordó de todas las veces en que su padre le había refunfuñado a su madre por conducir

demasiado lento por las carreteras secundarias. «Llevo equipaje de mucho valor», solía responder ella.

No se dijeron mucho más durante el resto del viaje. Jeremy seguía agotado por el dolor y los calmantes que llevaba encima. Aun así, tenía mejor color. Ya no parecía un cadáver andante. Cuando apoyó la cabeza sobre la ventanilla y empezó a dormitar, Rafe volvió a levantar un poco el pie del acelerador. No quería despertarlo cuando tomara alguna curva cerrada.

Llegaron a Starcross Hill para la hora de comer. En cuanto Rafe se metió al camino de grava, Jeremy se despertó e hizo una mueca de dolor mientras se desperezaba.

Rafe aparcó justo al lado de la cabaña para que Jeremy no tuviera que andar más que tres metros hasta la puerta. Al entrar, Jeremy se dejó caer sobre el sofá. Rafe se dirigió a la cocina. Echó un vistazo a la ventana que daba a su jardín de esculturas. Sobre el hombro de la reina se había posado un petirrojo. Pero se dijo a sí mismo que eso no significaba nada, aquel bosque estaba plagado de petirrojos.

Abrió el frigorífico y volvió al salón con los dos botellines verdes de Ale-8. Desenroscó ambas tapas, le pasó una de las botellas a Jeremy y él se quedó con la otra. Después, se sentó junto a él en el sofá y apoyó los pies sobre la mesita. Jeremy lo imitó. Pegaron un sorbo que les supo a infancia.

—¿Tan dulce como la recordabas? —preguntó Jeremy.

—Todavía más.

RINCÓN DEL NARRADOR

Última postal



En cuanto se recuperó lo suficiente como para conducir, Jeremy salió a completar la última misión de su reina. Le había pedido que mandase una postal de su parte. La tarjeta se envió a una comunidad de jubilados a las afueras de Venice, en Florida. Por suerte, un cuervito rojo agorero pandimensional estaba al acecho desde una palmera cercana cuando Deborah Adler dejó su raqueta de *pickleball* y abrió el buzón. De allí sacó una postal cuya ilustración le robó una sonrisa. Era una pintura antigua del río Shenandoah. Aquello le trajo muchos recuerdos, pero no todos eran buenos. Le había encantado vivir en Virginia Occidental hasta que aquel horroroso secuestro de una de sus alumnas favoritas le partió el corazón y tuvo que mudarse.

Cuando leyó la parte de atrás, se llevó la mano al pecho y se derrumbó en el suelo. Sus lágrimas cayeron sobre las palabras escritas a mano con una letra extraña. La letra le era desconocida, pero el nombre no. La postal decía así:

Shannon Yates me pidió que le dijera:
«Gracias por el lápiz de unicornio, señora
Adler. Llevaba razón, era mágico».



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Rafe, que dormía profundamente, se despertó sobresaltado. Alerta, alzó la cabeza y aguzó el oído, pero al principio no escuchó más que la brisa mañanera y la suave y constante respiración de Jeremy que le llegaba desde la almohada de al lado.

Poco a poco, volvió a dejar reposar la cabeza. La noche anterior, Jeremy había llegado tarde. Había conducido seis horas seguidas desde Nueva York, donde había ayudado a localizar a un chico que se había alejado de su familia mientras hacían senderismo por los Apalaches. Según Jeremy, había cargado con el chico por el bosque, se lo había entregado a una madre hecha un mar de lágrimas, le había dado una palmadita en la cabeza al niño y se había subido al coche para marcharse antes de que nadie pudiera tenderle la mano siquiera.

—¿Les hiciste una bomba de humo a unos padres atemorizados? —le había preguntado Rafe cuando Jeremy se arrastró en medio de la noche hasta la cama y dejó el suelo lleno de barro de la montaña

Bellvale.

—Ya habían recuperado a su hijo y yo quería volverme a casa. —Y con un beso, le puso fin a la discusión.

Rafe lo habría acompañado, pero estaba a medias de hacer una ampliación de la cabaña: un estudio de arte, una *suite* principal y un porche acristalado que, en algún momento, daría al jardín de esculturas, al que Jeremy había empezado a llamar Pequeña Shanandoah.

También se suponía que iba a añadir establos para que Jeremy y él pudieran hacerse con un par de caballos. Starcross tenía unos senderos fantásticos; pero, aun así, había algo que lo echaba para atrás. Sabía que era una tontería, pero no quería a otros caballos que no fueran Rayito y Colorín.

Aunque echaba de menos a los chicos, la añoranza que tenía por sus chicas era mil veces mayor. Jeremy hablaba de Emilie prácticamente todos los días y Rafe sentía que le faltaba una parte sin Skya. Un príncipe necesitaba a una reina a la que servir, ¿no es así? Casi que deseaba poder olvidar de nuevo; pero, en realidad, aunque pudiera, no lo haría. El placer de los recuerdos valía el dolor de saber que eso sería todo lo que Shanandoah sería para ellos el resto de sus vidas, un recuerdo.

Ojalá se hubiera traído algo con él. Se habían ido con tanta prisa que habían olvidado la espada de Jeremy y su libro de recuerdos. Pero le reconfortaba saber que tenía a un barón de Shanandoah durmiendo junto a él casi todas las noches. Y qué mejor *souvenir* que ese.

Algo tocó a la ventana. Tres suaves toquecitos, tras, tras, tras, y silencio. Después, otra vez: tras, tras, tras. ¿Sería la rama de un árbol? ¿Un pájaro carpintero muy educado? Lo que fuera iba a

despertar a Jeremy en cualquier momento si Rafe no lo hacía parar. Jeremy ya había empezado a removerse en sueños y le había pasado el brazo por encima. Por suerte, Rafe tenía mucha práctica en escapar del brazo gancho de Jeremy. Se movió hacia un lado y colocó el brazo de Jeremy sobre la almohada. Perfecto. Agarró los vaqueros y la camiseta del día anterior y se los puso.

Sin hacer mucho ruido, se deslizó por las escaleras y salió por la puerta de atrás. La primavera por fin estaba llegando a Starcross. Una alfombra de jengibre silvestre, humedecida por el rocío de la mañana, le cosquilleaba en los pies descalzos mientras recorría el jardín en busca de lo que lo había despertado.

El sol empezaba a asomar por encima de los árboles. Sus largas sombras se desperezaban y danzaban con la brisa y, por un momento no más largo de lo que tarda un latido de corazón en seguir al anterior, el jardín cobró vida. El unicornio alzó la cabeza, el tigre plateado abrió la boca para rugir, el cuervo rojo abrió sus alas y la reina Skya giró la cabeza y le guiñó un ojo. Pero, al instante, todo volvió a la normalidad. ¿Se lo había imaginado? ¿Tenía todavía restos de algún sueño vagando por su mente?

Una única pluma roja planeó por el aire hasta aterrizar junto a sus pies. La recogió.

—¿Qué es? —preguntó Jeremy, plantado en la puerta medio desnudo y todo despierto. Rafe se acercó a él y le enseñó la pluma. Jeremy la tomó de su mano y la miró por todos sus ángulos—. Aurora. ¿La has visto?

—No. Solo nos ha dejado su tarjeta de visita. ¿Qué crees que quiere decirnos con esto? —Al principio Jeremy no le respondió, solo miraba la pluma que tenía en la mano.

—Esta noche he soñado que volvíamos al Crow. Emilie estaba allí

con un regalo para nosotros —dijo finalmente.

—¿Qué regalo?

—No sé. Me he despertado justo antes de abrir la caja.

Ambos se miraron sin decir palabra. No habían vuelto al Crow desde que habían regresado. Ya habían hablado sobre ir a echar un vistazo, por si acaso, pero no paraban de postergarlo, como se suele hacer con una visita al médico cuando sabes que te esperan malas noticias.

—No perdemos nada por ir a ver —propuso Jeremy.

—Yo conduzco —dictaminó Rafe. Al ponerse frente al volante y girar la llave, se encendió la radio y empezó a sonar *Landslide* de Stevie Nicks—. Que sí, Emilie, que ya vamos. —La canción seguía sonando.

—No es mi preferida. Demasiado sentimental.

—¿Estás recibiendo un mensaje de otro mundo y te estás quejando por la canción que han elegido?

—Solo digo que yo hubiera escogido *Edge of Seventeen* o si no *Stand Back*. Me gusta más su obra en solitario.

—Eres un imbécil.

—Nunca lo he negado.

—Menos mal que te quiero.

—¿O qué?

—O nada. Solo digo que menos mal que te quiero —respondió Rafe y Jeremy sonrió.

—Menos mal.

Rafe condujo hasta el Red Crow en tiempo récord, hasta para ser él. El día no se parecía en nada a aquel en que habían ido con Emilie. Era primavera, en lugar de otoño. Hacía sol, en vez de llover. Las flores silvestres estaban floreciendo, a diferencia de las hojas muertas

de hacía meses. Además, cuando Rafe puso un pie sobre el camino, no sintió…

—Nada.

—¿Estás seguro? —le preguntó Jeremy.

—La última vez sentí que algo me empujaba. Hoy no. Quiero decir, ahora me sé el camino, pero ya no siento esa cosa, no sé…

—¿Mágica? —Rafe asintió. Jeremy se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta polar y se encogió de hombros.

—Podemos echar un vistazo igualmente. Por qué no, ¿no? —propuso Rafe.

—Por probar… Ve tú delante.

Encontraron sin problema la vereda que llevaba hasta Goblin Falls y un poco más adelante dieron con la colina. La última vez la habían escalado por la empinada cara este, pero en esta ocasión tomaron el camino más largo por la ladera sur, como si ambos quisieran posponer lo inevitable.

Al llegar a la cima, distinguieron el extraño árbol. Jeremy se metió en el hueco y apoyó la mano en el interior.

—Nada.

—Ya nos lo advirtió Skya —dijo Rafe.

—Lo sé, pero entonces, ¿por qué hacernos venir hasta aquí? —Rafe no contestó, pero Jeremy se respondió a sí mismo—: Quizá no han sido ellas. Puede que hayamos sido nosotros, que solo queríamos creerlo. —Al suspirar, el frío aire matutino convirtió su aliento en vaho—. Ha sido un sueño bonito, de todas formas. Emilie estaba contentísima de vernos.

—Venga. Vámonos a casa —instó Rafe.

Volvieron a tomar el camino largo para bajar de la colina y siguieron un antiguo paso de ciervos. Cuando llegaron abajo, Jeremy

señaló un punto un poco más adelante.

—Ahí es donde nos encontraron la enfermera y su novio. Me pregunto qué habrá sido de…

—¿Jay?

—Mira —indicó Jeremy, que agarró a Rafe y lo obligó a girarse.

Entre la copa de los árboles había una apertura que dejaba pasar al bosque los rayos del sol como si se tratara de una ventana. Y en esa ventana de luz, Rayito y Colorín bebían el agua de la cascada de Goblin Falls.

—¡Chicos! —exclamó Jeremy.

Los caballos alzaron sus cabezas dorada y pelirroja y galoparon hacia ellos, con los cascos que resonaban sobre el camino pedregoso.

Rafe y Jeremy acariciaron los cuellos infinitos de sus caballos y pasaron los dedos por sus densas crines. Eran de carne y hueso.

—¿Nos habéis echado de menos, chicos? —preguntó Jeremy—. Nosotros también a vosotros, cochinos míos.

—¿Cómo? —soltó Rafe entre risas.

Rayito lanzó un pequeño relincho como señal para que le diera más caricias en la cabeza. Rafe ya estaba maquinando la logística: dónde alojarlos hasta que tuviera listos los establos, dónde conseguir un remolque para caballos, qué le contaría a su madre…

—Skya ya nos dijo que las puertas solo se cerrarían por dentro. Nosotros no podemos volver, pero ellos sí que pueden salir, ¿recuerdas? —comentó Jeremy.

Rafe notó algo remetido bajo la silla de Rayito. Se trataba de un cuadradito de papel. Lo abrió, lo leyó y se lo pasó a Jeremy, que lo leyó en voz alta:

Queridos Rafe y Jeremy,

Vuestros chicos os echan demasiado de menos, así que os los mando con vosotros.

Por cierto, cuando dije que volvería a veros, iba en serio. El secreto que me contó la sirena fue este: llegará el día en que comeremos juntos pastel de Navidad de manzanas soldoradas mientras la nieve cae sobre la colina Medialuna y yo…

Jeremy levantó la vista de forma brusca para mirarlo.

[…] y yo bailo en vuestra boda.

Continuó leyendo el resto de la nota atropelladamente:

La sirena me dijo que no podía contaros esto a no ser que lo hiciera por escrito en una carta que tuviera que enviar muy lejos. En ese momento no entendí nada, pero ahora sí.

¡Hasta que volvamos a vernos!

Con mucho amor,
La princesa Emilie y el duque y la duquesa de Fritz.

P.D.: Sí, Fritz por fin se ha echado una amiga ratita. Sé que no se trata de un dato importante, sobre todo dadas las circunstancias, ¡pero me hacía ilusión contároslo!

Las palabras de Emilie se quedaron colgadas en el aire que los separaba. Un secreto llegado de otro mundo. Un secreto demasiado entrañable como para quedárselo callado.

Había una forma de volver. De algún modo y en algún sitio había una manera de volver. Y juntos la encontrarían.

A Rafe se le aceleró el corazón. Jeremy dobló la nota y después

volvió a abrirla y a leerla para sí mismo otra vez.

—La última vez nos costó quince años volver allí —comentó finalmente Rafe—. No deberíamos…

—No voy a esperar quince años para bailar en nuestra boda.

Se quedaron mirándose, como en un duelo mutuo para ver si alguno lo negaba. Ninguno dijo nada. Si pudieran volver atrás… Si les abriesen la puerta otra vez…

—Jay, estuviste a punto de palmarla allí.

—Y tú estuviste a punto de palmarla aquí —respondió Jeremy. Era cierto, no podía negarlo—. ¿No quieres comer pastel de Navidad de manzanas soldoradas?

—Nunca lo he probado.

—Ni yo tampoco. En Shanandoah solo lo comen la noche de Navidad.

—Suena a que está rico —reconoció Rafe.

—Además, me encantaría conocer a la novia de Fritz.

Ambos soltaron una carcajada tras la que se quedaron en silencio, mudos de alegría. Rayito apoyó su barbilla sobre el hombro de Rafe y volvió a soltar otro pequeño relincho, como diciéndole: «Ya sabes que quieres volver…». Y sí, quería. Claro que Rafe quería tomar pastel de Navidad de manzanas soldoradas. Quería comérselo rodeado de la gente a la que quería. Con Jeremy. Con Emilie. Con la reina Skya. Con su madre, que siempre adoró a toda persona a la que Rafe quería y que por eso mismo quería a Jeremy como a nadie. Si volvían, ¿por qué no llevársela con ellos?

—¿Rafe?

—Tú todavía puedes encontrar a la gente. Ese es tu don.

—Don, maldición… ¿Por qué lo dices?

—¿Y si yo sigo teniendo el mío?

—Has dicho que ya no lo tenías.

—No he sentido nada aquí, pero porque esta puerta ya está cerrada. ¿Y si hay otra forma de entrar? —Rafe se giró lentamente sobre sí mismo, como si intentara sentir la lejana llamada de la magia.

—¿Sientes algo?

Al principio, nada. Nada que no fuera la magia habitual del bosque, su belleza y sus peligros. Pero, de repente, cuando se puso en dirección al oeste, sintió un ligero empujón hacia algo muy distante. Después, la sensación se desvaneció.

—No lo sé. Puede —respondió Rafe. Colorín empezó a dar coces contra el suelo con impaciencia—. Lo sentimos, chicos. Vale, vamos a centrarnos. Tú quédate con los caballos. Yo iré a casa de mi madre y le pediré prestado al vecino el remolque. —Jeremy metió la nota llegada de otro mundo en su cartera, junto al dibujo hecho pedazos y pegado con celo que Rafe le había hecho hacía ya tanto tiempo.

—¿Alguna vez has conducido con un remolque para caballos? —preguntó Jeremy.

—No.

—Pues yo sí. —Rafe lo fulminó con la mirada. La costumbre.

—Está bien. Dile a mi madre que… No sé. Invéntate algo.

—Le diré que han sido una compra impulsiva. Regresaré en cuanto pueda —prometió Jeremy. Después le dio un beso a Rafe y volvió a acariciar a los caballos—. Estaré aquí pronto.

—No te pierdas. Es una orden —le pidió Rafe y Jeremy le hizo una reverencia.

—Sí, vuestra alteza.

RINCÓN DEL NARRADOR

Fin



Aquí estamos, en el bosque estatal de Red Crow, para terminar donde empezamos, como tantos otros relatos. Puede que os preguntéis por lo que pasó cuando Rafe y Jeremy se llevaron a casa los caballos, pero esa historia la dejaremos para otro día. Además, tengo un reino que gobernar.

¿Qué? Estoy segura de que, llegados a este punto, ya sabíais que era yo. ¿Os acordáis de la receta para un cuento de hadas? Uno de los ingredientes era un miembro de la realeza disfrazado de alguien cualquiera. Y qué pasa más inadvertido que un narrador...

Espero que a mi hermana, bendita sea, que utilizó su regalo de coronación para conseguir un lápiz, de entre todas las cosas, le guste esta historia. Después de todo, la escribí para ella.

Y por si alguien se está preguntando cómo hice para escribir este libro sin haber estado presente en todo momento, bueno, resulta que sí, que el lápiz era mágico de verdad. Pero no se necesita un lapicero mágico para escribir un libro mágico. Todos los libros tienen magia. Vamos, ¿un objeto capaz de transportarnos a otro mundo sin salir de nuestro cuarto siquiera? ¿Una historia escrita por un extraño que, pese a ello, parece que estuviera escrita por y para nosotros? ¿Ese amor o ese odio que generamos por personas hechas de papel y tinta, en lugar de carne y

hueso? Así que sí, los libros son mágicos, puede que hasta lo más mágico que existe.

Está claro que quizás algunos lectores sigan preguntándose qué es Shanandoah y cómo surgió. Todavía sigo sin saberlo. No puedo más que especular, pero supongo que alguien habrá visto lo que estaba por sucederme y habrá dicho: «No, esta vez no». Mi hermana salvó a una rata. Mi príncipe salvó a un petirrojo. ¿Cuántas veces nos cruzamos con alguna criatura en apuros y pasamos de largo? Casi todos los días. Pero llega un día en que, de repente, no podemos seguir ignorándolo. Quizás alguien dijo: «No en mi presencia. Puede que mañana, pero no hoy. A esta chica, no». O, como le dijeron a mi hermana en su antigua clínica veterinaria: «No puedes salvarlos a todos, pero hoy salvaremos a uno».

A quien fuera que me haya salvado: gracias.

Ah, bueno. Ahora que la historia ha llegado a su fin, se supone que debo decir: «Y vivieron felices y comieron perdices». Así es como terminan los cuentos de hadas y este es uno de ellos.

Aunque eso de que vivieron felices se sienta un poco vacío sin Rafe y Jeremy aquí. En mi mesa hay dos sitios desocupados y mi hermana se pasa sus pocas horas libres en la biblioteca para tratar de dar con el modo de traerlos de vuelta. Y no hay día que pase en el que Aurora no me diga que Rafe y Jeremy nos echan de menos y desearían volver a Shanandoah.

Y como los cuentos de hadas tienen finales felices, eso solo puede significar una de dos: o bien esto no es un cuento de hadas o este es solo el principio.

¿Fin?



RECETA PARA UN PASTEL DE NAVIDAD DE MANZANAS SOLDORADAS*

**Modificada para este mundo.*

INGREDIENTES:

1¾ tazas de harina de uso común.
1¼ cucharaditas de bicarbonato sódico.
¼ cucharadita de sal.
1 cucharadita de canela.
½ cucharadita de nuez moscada.
½ taza de aceite vegetal.
⅔ taza de azúcar moreno.
1 taza de puré de manzana elaborado con manzanas soldoradas de Shanandoah (en su defecto, sustituir por puré de manzana elaborado con manzanas *golden* de Virginia Occidental).

PREPARACIÓN:

1. Precalienta el horno a 180 grados.
2. Rocía un molde redondo para hornear de unos 25 cm con un espray de antiadherente o engrásalo con aceite.
3. Mezcla la harina, el bicarbonato, la sal, la canela y la nuez moscada en un cuenco.
4. Mezcla el aceite, el azúcar moreno y el puré de manzana en un cuenco diferente.
5. Incorpora la mezcla seca a la mezcla húmeda y mézclalas bien, pero no en exceso.
6. Echa la masa resultante en el molde y extiéndela hasta que quede uniforme.
7. Hornea durante 30 minutos o hasta que al meter un palillo en el centro, este salga limpio.
8. Déjalo enfriar en algún estante durante 10 minutos. Pasado este tiempo, dale la vuelta al molde y el pastel saldrá solo.
9. Déjalo enfriar por completo antes de glasear.

RECETA PARA EL GLASEADO DE QUESO EN CREMA

Con esta receta tendrás suficiente para rellenar un pastel de dos capas (prepara varias tandas si el pastel es de más capas). Si el pastel es para una boda navideña, haz tres capas.

INGREDIENTES:

2 barras de mantequilla sin sal a temperatura ambiente.
225 g de queso en crema, en bloque, no en tarrina, a temperatura ambiente, pero que no esté demasiado blando.
4 tazas de azúcar glas suave tamizada (tamízala después de medirla).
1 cucharadita de esencia de vainilla.

Una pizca de sal.

PREPARACIÓN:

1. Bate la mantequilla con una batidora de varillas eléctrica durante 2 minutos hasta que quede ligera y esponjosa (raspa el fondo del cuenco al menos una vez).
2. Añade el queso en crema y vuelve a batir durante unos 30 segundos.
3. Añade 2 tazas de azúcar glas y mezcla con cuidado a baja velocidad.
4. Cuando esté prácticamente mezclado, añade otra taza, bate a baja velocidad y repite el procedimiento con la última taza de azúcar. Una vez que hayas mezclado todo, bate a velocidad más alta durante 2 minutos.
5. Añade la vainilla y la sal y mezcla a máxima velocidad durante un minuto más.
6. Glasea el pastel y decóralo a tu gusto.

Sirve el pastel en la noche de Navidad.



AGRADECIMIENTOS

Que conste que soy vegetariana y llevo siéndolo desde 2001. Sería un descuido demasiado grande por mi parte si no menciono al gato que tengo ahora mismo sobre mi regazo y que me está dificultando sobremanera la tarea de teclear. Estoy totalmente inclinada sobre mi izquierda para mantener el portátil en equilibrio sobre el brazo de la silla, pero merece la pena. Nuestros dos gatos, Gizmo —el pequeñín naranja que tengo encima— y MoonPie —nuestra decoración personal y viviente de Halloween— son unos compañeros de trabajo excelentes en esta pequeña fábrica de libros que tenemos como casa. No es que ayuden mucho con la escritura o las revisiones, pero nos mantienen siempre la moral alta.

Este libro existe gracias a Richard Russo. Sé perfectamente que *La historia perdida* dista mucho de *Straight Man* o de *Empire Falls*, pero dejadme que os lo explique. Quise asistir a una clase que daba Rick en el Key West Literary Seminar —¿quién no querría?— y para apuntarme a esa clase, antes tenía que entregar una muestra de redacción. No tenía ninguna, pero justo acababa de terminar de

releerme *El señor de las moscas*, de William Golding, y no podía quitarme de la cabeza la idea de que sería interesante saber qué habría sido de Ralph y de Jack veinte años después de haber salido de aquella isla. Obviamente, la historia no es de dominio público, así que descarté la idea y coloqué de nuevo el libro en la estantería junto a mi colección de *Las crónicas de Narnia*. Me quedé mirando los libros que allí descansaban, unos junto a otros, y de repente supe lo que escribiría como muestra.

Al final, me aceptaron en la clase y a todo el mundo parecieron gustarle las pocas páginas que había escrito sobre dos jóvenes complicados que durante su adolescencia habían estado en un mundo de fantasía y que habían vuelto a casa y tenido que enfrentarse a las consecuencias. Cuando Richard Russo te dice que le gustaría leer tu libro si lo terminas, tienes que terminarlo. Así que gracias, Rick. Y gracias también al resto de la maravillosa clase: Diane Hinton Perry, Allison Alsup, Gerald Goldin, Julie Reiser, Nancy Freund Fraser, Claire Lombardo, Andy Brilliant, Zach Halpern, Mike Hamlin y Judy Mandel. Todos son unos escritores increíbles. Echadles un vistazo. El apoyo que recibí en aquel seminario fue un antes y un después. La próxima vez que nos veamos por el Key West, los margaritas corren por mi cuenta.

Hay demasiadas personas a las que agradecer. Steven de Fivrr, gracias por comprobar mis escenas sobre el tiro con arco. Kathleen Quinlan, estoy agradecidísima por que te asegurases de que los caballos estaban representados como era debido. A mis maravillosos lectores beta Kira Gold, Martin Aguilera y Bethany Hensel, os quiero a todos. Y a toda la comunidad de Eagle Creek Writers Group de Lexington, Kentucky, que aguantaron un montón de páginas malas durante la primera pesadilla de borrador de este libro —para los

curiosos, la versión que habéis leído es el séptimo borrador—. Gracias, Karen Stivali, por todo tu apoyo sanador y por crear la fantástica receta del pastel. Y a todos mis compañeros y compañeras de la B del mundo LGBTQIA+, esto va por vosotros.

También quiero agradecer con mucho amor y cariño a cada uno de los maravillosos miembros de mi promoción del máster. Esto va por vosotros, por la promoción 2024 del Máster en TV y Escritura de Guion del Stephens College: Allie Van Horn, Ashley McLaughlin, Dakota Grace Gibson, Gwen Ogle, Kory Louko, Vanessa Christie, Jane Murphy, Jocelyn Osier, Mercedes Garcia y Aaron Covalski. Y hago una mención especial a mis primeras lectoras, Julia Kraemer y Dena Plumer. Te echamos de menos, Kathy Nicholas. Y cómo no, muchísimas gracias, a nuestra intrépida maestra, la doctora Rosanne Welch.

Escribir este libro fue una auténtica pesadilla hasta que intervino una de mis mentoras del Stephens, la excelente Laura Brennan de Pitching Perfectly. En solo unos días, me había arreglado toda la historia. Laura, de no haber sido por ti, no habría sido capaz de descifrar este relato. Mil millones de gracias.

Gracias a mi fantástica agente Amy Tannenbaum de la Jane Rotrosen Agency, cuyas reflexiones no tuvieron precio. Gracias a mi maravillosa editora Shauna Summers de Ballantine. Creíste en mí incluso cuando pensaba que no sería capaz de sacar este libro adelante. Gracias por tus increíbles apuntes y por tu apoyo. Y gracias a Jennifer Hershey, que me recordó la importancia de «dejarlo respirar».

Por supuesto, he de agradecer a uno de los lugares más bonitos, asombrosos e inspiradores de la Tierra, ¡que viva Virginia Occidental y no s'able más! Me enorgullece ser vecina.

Por último, quiero darle las gracias a mi marido, Andrew Shaffer, que ha convivido con este libro durante cinco años y se va a poner muy feliz de que su mujer pueda seguir adelante con su vida. Gracias por todos tus consejos. Puede que no me gustes tanto en esos días en los que me das apuntes sobre el libro, pero una vez terminado, te quiero precisamente por habérmelos dado y ha quedado mucho mejor gracias a tu ayuda. No podría hacerlo sin ti y, aunque pudiera, no querría. Pero anda, ven y quítame a este gato de encima para que pueda comer. Vale, ya se ha ido.